TODO EL MUNDO SABE QUE TU MADRE ES UNA BRUJA

UNA NOVELA DE

RIVKA GALCHEN

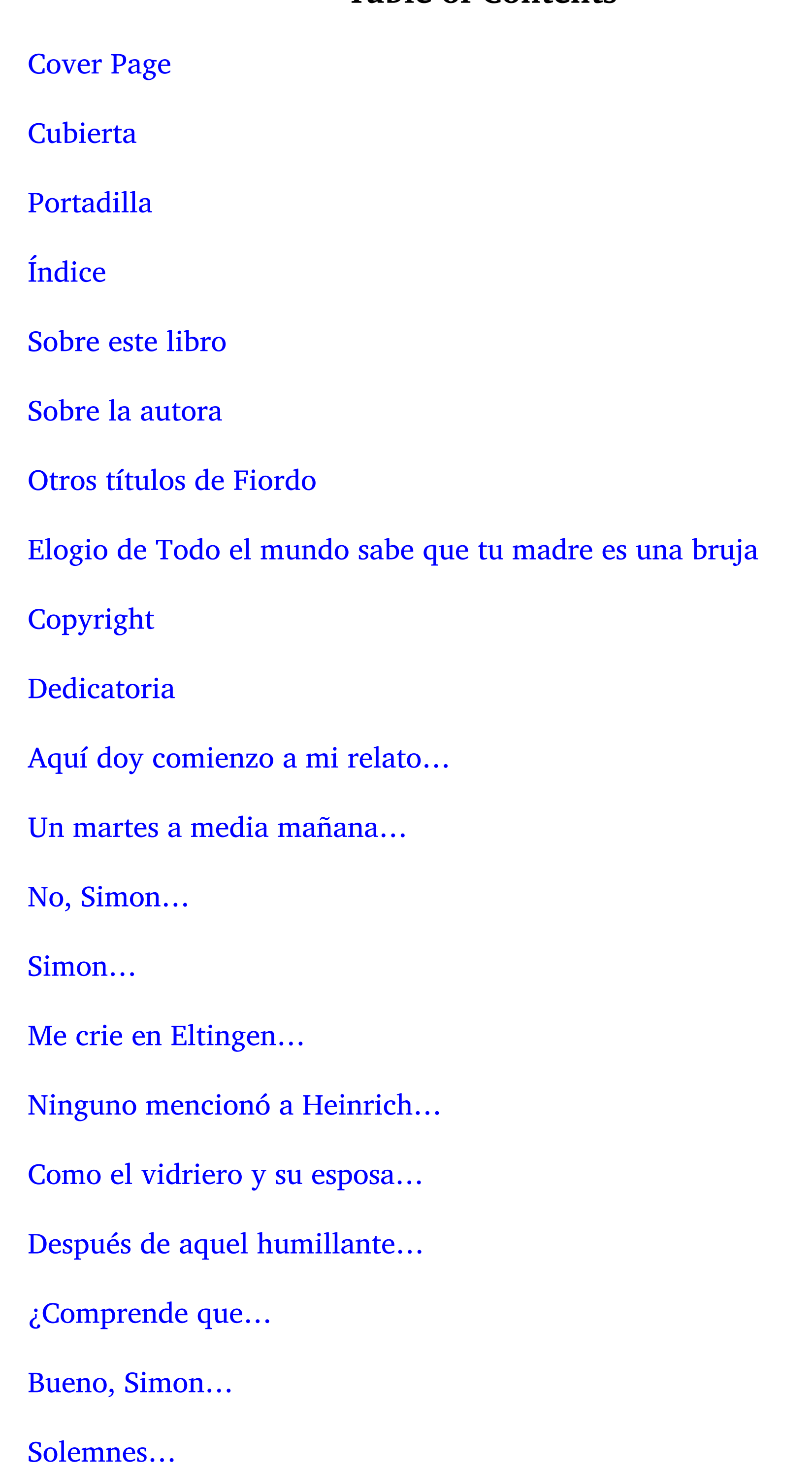
«Una de las escritoras más brillantes de la actualidad».
KATIE KITAMURA



fiordo

37

Table of Contents



TODO EL MUNDO SABE QUE TU MADRE ES UNA BRUJA

RIVKA GALCHEN

Traducción

DANIELA BENTANCUR

FIORDO

ÍNDICE

¿Comprende que…

Personalmente, no tengo demasiada fe…

Me asombra todo el gasto…

No sé cómo me sentía, Simon…

Con Katharina lejos del pueblo…

Hans está en contra de los baños…

Finalmente, Simon…

Al honorable y justo duque…

¿Comprende que…

¿Comprende que…

Aunque Greta me leía…

Fue más o menos por entonces…

Ilustre, noble y misericordioso…

Greta, me había acostumbrado tanto a Simon…

¿Comprende que…

Al estimado gobernador ducal Lukas Einhorn…

No sé qué día de la semana era…

Una persona delgada…

No me inspira confianza…

¿Comprende que…

¿Comprende que…

¿Comprende que…

SOBRE ESTE LIBRO

La anciana Katharina Kepler, madre de uno de los más célebres astrónomos de todos los tiempos, Johannes Kepler, es acusada de brujería por vecinos envidiosos. Se la culpa de envenenar, lesionar y matar animales y personas. Aunque «ni siquiera puedo ganar al backgammon», le dice ella a su vecino y tutor legal en un relato oral que recorre las peripecias de su juicio y, con ellas, el universo a menudo delirante pero también atroz de las cazas de brujas en la Europa moderna.

Todo el mundo sabe que tu madre es una bruja es ese relato, al que se suman las voces de aquel vecino, del hijo astrónomo, y los testimonios de testigos y acusadores, en una obra polifónica que se arma, capa tras capa, a partir de rumores, chismes, noticias falsas, sobre aquello escuchado y deformado en el mercado, en las calles del pueblo, en los panfletos y las panaderías, como un runrún que, al crecer en intensidad, se vuelve también más eficaz en confundir los hechos y ocultar la verdad. Pero si este libro es sobre cómo se transmiten ciertas cosas, en primer lugar la información, lo es también en un sentido más íntimo, al presentar los vínculos afectivos como formas de pasar ciertas herencias y saberes con los que plantarse ante los huracanes pasajeros de la mentira y la calumnia. Traducida al español por primera vez en esta edición, Todo el mundo sabe que tu madre es una bruja es entretenida como una novela de aventuras, de un humor sutil y una soltura literaria deslumbrante.

SOBRE LA AUTORA

Rivka Galchen nació en 1976 en Toronto, Canadá, y creció en los Estados Unidos. Estudió medicina y luego realizó un máster en la Universidad de Columbia, donde enseña escritura creativa. En 2008 publicó su primera novela, Atmospheric Disturbances, que obtuvo el William Saroyan International Prize for Fiction. La siguieron un libro de cuentos, American Innovations (2014), un ensayo breve sobre maternidad, Little Labors (2016), y una novela infantil, Rat Rule 79 (2019). Galchen escribe en The New Yorker y ha colaborado en Harper's, The New York Times Magazine y la London Review of Books. En 2015 recibió la Beca Guggenheim. Actualmente vive entre Montreal y Nueva York.

OTROS TÍTULOS DE FIORDO

Ficción

El diván victoriano, Marghanita Laski

Hermano ciervo, Juan Pablo Roncone

Una confesión póstuma, Marcellus Emants

Desperdicios, Eugene Marten

La pelusa, Martín Arocena

El incendiario, Egon Hostovský

La portadora del cielo, Riikka Pelo

Hombres del ocaso, Anthony Powell

Unas pocas palabras, un pequeño refugio, Kenneth Bernard

Stoner, John Williams

Leñador, Mike Wilson

Pantalones azules, Sara Gallardo

Contemplar el océano, Dominique Ané

Ártico, Mike Wilson

El lugar donde mueren los pájaros, Tomás Downey

El reloj de sol, Shirley Jackson

Once tipos de soledad, Richard Yates

El río en la noche, Joan Didion

Tan cerca en todo momento siempre, Joyce Carol Oates

Enero, Sara Gallardo

Mentirosos enamorados, Richard Yates

Fludd, Hilary Mantel

La sequía, J. G. Ballard

Ciencias ocultas, Mike Wilson

No se turbe vuestro corazón, Eduardo Belgrano Rawson

Sin paz, Richard Yates

Solo la noche, John Williams

El libro de los días, Michael Cunningham

La rosa en el viento, Sara Gallardo

Persecución, Joyce Carol Oates

Primera luz, Charles Baxter

Flores que se abren de noche, Tomás Downey

Jaulagrande, Guadalupe Faraj

Todo lo que hay dentro, Edwidge Danticat

Cardiff junto al mar, Joyce Carol Oates

Sobre mi hija, Kim Hye-jin

El mar vivo de los sueños en desvelo, de Richard Flanagan

Un imperio de polvo, Francesca Manfredi

No ficción

Visión y diferencia. Feminismo,

feminidad e historias del arte, Griselda Pollock

Diario nocturno. Cuadernos 1946-1956, Ennio Flaiano

Páginas críticas. Formas de leer y

de narrar de Proust a Mad Men, Martín Schifino

Destruir la pintura, Louis Marin

Eros el dulce-amargo, Anne Carson

Los ríos perdidos de Londres y El sublime topográfico, Iain Sinclair

La risa caníbal. Humor, pensamiento cínico y poder, Andrés Barba

La noche. Una exploración de la vida nocturna, el lenguaje de la noche, el sueño y los sueños, Al Alvarez

Los hombres me explican cosas, Rebecca Solnit

Una guía sobre el arte de perderse, Rebecca Solnit

Nuestro universo. Una guía de astronomía, Jo Dunkley

El Dios salvaje. Ensayo sobre el suicidio, Al Alvarez

La mente ausente. La desaparición de la interioridad en el mito moderno del yo, Marilynne Robinson

Islas del abandono. La vida en los paisajes posthumanos, Cal Flyn

Legua

Al borde de la boca. Diez intuiciones en torno al mate, Carmen M. Cáceres

El viento entre los pinos. Un ensayo acerca del camino del té, Malena Higashi

ELOGIO DE TODO EL MUNDO SABE QUE TU MADRE ES UNA BRUJA

«Una novela hermosa, tan cómica como perturbadora, escrita con esa inteligencia bienhumorada tan propia de Rivka Galchen».

Alejandro Zambra

«Me encanta Rivka y todo lo que escribe».

César Aira

«Galchen es una inventora, una fabuladora de primer orden. Esta narración es una creación rigurosa y excéntrica que explora el engaño, la desinformación, la identidad, y la naturaleza del conocimiento. (…) La historia es sinuosa y alucinatoria, llena de veneno, de chismes, de reflexiones astrológicas. (…) el mundo que crea Galchen se siente más que real. Se siente poseído».

Vulture

«Este libro de Galchen es ocurrente, pícaro, dinámico y agudo; una maravilla (…). Tiene tantos elementos admirables: cómo convertimos en monstruos a los demás, cómo la vejez hace que la feminidad parezca algo aterrador, de otro mundo (…) y es también un libro delicioso en cada línea. Deslumbrante por su humor, su inteligencia y la riqueza del mundo que crea».

Kirkus

«Esta es una novela para tener junto a tu Calvino o Ishiguro favoritos, aunque su genio especial es Rivka puro».

Francisco Goldman

«No se me viene a la cabeza otra autora tan singular como Rivka Galchen. Aquí usa su inteligencia precisa y su ingenio en una novela histórica que echa luz sobre nuestro presente. Todo el mundo sabe que tu madre es una bruja es ferozmente original, un retrato mordaz y en última instancia devastador de la pérdida y del terror, por una de las escritoras más brillantes de la actualidad».

Katie Kitamura

COPYRIGHT

Título original en inglés: Everyone Knows Your Mother Is a Witch

Primera edición en inglés por Farrar, Straus & Giroux, 2021

Tacuarí 628 (C1071AAN), Ciudad de Buenos Aires, Argentina

correo@fiordoeditorial.com.ar

www.fiordoeditorial.com.ar

Dirección editorial: Julia Ariza y Salvador Cristofaro

Diseño de cubierta: Pablo Font

ISBN 978-987-4178-65-7 (libro impreso)

ISBN 978-987-4178-71-8 (libro digital)

Galchen, Rivka

Todo el mundo sabe que tu madre es una bruja / Rivka Galchen. - 1a ed - Ciudad

Autónoma de Buenos Aires: Fiordo, 2023.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

Traducción de: Daniela Bentancur.

ISBN 978-987-4178-71-8

1. Narrativa Estadounidense. 2. Literatura Contemporánea. I. Bentancur, Daniela, trad.

II. Título.

CDD 813

Para mi familia

AQUÍ DOY COMIENZO A MI RELATO…

Aquí doy comienzo a mi relato, con la ayuda de mi vecino Simon Satler, dado que no sé ni leer ni escribir. Sostengo que no soy bruja, que nunca fui bruja, que no tengo ninguna parienta bruja. Pero desde mi más tierna infancia, tuve enemigos.

Cuando era chica, nuestra vaca Yegua, que vivía en la posada de mi padre, siempre estaba enojada y resentida conmigo. Yo no sabía por qué. No dudaría en ponerle una cinta azul de seda en el cuello si hoy estuviera aquí. Murió de fiebre de leche, lo que no fue culpa mía, aunque de chica yo creía que Yegua había muerto por mi culpa, porque ella me había pateado y yo le había dicho bruta. ¿Era mi enemiga? Lleva tiempo y experiencia ganarse la confianza de una vaca.

Ahora tengo setenta y algo. No me voy a detener ni en los enemigos ni en los amores de mi juventud y madurez. Solo voy a decir que nunca antes tuve el menor roce con la ley. Ni por pelear, ni por maldecir, ni por indecencia, ni por el más mínimo hurto. Aun así, en este juicio se me atribuye el poder de envenenar, de mutilar, de atravesar puertas cerradas, de provocarles la muerte a ovejas, cabras, vacas, bebés y viñas; incluso el de curar… siempre a voluntad.

Ni siquiera puedo ganar al backgammon, como ya sabes.

Si mi defensa fracasa, tratarán de arrancarme una confesión mediante torturas; primero, con aplastapulgares; después, con botas trituradoras; después, con el potro o algo por el estilo. Depende del verdugo que contrate el consejo. Si se apiadan de mí, me decapitarán y después me quemarán. Si no se apiadan de mí, me quemarán sin decapitarme antes. Eso les pasó a siete mujeres el año pasado en Ratisbona. Mis hijos vienen coordinando mi defensa, con un poco de ayuda.

Hay dos cosas que una mujer tiene que hacer sola: ocuparse de sus

propias creencias y de su propia muerte. Eso dice Martín Lutero. O por lo menos eso dices tú que dice o dijo Martín Lutero. Yo nací el año en que murió Lutero. Tomé la comunión católica una sola vez, por error. Mi hija Greta está casada con un pastor que dice que no hay problema. Mi hijo Hans está de acuerdo. Yo tengo a Lutero en la más alta estima. A él también lo calumniaron. Te quedo agradecida una vez más, Simon, por sentarte aquí conmigo, por escribir por mí, por ser mi tutor legal.

Este es mi testimonio más sincero.

UN MARTES A MEDIA MAÑANA…

Un martes a media mañana, en mayo de 1615, hace cuatro largos años, golpearon suavemente a mi puerta. Un muchachito pecoso, con la mirada baja, dijo que tenía que seguirlo para ir a ver al gobernador ducal, Lukas Einhorn. El chico tenía ojos claros y pantalones cortos y limpios. Afuera hacía calor. Le ofrecí vino fresco y suave, pero se sonrojó y lo rechazó. ¿Por qué me mandaban a buscar? Se lo pregunté. Dijo que era una citación oficial. Pero no sabía para qué.

Seguro recuerdas, Simon, que la primavera de aquel año fue horrenda. Las remolachas salían arrugadas, hubo pocos rabanitos. El ruibarbo, que casi siempre es una fiesta, parecía paja; lo mismo los espárragos. El invierno anterior había sido feroz. Una tarde de nieve, había aparecido una cabra en la puerta de mi casa: una mendiga, como Cristo, pensé, así que la dejé pasar, y estaba tan congelada que, cuando se golpeó la cabeza contra la mesa, se le quebraron los pelos de la barbilla como si fueran azúcar caramelizado. Conocí a un pastor de las afueras de Rutesheim al que se le cayó la nariz cuando se la quiso limpiar. Esos meses habían sido ominosos. El precio de la bolsa de harina prácticamente se había duplicado. Medio pueblo tuvo que pedir prestado en los depósitos de granos.

Pero ese martes estaba soleado. Me puse las botas, le di un beso a mi querida vaca Manzanilla y me fui sin terminar de lavar la ropa.

Y, presumida de mí, creí adivinar por qué me citaban. Te vas a reír cuando te lo cuente. Creí que Lukas Einhorn quería que lo ayudara. ¡Yo! Porque veníamos de una temporada sombría y difícil, ¿entiendes? Era el nuevo gobernador ducal y no tenía la menor idea de qué hacer. Sospeché que Einhorn quería que le pidiera a mi hijo Hans que le preparase un horóscopo, o incluso un calendario astrológico entero. Me empecé a irritar porque supuse que Einhorn esperaría que no le cobraran el trabajo. Muchos de los que se hacen llamar nobles le escriben solicitudes a Hans para que les haga calendarios astrológicos, predicciones sobre el clima, horóscopos personales. Incluso el

emperador Rodolfo le había preguntado: ¿qué dicen las estrellas sobre la guerra contra Hungría? Y ni siquiera el emperador se decidió a pagarle de una buena vez. El emperador nuevo no es mejor. Con cierta gente siempre pasa lo mismo. Tranquilamente podrían pedirle que les remiende las calzas. Para entonces, Hans ya vivía en Linz. Se había vuelto a casar hacía poco y enseñaba en una escuelita. Le habían negado un puesto en la universidad donde estudió, en Tubinga, por alguna tontería sobre la composición de las hostias, y aunque a Hans lo conocen en las cortes más elegantes, le pagan nada más que con un prestigio insustancial. En mayo de ese año, tuvo todo tipo de conflictos con impresores, y además, le estaba buscando pretendiente a su hijastra. Muchos pensaban que yo le llenaba la cabeza a Hans. Pero el hombre tenía la cabeza llena de lo mismo que Dios nos mete al resto.

Aquí, en Leonberg, me reconocen muy poco por el lugar que ocupa Hans, y está bien: ¿quién quiere despertar al demonio de la envidia? Pero supongo que venía esperando la oportunidad de rechazar un cumplido, de decir que los logros de Hans son todos mérito solo de él y no mío, aunque Hans de hecho dice (y no dejo de creerle) que la imaginación de la madre durante la gestación queda estampada en el hijo. Y Hans se parece a mí, no a su padre, que en paz descanse y todo eso. Mientras seguía al muchachito, pensaba: está bien, le voy a pedir a Hans que le haga el horóscopo, o lo que sea, al gobernador ducal; le va a venir bien a mi hijo Christoph, que recién ese año había comprado la ciudadanía y quería progresar, como había hecho Hans, ¿y por qué no? Pasamos junto a uno de los jardincitos comunales abandonados a la mutua voracidad pobladora de acianos y manzanillas. Un conejo blanco se me cruzó por delante.

En la entrada de la casa del gobernador, un albañil joven terminaba una talla en piedra del escudo de Einhorn. En el escudo había un unicornio parado en dos patas, como un caballo de guerra. Pura vanidad.

Ya en el salón de la residencia del gobernador ducal, un lugar fresco, el muchachito me invitó a sentarme junto a un faisán embalsamado con muy mal gusto y se fue enseguida. El faisán tenía ojos verdes de vidrio. Las plumas tenían un aspecto grasoso; el faisán, un aspecto malvado. Malvado por crianza, diría yo, y no malvado de nacimiento. Me dio sed. Esperé ahí, junto a aquel faisán inmóvil.

Bueno, Kath-chen, me dije, ya no eres una criatura: tienes que ser tu propia fuente de luz. Puedes decir que sí si te piden un horóscopo, o puedes decir que no, pero si dices que no, debes decirlo con cortesía.

No recuerdo cuánto esperé. Entonces entró al salón una mujer. Una mujer a la que yo conocía. Era Úrsula Reinbold. ¿La habían citado a ella también? Le caía pelo del rodete. Tenía los rizos sudados. La cara colorada. Se reía, lloraba; las dos cosas. Úrsula no tiene hijos, parece una linda mujer loba, está casada con un vidriero de cuarta categoría. Es su segundo matrimonio. Para mi desgracia, a dos de sus hermanos les va muy bien. Uno es barbero cirujano del duque de Wurtemberg; el otro, administrador forestal aquí en Leonberg. Al barbero le digo «el Barbero». Al administrador forestal, Urban Kräutlin, le digo «el Bobo». Le queda bien, ¿no? Si preguntas por Úrsula Reinbold en el pueblo de donde viene, como hizo mi hijo Hans, todo el mundo te va a decir que, de joven, Úrsula tomaba hierbas muy fuertes que le daba el boticario, con el que tuvo un amorío antes de casarse por primera vez. También saben del amorío que tuvo después con Jonas Zieher, el cobrero pecoso, antes de casarse por segunda vez. Hace poco, Zieher compareció ante el tribunal por llamar a un hombre honorable «padrino del diablo», y lo multaron con cinco pfennigs. Me estoy adelantando. Lo que quiero decir es que el hermano de Úrsula, el Bobo, estaba ahí con ella. Llevaba puesta una capa verde de caza y tenía mala postura, y las mejillas coloradas. Detrás de él estaba el bigotudo del gobernador ducal, Einhorn, todo despeinado y con una spaniel a manchas en brazos. Tenían olor a alcohol. El grupito parecía una banda de trovadores desanimados que, a la mañana siguiente, se fugan con toda la manteca.

Ya sé que piensas que no es prudente de mi parte, Simon, pero quisiera decir algo sobre Einhorn, el gobernador ducal, al que prefiero llamar «el Falso Unicornio». Él no es de por aquí. Lo trajo la maravillosa duquesa Sibila, que en paz descanse. El Falso Unicornio debía consultar todas las decisiones con Sibila. Pero pasó que Sibila se murió de repente. El duque estaba distraído contando soldados, firmando tratados, encargando puños de encaje para camisas. No estaba prestando atención a los asuntos de Leonberg, así que el Falso Unicornio usurpó poderes que tendrían que haber vuelto al duque. A ese Einhorn se le empezaron a subir los humos. Empezó a usar el pelo

largo. Se mandó a hacer un cuello nuevo. Iba por ahí diciéndole a quien quisiera escucharlo que se aburría mucho en Leonberg y que las mujeres de Stuttgart eran más atractivas. Quiero decir que el Falso Unicornio parece una nutria de río desmejorada en camisola.

Este manuscrito es para cuando haya terminado mi juicio, sea cual sea el resultado.

En la época de la duquesa Sibila, la gente viajaba largas distancias para visitar su huerto medicinal. Lo abrían con bastante frecuencia, para caminar o para las festividades. Había claveles y naranjas amargas y una uña de caballo brillante para la tos. Había rizomas aromáticos para la dentición, hierbas raras para el escorbuto. Había una planta de sésamo que Sibila mantenía cerca de unos eléboros. Las dos plantas preparadas juntas podían ayudar con algunos tipos de locura, o eso intuía Sibila. Incluso había lugar para el tártago en ese jardín. Podría seguir. Muchas mañanas, con el permiso de Sibila, me llevé algunos brotes a casa. Era una mujer de recursos. Quiero agregar que mostraba un interés considerable por mis investigaciones sobre las hierbas contra la fiebre de San Antonio. Me tomaba en serio incluso a mí, una campesina. No por Hans. Sino porque ella era una mujer de ciencia. Ahora el huerto de Sibila es prácticamente un cementerio de cabras. Einhorn lo descuidó.

Entiendo a lo que vas, Simon: no quiero hacer enemigos donde no los hay. Pero estoy exponiendo hechos simples que nadie discute sobre un hombre que, casi por distracción, como quien adopta un pasatiempo, se convirtió en mi perseguidor.

El Falso Unicornio estaba encorvado en una silla, detrás de su escritorio. Le rascaba el mentón a la spaniel mientras la arrullaba y le sonreía.

—Es curioso cuánto deja Dios para que hagamos sin su ayuda. Bueno, sean cuales sean nuestros errores, al final él tendrá que corregirlos, así que a lo mejor no importa mucho lo que hagamos. De todas formas, tiene que parecer que hacemos el esfuerzo, ¿no es cierto? —Ese sermón estaba dirigido a su spaniel. Ahí levantó la vista—. Bueno, bueno. Entonces. ¿En qué estaba? Ah, sí. Frau Kepler. Es usted, ¿sí?

Dije que sí.

—Me han informado que ha utilizado sus más que considerables poderes oscuros para hacer que esta gran esposa de vidriero —al decirlo, miró a Úrsula, que lo alentó a seguir con un gesto de asentimiento— …para hacerla llorar, gemir, encogerse, retorcerse, quedar estéril y cacarear.

—Nada de cacareos, señor —dijo Úrsula—. Pero el resto sí.

—Muy bien, entonces; olvidémonos de los cacareos, Frau Kepler. Todo lo otro.

—Fue un veneno que me dio lo que me provocó todo —dijo Úrsula—. Era un vino amargo, una poción de bruja.

—No lo interrumpas, hermana —dijo entre dientes el Bobo—. Nos disculpamos, señor.

Einhorn le estaba besando la cabeza a su spaniel. La spaniel le lamió la cara. El hombre bajó a la spaniel.

—Disculpen, es que estoy en tantas cosas… —dijo Einhorn con una nueva sonrisa—. Cuando me asignaron a este páramo, nunca pensé que habría tantas… tareas. Este quiere limosna; aquel otro quiere usufructuar tierras públicas; los carpinteros no quieren el estigma de construir la horca. ¿En qué estábamos? En esto: por la autoridad que me confiere mi cargo, solicito y exijo que quite la maldición o herida o lesión o que elabore un antídoto con los poderes demoníacos o de los que sea que hagan falta. Le doy permiso. Insisto. Para ayudar a esta pobre y buena y humilde mujer que está hoy ante nosotros.

Miré para todos lados. ¿De verdad me hablaba a mí? El faisán embalsamado con ojos de vidrio estaba en silencio. Miré a Úrsula, que se miraba el regazo.

—Esto es una tontería —dije—. Están todos borrachos.

El Bobo se levantó de su asiento y dijo:

—Vamos a dejar de decir que usted es bruja. Solo quite el maleficio. Por favor. No le vamos a pedir ninguna compensación exagerada. Solo lo que corresponde. No va a recibir ninguna oferta mejor. —Era como si estuviera regateando por unos botones—. Lo que se hace con

hechicería solo se puede deshacer con hechicería; lo investigué —dijo —. Úrsula no puede orinar sin gritar de dolor. Llora enfrente de invitados importantes. El marido dice que ya no le funciona. ¿Qué mal le hizo mi hermana? Si odia al vidriero, ¿por qué no lo ataca a él? ¿No le da lástima? Usted también tiene hijos. Ella es hija de mi propia madre…

De repente, estaba de rodillas y me tiraba de las faldas mientras me rogaba que lanzara mi hechizo inverso y me decía que Úrsula sufría muchísimo. Yo tendría que haber tenido más miedo; ahora lo sé. Pero de lo único que vi que sufría Úrsula era de manchas de grasa en la blusa y de un rodete que había que volver a hacer. Por desgracia, eso dije.

Mira, en una época, de vez en cuando, Úrsula y yo nos reíamos juntas en el mercado. Ella imitaba muy bien al quesero tartamudo, y también los sermones del pastor. Siempre se reía con maldad, ahora que lo pienso. Cuando la duquesa Sibila estaba construyendo su palacio de verano en Leonberg, contrató a muchos constructores y artesanos del pueblo. Contrató a mi propio hijo, Christoph, para que le hiciera una bañera de peltre espléndida, y por ese trabajo le pagó ciento ochenta táleros. Úrsula presionó a Christoph para que le presentara a su esposo, el vidriero, pero Sibila no contrataba a vidrieros de cuarta categoría.

—Tiene que ayudarla —dijo el Bobo—. Su Excelencia, el gobernador ducal, le ordenó que la ayude.

Úrsula lloraba, o por lo menos hacía de cuenta que lloraba, y a mí también me conmovió, como si llorara un bebé. Estiré la mano hacia ella. Tuve el impulso de arreglarle el pelo.

—Pronto te vas a sentir mejor —le dije como una estúpida.

Cuando el Bobo me oyó, se levantó tambaleándose y sacó su espada de la funda. Era una espada vanidosa, con una empuñadura que imitaba una soga, algo que encargaría un noble y después rechazaría a último momento, y dejaría al espadero en aprietos.

—Quítele la maldición, bruja sin dientes.

Tengo la mayoría de los dientes y solo perdí los más superfluos. Pero

no lo dije. El miedo por fin se había abierto camino hasta mí, donde tenía que estar. Fue como si Dios se hubiese olvidado de dónde estaba yo. Me vino a la cabeza la imagen del pulgar amputado de una mujer que vivía cerca de Augsburgo. El pulgar se le había salido cuando le aplicaron el aplastapulgares y el potro. La estaban torturando para que confesara. Como no confesó nada, la devolvieron a su celda. Al día siguiente, la absolvieron de los cargos de hechicería. Cuando los agentes la fueron a liberar, la encontraron muerta. Nadie puso dinero para el entierro.

Al contrario de lo que puedan pensar mis hijos, y aunque tenía mucho miedo, dije exactamente lo que era apropiado y nada más. Dije que estaba mal sorprender a una mujer mayor con acusaciones tan descabelladas y abominables. Y, además, no era legal. Los cargos se presentan ante un tribunal, no a punta de espada y después del mediodía, cuando se supone que una mujer mayor está en su casa. Ni siquiera tenía conmigo un tutor varón. Repetí aquello, que no tenía tutor.

En tantos años de vida, una aprende una o siete cosas.

El Bobo sacudió la espada.

Yo dije que no había hecho nada para lastimar a Úrsula y que no podía hacer nada para curarla.

—Eso no es cierto —dijo el Bobo.

—Su hermano es cirujano del duque —dije yo—. Si él no la puede ayudar, ¿por qué podría yo?

—Lo que hace el diablo solo lo puede deshacer el diablo…

—Me está pidiendo que invoque al diablo…

—Así es.

—Va a tener que llamarlo usted.

El Bobo se tropezó y le pisó la cola a la spaniel, que largó un aullido.

—Esto se está descontrolando —señaló enojado el Falso Unicornio.

Entonces levantó a la perra. ¡Qué absurdo, el peligro que me acechaba! Al mismo tiempo, el Bobo empujó la punta de la espada contra mi pecho e hizo tintinear una chuchería de peltre que me había hecho mi hijo Christoph. La tela del vestido se desgarró. Grité.

—Este pleito se está volviendo aburrido y peligroso —dijo el Falso Unicornio y dio un paso adelante—. Baje la espada, por favor —le dijo al Bobo. Entonces se dirigió hacia mí y me preguntó si no podía darles lo que querían y basta, solo un anti-hechicito; ¿tan difícil era?

Yo dije que era una pobre viuda a la que habían citado de manera negligente y sin respetar la ley.

—¿Qué ley? —dijo Einhorn, como si se despertara. De repente, se interesó mucho por un papel que había en un escritorio. Algo le había despejado la cabeza. Bajó a la perra y se acercó a mí—. Qué estupidez, qué desastre toda esta mañana. —Me inspeccionó—. Este vestido se puede arreglar fácil. —Se metió la mano en el chaleco y sacó tres pfennigs—. Esto cubre el arreglo. O lo puede arreglar usted misma. Como usted quiera. —Me abrió la puerta y me dijo que me invitaba a irme, que me invitaba con gusto. Dijo que todos teníamos que irnos. Después, a mí—: Es cierto que usted no tiene tutor. Este encuentro fue… bueno, fue nulo. Nunca ocurrió. Ante los ojos de la ley y, por lo tanto, de los del Señor, esta tarde es invisible.

Una vez, yo había salido a buscar hongos y me crucé con un alce al que le faltaba la mayor parte del asta izquierda. Una inflamación le mantenía cerrado un ojo, con una costra de pus. El alce caminaba con paso inestable. Tenía olor a levadura. Los gruñidos eran de otro mundo. A medida que ese alce avanzaba, el bosque parecía transformarse a su alrededor: las hojas de los árboles se habían convertido en ojos. Era una prueba o una invitación que se me hacía, o yo estaba a punto de morir. Entonces el alce lanzó otro mugido, más fuerte, como si se expulsara a sí mismo de su propio cuerpo. Sentí en el tobillo las cosquillas de un ajo salvaje. El alce se fue. Yo me fui a casa.

NO, SIMON…

No, Simon; no se lo conté enseguida a mi familia. No se lo conté a nadie enseguida. Ni siquiera te lo conté a ti, como ya sabes. Camino a casa, junté achicoria y se la llevé a mi vaca, Manzanilla, que tenía buena cara, sin cambios. Las horas que siguieron fueron raras, inquietantes, irreales, cotidianas. A lo mejor, lo que acababa de pasar no significaba nada. A lo mejor no había ocurrido, como había anunciado distraído Einhorn. Terminé de lavar la ropa, le di otro beso de despedida a Manzanilla y me fui a la casa de mi hijo Christoph.

—No estoy de buen humor y no quiero consejos —dijo cuando abrió la puerta—. Ni opiniones, ni observaciones, y ninguna directriz, y ninguna oposición.

Está bien, dije yo.

—De vez en cuando, uno quiere comerse una salchicha entera.

Le habían aumentado los impuestos gremiales. Lo habían anunciado en la reunión del gremio ese mismo día.

Y siguió:

—Por supuesto, como tengo poca antigüedad, dije sí señor, muchas gracias y totalmente de acuerdo, y no necesito que nadie haga de cuenta que tuve alguna alternativa.

La esposa de Christoph, Gertrauta, estaba cerca del horno y preparaba un plato sencillo de sopa con maultaschen.

—Si le dijeran que el cielo es verde, él diría sí, señor: es de un hermoso color esmeralda. —Le estaba agregando un montón de eneldo a la sopa, y yo rogaba que Christoph no se diera cuenta porque no es muy amigo del eneldo—. Les diría que es de color esmeralda y después vendría a casa a quejárseme por el precio del estaño.

—No le hace mal a nadie decir que el cielo es verde, Gertie —dijo Christoph—. Nadie se queda con hambre.

—Es un ratón de campo, mamá Kepler.

Ahí resolví sentarme a comer con ellos sin decir nada sobre mi encuentro con la Mujer Loba, el Bobo y el Falso Unicornio. Quería sacármelo de la cabeza.

Sin embargo, pronto tuve que cuestionarme esa decisión. Aquel mismo día, Gertie había leído un panfleto sobre los nuevos juicios contra brujas celebrados en Eltingen.

—A las tres mujeres las ejecutaron juntas, todas sobre una sola plataforma. De esa manera, al pueblo le sale más barato. Pero no contratan a un matarife cualquiera: le pagan a un verdugo de verdad. —A Gertie le encanta enterarse de que hubo un tacaño al que, cuando murió, le encontraron el corazón guardado en un cofre, junto con sus joyas. De que una monja se casó con el moro que la raptó. Lee cualquier panfleto que encuentra. Eso hace que no me moleste no saber leer—. Dos de las tres ejecutadas se llamaban Bárbara —dijo.

Christoph no estaba escuchando, por suerte. Tenía una pila de recibos y los iba hojeando, irritado, entre sorbos de sopa. Su hijita Agnes, de seis años, jugaba a mover habas de aquí para allá con una cuchara.

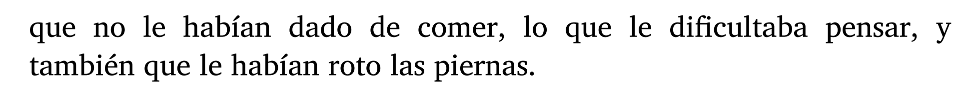
—¿Dos Bárbaras? —dije yo para tratar de aportar algo a la conversación—. Ese nombre debe traer mala suerte.

—Puede ser —dijo Gertie con el ceño fruncido.

—¿Quién es Bárbara? —preguntó Agnes desde el piso.

—Ah, hay un montón de Bárbaras —dijo Gertie—. No te preocupes.

Gertie me contó que al verdugo, un tal Jeronimas Breuning, lo habían contratado por esa vez, pero que trabajaba habitualmente en Norlinga. Este tal Breuning al final les permitió hablar a las mujeres por última vez, «que es lo que corresponde, ¿sabe? No se puede liquidar a alguien sin dejar que diga nada, como hacen algunos matarifes». La primera Bárbara rogó que alguien cuidara a sus hijos. No se acordaba de qué era lo que había confesado. Dijo que no tenía trato con el diablo. Y


que no le habían dado de comer, lo que le dificultaba pensar, y también que le habían roto las piernas.

—Esto es como comer flores —dijo Christoph.

—No tiene eneldo —mintió Gertie.

—¿La Bárbara lloró? —preguntó Agnes.

—En el panfleto no decía —dijo Gertie.

—¿Por qué te crees todo lo que lees, Gertie? —dijo Christoph—. ¿No era que esa Bárbara estaba de pie? Si estaba de pie, entonces no tenía las piernas rotas…

Gertie lo desestimó con un gesto de la mano.

—Mamá Kepler, quiero que oiga esto, porque esto es lo que quería contarle en realidad. La primera Bárbara confesó haber hecho una sola cosa mala en la vida. Dijo que le había puesto a su hijita un polvo para parásitos en el pelo y que el polvo era demasiado fuerte y que había matado a la criatura…

—¿Qué criatura? —preguntó Agnes.

Gertie siguió un poco abruptamente:

—Le había puesto aquel polvo por consejo del boticario. ¿Se imagina? Ahora, si el corazón no se le ablanda así por esa mujer…

—¿Tú conocías a la Bárbara? —preguntó Agnes.

Gertie le dijo a Agnes que no, que la Bárbara había vivido fuera del pueblo, del otro lado de las granjas de Metzger, y que decían que nunca había sido muy de integrarse en la comunidad ni de ir a bodas.

—Pero sí reconocí a la segunda Bárbara. Vendía jabón en el mercado. Una mujer rara, con olor a pickles. Cuando le tocó hablar, lo único que dijo fue que Dios la conocía. Que Dios la conocía y que ella conocía a Dios, y que no había más palabras por decir. Está bien, pero ¿a quién no conoce Dios?

Christoph bajó los recibos.

—¿Hay mostaza, Gertie? Esto no es sopa: es un prado para las ovejas.

Yo dije en voz baja que el eneldo era muy bueno para la fertilidad y también para los huesos. Gertie trajo la mostaza.

Y entonces me dijo que estaba por llegar a lo que para ella era la parte buena.

—La tercera mujer era pelirroja —dijo—. Usted sabe cómo son a veces. La pelirroja dio todo un espectáculo. Se subió a la plataforma riendo y diciendo que el verdugo parecía un moscardón.

Simon, me imagino que eres como yo y que siempre evitaste las ejecuciones, pero he oído que todos los verdugos usan ropa cara y de colores brillantes; ganan muchísimo dinero y lo muestran.

Gertie prosiguió y dijo que entonces la pelirroja reidora confesó haber matado diecisiete mulas, cuarenta y tres gallinas, seis cabras. Había enfermado a ochenta y seis reses, de las cuales habían muerto setenta y una. O los números eran más o menos esos. Además, se hizo responsable de la muerte de once bebés. Había conocido al diablo mientras cuidaba ovejas. El diablo iba vestido de verde. Llevaba un sombrero de lana negra muy fino, con una pluma muy poco común, y era el hombre más hermoso que ella había visto nunca. Resultó que ese amante diabólico era un desalmado, pero le había hecho promesas.

De repente, sentí mucho cansancio. Agnes pidió más sopa y yo se la fui a buscar.

—La pelirroja discutió un solo punto de su condena. Dijo que nunca había bailado en ningún aquelarre de brujas. No le gustaba bailar y siempre había estado en contra del baile.

—Ajá —dije yo.

—Que digan lo que quieran, pero a mí me encanta bailar —dijo Gertie.

Christoph raspaba con la cuchara el fondo del tazón.

Agnes se había mojado el vestido con sopa.

Christoph dijo:

—Las únicas preguntas importantes son cuántos táleros les confiscaron a esas mujeres y a dónde fueron a parar esos táleros.

Cuando Christoph y Gertie se casaron, se los consideró una buena pareja, y la belleza de Christoph contribuyó a ese veredicto. Tenemos que ser sinceros y recordar que, más allá de todas sus cualidades, Christoph era el hijo de una viuda con pocos recursos. Había sido jornalero. Con una celeridad admirable, el padre de Gertie, que era peltrero, había metido a Christoph en el gremio. Quiero agregar que Christoph no lo decepcionó. No quiero hablar mal de mi nuera. Pero no me pude tomar la sopa. En toda la charla, no había podido tomar más que un sorbo.

—¿Está inapetente?

La leche de mi vaca Manzanilla había venido particularmente gorda los últimos días, dije. Tanto calor para la época del año me había quitado el apetito, dije. Ah, y la sopa tenía un olorcito delicioso. Por mi parte, me encantaba el eneldo, que además era bueno para la sangre. Supe que en un rato me iba a arrepentir de mi abstención. Le pregunté si me podía prestar aguja e hilo. Cosí la parte del vestido que me había rasgado el Bobo.

SIMON…

Simon, te imaginarás lo que fue irme de esa cena tan angustiante y absurda. Y cuando volví a casa, me esperaba Jerg Hundersinger. Dieciocho meses antes, yo le había prestado veinticinco táleros a un interés del cinco por ciento. Ahora venía a verme con una canasta llena de damascos y un puñado de asperillas. Así fue como supe, antes de que hablara, que no iba a hacer el pago. A nadie le gustan los prestamistas. A nadie le gustan los deudores. No ha sido sencillo ser viuda durante tantas décadas. Es triste que haber heredado la casa de mi querido padre haya sido para mí una suerte.

Le ofrecí a Jerg algo fresco de beber.

Él dijo no, gracias.

Era la segunda vez en el día en que alguien rechazaba un refresco que le ofrecía yo.

Pero Jerg aceptó tomar asiento.

—Me enteré de que uno de los porquerizos se encontró dos bolsas llenas de harina de primera. En el bosque occidental —dijo—. Buena manera de robar.

—La suerte de los bosques —dije yo.

—¿Así lo llamarías?

Me comí un damasco. Estaba agrio y sabía a lavanda. Volví a ofrecerle a Jerg algo de beber. Afuera hacía calor. Jerg transpiraba.

No contestó a mi ofrecimiento de refresco.

—No te puedo pagar este mes —dijo.

Yo dije que no me sorprendía.

—Pero puedes contar conmigo —dijo—. Antes de que termine la vendimia.

Yo tenía la cabeza en otra parte. Lejos estaba de saber que muy pronto mis gastos se irían por las nubes, los ingresos de mis campos se congelarían, mis magros bienes (mi casa) terminarían confiscados.

—Qué curioso lo del porquerizo y las bolsas de harina —dijo Jerg—. A mí nunca me pasó eso de encontrarme dos bolsas de harina de primera en el bosque. Nunca me encontré ni un lazo. Nunca encontré ni una moneda.

—Yo una vez encontré una llave —dije.

—¿Una llave de qué?

—Fue cuando era chica. Enseguida la volví a perder.

Jerg se comió tres damascos de los que había traído.

—Yo nunca tuve ese tipo de suerte —dijo—. Nací con un pulgar de más, sabes.

Me mostró el pulgar que le sobraba. Yo ya lo había visto, por supuesto. Aunque no le había dedicado casi ningún pensamiento. Cualquiera pensaría que un dígito de más sobresaldría y llamaría la atención.

Jerg dijo:

—A cualquiera le daría tristeza perder un dedo, y hasta lo perjudicaría perder un pulgar, claro. Pero lo único que me ha traído este pulgar son problemas. Cuando era un poco más joven, pensé en pedirle al barbero que me lo cortara; incluso al carnicero. Al final, me faltó coraje.

—Tu panadería es excelente, Jerg —dije yo. Me daba cuenta de que no estaba bien de ánimo—. Igual que la de tu padre. Sus pasteles de huevo eran supremos. Igual que los tuyos.

—El negocio está estancado en una sequía interminable —dijo—. Quizá sea por el pulgar.

—Yo creo que es por el precio de la harina.

Jerg se terminó los dos damascos que quedaban. Por mí, no había problema. Vi por la ventana que pasaba la hija mayor del herrero. Jerg fue hasta la ventana y golpeó el vidrio con suavidad.

—El panel es muy claro —dijo—. Muy linda calidad.

No era de linda calidad. Lo había hecho Reinbold, el vidriero de cuarta categoría, años atrás, cuando todavía compartíamos algún que otro trago con Úrsula, la Mujer Loba, que me preguntaba por los contactos de Hans, que me elogiaba por cómo tejía, que me mostraba qué polvo de hongos creía ella que curaba todo en ese entonces.

—¿Por qué rechazaste el refresco? —le pregunté a Jerg.

—No tengo sed —dijo él.

—¿Qué opinas de Reinbold el vidriero? —Jerg no contestó enseguida —. ¿Qué opinas de la esposa del vidriero?

Me miró.

—Tú sabes que el hermano ahora trabaja para el duque. Es médico.

—¿Le tienes miedo a Úrsula Reinbold?

Negó con la cabeza.

—Son gente a medio formar; no sé si me entiendes. Son gente con hambre espiritual. —Juntó los dedos y los estrechó.

—¿Me tienes miedo a mí?

Jerg suspiró.

—Kath, mi esposa me llama diablo por lo menos tres veces por día. ¿Tú crees que me meto las manos bajo el sombrero para ver si tengo cuernos? El mundo está corrompido. Algunos tenemos mala suerte. Tres años de malas cosechas. Yo no hice nada malo. Sospecho que tú tampoco hiciste nada malo.

—¿De qué me acusan?

—Los que no hicimos nada malo somos los que nos metemos en problemas. Yo no los escucho, pero hay algunos que sí, Kath. Gente a medio formar, como dije. Y gente codiciosa. Y gente demasiado orgullosa para pedir prestado. Gente envidiosa. Ya sabes: los monstruos de siempre. Lamento decirlo.

El rato en el ayuntamiento no había sido ningún sueño. Lo ilusorio había sido la sensación de irrealidad de aquel día. El pronunciamiento que había hecho el gobernador ducal, aquello de que lo que había pasado no pasó… no fue así.

ME CRIE EN ELTINGEN…

Me crie en Eltingen, donde ejecutaron a aquellas dos Bárbaras y a la otra mujer. Nunca tuve ninguna relación con esas mujeres, Simon; quiero que quede claro. Me mudé a Leonberg a la edad de nueve años. No miro por encima del hombro a los habitantes de Eltingen, ni a mi nuera, que también es de allí. Mi hermano, Jeremías, es un granjero acomodado y sigue viviendo ahí. Dicho esto, no es un detalle menor que el río Glems, que atraviesa Leonberg con tanta holgura, dé un giro incómodo a la altura de Eltingen y se vuelva más angosto y feroz antes de volver a ensancharse luego, lo que le presta a toda la zona una atmósfera algo perturbada. Ya de chica me daba cuenta. Varias veces me crucé con apariciones en el bosque, pero, como era una criatura, no entendía lo que veía. Las caléndulas que crecen en ese sector del Glems tienen hojas chicas y casi nada de perfume. Allí las lágrimas de Job también crecían en abundancia. ¿Sabes cuáles son las lágrimas de Job, Simon? Son unas plantas raras, sin flores, y he visto a caminantes hacer rosarios con sus semillas, que son duras; tampoco es que los rosarios les den paz: siguen siendo una banda de ansiosos inquietos. Dios escribe el Evangelio no solo en la Biblia, sino en los bosques y en las estrellas, según Lutero. A algunos les preocupa haber nacido con mala estrella. A mí no. A mí me preocupa haber nacido en un mal lugar.

Volví apurada a lo de Christoph y Gertie y Agnes; me sentía una tonta y estaba avergonzada, y les conté lo que me había pasado. Tenía la esperanza de que se rieran de esta vieja y de que dijeran que aquel incidente no era nada. Christoph dijo:

—Ese vidriero es un imbécil, un haragán despreciable, un tonto imbécil entre los imbéciles con menos corazón que el pececito más minúsculo. Te apuesto mil táleros a que esa pulga sin talento está en el medio de todo esto.

Por supuesto, el vidriero Reinbold ni siquiera había estado presente en lo de Einhorn.

—Pero ¿quién le metió en la cabeza esa idea a la tonta de la esposa? —siguió Christoph—. Esa pulga. Viene hablando mal de mí cada vez que puede desde que se perdió un encargo de la duquesa. ¿Yo soy la duquesa, acaso? No. Reinbold le dijo al pescadero que soy demasiado temperamental. ¿Temperamental, yo? Y claro que se lo dice al pescadero, porque trabaja con todo el mundo y no tiene inhibiciones. Ese bicho insignificante quiere arruinarme el negocio justo ahora que pedí un préstamo para pagar esta casa. ¡La duquesa Sibila se murió! Si no pude conseguirle un encargo en ese entonces, cómo demonios le puedo conseguir un encargo ahora. No sé qué deberíamos hacer, mamá.

A Christoph lo han mandado al tribunal más de una vez por lenguaje inapropiado. Al final, nunca fue para tanto. Las dos partes se encontraron; quedó como si las palabras nunca hubiesen sido dichas; se cobró una multa que fue a parar a las obras públicas, y los dichos deshonrosos ni siquiera quedaron asentados en los documentos judiciales, según me dijeron. Una reconciliación razonable. Cuando se hace con personas honorables.

—Deberíamos hacer una denuncia por calumnias —dijo Gertie.

—Una que yo sé siempre cree que es la que fabrica las salchichas —dijo Christoph.

—Mamá hace muy buenas salchichas —dijo Agnes.

—No dije nada sobre salchichas —dijo Gertie—. Lo único que digo es esto: tienen que hacer la denuncia por calumnias. Al gremio no le va a gustar tener un miembro sospechado de ser hijo de una bruja, eso te lo aseguro.

—Y yo te aseguro que Einhorn no quiere que le recuerden que, una mañana de borrachera, anduvo haciendo acusaciones por fuera de la ley —dijo Christoph—. Quedó como un completo incompetente, dada la situación. Incluso como un delincuente. Y estamos obligados a hacer la denuncia en su despacho; ¿cómo va a salir eso? Nos va a convertir en salchichas a nosotros. Va a ser un gran picnic con salchichas de Kepler.

—No vamos a acusar a Einhorn —dije yo.

—Pero todo cierra, mamá…

Gertie dijo que, con salchichas o sin salchichas, de ninguna manera podíamos no hacer una denuncia por calumnias, porque ella había leído un panfleto…

—No quiero saber nada de tus panfletos…

—Con Dios y mamá Kepler como testigos, les voy a hablar sobre este panfleto —dijo Gertie.

Había una anciana en Sindelfingen, Gertie sabía de ella, era una historia real y a aquella mujer, conocida como la esposa de Martin, le había parecido que responder a las acusaciones de bruja era rebajarse. Las acusaciones las habían hecho personas muy por debajo de la posición social de ella, decía; eran ridículas y ella no iba a darle entidad a su villanía con una respuesta formal; por ese lado iba. Eran dos jóvenes cuidadoras de ancianos del lugar donde vivía ella las que hacían las acusaciones. Y, a pesar de que la esposa de Martin estaba por encima de todo eso… se encontró en medio de un juicio. ¿Y qué fue lo que les pareció más sospechoso a los jueces durante el juicio? Que la esposa de Martin nunca se había quejado de que la llamaran bruja.

—¿Y qué le pasó? —preguntó Agnes.

—Le clavaron la cabeza en una pica y la pusieron en el límite del pueblo. Los chicos le lanzaban piedras a la cabeza.

—Por favor, Gertie —dijo Christoph.

Para ser sincera, los aportes de Gertie fueron de lo más informativos.

—Solo la pueden torturar para que confiese si hay dos acusadores suficientemente confiables, no uno solo —dijo—. No creo que el Bobo cuente; nunca dijo que le haya hecho nada a él; solo a la hermana, ¿no? Ahora, si tiene alguna parienta que también sea bruja, eso sí que es un problema. No tiene parientes así, ¿no? Si tiene, creo que pueden torturarla para que confiese desde el primer momento pero…

Agnes dijo:

—Yo también sé cosas de brujas.

—Afuera, Agnes —dijo Christoph.

—El hijo del carnicero me dijo que soy una bruja de una familia de brujas —dijo Agnes.

—¿El hijo de cuál carnicero? —preguntó Christoph.

En ese momento, golpearon a la puerta; un ruido terrible. Se me vino una imagen a la cabeza: que cortaban mis viñedos, que estaban arruinados y sangraban.

Mi hija, Greta, no parece mayor de doce años ni por un día, Simon, pero tiene más de treinta, aunque todavía no tuvo hijos, por más que probó muchos remedios; pero el marido, el pastor Binder, se niega a tomar semilla de hinojo, y Greta no lo presiona. Greta no se parece en nada a mí. En Leonberg ya había escuela para mujeres cuando ella tuvo edad de ir. Yo le preparaba una galleta con trocitos de tocino todos los días. Cuando era chica, me dijo que era muy amiga del número ocho y que también se había encariñado con el once. A Greta le faltan la infelicidad y las dificultades que tanto me han ayudado a mí en la vida, Simon. Ella piensa bien del mundo y de todos los que lo habitan. Su padre se fue a buscar fortuna como soldado cuando ella era demasiado chica como para recordarlo, así que por lo menos tiene eso a favor.

Resultó que el golpe en la puerta no era ni de un hombre lobo, ni de un guardia imperial, ni de un mendigo. Era Greta. Me abrazó.

—En el fondo, sé que todo va a salir bien —dijo.

—¿Esto ya salió en algún periódico? —preguntó Gertie.

—Oí una conversación de los hijos del curtidor, en el mercado —dijo Greta—. Vine corriendo.

—Estás demasiado flaca —le dije yo.

—Es la época del año, mamá —dijo ella.

—Cuando la cintura es estrecha, la sangre no corre bien —dije yo,

pero no me prestó atención.

—Todo el camino, mientras venía corriendo, pensaba que no podían haber querido decir bruja cuando dijeron bruja. A lo mejor no les caes bien o te tienen miedo, o estaban borrachos, pero no les demos de comer a los problemas. Si los abordamos con amor, si vemos en ellos el reflejo de Dios…

—Entonces sabrán con certeza que somos débiles —dijo Gertie.

—Si nos conducimos con cortesía, ellos se conducirán con cortesía —dijo Greta—. Lo creo de verdad. Si mostramos bondad y perdón, ellos también.

—Qué idea más demente —dijo Christoph—. Pero seguro invitaría a nuestros enemigos con una ronda de pasteles y cerveza si pensara que eso podría ayudar. A eso iba antes de que llegaras.

Yo pregunté:

—¿Nadie quiere saber qué piensa la bruja?

Ninguno se rio; ni siquiera me ofrecieron media sonrisa. Greta dijo que esperaba que yo no hiciera ese tipo de comentarios frente a otros, que no fuera algo que hiciera a menudo, ¿o sí? Dije que no, que no hacía eso.

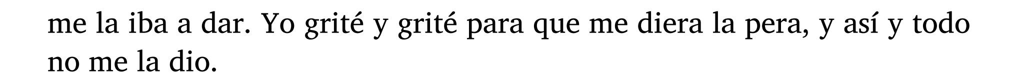
—¿Pero qué está pensando? —me preguntó Gertie—. ¿Será que está pensando que tendríamos que pedirle consejo a Hans?

No era lo que yo estaba pensando.

—Meterlo a Hans en esto puede salir mal —dijo Christoph.

—Hans atrae la envidia —dijo Greta en voz baja—. La gente piensa cosas raras de él.

—Es más que eso —dijo Christoph—. Recuerdo que, cuando yo tenía cuatro años, le pedí a Hans que me diera una pera de las nuestras, ¿y saben qué hizo? Dijo: No es una pera, es una manzana. Yo le volví a decir que quería una pera. Él volvió a decir que era una manzana, no una pera, y después me dijo que, si usaba la palabra correcta, entonces


me la iba a dar. Yo grité y grité para que me diera la pera, y así y todo no me la dio.

Gertie dijo:

—Christoph, nadie entiende por qué cuentas eso…

—A lo que voy es a que él no cede.

—¿Y tú cediste?

—¡Yo tenía cuatro años!

—Sigo confundida: ¿era una manzana o era una pera?

—¿Ves? Por más que esté a kilómetros y kilómetros de distancia, te lleva a hacer las preguntas equivocadas sobre una pera.

—Sobre una manzana.

—Y esta no es una situación en la que no haya que ceder. Greta, mamá: por favor, díganle a Gertie que tengo razón sobre Hans. Todo mi respeto por Hans. Es mi hermano mayor. Pero se abrió paso en el mundo de la manera fácil, con sus estudios. Nosotros somos los que nos quedamos y hacemos lo que podemos. Ahora empiezo a pensar con claridad. Cuando uno quiere sacarle una salchicha de la boca a un zorro, no le da pelea al zorro. Esta es una situación en la que hay que sacarle una salchicha de la boca a un zorro.

NINGUNO MENCIONÓ A HEINRICH…

Ninguno mencionó a Heinrich. Hans, Christoph y Greta siguen todos aquí. Tuve un cuarto hijo que también llegó a adulto pero que ahora está en el cielo. Tú nunca conociste a Heinrich, ¿no, Simon? Christoph no le echó la culpa a Heinrich. Greta tampoco. Ni siquiera Gertie, tan frontal, oscureció su nombre. Nadie de nuestra familia le atribuye culpa a Heinrich. Ni siquiera, últimamente, Hans. Mi hijo Heinrich no es la fuente de esas acusaciones. Pero como, desde entonces, cada vez más enemigos, con toda malicia, hicieron todo un despliegue de los últimos meses de Heinrich, me gustaría describir claramente los tristes detalles que rodearon el regreso de mi Heinrich a Leonberg. Eso fue el invierno previo a que me acusaran.

Para eso hace falta decir algunas palabras más sobre el hermano de Úrsula, el Bobo.

Durante estos tres últimos años tan difíciles, el Bobo, en su calidad de administrador forestal, redujo a la mitad el cupo permitido legalmente para la caza de venados. También recortó los permisos para la caza de jabalíes. Hizo todo eso a pesar de que las heladas habían arruinado las parras no solo en las montañas, sino también en los valles, e incluso a pesar de que los leonbergueses estaban muy ajustados para comprar leña con la que calentar sus hogares. Al cordelero le hicieron una multa por servirles un humilde café de bellota a unos invitados, porque el Bobo lo acusó de recoger las bellotas ilegalmente, aunque se tratase de una interpretación excéntrica y extrema de las leyes de pastoreo. El Bobo encarceló a la viuda Kircher, que volvió con colmenillas de bosque en los bolsillos poco después del toque de queda. Hay muchas historias como esas. Es desalentador enumerarlas. Cuando recojo ramas para calentar el corral de Manzanilla, mi vaca, hago tandas muy reducidas y solamente al mediodía.

Durante toda esa época de austeridad y codicia, el Bobo se mandó a hacer dos capas nuevas. Una es de un lino muy refinado que brilla a la luz. La otra es de lana, aunque mal aplicada sobre una piel de gato, un

toque de falsa distinción. Esto lo sé por el sastre Schmidt, que tanta aflicción trajo más adelante.

Heinrich era ancho de hombros, y un hombre de buen ver, y tenía un lunar en la mejilla derecha. Tenía un espíritu aventurero que no encajaba bien con su vida real, igual que su padre, por quien le habíamos puesto el nombre. Heinrich tenía manos y pies grandes; un andar hermoso, equilibrado y fuerte. No le cuadraba ser aprendiz del tundidor, un arreglo que hice yo. Tuve que pagar todas las telas mal cortadas. Cuando fue aprendiz de albañil, al principio anduvo mejor. Pero terminó en los tribunales por pelear. A Heinrich no le gustaba que lo corrigieran, ni que lo retaran, ni que estuvieran en desacuerdo con él, ni caerle mal a nadie, ni, en realidad, que le dieran instrucciones o lo supervisaran; a veces ni siquiera le gustaba que le hablaran. Esas cualidades van bien para un emperador. Heinrich era excelente trillador. Aunque tenía la costumbre de dormir en el campo. A los dieciséis, huyó para hacerse soldado: otro parecido con el padre.

Prefiero no hablar de cosas tristes. Pero se ha dicho que los Reinbold no fueron los primeros en llamarme bruja, que antes que ellos lo hizo Heinrich.

De lo que hablan es del invierno de 1614. Ahora parece que fue hace tanto… Fue el invierno en que Einhorn y el Bobo, los dos recién designados en sus cargos y los dos particularmente estúpidos, mandaron agentes para que vigilaran el bosque y protegieran las castañas. Las acumulaban solamente como alimento para los chanchos de la nobleza. El hijo de mi sobrino fue preso por cavar y recoger orejas de fraile. Esos mismos agentes también contabilizaban y vigilaban la caza de venados. No, Simon, no estoy repitiendo algo que ya dije: estoy siendo clara.

Heinrich había estado fuera de Leonberg unos veinticinco años cuando volvió ese invierno. No envió ningún mensaje de aviso. Sus dos hijos seguían en Praga, según la esposa, que tampoco lo había visto ni había oído una palabra de él en años. Pero cuando Heinrich llegó a mi casa un viernes por la tarde, no me sorprendí. Yo sabía que estaba vivo. Me faltan palabras para explicarlo. La víbora, nacida de un huevo, en soledad, sabe atrapar su presa. Así es como fue. El abrigo de Heinrich estaba raído y sucio; la cara de mi hijo tenía un aspecto irregular.

Tenía hambre. Mi corazón era el de un gorrión en primavera.

Yo había dejado un pan de escanda en el horno de Rosina Zoft. En esa época, ella me permitía usar su horno, del mismo modo que les permite a tantos otros usar ese horno. Fui a lo de Rosina (ahora sé que es sugestionable y desalmada) a buscar mi pan para poder ofrecérselo a Heinrich. Rosina dijo que ver a Heinrich Kepler de vuelta en el pueblo era tan esperable como ver una tormenta de nieve en agosto. No le presté la menor atención al comentario. Ni siquiera supe qué había querido decir. Además, estoy acostumbrada a sacarles la salchicha de la boca a los zorros, como dice Christoph. En casa tenía manteca que ofrecerle a Heinrich. Y manzanas. Pero quería darle algo de leche. En ese momento, mi querida Manzanilla estaba seca. Le tuve que pedir leche a Rosina. Rosina es la esposa no de Jerg, el panadero de seis dedos, sino de Martin Zoft, el panadero de ojos negros. Me dio la leche, a regañadientes. Dijo que no era la mujer rica que tantos creían que era y que, cuando todo el mundo viene a pedir día por medio, hasta el más santo tiene un solo hígado para dar. Yo no le interrumpí las quejas. No soy buena para mendigar. Soy demasiado orgullosa. ¿O será que no tengo suficiente orgullo?

Tiempo después, sufrí mucho por haber mendigado esa leche. Rosina fue de las primeras en empezar a sumarse a mis enemigos, como ya sabes.

Le di a Heinrich todo lo que tenía.

—Esto no es nada, mamá. Necesito carne.

Le prometí que le iba a conseguir la mejor carne que pudiera lo antes posible.

Heinrich se sentaba a mi mesa callado y de mal humor. No era fácil entenderle las historias. Se quejaba de que los cortes de ropa de los españoles eran para personas delgadas. Incluida la ropa de soldados. Decía que las canciones de los gitanos eran irregulares pero que, igualmente, todo el mundo se congregaba para cantarlas o escucharlas y no le prestaban atención a él cuando había un gitano a menos de un kilómetro a la redonda. También decía que los dulces gitanos no eran nada dulces y que su mazapán era amargo. Odiaba los palos para tocar el tambor incluso más de lo que odiaba a los gitanos. Los palos le

dejaban la piel en carne viva y era imposible encontrarlos antes del mediodía. Los palos seguían cargando con el espíritu de las dríadas de los árboles vivos, decía, espíritus que nunca lo habían ayudado a él, nunca habían respondido cuando él llamaba, nunca lo habían protegido. Y estaba cansado del frío. A donde fuera y cuando fuese, hacía frío. El frío era un demonio. Y peor que el frío eran los monjes, que servían a un dios falso y les negaban ayuda a los soldados nobles y cansados.

Conseguir carne no fue fácil. Por fin, logré apropiarme de una pata de cabra. Cuando le pregunté a Rosina si podía volver a usarle el horno para la pata de cabra (todo el vecindario le usa el horno; en eso consiste ser la esposa del panadero), me gritó, incluso mientras metía la cabra en el horno de un empujón, sin el menor cuidado. Cuando llegué a casa, Heinrich también me gritó.

Él no estaba bien. Cuando dormía, rechinaba los dientes. Nunca había hecho eso de chico. Por la noche, caminaba de un lado para el otro. Después, casi todas las mañanas me encontraba con que él ya había salido. Yo no sabía a dónde. Más tarde, llegaba a casa y me lo encontraba sentado a la mesa tranquilo, afilando un cuchillo. En esos momentos, me hablaba con cariño y tristeza. Hacia el final de la semana, se mudó a la casa de su hermana, Greta. Murió allí unas semanas más tarde, tras días de fiebres y confusión.

Heinrich nunca me llamó bruja, ni siquiera en medio de sus confusiones más intensas. La gente oye lo que tiene ganas de oír. ¿Y a las políticas de quién se debió la escasez de carne, para empezar? El Bobo es peor que un tonto. Yo nunca le hice nada malo a su hermana, la que asistió a muchos banquetes de boda, la que nunca parió hijos. Nunca le hice absolutamente nada malo. Mientras tanto, el Bobo asesinaba a Heinrich. Lo asesinó al acaparar las reservas de venado y jabalí. Y ahora Rosina trabaja para asesinarme a mí, por medio de rumores malintencionados. Los avaros vapulean al mundo en su esfuerzo por quedárselo, decía Martín Lutero. Lutero también habló sobre los que vapulean al mundo en su lucha por renunciar a él, pero de ese problema, Úrsula Reinbold y su gente no tienen ninguna comprensión.

Quedó decidido que había que presentar una denuncia por calumnias

contra Úrsula y su hermano el Bobo lo antes posible. Cuando digo que quedó decidido, más bien debería decir que yo lo decidí. Le dije a Christoph que entendía muy bien la lógica de decir que el cielo es verde para darle el gusto a alguien pero que no le veía el valor a decir que yo era una bruja para darle el gusto a nadie. Las alegres súplicas de Greta las ignoré completamente. Gertie estaba de mi lado. Pero no podía hacer la denuncia yo sola, y tampoco lo hubiese querido.

Christoph acordó en ir conmigo al tribunal en calidad de tutor. Su sensación era que, como tercer hijo, si había que mover estiércol, él era el que lo tenía que mover. Si había que privarse de comer una salchicha, él era el que se iba a privar de comerla. No se quejaba: era sincero, dijo, y yo coincidí con él. No me enorgullece decir que por el camino se nos cruzó otro conejo. ¿Fue un mal augurio? Christoph trató de patear a aquel animal inocente, pero el animal fue más rápido que él. Entonces a Christoph lo picó una abeja. Maldijo al Señor, pero desde luego no lo hizo en serio.

Cuando llegamos al tribunal, delante de nosotros había un campesino muy bajo que estaba presentando una denuncia. Incluso al día de hoy, veo a ese hombre en mi cabeza. Tenía los ojos húmedos. Las manos le temblaban. Tenía los dedos ampollados. Probablemente le hubiera venido bien una cataplasma de matalobos.

Un funcionario transpirado le pidió al campesino que por favor hablara más alto.

Sobresaltado, el hombre dio un pasito atrás.

No reconocí al funcionario. Tenía las mangas raídas pero llevaba un jubón oscuro, espléndido, y un pañuelo verde brillante con una violeta bordada.

El campesino susurró más alto, con cierta emoción. Explicó que, en un arranque de furia, su empleador, un tal Basilius Beserner, le había quitado el gorro de la cabeza y lo había arrojado frente a los chanchos. Los chanchos estaban de camino al mercado y…

—Lo que haga un hombre con su gorro no es asunto de esta oficina —dijo el funcionario con un suspiro. Se pasó el pañuelo por la frente—. Esto excede el ámbito…

—El gorro era mío —dijo el susurrador.

—¿Él llevaba puesto un gorro que era de usted?

—Yo tenía el gorro en la cabeza, señor.

—Volvamos a empezar desde el principio —dijo el funcionario.

El hombre estaba al borde de las lágrimas.

—Me llamo Lucas Banft. Soy porquerizo por temporada para el señor…

—A este hombre lo insultaron, señor —dije yo para tratar de ayudar.

—Usted no es la tutora legal, ¿no es cierto, jovencita? —preguntó.

—Claro que no —dije.

—No quiso ofender a nadie —dijo Christoph.

Los tutores legales son hombres, por supuesto. Y yo soy una vieja, también por supuesto.

El funcionario dijo:

—Si me hace el favor, le voy a pedir completo silencio. Tengo el oído débil. Es un problemita que me quedó de una fiebre que empezó el Día de San Juan, pero no voy a permitir que me complique la vida. Mi interés está en servir a la ciudadanía y busco…

El campesino volvió a empezar su historia sobre el empleador que había tirado su gorro al barro en el camino de los chanchos. Como yo, por mi parte, estaba ahí para presentar una denuncia por haber sido objeto de acusaciones de brujería difamatorias y muy peligrosas, a lo mejor crees que el reclamo del porquerizo por el gorro me pareció una cosa menor.

Pero no es así de ninguna manera. Lo único que hizo esa historia fue fortalecer mi sensación de que hay que insistir para que se haga justicia. En ese momento, la amenaza de tortura y posterior ejecución no me parecía ni real ni posible. No estaba en el tribunal por miedo: estaba ahí por furia. Había sido la terrible inexactitud de las

acusaciones lo que me había sacado de mi casa.

Cuando el porquerizo terminó de exponer su postura, sugerí que, al caso de deshonra por embarrarle el gorro, agregara el argumento de que la ingratitud es un robo.

—Momento, momento; un paso para atrás —dijo el funcionario—. Las sentencias sumarias están reservadas a la parte del canciller, no a la de los curiosos.

—No es una sentencia —dije yo—. Es una simple verdad.

—Me gustaría agregarla —dijo el porquerizo.

El funcionario suspiró. Se le corrió la tinta. Dijo que era nuevo en el puesto; había pensado que iba a ser más aliviado que su trabajo anterior como amanuense; su esposa era renga pero de buena familia, y él había conseguido el trabajo gracias a la familia de ella, y le habían pedido, de manera directa y no tanto, que fuera agradecido de varias formas. Entonces coincidió en que la ingratitud constituye robo, a los ojos de suficientes personas. Y anexó esa nota al reclamo del porquerizo.

Estoy pensando, ¿qué pasó después? Ah, ya sé. Christoph tiene una pipa con la cara de un hombre con barba que lo hace parecer vanidoso e insensato. Hablo de Christoph, no del hombre de la pipa, que tiene un aspecto bastante razonable. Le pregunté a Christoph quién le había regalado la pipa. No pensé que hubiera gastado su propio dinero en un capricho así. Él se desentendió de mi pregunta. Como sea, cuando concluyó el asunto del campesino bajito, Christoph prendió esa pipa ridícula.

—Ah, sí; si puede ser tan amable de apagar la pipa, señor, por favor —dijo el funcionario. Y se tapó la boca con su pañuelo verde y extraño. El funcionario, que, como ya sabes, al final resultó ser un buen hombre, se llamaba Sebald Sebelen. Al día de hoy, oigo la cortesía forzada de su voz.

Christoph le ladró a Sebelen; le dijo que nunca había oído una petición tan innecesaria, ¿y encima ahora todos estaban en contra de él? ¿Es que iban a calumniar a toda la familia? Iba a fumar como

cualquier otro, donde fuera que tuviera la posibilidad de fumar.

Yo que había creído que ese sería el momento que iba a elegir Christoph para hacer gala de su famosa veta afable.

—Tengo los ojos delicados, señor; se lo suplico: no es cuestión de trato preferencial. Además, tengo tos. Mi esposa dice que, en otra vida, fui un colibrí.

Christoph se negó.

Sebald sacó una bufanda de un cajón y se envolvió la cara con ella.

Presentamos la denuncia por calumnias, con algunas dificultades.

Sebald le hizo preguntas a Christoph y Christoph me las transmitió a mí; yo se las contesté a Christoph, que después le reformuló lo que dije a Sebald. Yo no calificaría ese proceso de eficiente. Y cuando el funcionario hablaba, las palabras quedaban sofocadas por la bufanda. Y así las cosas, Christoph no quiso apagar la pipa.

—¿Cuándo empieza el juicio? —le preguntó Christoph al funcionario hacia el final.

—Soy nuevo aquí —dijo Sebald desde la bufanda.

—¿Huevo aquí? —dijo Christoph.

—Nuevo aquí —dije yo.

—No me importa si es guiso de zapallo o la sangre de Cristo —dijo Christoph—. Quiero saber cuándo va a ser el juicio.

Al final, terminamos en el tribunal en la fecha disponible más cercana, en octubre. Pero no fuimos al tribunal para mi juicio por calumnias. No: en octubre fuimos al tribunal por un caso en el que estaba involucrado Christoph, que se había metido en una pelea violenta en una taberna con tres hombres de Eltingen; uno de ellos, primo del vidriero de cuarta. Los hombres habían insultado a su madre, por supuesto. Úrsula, la Mujer Loba, y su hermano faltaron dos de las veces en que tenían que interrogarlos, y eso demoró mi juicio por calumnias por tiempo indefinido. Nací durante las batallas de

Esmalcalda, según me contó mi padre. Él decía que hasta su tío manco estuvo en el ayuntamiento con una guadaña, que todas las armas luteranas juntas multiplicaban el sol. Creo que ese sentido de la lucha se me quedó dentro. Christoph pasó tres días en la cárcel y recibió una multa de cuatro táleros.

COMO EL VIDRIERO Y SU ESPOSA…

Como el vidriero y su esposa lograron que la causa civil que Katharina había iniciado en contra de ellos se transformara en una causa penal contra ella, pensé que podría aclarar las cosas si yo, Simon, me explicara aquí. Me ofrecí como tutor de Katharina tras la conducta desmedida de Christoph aquella primera vez. Eso fue hace más de tres años, casi cuatro. Estoy viejo y no soy el indicado para esa función. Y pensar que había creído que todo se resolvería en una temporada; dos, a lo sumo… Seguro no esperaba que la situación escalara de esa manera. No obstante, pienso ser leal a Katharina, porque ser leal es esencial a mi naturaleza. Sin embargo, la sombra de la calumnia es ancha y, como soy amigo de Katharina (creo que es justo que use el término), esa sombra ha llegado a mi puerta, aunque espero que no se haya abierto camino hasta el interior de mi casa. Si alguien me fuera a interrogar sobre mis motivos o sobre lo que sé, me gustaría estar preparado.

Permítanme empezar por cómo conocí a Katharina.

Hago todo lo posible por que la gente me caiga bien. Por esperar lo mejor de los demás. Ver a alguien como a un monstruo es casi como ponerle un cuerno de verdad y pegarle con un atizador caliente. Lo pienso de veras. Para evitar convertir en monstruos a los demás a fuerza de sospechar que son monstruos, hago todo lo posible por ser una persona mayormente reservada. Por más que vivo y trabajo discretamente aquí, en silencio, en una ciudad, rodeado de gente. Un monje sin monasterio: ese fue mi himno durante muchos años. Ni siquiera un monasterio: demasiada aglomeración. A los monasterios tranquilamente se los podría llamar cárceles o guaridas de pecado, según me cuentan. Vivir en Leonberg me permitió pasar inadvertido a la vista de todos. Los clientes me ven como quien ve una jarra o un martillo o un lugar a la sombra, como una cosa con un uso en particular. Así es como me gusta. Tener casa en el pueblo es mejor que tenerla en el campo por otro motivo: en el campo, no hay más remedio que ocuparse de quienquiera que pase por allí, mientras que

en el pueblo siempre hay alguna otra casa suficientemente cerca. Además, aquí, en el pueblo, vivo cerca de una iglesia. La piedad del edificio se extiende más allá de sus muros. A veces tengo la impresión de haber asistido a los sermones, aunque no me haya movido de la mesa de la cocina. Casi estoy allí. Soy un anexo.

Como estoy hablando con total libertad, voy a compartir mi única y mínima convicción rebelde: Lutero decía que el hombre tiene una relación independiente y directa con Dios. Si realmente hubiera seguido sus ideas hasta donde conducen, o si el resto de nosotros las hubiésemos seguido hasta donde conducen, ya no tendría que quedar ninguna iglesia, ¿no? Pero él no llevó esa idea hasta donde conduce, hasta el final. En cambio, se casó con una de las monjas a las que liberó. Perdió el rumbo. Un poco. No: retiro lo dicho. Tengo el máximo de los respetos por Lutero. Seguro fue consecuente con su idea a su manera. Yo creo mucho en ser consecuente. En ser leal y en ser consecuente. Y en no ver a los demás como monstruos.

De todas formas, ser precavido con un vecino (o con cualquiera), es sensatez lisa y llana.

Katharina, cuando se mudó a la casa de al lado, alteró mi paz y mi tranquilidad.

Pero no desde el principio. Se había mudado a la casa de al lado unos dos meses antes de que habláramos por primera vez. Respeté el hecho de que, al igual que yo, fuera una persona reservada. Todo indicaba que mi vecina era una señora mayor ocupada, con hijos grandes que la ayudaban en la mudanza. La máxima alharaca que hicieron fue por la vaca aquella, Manzanilla. Katharina preparó el lugar para Manzanilla con mucho más cuidado que el que le vi dedicar al resto de la casa. Durante los días que siguieron, me tranquilizó enormemente ver que mi vecina no era de esas señoras mayores que se sientan junto a la ventana a tejer o a lavar o cosas por el estilo mientras vigilan quién va y quién viene. Ella estaba ocupada. La venían a visitar. A menudo estaba de espaldas a la ventana. En las últimas horas de la tarde, limpiaba meticulosamente el sector de Manzanilla. De alguna manera u otra, andaba siempre muy animada haciendo cosas que no implicaban prestarme atención a mí.

Ahora, para que no parezca excentricidad el interés que demuestro por el hecho de que ella no me prestara atención, voy a decir que, aunque ya pasó mucho tiempo, en el pasado algunas de mis más pequeñas y mínimas acciones recibieron una atención desesperante, incluso potencialmente fatal. No tengo ningún secreto que guardar ni nada de que sentirme culpable en esta vida. Pero el temor de que me malinterpreten permanece conmigo desde hace mucho tiempo, para toda la vida.

Así que Katharina y yo no intercambiábamos palabra, y eso era maravilloso.

Entonces, un día de abril, temprano, en mitad de luna, me vino a golpear la puerta. ¡Al mediodía! Llevaba un puñado de clavelinas en la mano, con flores violeta pálido y azul fuerte.

—El pulmón es una oveja —me dijo. Pasó a mi lado y entró en mi casa, sin que la invitara.

¿Una oveja?

Señaló las manchas blancas que había en las hojas de las clavelinas.

—No parecen ovejas —dije yo—. Parecen manchas.

Ella sacudió la cabeza.

—Eso no es lo que quiero decir.

Eso era lo que comían las ovejas, y ella pensaba que mis pulmones harían bien en comer lo mismo. Dijo que esas clavelinas tenían la densidad de manchas justa, lo que es raro, y que, cuando venía caminando desde los campos orientales del Junker, las vio y supo que las iba a traer; solo faltaba que Dios se las señalara con el dedo.

—Lo oigo toser día y noche —dijo—. Esto es una cueva húmeda; usted viene tomando jarabes. Lo mismo le valdría lamer una chancha: no lo va a ayudar. ¿Ya vio lo gordas y saludables que están las ovejas del valle oriental? Estas clavelinas son del valle oriental. Las ovejas las comen y andan bien; las mantienen sanas, y el pulmón es una oveja. Sus pulmones son ovejas, mis pulmones son ovejas: eso son los pulmones. Lo saben todos los sepultureros. —Katharina dejó las hojas

con manchas sobre la mesa, donde yo trabajaba en la confección de una hebilla. Miró la hebilla. Miró toda mi casa.

—No soy bueno con las plantas —dije.

Ella me dijo que pusiera las hojas en remojo en vino y que bebiera la infusión cinco veces por día, sola, sin comida; dijo que eso es lo que había venido a compartir conmigo.

Sí, dije yo.

Entonces ella dijo que se había mudado a la casa de al lado.

Sí, así es, dije yo.

Ella dijo que la había comprado con la herencia de su padre, Melchior. ¿Por casualidad lo había conocido? Había administrado una posada en Eltingen. ¿A lo mejor yo conocía la posada?

Dije que no, que no la conocía.

Ella me miró como si hablara una lengua extraña.

—Todos los de su edad la conocían —dijo.

Yo había perdido la práctica de hablar sobre cualquier cosa que no fuera la confección de monturas. Aunque también tenía mucho para decir sobre estribos y hebillas. Pero incluso en el trabajo, mis mejores negocios llegaban a través de solicitudes escritas. Mi reputación va separada de mi condición de persona. Yo no quería adquirir práctica en hablar con los demás. Soy una persona feliz. Cuando la sopa sabe bien, hay que dejarla en paz. Yo no necesitaba un amigo.

Le dije a Katharina, sencillamente, que lamentaba que mi tos la hubiera molestado. Yo apenas la había notado.

Mientras albergaba la ilusión de que Katharina ya se fuera, mi hija, Anna, entró por la puerta. No he mencionado a Anna. Anna tiene veinticinco años. Tuvo viruela a los catorce y todavía le quedan las marcas en la cara. No sé si eso le da timidez. No es un tema del que hayamos hablado. Anna le hizo una reverencia cortés a Katharina; enseguida se dio vuelta y me lanzó una mirada de fuego. No le gustan

las visitas.

La madre de Anna tenía veinte años menos que yo y murió en el parto. Tendría que haberme vuelto a casar, por el bien de Anna, pero a veces me asombra que me las haya arreglado para casarme la primera vez.

—El pastor da dispensas para ponerse polvo —le dijo Katharina a Anna.

—¿Qué?

—No está mal ponerse polvo, si es para un buen fin —dijo.

Anna negó con la cabeza.

—Es algo mínimo y no debería darte vergüenza. Hoy en día, la gente habla del maquillaje como si fuera para mujeres fáciles o para hombres que hacen de muchachas en el teatro. O para las italianas. Quizás el colorete o la pintura para labios sean demasiado. Yo respeto la humildad. Pero no me iría a una caverna a dejar pasar mi vida por una idea nueva sobre el polvo para la cara. Yo lo usaba de muy jovencita y me ayudó a tener buena postura y confianza, y mi propia hija, de la que todos dicen que se casó muy bien, se casó a los veintisiete sin que nadie cuestionase su virtud.

Hasta yo me di cuenta de que Anna estaba tan cerca de las lágrimas como la luna llena. Pero no quise decir nada. Ahora que ya conozco a Katharina, me imagino que se vio dándole consejos maternales a una muchacha sin madre. Sin embargo, creo que lo único que oyó Anna fue que tenía razón en esconder la cara en público.

Una vez que Katharina se fue, le dije a Anna:

—No es más que una vieja muy vieja que vive sola.

—Es una pasa de uva —dijo Anna, con una descortesía infrecuente en ella—. Tienes que ser más claro con la gente, papá. Probablemente se sienta bienvenida aquí. Va a volver una y otra vez si no eres claro. Tienes que ser claro. No puedes limitarte a decir algo y esperar que todo salga bien.

—Parece todavía más vieja que yo —le dije a Anna—. Probablemente

no seamos vecinos mucho tiempo más.

Quizá las hierbas de Katharina me habrían ayudado con la tos. No las tomé. Quedaron sobre la mesa y se pudrieron de una forma muy bonita. Las flores eran de varios colores, no de un solo color. En ese sentido, me parecía que eran como una familia. Una de las razones por las cuales quizás haya cometido errores y no haya logrado entender a Anna es que yo vengo de una familia de once hijos, de los cuales fui uno de los tantos del medio. Yo era el pimpollo violeta pálido, el más débil… pero duré más que todos. No por mérito propio. Cuando las hierbas de Katharina se terminaron de marchitar, salí bajo la escasa luz de la luna y las enterré en el jardín.

Unos meses después, vino aquella inundación terrible. Mi casa está en un terreno un poco más bajo que la de Katharina. Y más bajo que el de la iglesia; más bajo que todo lo que la rodea. El agua llegó de repente, y subía. Tres bolsas de granos quedaron arruinadas antes de que pudiera dedicarles el menor pensamiento. Anna estaba en casa de su tía, en Linz. Yo podría haber hecho señas para pedir auxilio o recurrir al vecino más cercano. Pero no hice nada. Va contra mi carácter. Una vez estuve a punto de ahogarme en un lago porque me daba demasiada vergüenza gritar y hacer señas con los brazos. Por casualidad, pasaron unos pescadores de perca y me salvaron.

El suelo de mi taller se estaba transformando en un estanque. Me enfrentaba en soledad al elemento que me traía la ruina. Estaba listo para la destrucción. Sentía una paz rara y singular. Desde luego, iba a hacer un pequeño esfuerzo para poder argüir ante los ángeles que no era suicida.

Pero resultó que no estaba enfrentando las aguas crecientes en soledad. Antes de que pudiera dar adecuada cuenta de cuántas herramientas se había llevado el agua y de dónde podría encontrar un lugar alto para trasladar mis cortes de cuero y mi chaqueta preferida… allí estaba Katharina. Esa vieja. Había tres hombres jóvenes con ella. Cavaron una canaleta para que drenara el agua. Uno colgó una soga donde abrochamos los cueros. Otro se llevó mis cabras y mis corderos; convenció al pastor de que les diera refugio en la iglesia mientras durase la tormenta. En todo momento, Katharina fue decisiva en su papel de capitana de barco; gritaba órdenes con lo que

hoy reconozco como su habitual modo chocante. Su naturaleza intrusiva tenía esa contracara magnífica.

Dormí unas tres semanas en casa de Katharina mientras reparaba la mía.

Fue entonces cuando empezamos a jugar al backgammon.

Como oponente era frustrante. Deja las fichas desprotegidas incluso cuando el juego no la obliga. Dicho esto, es cierto que tiene un ataque carismático. Ya señalé que eso no le suele salir bien. Excepto contra los chicos. Pero no cambiaba de estrategia. Bueno, se desarrolló una relación. Ella era una brisa áspera que le devolvía vida a la brasa moribunda que era yo. No hablo de amor, ni de ninguna de sus pálidas sombras. Lo que teníamos era una camaradería robusta y práctica.

Cuando era joven, las mujeres a menudo compartían conmigo sus confidencias. Mujeres solteras, mujeres casadas, mujeres viudas. También muchachas. Yo sabía de sus coqueteos, sus angustias, sus dolores físicos y mucho más. En esa época, vivía en otro lado. ¿Qué leían esas mujeres en mi rostro? No soy una persona particularmente simpática ni comprensiva. Enseguida me confundo; no entiendo a la gente. Por ejemplo, soy particularmente malo para predecir a quién va a querer alguien o a quién va a despreciar. El particular cariño que mi propio padre sentía por mí: lo encuentro misterioso. Lo que recuerdo que pensaba de chico sobre el tema era que yo no había hecho nada para ganarme su afecto. Él solía decir que yo era como mi madre, que estaba muerta.

Cuando Katharina necesitó mi ayuda, le dije que iba a ser leal.

DESPUÉS DE AQUEL HUMILLANTE…

Después de aquel humillante altercado de Christoph con la ley; ahí decidimos escribirle a Johannes. Hans. Greta redactó la carta. Ella es más gentil que Christoph y que yo. Eso fue en octubre. Octubre de hace casi cuatro años, Dios mío.

No recibimos ninguna respuesta. Fue poco después del banquete de bellotas que se dieron los chanchos. ¿Te acuerdas? El verano había sido muy seco, y cualquiera se hubiese imaginado que las bellotas serían chicas, pero no fue el caso. Uno de los chanchos del cordelero comió tanto que enloqueció y se descontroló, y lo vieron caminar en círculos, y más tarde lo encontraron muerto en los campos del peletero, hacia el sur. Nadie supo por qué aquel animal había elegido justo ese lugar para morir, pero ahí estaba. Yo pensé en el campesino bajito, al que le habían tirado el sombrero frente a los chanchos. Me lo había encontrado en el mercado. El hombre había recibido un escrito formal de disculpas; había pagado veinticinco pfennigs para llevarse una copia a su casa.

También Christoph había pagado para llevarse una copia del acuerdo de conciliación por lo de la pelea con los hombres de Eltingen: se había retractado formalmente de los insultos que les había lanzado y ellos también se retractaron de sus dichos formalmente. Fue como si todo lo que había pasado se hubiese escrito en agua.

¿Por qué mi juicio no había avanzado y el de ellos sí? En ese momento, no te hablé mucho sobre mis preocupaciones al respecto, Simon. Sentía que ya te había pedido suficiente, y nuestros juegos de backgammon nocturnos eran un alivio.

Un martes frío por la tarde, Jerg, el panadero de seis dedos, volvió a golpearme la puerta.

—El pan de ellos pesa muy poco —dijo. Llevaba una calabaza; la apoyó sobre la mesa. La calabaza era verde y amarilla, con un cuello

largo; parecía una garza, pero una garza triste.

—¿El pan de quién, Jerg?

El de Rosina y el marido. El de esa panadería. La panadería que nos quedaba más cerca. Te recuerdo que Rosina me había dado de mala gana la leche para Heinrich y además me había mezquinado el espacio en el horno para cocinarle la carne.

Jerg tomó asiento frente a la mesa mientras acariciaba el cuello de la calabaza que había traído.

—Nunca los multan por vender hogazas más ligeras. A mí me multaron seis veces, y mi pan es más pesado, y yo enseguida entrego la decimotercera hogaza. Las balanzas no son confiables. Ellos las manipulan, sabe.

Pensé que a continuación me iba a explicar por qué no me podía devolver el dinero de ese mes. En cambio, bajó los ojos al piso y dijo:

—Ella dice que usted montó una cabra y la hizo andar para atrás hasta matarla. La esposa del panadero. Se lo dice a quien quiera escuchar. Y dice que usted envenenó a Úrsula con un vino amargo. No me gusta traer malas noticias, pero pensé que eso estaba mal y que usted debería saberlo.

Yo me reí. Para el caso, podían haber dicho que yo era una jovencita que se estaba por casar, de tan absurdo que era. Lo tranquilicé: le dije que sabía que esa mujer era traicionera, que tenía un corazón minúsculo; que sabía de su crueldad y su envidia y su estupidez y su inclinación por la falsedad y el mal. Y que nadie la iba a querer escuchar.

Jerg se encogió de hombros.

—A lo mejor no es nada; a lo mejor es algo. También había alguien más. Yo no lo conocía. Dijo que, hace doce años, usted le pidió que la ayudara a desparramar estiércol en sus campos. Usted estaba sola. Él se negó. Y que, después de eso, sintió un dolor en las piernas.

—¿Quién dijo eso?

—Un trillador. No sé cómo se llama. De nariz chueca y mitad calvo.

—¿Y por qué estaba diciendo eso? ¿Qué más decía?

Esas novedades me molestaron más aún que lo de Rosina. Rosina era una nada con la que yo ya estaba familiarizada. Aquel otro buitre misterioso… eso era más preocupante.

Jerg volvió a encogerse de hombros. Parecía que era lo único que sabía hacer.

—Lo oyeron decir que los dolores de piernas… que son porque usted hizo brujerías. Que usted lo castigó por no ayudarla.

—¿Y a quién le contaba esos cuentos?

—A quienquiera que estuviera ahí. Estaba orgulloso. Como si hubiera luchado contra un dragón. Lo contaba de esa manera. La esposa del panadero: ella también estaba entusiasmada. Como si hubiese burlado a un duende.

Me quedé con la calabaza con cara de garza que me ofrecía el panadero de seis dedos en lugar del pago; o a lo mejor lo que me ofrecía en lugar del pago era el chisme.

¿COMPRENDE QUE…

¿Comprende que, de prestar falso testimonio deliberadamente, desatará la ira de Dios en vida terrena y destinará su alma a Satán una vez acaecida su muerte?

Me parece bien.

Indique su nombre, edad y ocupación.

Martin Vollmair. Trabajo como sepulturero en Rutesheim.

¿Puede contarnos sobre el extraño pedido que le hicieron?

La gente con la que me cruzo no acaba de salir de casa a comprar pan. Suele tener un estado de ánimo particular. Aunque no siempre. Recibo muchos pedidos extraños.

Queremos hablarle sobre Katharina Kepler.

Está bien.

Hace dieciocho años, ¿Frau Kepler le pidió que desenterrara el cráneo de su padre?

No. No precisamente.

¿Hace diecisiete años?

No; quiero decir que no pidió precisamente que lo desenterrara.

Está bajo juramento, Herr Vollmair.

Tengo por costumbre decir la verdad en todo momento.

De acuerdo. Cuéntenos qué ocurrió.

Frau Kepler estaba visitando otra tumba. No la tumba de su padre. Visitaba la tumba reciente de uno de sus nietos. La corona que había sobre la tumba de su padre estaba seca y vieja. Frau Kepler llevó unos cardos benditos, un poco de acebo, y con eso armó una corona nueva para la tumba del padre. No es el tipo de corona más habitual. Pero quedó linda.

¿Y después?

Yo no había cavado la tumba para el nieto de Frau Kepler, pero estaba cavando otra tumba ahí cerca, para un zapatero. Veo tantas cosas… Nadie piensa que los sepultureros sean grandes testigos de la vida —me tratan como si no estuviera— pero entonces, esa mujer, Frau Kepler… me llamó. Resulta que yo estaba trabajando no lejos de la tumba de Melchior Guldenmann; así se llamaba el padre. Yo lo había conocido un poco.

¿Y Frau Kepler le hizo una consulta desacostumbrada?

Dijo que había oído que era de gente distinguida tener un cráneo bañado en plata, que se podía beber de él. Me preguntó esto: ¿podía yo desenterrar el cráneo del padre? Quería enviárselo a su hijo astrólogo, que estaba en Praga.

¿Suele recibir ese tipo de solicitudes demoníacas?

Una vez me pidieron que desenterrara el hígado de un bebé muerto. No lo hice. Pero la persona no tenía malas intenciones. Otra vez, me pidieron que enterrara a un ovejero hermoso. Y no en cualquier lado: en el terreno principal del cementerio. ¿Quiere saber quién me lo pidió? Estoy bajo juramento. Se lo voy a contar. La duquesa hizo la solicitud. A los perros no se les permite recibir un entierro cristiano. Bueno, eso me parece evidente incluso a mí, por poca educación que tenga, pero en lo que soy experto es en cavar tumbas, claro. Aprendo no a juzgar, sino a explicar. Muy sencillo. También es muy común que vengan a cavar para recuperar prendedores. O anillos. Esos a veces

son ladrones comunes. O a veces alguien que viene por amor. Alguien que se arrepiente de lo que decidió enterrar con el muerto. ¡Muchas veces le echan la culpa al sepulturero! Pero yo le pregunto: ¿acaso un hombre arriesgaría su buen nombre y su empleo por un delito tan fácil de resolver?

Volvamos a Frau Kepler.

Hay distintas opiniones sobre si un hombre puede tomar la decisión de volver a buscar el anillo de su esposa. O una madre el juguete de su hijo. Un día me gustaría dar un sermón sobre lo que he observado sobre la naturaleza de los seres humanos. Le digo que al público le resultaría muy interesante. Mucho más interesante que la bazofia que le suelen ofrecer los domingos.

Entonces, para confirmar: la acusada le pidió que desenterrara el cráneo del padre.

No, pero estuvo cerca. Me preguntó si sería posible y cuánto costaría desenterrarlo y…

¿Usted qué le contestó?

Le dije que le iba a tener que preguntar a mi jefe y compañero, que, en ese entonces, era el pastor Graf. Él es quien tomaba la mayoría de las decisiones relacionadas con las tumbas, con la ubicación, con todo lo que tenía que ver con las pocas veces en que se trasladaba a alguien y demás.

¿Insistió, ella?

Vio que iba a ser un ir y venir de locos: dijo que no me preocupara.

¿Le tenía miedo a su jefe, el pastor Graf?

No me dio esa impresión, no.

Los cráneos son herramientas de brujería reconocidos legalmente como tales.

Todos tenemos cráneo, señor. Eso fue hace muchos años. Estoy dispuesto a hablar siempre y cuando a ustedes les resulte útil, señores, a todos; pero me resulta muy extraño que haya tanta gente interesada en aquella conversación. De todas las conversaciones que tuve en mis años de cavar tumbas, esa no fue de las más extraordinarias.

Gracias por su tiempo, Herr Vollmair.

Es raro que a uno lo manden a llamar así. Hay que decirlo, la pasé bien. ¿Cómo fue que me encontraron, entonces?

BUENO, SIMON…

Bueno, Simon, claro que me preocupaba que Hans no contestara la carta de Greta porque temía por su propio trabajo y por su vida como hijo de una madre acusada. Tú me dijiste que él iba a ser leal. ¿Pero quería yo que fuera leal? Greta y Christoph trataron de ocultármelo, pero ellos también recibían amenazas, de maneras que siguen manteniendo en secreto. Hans no había escrito para decir que fuera a ser leal. Pero tampoco había escrito para decir que no iba a ser leal.

Pero yo seguía siendo yo, ¿no? Limpiaba y les daba de comer a mis animales y los llevaba a pastar, cortaba el pasto, hilaba, cosía, cosechaba; incluso soñaba. Soñaba que me despertaba de una cháchara de langostas que iba subiendo en intensidad. Bajaba la vista y veía que mi mano se volvía joven y suave; después, volvía a envejecer, y volvía a rejuvenecer; tenía ciclos como los de la luna. En otro sueño, mi marido, Heinrich, había regresado. Estaba furioso conmigo; quería dinero; me decía cosas feas; después, en otro momento, tenía una codorniz en la mano y me rodeaba la cintura con un brazo, y me susurraba palabras buenas al oído; después era mi hijo Heinrich y lanzaba platos en la cocina; y después volvía a ser un bebé en mis brazos. Era desagradable y agotador tener que experimentar tantas emociones todas las noches.

Una mañana fría de noviembre, me estaba ocupando de Manzanilla; le llevaba ramas para darle calor; y ella me miró, muy directa, muy deliberadamente. Yo le pregunté: ¿qué pasa? Ella me apoyó la cabeza contra el cuello. Me estaba diciendo algo; tuve esa fuerte sensación. No me hacía falta aguardar ni a que las estrellas ni a que mis propios hijos despejaran las zarzas que me rodeaban. Ella esperaba algo de mí.

Por eso, ese martes, un día tan claro y azul que sospeché que nadie más querría ocuparse de los problemas, volví directamente al ayuntamiento para tratar de retomar el tema de que mi juicio entrara en el calendario. Por arteros que fuesen la Mujer Loba y el Bobo, las cosas no se podían retrasar indefinidamente: había reglas; solo que

alguien las tenía que hacer cumplir.

Y tú, Simon, tuviste la bondad de acompañarme como tutor.

El mismo funcionario, Sebald Sebelen, estaba allí. El que tenía el pañuelo verde con la violeta bordada, el que había tomado nota de la denuncia del porquerizo y nunca le levantó la voz a Christoph cuando le pidió que dejara de fumar.

Sebelen tenía la cabeza apoyada en el escritorio. Transpiraba, aunque afuera cayesen copos de nieve. Yo me aclaré la garganta para alertarlo de nuestra presencia.

—Ah, la madre del astrólogo —dijo. Pareció sobresaltarse. Se secó la frente—. ¿No salió a ver las marionetas?

—¿Las marionetas? —Pensé que quizás hablaba de los del pueblo, que sí, claro, se habían convertido en una especie de marionetas.

—La feria —dijo—. Pasé por ahí esta mañana mientras se preparaban para abrir. —Se sonó la nariz con aquel pañuelo hermoso. Hablaba de la feria donde los comerciantes holandeses e italianos arman sus puestos y venden artículos de fantasía que ninguno de nosotros necesita, y llenan a los chicos de deseos que no han tenido antes. De todas formas, sí que me gustan los músicos que tocan ahí, y siento debilidad por la viola da gamba, porque en su sonido no hay falsa dulzura.

Dije que yo no era una persona a la que le interesaran mucho las marionetas.

—A mí me gusta tanto cómo se mueven… —dijo el funcionario y se limpió más transpiración de la frente con un pañuelito sucio que tenía —. De chico siempre quise tener una, pero a mi madre le daban miedo.

—Herr Sebelen, estoy aquí porque no he recibido ninguna novedad sobre mi juicio.

—¿De verdad?

—¿Usted sabe cuándo va a empezar el juicio?

—Puedo asentar su inquietud en el registro —dijo él.

—Ha pasado casi medio año —dije yo—. El juicio del porquerizo ya terminó. Ya terminaron decenas de juicios.

—Bueno, entonces voy a dejarlo asentado en el registro, sin ninguna duda.

—Si yo viniera a contarle que se incendia un granero, ¿también anotaría eso?

—Ah, sí; ¡ese pobre hombre! El incendio fue porque estaba trillando a la luz de las velas, ¿entiende?

—¿Qué incendio?

—El peligro acecha siempre —dijo Sebelen y se limpió la frente transpirada—. Pensé que hablaba del incendio del granero de Hochsfeld. Son tiempos difíciles. Ha disminuido la asistencia a los sermones. Yo mismo estuve tan enfermo que no pude ir. Hace veintiún días que no tomo la comunión.

—Lamento escuchar eso, Herr Sebelen. Lamento todo. De verdad. Pero se lo pido: si sabe algo sobre mi juicio, se lo suplico: deme alguna pista.

Entonces se secó el cuello con el pañuelo verde.

—Vengo decepcionando a más personas que en cualquier otro momento de mi vida —dijo con una risita—. Me habría encantado pasarme el día en la feria, entre las marionetas. Mi esposa dice que tendría que haberse casado con mi hermano. Si sigo con esta racha, a lo mejor le surge esa oportunidad. Algún día me encantaría conocer a su estimable hijo. Estoy seguro de que me puede decir algo sensato. ¿Él le haría un horóscopo a un tipo insignificante como yo?

—Quizás. Probablemente. La verdad, no sé. Está muy ocupado. —Era doloroso que me recordaran el silencio de Hans.

—Entonces, ¿el señor que la acompaña es su tutor? —preguntó Sebelen. Simon, recordarás que estuviste tímido.

—Así es —dije yo—. Es mi tutor legal y también mi vecino.

Le caíste bien, Simon. Los vi cruzar la mirada. Después, te pusiste nervioso y estornudaste y tosiste con aquel estornudo y esa tos. El hombre sacó de otro bolsillo un segundo pañuelo hermoso y te lo ofreció. Ese único pañuelo se convirtió en dos. Fue como si fuese un mago.

Tú dijiste:

—Solo pregunta para saber si el juicio ya tiene fecha. No busca problemas. —Le devolviste el pañuelo. Te quitaste los guantes y los pusiste en la mesa, como si hubieses tenido la intención de quedarte.

Herr Sebelen miró todo el salón, donde solo estábamos nosotros tres.

—Ese tema lo deciden más arriba.

Arriba de él había montada una cabeza de venado. Con vidrios rarísimos pintados de verde a modo de ojos.

Herr Sebelen volvió a secarse la frente. Le dio otro ataque de tos muy fuerte; se tapó la boca con el pañuelo verde, se dio vuelta. Esperamos a que se pasara la tos.

—Les pido disculpas —dijo mientras recobraba el aliento.

Entonces tú volviste a hablar.

—Por favor, Herr Sebelen. Usted tiene oídos. Tiene que saber algo. Puede confiar en mi discreción. Creo que puede darse cuenta. ¿En qué situación está el juicio de Katharina? No se lo pregunto desde su condición de funcionario, sino desde su condición de hombre, aquí presente, con nosotros.

Entonces le tocaste la mano, y no es calumnia cuando digo que fue como si fueras un hechicero. Sebelen cambió. Bajó la mirada al registro:

—Bueno, es muy desalentador. —Bajó la voz—. Alguien podría llegar a decirle que, si usted hubiera pasado muchas horas en esta habitación semioscura, a lo mejor se habría enterado de que al gobernador ducal

le informaron que su intervención, que llevó a que usted la citaran y la acusaran fue… bueno, no fue tan del agrado de los tribunales de Stuttgart. Una investigación minuciosa de la causa no dejaría bien parado al gobernador.

Entonces hiciste la pregunta, Simon:

—¿Él quiere ocultar su participación?

—Sería un bochorno —dijo Sebelen. Y se puso a toser una vez más—. Más que un bochorno. Podría poner en riesgo su cargo. En mucho riesgo.

—Entonces usted dice que él cometió un error y que yo voy a pagar por su error —dije yo.

—Sí, diría que es un resumen legítimo de la situación. —Ahí Sebelen se levantó. Tenía la cara de un amarillo enfermizo; me di cuenta porque la luz le daba de lleno—. Ojalá usted no hubiera hecho la denuncia por calumnias. Quizá las cosas habrían sido distintas. Si yo hubiera entendido la situación, la habría aconsejado. —Entonces te miró a ti, Simon—. También me preocupo por usted, señor. Pero haga lo que haga (hagan lo que hagan los dos), le pido que considere no agregarme a la lista de los que probablemente paguen por los errores del gobernador ducal. Cada día gana fuerza una causa penal contra su gentil persona, Frau Kepler. Calculo que esa acusación le llegará al tribunal antes que la de usted. No soy apto para este puesto. En lo más mínimo. Para ningún puesto, la verdad. Pero este trabajo rinde mejor que la mayoría para el bienestar de mi familia. Les recomendaría que se fueran. Siento el ladrido de la spaniel del gobernador.

Ahora menciono, porque así es el mundo, que me enteré de que el funcionario (que había sido bueno conmigo, la verdad sea dicha) anduvo enfermo algunas semanas más tarde; algunos dicen que tuvo la peste.

SOLEMNES…

Linz, 2 de enero de 1616

Solemnes, prudentes, sabios y, en particular, razonables caballeros:

Presto a ustedes el debido servicio hasta donde alcanza mi capacidad, con alegres deseos para el Año Nuevo.

El 29 de diciembre, con el corazón desbocado, leí una carta desconcertante enviada por mi hermana, Margaretha Binder, con fecha del 22 de octubre. Hasta donde llegué a entender, en vuestro despacho se está investigando a varias personas implicadas en las fantasías delirantes de un ama de casa del pueblo, una mujer que, hasta la fecha, siempre careció de toda credibilidad y que, sin duda alguna, ha perdido el juicio.

Mi querida madre, una honorable septuagenaria, ha sido señalada como sospechosa por esta persona demente y hoy está acusada de haberle dado una poción encantada que supuestamente le provocó insanía. Esa sospecha se extendió en forma de acusaciones infundadas entre la gente del pueblo, que se dejó cegar por el diablo, deidad de toda superstición, oscuridad y mala interpretación.

Han olvidado a Dios y buscado la ayuda del diablo y sus estratagemas ocultas, de las cuales afirman poseer algún tipo de comprensión intachable. Lo hicieron para decidir si su alarma estaba justificada, aunque es bien sabido entre eruditos en leyes que han escrito sobre tan repelente asunto que la brujería contra brujería (maleficium contrario maleficio solvere) equivale a un pacto con el diablo. Ofensas tan blasfemas se castigan con tortura, en especial cuando se usan contra un inocente. El diablo se manifiesta en temores supersticiosos.

Supe de la historia no solo por mi hermana, sino también por otras

relaciones igualmente fiables. Me destroza el corazón pensar que se han tomado tan turbias medidas contra mi bondadosa y adorada madre, cada vez más abatida en su vejez. Las autoridades han ido incluso tras su hijo, mi hermano, bajo pena de prisión o incluso un castigo mayor si se niega a pagar los gastos de mi madre. Es más: con la excusa de actuar bajo una supuesta autoridad real, prendieron a mi madre y la amenazaron con armas como si pensaran matarla en el acto. Finalmente, mediante adulación, promesas vacías sobre intenciones inocentes y otros engaños viles, le suplicaron que realizara el supuesto ritual incluso aunque fuera contra Dios, y por eso son ellos quienes justifican abiertamente el uso de hechizos, y ellos quienes merecen el más severo de los castigos.

En vistas de todo lo anterior, no ha de sorprender que mi madre, consternada y asustada, dejara de lado su ira para llevar a cabo lo que se ha descrito, con el fin de salvar su propia vida. Fue obligada a hacerlo, a pesar de que el Todopoderoso lo prohíbe y, aunque haya actuado inocentemente, un juez sin suficiente comprensión del derecho escrito recomendó tormentos, lo cual sin duda culminaría en una muerte horripilante. Los libros están llenos de ejemplos vívidos al respecto. Y, sin embargo, ahora que Dios mismo ha restaurado piadosamente la salud de su indigna acusadora, estos demonios siguen atacando a mi pobre e inocente madre, y siguen deshonrando su buen nombre, y no desean nada menos que cortarle el cuello.

Mientras, esperan que ella crea que la ayudan cuando usan el miedo y la superstición para expulsar un diablo por medio de otro.

En la carta de mi hermana se me da a entender luego que, además de las demandas contra la vida, el honor y la propiedad de una mujer mayor, procuran juzgar a todo su círculo, incluidos mi hermana, su arrendador y mi hermano. No quedó enteramente dicho, pero todo indica que yo también podría ser sujeto de la investigación. Por intermedio de otros, supe que ya se han presentado dos pedidos formales, aunque no me queda claro si nos involucran a mí o a mis hermanos, ni si tendré que actuar en defensa de mis propiedades y de mi reputación amenazada en caso de que ellos intentaran acusarme con el argumento de que yo mismo practico artes prohibidas. Acusaciones tan desproporcionadas y absurdas podrían malograr mis quince años de servicio imperial, lo cual, sin dudas, rompería el corazón de mi queridísima madre.

En virtud de mi doble conexión con la causa, por la presente solicito al tribunal me proporcione copias de todos los documentos y comunicaciones presentados hasta el momento, tal como me corresponde por derecho. Mi mensajero personal llevará la documentación a la oficina postal de Cannstatt y la enviará a Praga. Si mi salud lo permite, gestionaré una licencia para regresar a mi hogar. Mientras tanto, solicito humildemente que este tribunal tenga en cuenta mis intereses y consideraciones. No es mi intención obstaculizar ningún proceso legal; no obstante, dado que involucra a mis hermanos (y el nombre de nuestra familia), no aceptaré quedar ajeno a ningún proceso, ni renunciaré a mi derecho a ser informado sobre denuncias presentadas contra cualquiera de las partes dentro de la jurisdicción de Leonberg en nombre de mi honorable madre viuda y de su patrimonio. Junto a mis distinguidos amigos y benefactores, la defenderé hasta que el asunto se resuelva de conformidad con la ley escrita.

Por la presente, caballeros, contamos con su habitual protección y con la consumación de las acciones solicitadas.

Con respeto y deferencia,

Johannes Kepler, Matemático Imperial

¿COMPRENDE QUE…

¿Comprende que, de prestar falso testimonio deliberadamente, desatará la ira de Dios en vida terrena y destinará su alma a Satán una vez acaecida su muerte?

Sí.

Díganos su nombre, edad y si está casada, y a qué se dedica.

Endres Leutbrand. Veintiún años. No estoy casada. Ya no trabajo como aprendiza de la cuidadora de baños.

Usted afirma que tuvo un intercambio desafortunado con Frau Kepler. ¿Nos puede contar al respecto?

Parecía de lo más amigable y entendida, al estilo de las señoras mayores. Yo soy una persona que respeta muchísimo a las señoras mayores; no esperaba para nada que hubiera problemas ni daños y, además, me caía bien Frau Kepler porque no era pesada como otras personas mayores, ni servil y llorona como los que piden ayuda para cada cosita como si fueran un conejo que perdió una pata en una trampa o algo así. Me da un poco de vergüenza explicar cómo entré en contacto con Frau Kepler. Yo tenía un problema en la piel; más que nada, en la parte de arriba de las piernas. Estaba toda áspera como corteza de árbol y caliente como el fuego. La hija del herrero me dijo que Frau Kepler la había ayudado cuando ella tuvo algo casi igual. Dijo que, con la ayuda de Frau Kepler, el problema que tenía se fue antes de que la luna pasara de creciente a menguante. Yo creía que el sarpullido me había salido por no ser agradecida. No voy a entrar en detalles. Perdí a mi madre de muy chica y a lo mejor por eso, en parte, soy tan abierta con las mujeres mayores.

Concentrémonos en lo que pasó con Frau Kepler.

Sí: me dio una cataplasma que quemaba peor de lo que ya me quemaba el sarpullido. Se suponía que la cataplasma me iba a hacer bien al sarpullido, pero no ayudó. Tenía olor a vinagre. Se me peló la piel. Yo lloraba. Me di cuenta de que yo había estado mal pero no le dije nada; me daba demasiada vergüenza. Me fui de ahí sin querer contarle a nadie sobre esa cura estúpida, esa cura del diablo que había ido a buscar.

¿Qué edad tenía en ese momento?

Tenía doce años, señor. Apenas mujer.

¿COMPRENDE QUE…

¿Comprende que, de prestar falso testimonio deliberadamente, desatará la ira de Dios en vida terrena y destinará su alma a Satán una vez acaecida su muerte?

Sí.

Diga su nombre y edad.

Severin Stahlen. Tengo treinta y dos años según mi madre y treinta y uno según mi padre.

¿Tiene algo que compartir con el tribunal sobre Frau Kepler?

Sí. De chico, tuve una chancha. No era solo mía. Era de toda la familia. Pero la chancha tenía preferencia por mí. Eso fue hace unos veinte años. Pero lo tengo más fresco que la visita al mercado del último miércoles. Yo sabía que en octubre iban a matar a la chancha. Pero era chico y también creía que la chancha iba a crecer conmigo, como una hermana. Perdón, me duele el pecho cuando pienso en tiempos pasados. Yo no había vuelto a pensar en mi hermana chancha hasta que vino Úrsula y se puso a hablar sobre Frau Kepler, y le estoy muy agradecido a Úrsula por ser valiente y explicarme todos sus dolores y dificultades, y todo lo que le había hecho Frau Kepler con el vino envenenado. Úrsula se puso a hablar y a hablar sobre el vino envenenado y todo eso y, mientras, yo pensaba «¡mi chancha!». Mi querida chancha Trébol. Frau Kepler ya era una señora mayor cuando yo era chico. Tenía la cara de un pájaro hambriento. Yo la vi. Ella le hablaba al ayudante de mi padre, un joven de nariz grande. Le estaba hablando a él, y ahí fue cuando le tocó la pezuña a mi chancha. Frau Kepler, quiero decir. La vi, claro como el sol cuando baja. Fue la pezuña izquierda de mi chancha. No me gustaba la cara de Frau Kepler. Pero no sabía por qué no me gustaba su cara.

¿De qué manera sufrió usted?

Trébol murió después de eso. No en el matadero. La chocó una carretilla llena de manzanas. Fue horrible. Fue por todo el cotorreo que corre por el pueblo que lo relacioné con Frau Kepler. Cuando me enteré, me di cuenta de que lo había sabido siempre. Los chicos saben. Ven cosas. Tienen poderes especiales. En esa época, yo tenía ese poder, y he tardado todos estos años en recuperarlo.

TODO FALSO TESTIMONIO…

Todo falso testimonio que preste deliberadamente desatará la ira de Dios en su vida terrena y condenará su alma a morar con Satán una vez acaecida su muerte; ¿es consciente de esto?

Soy consciente. Muy consciente.

Indique su nombre, edad y ocupación.

Hans Benedict Beitelspacher. Cumplo cincuenta años en Navidad. Mi empleo es maestro de escuela.

¿Cómo conoció a Frau Kepler y a Frau Reinbold?

¿A Úrsula Reinbold? No la conozco bien, pero conozco a Jacob Reinbold, el vidriero. No sé si Frau Kepler le ofreció a Úrsula una bebida envenenada. No puedo dar fe de eso. Sé que Úrsula sufre muchísimo. Depende completamente de la luna. El dolor disminuye cuando la luna pasa de un ciclo al siguiente. No sé más del tema. Y no, no sé nada sobre si Úrsula tuvo algún cruce previo con la ley. Nunca oí que haya estado presa por conducta inmoral.

Pero conoce a Frau Kepler desde hace muchos años, ¿verdad?

A Katharina Kepler sí. La conozco desde que era chico. Fui a la escuela primaria con Hans, su hijo astrólogo. Ella lo mandaba con bizcochos pesados, manteca, mermeladas. Después, él se pasó a otras escuelas. Había más dinero del lado del padre de Hans, pero a los padres de su padre no les gustaba Katharina. No ayudaron a pagarle los estudios a Hans, y el padre de Hans ya había muerto, o se suponía que había muerto. En cambio, el abuelo del lado de Katharina ayudó con los gastos escolares. Creo que hipotecó sus terrenos. De todas formas, Hans se quejaba de que lo hubiesen mandado al seminario y no a

estudiar Derecho: les había alcanzado para eso. Hans siempre fue un engreído. Disculpen que me haya ido de tema. De chico, yo no pensaba en Frau Kepler. El hijo era orgulloso y reservado, pero tampoco era malo. No tengo quejas sobre Hans. No más que las quejas habituales entre chicos.

Después de que Hans se fue: ahí es cuando tuve más trato con Frau Kepler. Aunque él fuese un hombre casado y yo también fuera un hombre casado, Katharina me importunaba para que le hiciera favores. Muchas veces me irritaba y me descolocaba. Una vez, por ejemplo: era verano. Yo me había pasado todo el día trabajando en el campo, un día largo de verano. Fue durante una vendimia raramente prematura. Estaba volviendo a mi casa con mi esposa. Ella había estado trabajando en el campo conmigo, a la par. Las puertas de nuestra casa habían quedado con llave mientras estuvimos fuera; por supuesto que quedaron con llave. Pero ahí estaba ella, sentada ante nuestra propia mesa, en la cocina: Katharina Kepler, cerca de un frasco de pickles. Me quedé anonadado, igual que mi esposa. ¿Por qué estaba dentro de nuestra casa? Atravesar puertas bajo llave de esa manera… era magia negra. Nos quedamos los dos de una pieza como idiotas, mi esposa y yo; lamento decirlo. Frau Kepler nos saludó como si fuéramos chicos. Después me rogó que le escribiera algo. Tendría que haberle pedido que se fuera. Frau Kepler tenía la costumbre de venir a pedirme favores, especialmente que la ayudara a leer algo, o a escribir algo. Por lo general, me pedía que le leyera cartas que le había mandado Hans. O que le escribiera cartas de respuesta a Hans. Yo, encantado de ayudar; me gusta ayudar a los demás. Pero parecía como si yo fuese el único conocido de Katharina que supiese leer y escribir. ¿Por qué siempre tenía que pedírmelo a mí? El día en que entró atravesando las puertas cerradas, dijo que le quería mandar a Hans una carta en particular, que era urgente. Está bien, pero repito, ¿por qué yo? Quería hacerme sentir que su hijo había tenido más éxito que yo. Por eso. He trabajado tanto aquí, toda la vida, y enfrenté tantas adversidades que no voy a entrar en detalles; y tuve mi esposa y mi casa… y entra Frau Kepler a rogarme que la ayude con sus cartas para mi antiguo compañero de escuela, como si el hijo fuese un príncipe. Si bien no conozco a Úrsula Reinbold en persona, me alegra que por fin me pregunten por la familia Kepler. Es algo que me pesa por dentro.

¿De qué se trataba la carta que ella quería que le escribiera ese día?

No me acuerdo. Las cartas nunca eran interesantes. Hubo varias. Eso fue hace unos siete años, o diez. Cuando mi esposa aún vivía. Antes de que yo necesitara bastones para caminar, como me ven hoy.

¿Comprende que, si oculta la verdad, Dios lo castigará?

Por eso estoy aquí. Para contar la verdad. Hubo otro incidente del que le puedo hablar. Fue hace siete años. La madre del astrólogo me hostigó un domingo. Yo quería asistir a las vísperas. Ella quería que yo le leyera unas cartas del astrólogo. Me impidió ir a las vísperas. Me suplicaba y me intimidaba. No, no recuerdo el contenido de las cartas. Solamente recuerdo que ella no paraba de hablar de los nombramientos del hijo. Era habitual que anduviera preocupada por él. Él servía en territorios católicos y con gente de lo más rara. No fue mucho después de que trabajara con el aristócrata de Copenhague, el del alce y la nariz falsa. Sabe Dios qué hacía allí.

Yo la ayudé con las cartas: se las leí y después quise salir. Ella dijo que tenía un vino muy bueno que quería compartir conmigo, de regalo. Yo dije que no, gracias. No tenía sed. Ella me suplicó y me amedrentó para que esperara mientras iba a buscar el vino. Mi esposa y yo tuvimos que quedarnos ahí sentados a esperar como dos bobos. Mi pobre esposa. Cuando Katharina volvió, tomé un sorbito por cortesía. Tenía gusto a hisopillo. Ella me presionó para que bebiera más. Yo dije que no, gracias.

Me alivia mucho poder hablar de esto.

Bueno, esa vez, la del vino, también estaba Margretta, la esposa de Bastian Meyer. ¿Ya hablaron con Bastian Meyer? Él y su esposa vivían del otro lado del Glems. Frau Kepler también la obligó a Margretta Meyer a tomar el vino. Margretta no bebía. A menudo pasaba una semana entera sin beber; era rara y tomaba más que nada agua, y también leche. Así vivía ella su vida. Era una mujer agradable y siempre me cayó bien; nunca le habló mal a nadie. Discúlpeme las lágrimas. Frau Kepler también la obligó a Margretta a tomar el vino. Al principio, un poco; después, más todavía. Frau Kepler nos lo sirvió en unos jarros hechos por su hijo el peltrero. Es una fanfarrona.

Le leí las cartas en voz alta. Me las hizo leer varias veces; me acuerdo de eso.

Margretta se tomó un jarro entero. Durante los meses siguientes, adelgazó y se debilitó. Ahora está muerta.

En cuanto a mí, me vino un dolor en la pierna al día siguiente. Poco después, en las dos. Ya ven el estado en que estoy ahora: necesito muletas.

Se habrá asustado.

En ese momento, no le presté atención. Así como vino, lo acepté. Pero en mi condición actual, veo de otra forma la situación.

¿Está seguro de que no recuerda las cartas?

La segunda vez, Hans ya no estaba con el danés rico; el hombre había muerto.

Muere mucha gente cercana a la familia Kepler.

A lo mejor es verdad. Ya ven el estado en que estoy. Soy viudo y lisiado.

Si Katharina lo asustó tanto durante tantos años, ¿por qué no habló antes?

Como hombre, también me estoy convirtiendo en un lisiado. Ya no funciono como debería funcionar un hombre. Apenas siento que valga la pena vivir; todos los días estoy al borde de las lágrimas.

Por favor, Herr Beitelspacher; la pregunta es: ¿por qué no dijo nada hasta ahora?

No siempre tuve a Dios en el bolsillo de arriba. En mi vida he hecho cosas de las que me arrepentí. Creí que Dios me castigaba por eso. A lo mejor Katharina fue el medio que usó Dios para castigarme. No sé. No quiero manifestarme en contra de la voluntad de Dios. No me

estoy manifestando en contra. Estoy compartiendo la información que poseo para permitir que decida el tribunal.

YO NO IBA A IRME DEL PUEBLO…

Yo no iba a irme del pueblo como un perro regañado, Simon. Hans me escribió para insistirme en que fuera lo antes posible a Linz para quedarme con él y su familia. Greta me leyó tres veces la carta completa. Hans tenía pánico. Yo soy su madre, no su hija. Un viaje en invierno no es poca cosa. Linz queda fuera del ducado, en otra jurisdicción, y habría parecido que me escapaba; supongo que sí, que me estaría escapando. Además, Manzanilla no podría acompañarme. Está muy encariñada conmigo. Yo estoy muy encariñada con ella. El plan era absurdo. Como Hans vivía tan lejos, había perdido de vista el hecho de que mis acusadores son unos estúpidos. Me había confundido con sus amigos famosos (o con él mismo), que tienen que huir por ser la amapola más alta del campo. Tampoco era ninguna matemática respetable a la que había que quemar porque dijo que a lo mejor los repollos crecen en otros planetas. Hans mismo había tenido que irse de Tubinga y había huido de Graz; se había creado el hábito de marcharse. Así pensaba yo. En cuanto a mí, quería seguir con mi vida de siempre. No causo más problemas que un ganso. Soy inocente, así que tengo que conducirme como una persona inocente. Le dije a Greta que no quería irme.

Greta dijo:

—Tus enemigos no son mala gente. Pero son tus enemigos.

Siempre tuve algún que otro enemigo, le dije yo.

Ella dijo:

—Estoy tratando de ver lo bueno en cada persona. Todos están hechos a imagen de Dios.

En esos días, perdió un embarazo. Eso me hizo sospechar que los demás eran brujos. Pero las cosas tristes son algo común y corriente. Y, como dices tú, Simon, no hay que ver monstruos. Greta dijo:

—No quiero ser menos que sincera contigo, mamá. Estoy asustada. —Se puso a llorar, cosa que me enfureció.

Mi plan para esa tarde de enero había sido ayudar a Gertie a hilar, y no pensaba alterar ese plan. Gertie siempre andaba preocupada por alguna idea y podía hablar al respecto sin que nadie se lo pidiera durante todo el tiempo que uno necesitara el sonido de una voz humana y, además, nunca parecía temerle demasiado a nada. Gertie era un canto de pájaro si uno sabía afinar el oído correctamente. Mientras la oyera, no me sentiría presionada para irme de Leonberg.

Cuando iba hacia el pueblo, yo pasaba a propósito por el mercado central; no lo evitaba. El mercado era tan mío como de cualquier otro. Vi que un muchachito juntaba nieve y formaba pilas bajas con ramitas que reunía. Parecía una aldea en miniatura. Lo felicité. El chico dio un salto, dejó su obra y salió corriendo.

Yo seguí mi camino. El carnicero Topher Frick tenía salchichas colgadas en el puesto; con ramilletes de salvia seca y tomillo. Ahora sé que después dio un testimonio confuso sobre mí, pero esto fue antes. Yo le compraba bastante a Herr Frick. Tiene la cara ancha y redonda, como la de un chico. A veces me daba la impresión de que alteraba un poco la balanza. Pero quiero decir que siempre accedía cuando yo le pedía que pesara la compra una vez más. En realidad, es como un chico que ve si puede salirse con la suya. Lo saludé. A lo mejor lo saludé con agresividad, como si lo pusiera a prueba para ver cuál era mi situación con él. Las lágrimas de Greta me habían afectado.

—¡Ah, no la había visto! —dijo Frick. Tenía la mano sobre el corazón; parecía inquieto. Su hijito estaba junto a él, precioso como un narciso —. Apareció muy de repente.

Yo dije buenas tardes.

—Hace un frío terrible, ¿no? —preguntó Frick.

Yo no pensaba lo mismo.

—Parece un viento del norte pero viene del este. Muy extraño. —Me miraba como si yo fuera un espectro, ¿o solo me pareció?

Debería tratar de pensar bien de él, pensé. Tenía la voz de Greta en la cabeza; me decía que cada persona es la imagen de Dios. Entonces ¿por qué no cada laucha? ¿O cada pulga? También son creaciones de Dios.

—Sospecho que mañana va a estar más tranquilo.

Él negó con la cabeza:

—Para mí, vienen tormentas.

—¿Tormentas?

—Eso creo. Detrás de usted, cielos púrpuras. Seguramente lo sabe.

Eso me hizo sentir el cuchillo de carnicero en la garganta.

—¿Crees que yo provoco las tormentas?

—No dije eso, Katharina.

—Todo el mundo sabe que tu madre era una bruja…

—Era mi tía —dijo él.

Su hijito no me quitaba la vista de encima. Me sentí gris y podrida.

—Lo lamento —dije—. No sé de qué estaba hablando.

—Por favor, no nos lastime —dijo él.

Volví a disculparme y seguí adelante, apurada, y casi choqué contra Hans Beitelspacher, el maestro. Estaba tomando una cerveza en un puesto cercano. Conozco a Beitelspacher desde que él tenía siete años. Cuando trabajaba como ladrillero, alenté a otros a que lo contrataran, aunque había sido un chico envidioso y sin carácter, pero no tenía madre, y yo me había preocupado por él.

—No necesito nada, Frau Kepler.

Yo no le estaba ofreciendo nada.

—No debería acercársele a nadie por detrás con tanto sigilo —dijo.

—Estoy apurada —dije yo, y seguí caminando.

Un trío de chicas que vendían velas se separó para dejarme pasar. Me empecé a sentir como algo peludo y con garras que caminaba entre codornices.

En casa de Christoph, Gertie me ubicó frente a la rueca mientras ella se sentaba cerca, sobre un taburete, y bordaba algo. ¿Qué estaba haciendo? Todavía era un semicírculo a la espera de que su forma se terminara de definir. Christoph estaba en otra reunión del gremio, dijo. Oscurecía temprano, así que prendimos velas para seguir con nuestro trabajo. Su hijita, Agnes, dormía profundamente. De vez en cuando daba patadas, como un perro que sueña.

—A Greta le piden que pague un año de alquiler por adelantado —dijo Gertie.

—A mí no me lo contó.

—Claro que no —dijo Gertie.

—¿Pero por qué?

—Cuesta que Greta entre en detalles. Además, ejecutaron a tres mujeres más en las afueras de Stuttgart.

La lana que me había dado Gertie para trabajar podría haber sido mejor; el rizo variaba de una sección a otra, pero yo me las iba arreglando.

—Cuando yo era chica, solo los católicos les dedicaban tanto tiempo al drama y los asesinatos.

—Son tiempos difíciles —dijo Gertie.

Yo no estaba de acuerdo. Pensaba que los tiempos no debían ser tan difíciles, si la gente se hacía tiempo para contar mentiras.

—A los Reinbold les va cada vez mejor, no peor —dije yo—. Algunos pájaros construyen su propio nido y crían a sus propios pichones, pero los cuclillos se meten en los nidos de los demás y se deshacen de los mejores huevos.

—Dos de las mujeres de Stuttgart eran porquerizas —dijo Gertie—. Pero la tercera era la viuda de un pastor.

—¿Estás diciendo que tendría que hablar con Hans?

—No. Creo que eso la hace parecer culpable. Pero a lo mejor Christoph piense distinto. —Gertie siguió con su bordado que no terminaba de ser nada en particular—. E incluso si esas mujeres fuesen brujas, es como matar soldados rasos: ¿qué saben ellos, en realidad? Si yo gobernara el mundo, cortaría la cabeza de la bestia, no alguna que otra garra. Lo único que se logra con tantos recortes es darle fuerza a la bestia —dijo. Cambió el hilo amarillo por uno rosado—. Le pusieron una bolsa de pólvora alrededor del cuello.

—¿A quién?

—A la viuda del pastor, como le estaba contando.

—Ya veo —dije. Aunque lo único que veía realmente eran las ligeras hogazas de pan de Rosina Zoft. Me imaginé que salían flotando por la chimenea. Después me imaginé hogazas nuevas, recién sacadas del horno caliente con una pala de madera. En la imagen, Rosina rebanaba una hogaza y dentro había manos ensangrentadas.

—Es una solución ingeniosa —siguió Gertie—. La pólvora estalla al principio de la quema. Hace que estalle el corazón. Cosa que es mucho mejor que quedarse a mirar y a esperar todo ese largo adiós.

No dije nada. Sentía como si el diablo estuviera con nosotras en la sala. Se reía de nosotras. Era un hombrecito de bigotes y sin barba y llevaba puesto un caftán azul tejido.

—¿Me está escuchando, mamá Kepler?

—No sabía lo de la pólvora —dije.

—Mire, ¿qué le parece esto? —Alzó el bordado, que se había transformado en un vestidito diminuto—. Es para una muñeca de Agnes.

—Es hermoso —dije. Como ya sabes, Simon, esa misma noche te pregunté si cuidarías a mi querida Manzanilla. Yo iba a ir a Linz.

ESPERO QUE NO SEA INAPROPIADO…

Espero que no sea inapropiado que incluya mis propios pensamientos aquí, junto a los de Katharina. A veces siento como si le escribiésemos a Dios. Por más que no fuera a necesitar el informe, ¿no? Él ya sabría. Debo estar escribiéndole a alguien… más pequeño. Tal vez no importa. Encuentro que, pase lo que pase, quiero dejar fuera de mi cabeza un informe sobre la verdad. Diré algo: hubo una coincidencia curiosa, y es que, más o menos mientras Katharina pensaba si ir o no ir a Linz, mi hija, Anna, se había quedado en casa de su tía, no lejos de Linz. Anna se quedó con ella todo lo que duraron las celebraciones del año nuevo. Anna regresó a Leonberg un poco antes de que Katharina se fuera. Y cuando volvió, estaba distinta.

Al principio, apenas lo noté. Sin embargo, fue como si lo hubieran notado mi hígado y mis riñones, mientras el resto del cuerpo seguía con sus asuntos como siempre. ¿Había engordado? ¿Había adelgazado? Por momentos, incluso me parecía que tenía otra estatura.

—Papá, te quiero hablar de algo serio —dijo mientras comíamos la avena. Cerca, sobre la mesa del desayuno, había un juego de backgammon empezado.

Yo dije adelante, dime.

No me lo quiso decir. Dijo que necesitaba un poco más de tiempo. A lo mejor en la comida de la noche, dijo.

Ese día estuve ocupado depilando una tanda de cueros. Depilar es un trabajo que me tranquiliza porque exige que le dedique toda mi atención a evitar que el cuchillo se resbale. Cuando lo hago, siento la misma resolución firme que debe sentir un gato cuando se baña con su lengua áspera. Algunas de mis horas más serenas han transcurrido de esa manera. Afuera podía haber rayos, o guerras, o un festival, y para mí habría sido lo mismo, nada. Por lo menos así es en general. Ese día,

la audacia tímida de Anna me había inquietado. El comentario que había hecho durante el desayuno se colaba entre mis pensamientos. Mientras trabajaba, en mi cabeza la veía sostener la cuchara. La veía dudar. Veía cerca una ficha de backgammon.

Me iba a pedir que dejara de ayudar a Katharina. Incluso que dejara de relacionarme con ella. Tenía miedo, quizá con razón, de que la sombra y las sospechas de todo el asunto estuvieran cayendo sobre ella. Por mucho que trate de mantenerme apartado de la sociedad, no puedo decir que no vi cómo nos miraron ese día cuando volvíamos de tener aquella conversación con el funcionario, Herr Sebelen. E incluso el funcionario mismo, el que le había hecho un favor a Katharina; él había dicho que nos preocupáramos. ¿Se había arrepentido de su franqueza con nosotros? ¿Y qué había pensado sobre mi presencia; por qué me había incluido a mí dentro de su preocupación? Prefiero por lejos que no me conozcan, y no que me conozcan, ni siquiera con benevolencia. El hombre me había mirado como si me conociera mejor de lo que debería, cosa que, ahora que volvía a pensar en el tema, me daba escalofríos.

Bajé la vista al cuero en el que había estado trabajando. Vi tantos yerros, tantos restos de pelo que seguían pegados al cuero, como si un aprendiz de diez años hubiese hecho el trabajo.

Tuve miedo de que corriese el rumor de que la calidad de mi trabajo estaba decayendo. Pero la calidad de mi trabajo no había decaído, ¿no? Poco antes de que Katharina se fuera, me habían cancelado un pedido de Stuttgart. La cancelación llegó en forma de una carta con palabras bruscas. No pude evitar pensar en ciertos rumores falsos y viles sobre mí que le habían causado muchas dificultades a mi familia cuando yo era un muchacho. No quiero entrar en detalles en cuanto a esos problemas. Quizás tratar de relacionar el pedido cancelado con la situación de Katharina era tonto de mi parte. ¿Podía ser que la noticia de un asunto desgraciado, pero que no pasaba de escándalo de pueblo chico, de verdad hubiese llegado hasta Stuttgart? En ese momento, recuerdo, le mencioné el pedido cancelado a Katharina.

—Se gastó el dinero en bebida —declaró ella—. Esa es la historia más probable.

—Eso no lo sabes —dije yo.

Ella se encogió de hombros.

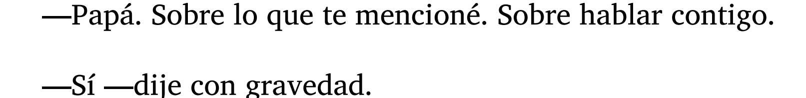
No quise seguir abonando la idea de que quizá mi asociación con ella era lo que me había costado el pedido de tres monturas. Eso no hubiese sido ni leal, ni consecuente, ni hubiese equivalido a dejar de ver monstruos. Tampoco hubiese sido justo. Me estoy poniendo viejo. Me imagino que hay talabarteros jóvenes por ahí, mejores que yo para publicitar sus cualidades en tabernas y posadas. Mejores que yo para visitar esas tabernas y posadas.

Por supuesto, la situación con Katharina había pasado a mayores, pero en el momento del pedido cancelado, yo conservaba la ilusión de que todo se resolvería discreta y razonablemente si nos limitábamos a esperar. Sé lo que es recibir una acusación falsa y, por esa misma razón, temía que mi adorada Anna me pidiera que abandonara a Katharina, que estaba precisamente en esa posición. ¿Pero cómo podía defraudar a mi única hija? También tenía que ser leal a Anna. Iba a tratar de razonar con ella. Le iba a señalar que probablemente Katharina ya se estuviera yendo del pueblo. Que, a los fines prácticos, ya no habría ningún problema.

Antes de que Anna y yo nos sentáramos a cenar esa noche, retiré el tablero de backgammon.

Nos sentamos a comer una cena sencilla de maultaschen, Anna y yo. Ella les había dado una forma muy bonita a los maultaschen, muy pareja y regular. También comimos zanahorias, brillantes como joyas. Cuando Anna empezó a hablar, con un tono firme y estudiado, me encontré sosteniendo la pata de la mesa. Sentí que me temblaban las rodillas. Pero por encima de la mesa, sonreí.

Ella tartamudeó. Dijo algo así como que lamentaba que los maultaschen no tuvieran más carne. Después dijo:

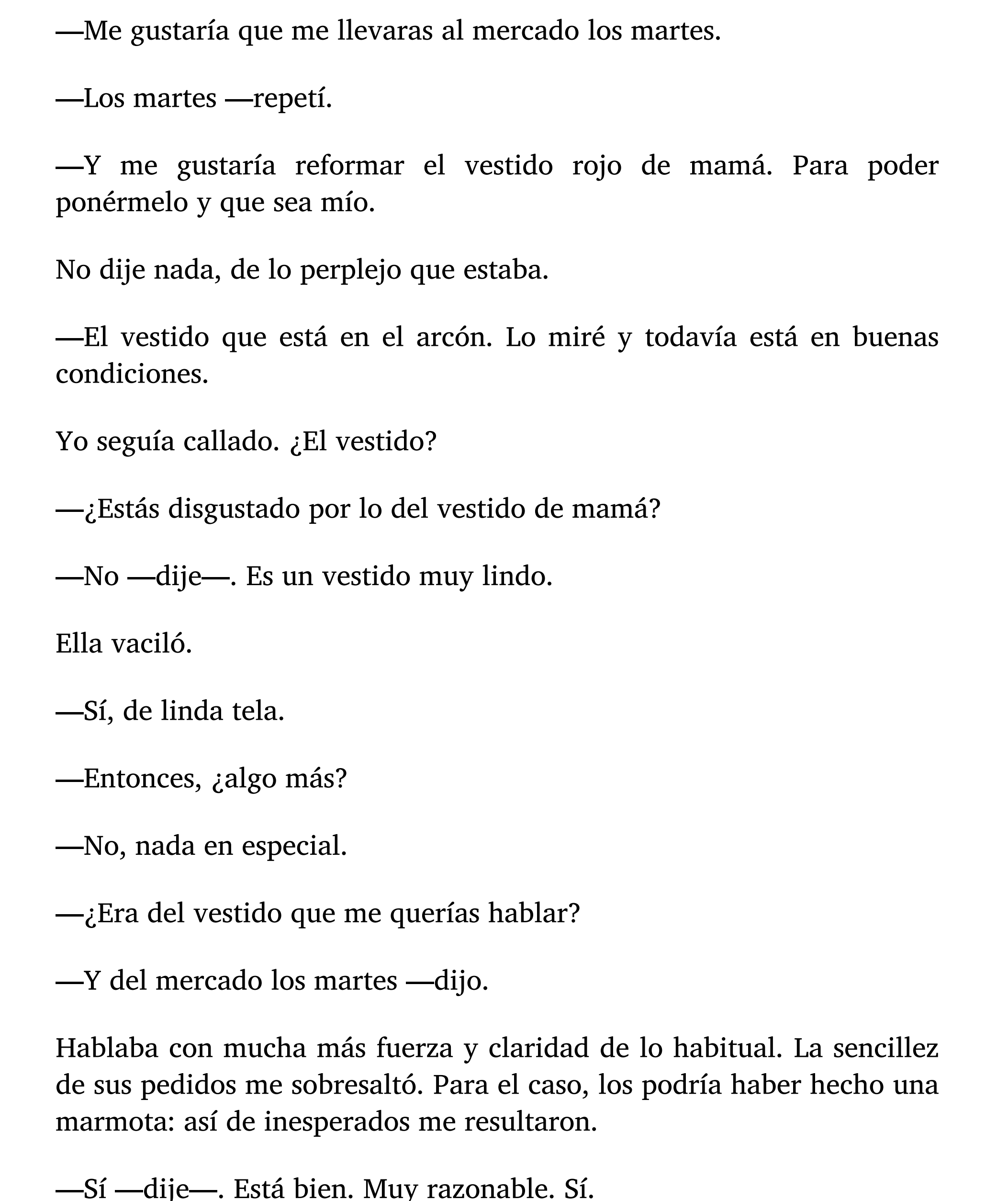


—Papá. Sobre lo que te mencioné. Sobre hablar contigo.

—Sí —dije con gravedad.

—Bueno.

—Sigue.



—Me gustaría que me llevaras al mercado los martes.

—Los martes —repetí.

—Y me gustaría reformar el vestido rojo de mamá. Para poder ponérmelo y que sea mío.

No dije nada, de lo perplejo que estaba.

—El vestido que está en el arcón. Lo miré y todavía está en buenas condiciones.

Yo seguía callado. ¿El vestido?

—¿Estás disgustado por lo del vestido de mamá?

—No —dije—. Es un vestido muy lindo.

Ella vaciló.

—Sí, de linda tela.

—Entonces, ¿algo más?

—No, nada en especial.

—¿Era del vestido que me querías hablar?

—Y del mercado los martes —dijo.

Hablaba con mucha más fuerza y claridad de lo habitual. La sencillez de sus pedidos me sobresaltó. Para el caso, los podría haber hecho una marmota: así de inesperados me resultaron.

—Sí —dije—. Está bien. Muy razonable. Sí.

Miré a esa mujer que era mi hija. Vi algo que no había visto antes. Se había puesto polvo en la cara. Esa era la diferencia. ¿Cómo no lo había notado?

CHRISTOPH ME ACOMPAÑÓ…

Christoph me acompañó. Nuestro viaje a Linz fue frío e inquietante. Vi muchos búhos de plumas claras. Ni un solo ratón. Christoph habló de sus planes para ascender en el pueblo. Se había hecho cargo de la contabilidad del gremio. Había una convocatoria para entrenar una milicia local: tenía pensado responder a la convocatoria. Habían amenazado con embargarle la casa para pagar los gastos del juicio, pero yo le aconsejé que preparara los papeles tan lentamente como pudiera, porque no hay que guardar salchichas donde duerme el perro. Nuestro viaje fue largo, y pensé que sería demasiado aburrido para Christoph, y para mí, si me dejaba vencer por la desesperanza. Me acuerdo bien de cuando el emperador Matías echó de Praga a los protestantes (incluido Hans). Me dije: este es el fin. Pero me equivoqué. No fue el fin. Hans siempre se las arregla; se lo reconozco. Se buscó aquel puesto en Linz para enseñar matemáticas en una escuelita para muchachos que, por lo que cuenta, no son más dotados para la matemática que yo. Así es el mundo. Y la gente pretende decir que el que fue cruel con los protestantes fue el emperador Rodolfo. Es poco lo que se puede decir de bueno sobre el emperador Matías, un hombre que encarceló a su propio hermano.

No me voy a extender en detalles sobre una vieja que atravesó el barro congelado para llegar a Ulm, que pasó más de una noche entre los burros y que hizo una larga travesía en barco por el Rin, con una familia de ladrones que tuvieron la amabilidad de compartir con ella y con su hijo algo de mermelada. Para cuando llegamos a la multitud de techos rojos de Linz, yo estaba débil, con la ropa de viaje rasgada; debí parecer una mendiga vieja mientras el buenmozo de mi hijo Christoph les preguntaba a los extraños cómo llegar a la casa del profesor.

¡Y Hans no estaba! Nos recibió su segunda esposa, la sensata Susanna. Llevaba un vestido oscuro de entrecasa, con un cuello de encaje muy limpio y almidonado, pero, así y todo, no dudó en abrazarnos. Tuve que deshacer yo el abrazo para sonarme la nariz. Susanna se puso a

llorar, pero en silencio. Se enjugó las lágrimas y ahí terminó el asunto.

Johannes, dijo, estaba de viaje, cerca de Bruchhausen. En una expedición cartográfica. Ese era uno de sus deberes como Matemático Imperial.

—Me suena a una tarea que le darían a un chico —dijo Christoph.

—Va a volver pronto —dijo Susanna. Nos trajo unos pañuelitos perfumados con romero y lavanda para que nos secáramos la frente y las manos. Trajo té y queso. Sentí que me mareaba. Me caí al piso. Me llevaron a una cama improvisada, sencilla, en una habitación que había cerca de la cocina.

¿Cuántos días pasé acostada allí, temblorosa y confundida? No llegué a la iglesia. Christoph volvió a Leonberg. Yo casi nunca me enfermo. He tenido piojos, pero eso es distinto. Cuando estoy enferma, me digo: Manzanilla necesita verme la cara. Logro bajar las escaleras. Le rasco la barbilla y también le acaricio la nariz. Si el tamaño de los ojos es indicio del tamaño de las almas, como quizá dijo Paracelso (alguien lo dijo), ¿por qué se elogia tan poco a las vacas? A ella le gusta apoyarme la cabeza contra el cuello. Nunca deseé que pudiera hablar, porque nos entendemos. Voy a mencionar algo más sobre las vacas. Las vacas no lloran. Sufren duelos, lanzan mugidos graves y, si tienen alguna infección, los ojos se les humedecen y supuran, pero no hacen un despliegue de sus emociones, sino que se las guardan para ellas, a quienes les pertenecen.

Una mañana, bajé las escaleras para atender a la vaca de Hans, que no era Manzanilla. (Simon, apenas puedo expresar lo agradecida que estaba contigo porque sabía que cuidabas a Manzanilla, que no iba a tener que dejar su casa familiar, que no iba a tener que recibir cuidados de extraños). La vaca de Hans tenía campana y se llamaba Martillito. Susanna me dice que me encontró dormida cerca de Martillito. Me costaba respirar, pero no me podían despertar. Tuvo que salir a buscar al cordelero que vivía en la misma calle, y él la ayudó a sacarme de donde estaban los animales y subirme por las escaleras. Alguien preparó una sopa de hongos, con diente de león; el boticario también trató de venderle a Susanna un polvo de cuerno de unicornio. El cuerno de unicornio es la trampa del diablo, y yo le dije

que no lo llevara y que tampoco lo iba a tomar. Puede que me hayan dado una artemisa de la zona. Los sueños que tuve fueron más que la serie habitual de miedos y lagartijas y ropa interior que no lograba limpiar. En uno de mis sueños, mi querido y difunto padre venía a tocar la puerta, como un vagabundo, para pedir pan, y decía que era de Livonia.

¡De Livonia! Esa había sido otra obsesión de Gertie. Gertie creía en las historias de que había canibalismo en Livonia. Se las había oído a un herrero de buena fe, decía. Un viudo, con seis hijos de mejillas coloradas. Seis criaturas saludables en Livonia no eran un detalle creíble. Yo sé cómo funcionan esas historias. Probablemente, alguien había encontrado algo valioso en Livonia. Plata quizás. Y quería quedarse con esas tierras a buen precio. Así que le contó a todo el mundo el cuento del canibalismo.

Me voy por las ramas. Seguía en cama, enferma y con fiebre. Oí el parloteo de una criatura. Como el canto de un pájaro. Eso me levantó el ánimo. Pensé que sería Maruschl, la hija de Hans y Susanna. Seguro que era ella. Yo todavía no la había conocido. Susanna la mantenía apartada, cosa que me parecía bien: no sabíamos ni cuanto iba a durar mi enfermedad ni cuán peligrosa era.

Sin embargo, Susanna me quería. Me trajo un huevo duro. Se ofreció a leerme algo. Para Hans, el hecho de que supiera leer no era un punto a favor de Susanna. Ella no se lo hacía notar, pero tampoco le daba vergüenza su saber. Cuando tenía tiempo, me leía historias que, en esencia, me resultaban familiares, pero tenían detalles extraños.

Un joven había matado a la madre. Ese era el trasfondo y, en algún sentido, era más bien irrelevante. El problema real era que al joven lo perseguían tres muchachas furiosas, de cuya apariencia Susanna poco pudo decirme. La historia tampoco decía nada del aspecto del hombre. Le pregunté por qué no me lo podía contar de todas formas. Tampoco era que estuviese leyendo la Biblia, y había espacio para que ella enriqueciera la historia a partir de sus propias experiencias.

—Nunca pasé por la experiencia de ser un joven perseguido por tres mujeres enojadas —dijo.

Le dije que se estaba tomando las cosas al pie de la letra. Ella cerró el

libro y dio la impresión de estar decidida a irse.

Yo soy capaz de decir que he estado mal y de pedir disculpas. La lectura de Susanna me sacaba de la cabeza lo mal que me sentía; la estaba disfrutando. Le pedí que siguiera. Pero agregué que estaba casi segura de que lo que nadie quería decir era que el joven había preñado a una o dos o a las tres muchachas y las había abandonado por completo con sus problemas. La historia siempre es esa, en realidad. Una vez despejado el panorama.

—Está bien, pero aquí no dice nada de eso —dijo ella.

—Pero igual lo sabemos, ¿no? Sabemos que es muy probable.

Susanna volvió a la lectura. Las tres muchachas muy enojadas casi mataban al joven. El joven tenía un nombre extranjero y difícil que nunca me quedó. ¡Las mujeres lo alcanzaban! Estaban a punto de descuartizarlo, miembro por miembro. Tenían planeado desparramar las partes de su cuerpo por distintos lugares y dejar que se las comieran los cuervos. Eso era muy interesante. Susanna pensó lo mismo. Me imagino que a Gertie también le habría interesado.

Dije que conocía una historia en la que a unos halcones les dan de comer el cuerpo de un chico. La madrastra los alimenta. Después la madrastra le miente a la hermana del chico y dice que no sabe qué le pasó, que simplemente desapareció. Pero los pájaros cantan la culpa de la madrastra día y noche. Es un gran cuento. Al final, el pobre chico asesinado regresa. Uno de los pájaros se convierte en el chico.

—¿Se siente mejor? —preguntó ella.

—No —dije yo.

—Ya veo. Bueno. Esta historia se parece a la que describe usted en una cosa: también tiene final feliz.

El chico de mi historia no había hecho nada malo; el caso del joven de la historia de Susanna era bien diferente. Dicho eso, nunca me gusta pensar en castigos.

Susanna siguió leyendo. El joven se salvaba. Intervenía una diosa y salvaba al joven de que lo descuartizaran miembro por miembro.

—Ah, esta es una de esas historias —dije yo.

—¿Una de cuáles historias?

—Una de esas historias de diosas.

La diosa intervenía para insistir en que primero le hicieran un juicio al muchacho. Según lo que pasara en el juicio, quizá lo descuartizarían miembro por miembro y quizá no.

Yo dije:

—Pero ¿quiénes serían los jueces? Ese es el tema con los juicios.

Susanna se fue a hacer cosas de la casa. Me imagino que tenía un montón de que ocuparse. Yo había andado preguntándome quién se estaría ocupando de la limpieza, de los animales, de la hijita, Maruschl.

Me desentendí de la preocupación. No era mi casa. A la gente le gusta que la dejen ocuparse de sus cosas. Más tarde, aunque no estoy segura de cuánto, volvió Susanna y siguió leyendo.

El veredicto consistía en que la mitad de los jueces decía «Sí, maten al hombre» y la mitad decía «No, no lo maten». Perfectamente divididos.

El juicio giraba en torno a si había que castigarlo por matar a la madre, pero, de nuevo, en algún sentido, eso no era central, no en esta narración. Giraba más en torno al alguacil y el procedimiento y los argumentos a favor y en contra.

—La votación es ridícula —dije—. No se puede descubrir qué es verdad según cuántos piensan que es verdad.

Hablaba la diosa y tomaba la decisión final. Decía: libérenlo.

—¿Entonces a la diosa le parecía bien que hubiera matado a la madre?

Susanna dijo que era una historia con muchas partes. Igual que con la Biblia, a menudo se perdía y no sabía bien cómo sentirse. Pero había confiado en quienes le habían recomendado la historia. Johannes, por ejemplo, respetaba al escritor. Como fuese, ese era casi el final.

Yo le agradecí que me hubiese leído la historia. Dije que me parecía una historia muy graciosa.

—¿Graciosa?

—Querían que fuese graciosa, ¿no?

Las tres muchachas enojadas recibían un nombre nuevo: las bondadosas.

Esa parte era graciosa, sin dudas.

Al margen, sentía incipientes señales de salud. Le comenté a Susanna (y quizás ese fue el primer pensamiento claro que tuve sobre mi caso) que, aunque me alegraba que existieran los tribunales y no veía la hora de que empezaran con mi juicio (si es que ocurría) y limpiaran mi nombre, también pensaba que a veces los tribunales estaban más que nada para hacer dinero para el amanuense.

—Es una perspectiva muy sombría, mamá Kepler —dijo Susanna.

Yo dije que debería ver lo que había visto yo, una escalera en espiral dentro de una torre nueva adosada a la casa de la familia Korn, en Leonberg. Los integrantes de la familia Korn trabajaban como amanuenses.

—Dígame esas cosas a mí pero no a los demás —dijo ella.

Le agradecí, y ya estaba otra vez dormida. Soñé que estaba bien y que veía a mi nieta, que tenía las proporciones de una persona adulta pero más chica, como cuando pintan al niño Jesús como a un hombre en miniatura.

¿COMPRENDE QUE…

¿Comprende que, de prestar falso testimonio deliberadamente, desatará la ira de Dios en vida terrena y destinará su alma a Satán una vez acaecida su muerte?

No voy a hacer ningún juramento. Ella es una mujer poderosa, y Dios sabe que podría terminar por caer de un puente si hablo demasiado mal de ella. Ah, a veces quisiera darle un golpe en la cabeza con el palo de amasar, tan preocupada estoy, pero no lo hago, ¿no? Porque ella me devolvería el golpe y me haría algo brutal. No, definitivamente no. Solo les aviso. Pueden hacer lo que quieran con la información.

Indique su nombre, edad y ocupación, por favor.

Tengo cuarenta y un años, Rosina Zoft, la esposa del panadero.

Cuéntenos lo que sabe de Frau Kepler.

Me alegra que se haya ido del pueblo. Ahora me siento más segura.

¿Por eso recién habla ahora?

¿Por qué no hablé hasta ahora? Estaba muy ocupada. Sigo muy ocupada. Les habría dicho la verdad si me hubiesen preguntado, si hubiesen venido a verme.

Queremos volver sobre lo que usted quería compartir acerca de Frau Kepler.

Ahora veo que siempre lo supe. No sabía que sabía. Pero sabía. Se puede saber algo y a la vez no saberlo. Trato de ser buena y generosa. Hago lo mejor que puedo, y algunos se dan cuenta y piensan: esa es la

señal. Me voy a aprovechar de ella. Le voy a quitar todo lo que tiene y a cambio le voy a hacer decir muchas gracias. Katharina apenas si dijo gracias por la leche que le di en la oscuridad de un febrero de mucha hambre. Como si fuera la única con un hijo que alimentar en invierno. ¡Y, para el caso, un hijo grande! Viene a pedirme leche fresca como si yo tuviera una vaca mágica, distinta de todas las demás vacas. Después me echó una mirada… como si lo que le había dado no hubiese sido suficiente. Eso era para su hijo Heinrich. Era un soldado de espalda ancha y ella me suplicaba como si hubiese sido un inválido. Después viene de vuelta y me pide usar el horno. Una hace un favor y se lo echan en cara diciendo que, como favor, no alcanzó. Como si Dios me hubiera dado la vida para que pudiera hacerle favores a ella.

Bueno, esto es lo que quería decir, que es todavía peor que aquello. Esto es algo que me juego que ella no les va a contar. Entra en mi panadería, furiosa, como un cuervo agraviado. Ni presta atención a quiénes más están. Y tiene ese olor raro, de esos supuestos remedios que hace. Le dice a una muchacha que está allí, con su canasto, que tendría que pedir la decimotercera hogaza, le dice que está flaca, que si me compra a mí nunca va a engordar. Después viene al mostrador y me acusa de divulgar mentiras. Dice que miento. Enfrente de todo el mundo. Bueno, yo les voy a contar qué es mentira: ella viene a mi propia casa y le dice a todo el mundo que yo hago algo que no hago. Es amiga de ese panadero patético y envidioso, Jerg Hundersinger: de eso se trataba. Él depende del dinero de ella, por eso no es de fiar. De ninguna manera pueden escuchar nada que diga ese desgraciado.

Después Katharina amenaza con pegarme en la cabeza con un tronco. Dice que eso piensa hacer si resulta cierto lo que oyó que ando diciendo de ella, que es bruja.

¿Con un tronco?

Estoy segura de que eso es lo que dijo. Un tronco por la cabeza. Una no se olvida de ese tipo de cosas. Llamé a mi marido a los gritos. Él la espantó y la echó de la panadería con una hogaza grande y un palo de amasar. Suena ridículo, suena para morirse de risa, seguro… pero me dio mucho miedo. No pude dormir ni esa noche, ni la otra, ni la otra.

¿Qué la hizo sospechar que era bruja?

Sí, está bien, ya sé: ¿quiere que hable sobre Heinrich, el hijo? Ahora me doy cuenta de que hacía mucho que yo sospechaba que era bruja, incluso antes de que el hijo la llamara así. Pero Heinrich me lo dijo claro como una nube. El muchacho. El hombre. Eso fue poco antes de que se muriera, ese mismo invierno. Dijo que su madre había montado una cabra para atrás y después la había asado. Había hecho eso y después no le dio nada de comer a él. O le dio una pata, un poquito: la parte que es toda huesos y nervios. Bueno, ¿quién hace andar a una cabra para atrás? Soy una mujer humilde. Pero hasta yo sé que solo las brujas hacen eso, y a veces también los demonios. Heinrich no estaba bien. Me asustó. Pero yo no tenía motivos para pensar que mentía. ¿Por qué iba a mentir?

No sé si ella envenenó a Úrsula Reinbold o no. Es un rumor que podría ser verdad o podría no ser verdad. Sé que Úrsula dice que Katharina le dio un vino envenenado. Y sé que Katharina dice que no es cierto, que a lo mejor el vino se había puesto agrio, pero que no estaba envenenado.

Si usted me preguntara a quién le creo más, bueno, eso no es lo que me está preguntando. Pero conozco la respuesta. Y no me van a presionar con toda esta parafernalia para que diga algo que solo me va a traer problemas. ¿Ya me puedo ir? Todo lo que tenía para decir lo dije.

ME DESPERTÉ A MEDIAS…

Me desperté a medias con la sensación de que había un hombre muy menudo en la puerta. ¿Quién era? Me volví a quedar dormida. Para cuando volví a despertarme, la figura ya no estaba en el umbral. Me puse el vestido de entrecasa y bajé las escaleras en silencio, en busca del intruso que se había metido en la casa, ya fuese humano o animal o espíritu. Vi a Martillito, la vaca. También a varias gallinas marrones y robustas y a dos cabras aburridas, con el ceño fruncido. Había algo sobrecogedor, pero ¿qué era? Cuando yo era chica, mi hermano me mostró unas chispas verdosas y malignas que le estaban saliendo del pelaje a nuestro burro. No tuve duda de que el diablo nos había ido a visitar. Pero mi hermano se reía. ¿Se había encomendado a los espíritus oscuros? Yo lloré y me acerqué al burro. El burro mostró los dientes. Salí corriendo. Pasaron días hasta que mi hermano me reveló el truco: había frotado azufre a contrapelo del lomo de nuestro burro. Por eso habían saltado y volado las chispas. Al día de hoy, cuando pienso en la cara calma y dientuda de nuestro burro en medio de la luz verde que lo rodeaba, pienso que allí debe haber un secreto en espera. Un secreto de importancia real, quiero decir. No una receta para hacer trucos con azufre.

No vi ninguna aparición en la parte baja de la casa, en la zona del establo. Fue una decepción. Ya no les tengo miedo a los muertos como cuando era chica. Tengo ganas de verlos y de conocerlos. Me gustaría más que nada ver a mi padre, ver al joven que era cuando yo era chica. Él tenía de mí un buen concepto. Hace tantos años que estoy viva, Simon. A lo mejor entiendas este sentimiento. Estar vivo a mi edad es como levantarse de una tumba, recorrer la Tierra y ver el mundo extraño de mis descendientes. Me siento más cómoda entre los animales y, que Dios me perdone, pero no creo que hubiese sido castigo haber nacido animal. Aunque no caballo.

Como me estaba sintiendo mejor, ya empezaba a creer que pronto volvería a casa. Manzanilla se pondría contenta. Me quería mucho. Esa mañana, sentí como si mi enfermedad fuera un valle rocoso entre

mi pasado y mi presente, y las amenazas que había enfrentado en Leonberg me parecieron insignificantes e incluso imaginarias. Eran un cuento de fantasmas para niños en una noche de invierno. Las acusaciones que tanto habían aterrorizado a mi familia iban a pasar. Como pasa una enfermedad. Como se revela que un asno con chispas es un burro común y corriente.

Volví a subir las escaleras… ¡y helo ahí a mi Hans! Estaba ante la mesa de la cocina, revisando unos papeles con un joven al que no reconocí. La barba se le había puesto gris. El gris de su barba me irritó. Además, lo vi flaco. Pero reconocí su murmullo grave. Mi corazón cantaba.

Entonces Hans me vio. Antes de que yo atinara a hablar, hizo algo raro. Se levantó y me saludó, pero me llamó Frau Guldenmann. Dijo que en breve estaría conmigo por el asunto de la leche. Guldenmann es mi apellido de soltera. Me llevó un momento reconocerlo como propio. Me quedé ahí parada, sorprendida e inmóvil. Enseguida Hans me tomó del codo y me guio hacia el piso superior de la casa y repitió que en breve estaría conmigo.

Bueno, ese no era el saludo que esperaba. Más o menos una hora más tarde, me pidió que bajara y lloró y me abrazó, y la verdad es que fue un poco mucho.

—¿Frau Guldenmann? —pregunté.

—No quiero meter a nadie irrelevante en los asuntos familiares —dijo.

—Ya veo —dije yo.

—Gracias al cielo que estás aquí.

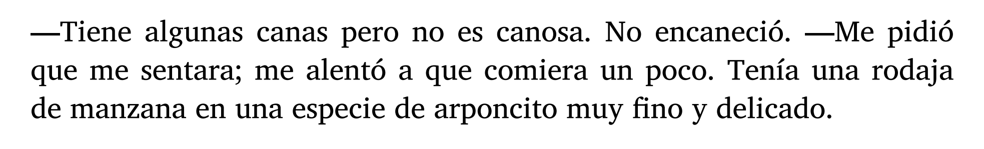
—¿Quién era ese muchacho?

—No es importante. Era un alumno.

—Tienes la barba canosa —dije.

—No está canosa, mamá.

—Estoy viendo las canas con mis propios ojos —dije.


—Tiene algunas canas pero no es canosa. No encaneció. —Me pidió que me sentara; me alentó a que comiera un poco. Tenía una rodaja de manzana en una especie de arponcito muy fino y delicado.

—¿Qué es ese juguete que tienes en la mano?

—Un tenedor. Y sé que sabes que es un tenedor.

—Parece la cola de un demonio —dije yo—. No en un mal sentido.

—¿Me vas a hacer problema por el tenedor?

—¿Cuándo pasó?

—¿Lo del tenedor?

—Lo de la barba canosa.

—Mamá, eres… implacable.

—Eso es lo que dice Christoph de ti —le dije—. Con respeto, claro. Lo dice con respeto.

Y nuestra discusión podría haber seguido así, ida y vuelta, durante un rato largo; me hacía sentir sana y viva; pero entonces la buena de Susanna apareció en la puerta. Dijo que era hora de que conociera a su hijita, Maruschl. Me llevó hacia una criaturita dormida. Está muy difundida la idea equivocada de que todos los niños son hermosos y están llenos de vida. No es cierto. Algunos son miedosos, o agresivos, o distantes, o egoístas. Algunos son maravillosos pero inalcanzables y reservados. Yo conocí y cuidé y quise a muchas personitas.

Le acaricié la frente a Maruschl, que dormía. Ella abrió los ojos y me miró a la cara. Pensé que a lo mejor me tendría miedo. Yo era una extraña y no soy ninguna beldad en flor.

Me dijo directamente:

—Estaba en el bosque y vi un zorro.

—¿De verdad? —dije yo.

—En serio. El zorro no salió corriendo. Nos miramos.



Y durante el invierno entero, estuvimos juntas casi todo el tiempo. Sin ella, mi estadía en Linz hubiese sido insoportable.

HOY APENAS PUEDO CREER…

Hoy apenas puedo creer que Hans no haya muerto de pequeño. Tuvo viruela antes de aprender a hablar. Los pozos abiertos en aquella piel tierna parecían quemaduritas redondas, como si un ejército de las criaturas más diminutas que existen le hubiese dejado minas por todo el paisaje de la piel. Hans quedó tocado y, desde entonces, también es soñador, terco y muy reservado. La enfermedad de Hans coincidió con el momento en que su padre, Heinrich, se fue de Leonberg a buscar fortuna como soldado. Ver sufrir a mi Hans me dio la fuerza que, de otro modo, no habría tenido para dejarlo con mis suegros y salir en busca de Heinrich y convencerlo de que volviera. Hans se recuperó, aunque quedó demasiado flaco, por más que yo le pusiera tuétano en el puré.

Como me había recuperado de mi propia enfermedad, a la mañana siguiente me preparé para ir al pozo con Susanna. Ella sacudió la cabeza y sugirió que me quedara en casa a descansar un día más. Bajé a limpiar los corrales de los animales. Había dos ovejas que estornudaban un poco, y me alisté para salir a caminar con ellas. Cuando volví, al mediodía, Susanna estaba tensa, preocupada. Maruschl estaba ahí, colgada de las faldas de Susanna, con un vestido rojo, y rojas tenía también las mejillas, y sonreía. Eso es la vida: un puñado de espinas y una fruta del bosque.

Hans debió oírnos hablar, y salió del estudio con cara de irritación.

—Mamá, espero que no hayas andado por el pueblo haciendo de partera —dijo.

Yo dije que no sabía de qué estaba hablando.

—No puedes seguir insistiendo con tus remeditos, sean lo que sean —dijo—. Yo tampoco hice nada malo, pero no me ves tratando de convencer a los eclesiásticos de las ideas de Copérnico. Tienes que respetar las precauciones más básicas.

Se volvió a su estudio. Estaba fijando las reglas, como hace uno con un perro nuevo. Me dio gusto ver que se había vuelto más hombre. Maruschl me miró y abrió los brazos pidiéndome que la alzara.

Pero, en general, fue un invierno penoso, Simon. Incluso hubo problemas con un tratado que había escrito Hans sobre el tamaño de las barricas de vino: ¿quién tiene convicciones firmes sobre la forma de las barricas de vino? Aunque es verdad que siempre me parecieron engañosas esas que son anchas y bajas. Cualquier impresión de que Hans estuviese viviendo a lo grande se disipó con la cercanía. Recién cuando volvieron Ludva y Suze, los hijos mayores de Hans, de su primer matrimonio, porque tenían vacaciones de la escuela, hubo una tregua en el clima serio de la casa. Ludva y Suze eran jóvenes y estaban llenos de risas. Suze había encontrado el borrador de una carta que Hans le había escrito a un viejo amigo y le pareció muy graciosa, aunque yo no lograba entender por qué. «Quienquiera que me acuse de la más mínima pasión por innovar no me hace justicia» le decía Ludva a Suze con un tono remilgado cuando citaba la nota. O también: «No voy a sumarme a la furia de los teólogos». Le pregunté a Susanna de qué hablaban tanto los chicos. Dijo que Hans había solicitado permiso para tomar la comunión en la iglesia de Linz pero que, a pesar de sus muchos esfuerzos, se lo seguían negando. No había estado de acuerdo con una parte de la Confesión de Augsburgo, sobre si la sangre y el cuerpo de Cristo realmente estaban presentes en el sacramento. No tenía más que unos dieciséis años cuando lo presionaron para que acordase con lo de los sacramentos, pero esa resistencia juvenil, decía Susanna, también era el motivo por el cual no le daban un puesto en la Universidad de Tubinga.

Ludva decía que no podía ser por eso, que tenía que ser por otra cosa, porque uno de los pastores tenía dos hijos bastardos y eso no había sido ningún obstáculo en su caso.

Susanna dijo que no le correspondía entender de eso. Dijo que Hans había recibido una oferta de la Universidad de Génova, pero ella tenía la esperanza de que se fueran a quedar en Linz.

—Es demasiado directo y demasiado alemán para vivir donde quemaron gente por no creer en la eterna perdición —dijo Ludva.

—La gente es demasiado estúpida —dijo Suze, lo que, por supuesto, era inapropiado, aunque también era correcto.

Por mi parte, empecé a darme cuenta de que, lamentablemente, por el camino había hecho demasiada mella en la reputación de Hans. Empecé a pensar que quedarme con él era más insensato de lo que él alcanzaba a ver. Eso me inquietaba en las noches, incluso con Maruschl dormida a mi lado. En marzo, cuando Susanna anunció que a principios de abril se iba a ir con Maruschl a visitar a sus padres, decidí que ese sería el momento adecuado para que yo también me fuera. Aunque tengo que confesar que me sentí cohibida en cuanto a anunciar mis intenciones. Yo también era terca y reservada, igual que mi hijo.

—Otra vez andas mirando mi tenedor —dijo Hans durante la comida en la que había resuelto anunciar mi noticia—. Crees que es afectado.

—Tú no sabes lo que pienso —dije yo.

Afuera volvía a haber hojas, algunos cerezos audaces en flor. Susanna había preparado una comida completa y nutritiva que incluía manteca gorda y dos mermeladas, además de avena con trocitos de tocino. Yo sabía muy bien que habían pasado más de dieciocho meses desde que el emperador o el duque le habían entregado a Hans el salario que le correspondía. Veía que, aun así, Susanna abría por completo su despensa. Con gusto les quitaría la carga a Hans y a ella, aunque extrañaría a Maruschl, que jugaba en la mesa con un cuadrado de tela. Se reía y sonreía y me miraba de reojo, con recelo, y murmuraba algo sobre una gran batalla.

Susanna dijo:

—En Praga, un montón de gente usa tenedor.

—Sí, recuerdo que me lo contaste —dije yo. Le ofrecí a Maruschl un bizcocho mantecoso. Ella lo puso sobre la tela y lo envolvió. Una chica que anticipaba las horas futuras, pensé. Una planificadora. Por mi parte, todavía no me las había arreglado para anunciar mis propios planes—. Oí en un sermón que a Martín Lutero no le gustaban los tenedores —dije.

—Basta con el tenedor —dijo mi Hans.

Yo dije:

—Nunca entendí las complejidades del pensamiento eclesiástico. Deberían dejarle los detalles a Dios.

—Me gustaría tener una conversación más seria —dijo Hans, y por supuesto que yo también quería tener una conversación más seria. Sobre lo mucho que extrañaba a Manzanilla, por ejemplo—. Le escribí a Besold —dijo Hans; se refería a un viejo amigo que era profesor de Derecho en Tubinga. La respuesta de Besold, dijo, no había sido alentadora. Hans dijo que también le había escrito al duque. El duque no había respondido. Había escrito al Senado de Leonberg. Ellos tampoco habían respondido todavía.

—Me he enfrentado a cosas peores en la vida —dije yo.

—No creo —dijo él.

—Sí, es así —dije yo.

—Eres tan terca. No quieres que te corrijan.

—¿Te publicaron lo de las barricas de vino? —pregunté.

—No voy a dejar que cambies de tema —dijo él—. Y quiero que sepas que no soy ningún tonto y que me doy perfecta cuenta de tu intención totalmente errada de volver a Leonberg.

Eso sí que me sorprendió. Efectivamente, Hans sabía lo que yo pensaba.

—No tendrías que haber hecho la denuncia por calumnias, mamá. Ahora el gobernador ducal teme que lo humillen a él. Acorralaste a un gato sarnoso. Sé que te cuesta entenderlo, pero cuando alguien se vuelve contra ti… tienes que redoblar la bondad. Tienes que darle un regalo. Algo valioso.

No me prestaba atención, ni siquiera cuando coincidía con él. Es un chico encantador e inteligente, pero a mí no me interesaba escuchar. Estaba recordando otra vez en que estuvo enfermo de pequeño. Yo le había puesto galletas en la cama, y un pañuelo rojo, y además hice un atado de hierbabuena y valeriana, pero sabía que tenía que dejárselo a

Dios y a la familia política, porque Heinrich había vuelto a irse del pueblo hecho una furia, y yo había tenido que volver a salir tras él. Todavía oigo a la madre de Heinrich que me grita mientras me voy del pueblo a buscar a su hijo. Y lo volví a traer por segunda vez. No recibí ni una palabra de agradecimiento, para nada. Y la siguiente vez que Heinrich se fue, nunca volvió. Es posible que siga vivo después de todos estos años, pero ¿no lo sabría yo, a esta altura? Mi corazón me dice que no es el caso. Esos Kepler tenían el corazón reducido. Y no dejaron nada en el testamento para los gastos de los nietos. Hans era más Guldenmann, más de mi lado de la familia. A lo mejor por eso, al encontrarse bajo presión, me había saludado como Guldenmann. Incluso se parece a mí, pobrecito. Cuando era un muchachito de unos cinco años, mi padre, Melchior, le dio unas canicas, y confieso que pensé que era débil de mente porque jugó con esas canicas mucho más tiempo que los otros chicos; no perdió interés. Me había asustado en alguna medida esa manera de jugar tan concentrada. Su indiferencia por salir al campo. Su pasión excesiva por la poesía. Nunca fue de ninguna ayuda en la cosecha. Una y otra vez, yo había supuesto que moriría de una de sus muchas debilidades o catarros o sarpullidos; una y otra vez preparé el corazón.

Lo oía seguir hablando:

—Yo pensaba: ¿cómo pasó esto? ¿Cómo le pudo pasar esto a mi madre, que trabaja tanto, que es buena hasta con los animales, que nunca se queja, que nunca dice groserías, que no tiene problemas con la bebida? La última vez que estuve en Leonberg, mi querida madre no tenía esos problemas. No había rumores de ese tipo. Ahora, a Christoph… sí que me lo imaginaba metido en esos aprietos. ¿Pero cómo puede ser que mamá, que fue una viuda trabajadora durante tantos años, que fue generosa con tanta gente… cómo puede ser que se hayan vuelto contra ella con tanta saña? No le encontraba el sentido. Era más desconcertante que los planetas. Pero ahora que vuelvo a vivir contigo, me acuerdo. Entiendo. No me sorprende.

Sus palabras no me lastimaron, Simon. Esa es la pura verdad. Él estaba diciendo que yo era una mujer bien plantada, cosa que siempre sentí. Y a lo mejor es así porque tuve que ser a la vez madre y padre de mis hijos. Era una alegría ver a mi hijo, por más flaco y débil que estuviese. No lo tomé en serio. Es mi hijo. En todo caso, me alegraba la confianza con la que me rechazaba. Volví a sentirme una madre

joven.

—Es demasiado peligroso, mamá. ¿Me oyes? Corres verdadero peligro. Y también tus hijos. Sé que va a ser difícil para ti cuando Susanna y Maruschl no estén. Pero bajo ninguna circunstancia puedes volver a Leonberg. De ninguna manera. Incluso te acusan de haber huido de la jurisdicción. Volver sería como si un conejo corriera a la madriguera del zorro.

¡QUÉ FELIZ QUE ESTABA DE HABER VUELTO A LEONBERG!…

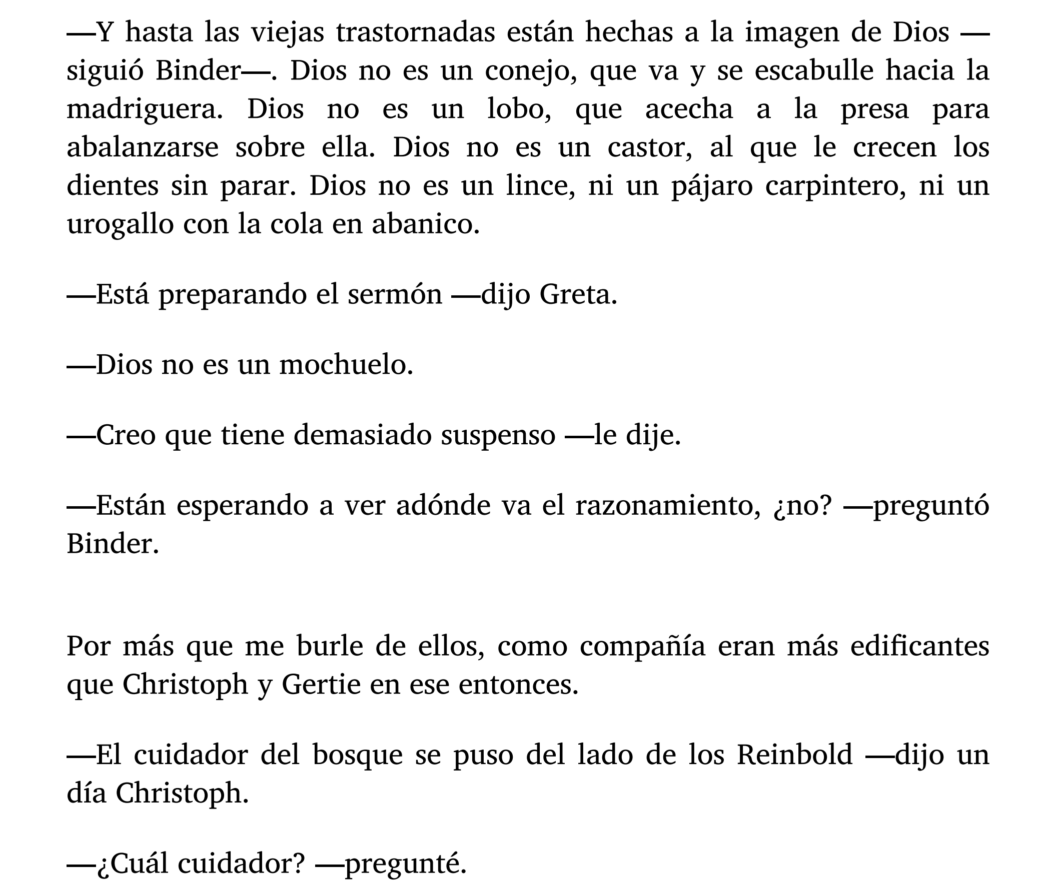
¡Qué feliz que estaba de haber vuelto a Leonberg! Era época de ruibarbos y madreselvas y sentimientos elevados. Cómo cantó mi corazón al volver a ver a Manzanilla. Tú habías estado pendiente de ella, Simon; me di cuenta. Yo me entiendo con las vacas. También con los terneros. Una vez le pedí a una bandada de golondrinas ruidosas que se callara porque me dolía la cabeza, y las golondrinas se callaron. A veces me pregunto: ¿por qué Dios no deja que el mundo sea tan franco y fácil de entender como una vaca? Pero en cambio, todo es un rompecabezas para que sonsaquemos qué puntos de luz son planetas y cuáles son estrellas, y en quién se puede confiar y en quién no. No importa: estaba feliz de recoger mi propia agua, de limpiar mis propios corrales. Feliz de comer mis propios pickles, de tomar mi propio vino. Feliz de oír a Christoph quejarse otra vez de las salchichas, y feliz de oír a Gertie hablar sobre el hallazgo de esqueletos de unas bestias inconcebiblemente grandes. ¿Y qué problema si las malezas del jardín de un vecino a veces invadían el mío? No quería ver ningún monstruo, Simon. Estaba decidida. Así fue como pude quedarme en casa.

—Las brujas ni siquiera existen —me dijo el pastor Binder, el marido de Greta. Le acababan de asignar una parroquia, cerca de Stuttgart, y el puesto incluso parecía haberlo vuelto más alto. Habían venido a Leonberg para visitarme, y yo les serví lo mejor que tenía a mano—. Ahora bien: algunas viejas creen que tienen poderes. Sí, eso creen. Pero hay que tenerles lástima, no castigarlas. Están trastornadas, pero no tienen poder.

Greta observaba todo en paz.

—Todo va a salir bien, mamá. Tenemos que creer eso.

Era una idea curiosa sobre las creencias, pero ¿quién era yo para decir nada?



—Y hasta las viejas trastornadas están hechas a la imagen de Dios —siguió Binder—. Dios no es un conejo, que va y se escabulle hacia la madriguera. Dios no es un lobo, que acecha a la presa para abalanzarse sobre ella. Dios no es un castor, al que le crecen los dientes sin parar. Dios no es un lince, ni un pájaro carpintero, ni un urogallo con la cola en abanico.

—Está preparando el sermón —dijo Greta.

—Dios no es un mochuelo.

—Creo que tiene demasiado suspenso —le dije.

—Están esperando a ver adónde va el razonamiento, ¿no? —preguntó Binder.

Por más que me burle de ellos, como compañía eran más edificantes que Christoph y Gertie en ese entonces.

—El cuidador del bosque se puso del lado de los Reinbold —dijo un día Christoph.

—¿Cuál cuidador? —pregunté.

—Estuvimos en el bosque —dijo Agnes.

—El viejo Cosmas.

—¿Cosmas? Ese les habla a las ardillas. Nunca lo veo en el pueblo. Era buenmozo de joven, pero ya en esa época era raro.

Christoph se llevó a la boca una guinda de la mesa y frunció la boca por el sabor agrio. Yo había hecho la confitura para Agnes.

—Cosmas anda diciendo que le pediste prestada la carreta para mover heno.

—¿Y dice que fue impropio de mi parte?

—Dice que no te prestó la carreta.

—Es probable.

—Dice que te enojaste.

Me encogí de hombros:

—Algo de hace mucho tiempo. No me acuerdo. Simon me viene prestando la carreta desde las últimas cosechas.

Gertie metió cuchara:

—Dice que, para vengarte, volviste loco a uno de sus chanchos y lo mataste.

No era la única noticia que traían. Había una costurera que no era de Leonberg; se había quedado conmigo una noche después de ofrecerme una ayuda mínima durante el día; eso fue hace muchos años; y después le dijo a la esposa del tirador, para la que trabajó brevemente un poco después, que a medianoche yo le había preguntado a ella, a la costurera: ¿no quería alegría y desenfreno sin medida? El diablo podría darle eso. Eso dijeron que le dije a la chica. La que lo decía ahora no era la costurera (nadie sabía dónde estaba esa costurera), sino la esposa del tirador, que decía que la costurera le había contado eso. En general, la esposa del tirador es una mujer respetada, aunque tiene las típicas manos excesivamente histriónicas de la gente entrometida, y nunca la vi reír.

—¿Alegría y desenfreno sin medida? —dije yo.

—¿De qué están hablando? —dijo Agnes.

Christoph dijo:

—Te imagino vagando por ahí y quejándote; esa parte tiene sentido.

Yo dije:

—¡Nunca tendría que haberme ido de Leonberg! La idea era cortar de raíz los chismes maliciosos, ¿no?

—Pero los chismes no dejan de crecer —dijo Christoph.

—Yo no dejo de crecer —dijo la pequeña Agnes.

Gertie le acarició la cabeza.

—Parece que la esposa del panadero tampoco es amiga tuya.

—Al otro panadero le caigo bien. A Jerg. Él sí va a hablar bien de mí.

—Pasando a las buenas noticias, el platero encargó una docena de copas de peltre.

—No está mal.

—Creo que trata de decirme que está de nuestro lado.

—O a lo mejor le gustan las copas de peltre —dije yo.

Esa noche, mientras volvía a casa por el sendero angosto que bordea la propiedad del Junker, vi a un grupo de muchachitas campesinas, de unos once o doce años. Quizás una o dos fueran más jóvenes. Las chicas llevaban ladrillos al horno que administra Lorenz Neher. Yo me habría olvidado del momento pero, por algún motivo, ese día vi que me encaminaba hacia el final de mi vida y que ellas se encaminaban hacia la plenitud. Caminaban hacia el centro de su vida, y yo caminaba hacia mi propio perímetro. Por lo general, no me detengo así en esos sinsentidos elaborados. El sol estaba en un ángulo particular, avanzaba la noche.

Cuando yo era chica, explotó un horno cerca, en la aldea de Magstadt. El horneador había muerto, y también su caballo. Habían corrido rumores sobre alquimistas; también sobre un demonio de cola delgada. El horno de Leonberg tenía problemas más realistas. Lo manejaba y le suministraba leña Neher, que es demasiado propenso a la bebida y para peor, avaro con la leña. Por lo menos eso dice Christoph. El hombre le cae mal porque le dijo cosas a Gertie en el festival del solsticio; cosas lindas, como amapola y pastelito de limón.

El sendero era angosto y estaba embarrado. Sentí la curiosidad difusa y la desaprobación y el miedo y el interés cuando pasé entre ellas, como una marmota entre las gallinas.

Eso fue todo lo que pasó. Después vine a tu casa.

—Es mala educación poner mala cara en la cena —dijo tu Anna.

Le dije que tenía razón.

Estaba comunicativa y habló bastante. La chica estaba cambiando. Tenía buen aspecto. Había empezado a interesarse en su apariencia, ¿y por qué no?

¿COMPRENDE QUE…

¿Comprende que, de prestar falso testimonio deliberadamente, desatará la ira de Dios en vida terrena y destinará su alma a Satán una vez acaecida su muerte?

En cada momento de mi vida.

¿Cuál es su nombre, edad y ocupación?

Wallpurga Haller. Tengo cuarenta y un años. Vivo fuera de los muros de Leonberg. Mi marido es jornalero.

¿Usted además fue testigo en el caso de brujería contra Helena Frisch?

Todos sabíamos que era bruja.

Usted es una experta.

Los males de los que fui testigo me agobiarían si no tuviera mi fe puesta en Dios.

¿Cómo llegó al caso contra Katharina Kepler?

Con mucho sufrimiento.

Sea clara, por favor.

Mi hermosa hija, la bendición de mi vida, iba por el sendero que corre cerca de los campos del Junker; llevaba ladrillos al horno. Siempre fue una chica buena, servicial con sus padres, respetuosa, obediente. Iba con otras siete chicas cuando vieron la silueta de una mujer toda de negro que murmuraba para sí. La mujer de negro iba en la dirección

contraria a ellas. Puede que fuera maldiciendo; mi hija no me lo habría contado. De repente, el sol de la tarde se escondió detrás de una nube. Las chicas se asustaron. Solamente mi hija tuvo el coraje de tomar la delantera. Y cuando se cruzaron, la mujer de negro, que era la señora Kepler, le pegó a mi hija, de una manera bien brusca. Sin ningún motivo. A mi hija le quedó una marca de bruja en el brazo y en el dedo, y además, le provocó un dolor terrible.

¿Qué edad tiene su hija?

Una criatura, apenas; once años.

No iba sola: ¿por qué ninguna otra chica vino a hablar de lo que pasó?

Fue la única lastimada. [Llora]. Nos eligió la mujer esa, esa Kepler. No sé por qué.

Usted nos dijo que iba con siete chicas más. ¿Ninguna de esas chicas quiere confirmar la historia?

Mi hija tiene la rara bendición de la valentía, señor. Una de las otras chicas tuvo la decencia de hablar, pero tiene miedo de decir las cosas bajo juramento. Como dije, mi hija es la única valiente.

Sí.

Igual que yo. Yo también soy valiente.

Sí.

Si hubiera castigos por falta de coraje, quizá las cosas serían distintas. En cambio, a una la castigan por reírse demasiado fuerte después del toque de queda o por quedarse con el anillo de una tía abuela. La meten presa por trabajar los domingos.

Usted dice que antes ya había tenido trato con Frau Kepler.

Mi hijo, Theodor, un chico dulce y lleno de la gracia de Dios, sufría de un mal. [Llora]. Tenía un sarpullido irritado que parecía fuego de San Antonio. Sufría muchísimo. No lo ayudó ninguno de los remedios habituales. Le preparamos un baño especial que no fue nada barato y nos indicaron que nadie lo viera por nueve días.

¿El remedio funcionó?

Alguien lo vio. Por eso falló el remedio. Se suponía que tenía que estar fuera de la vista de todos.

¿Cómo fue que lo vieron?

Fue Frau Kepler, en el cuerpo de un mirlo. Al principio, creí que no era más que un mirlo.

¿Qué tipo de mirlo era?

Uno negro, señor.

¿Un mirlo común y corriente?

Confío en que sabe cómo es un mirlo.

¿La hembra del mirlo no es más marrón que negra?

No soy experta en pájaros, señor.

¿Pero le consta que el pájaro era Frau Kepler?

Fue muy evidente.

¿No era un tordo de alas rojas?

Estoy aquí para ayudar al tribunal, señor. No para dar lección.

Su marido está acusado de robo, Frau Haller, ¿no es así?

Se hacen muchas acusaciones falsas.

¿Usted está en deuda con Frau Kepler?

Frau Kepler es una bruja muy conocida. Se metió con mi hija y con mi hijo, con los dos. ¿Quién diría que eso es estar en deuda con ella? No, no: ella está en deuda conmigo. Ella me debe a mí. Más de lo que nunca nadie me debió. De solo pensarlo, me da un dolor de cabeza del demonio. No es un dolor de cabeza común y corriente; es distinto, como un vinagre.

Usted recibe limosnas de Úrsula Reinbold; ¿es cierto?

Es una buena persona.

La visita todos los días, ¿sí?

Nos conocemos.

¿Le prometió una porción de las posesiones de Frau Kepler si gana el juicio?

Busco la verdad; eso es todo.

¿Usted presentó una demanda en la que solicita mil táleros del patrimonio de Frau Kepler?

He seguido el asesoramiento legal.

¿Espera que este tribunal la recompense con la casa de Frau Kepler?

Yo nunca tengo suerte. Lo único que hago siempre es lo correcto. Atiendo mi hogar y canto mi gratitud a Dios y seguiré en el buen camino a pesar de las dificultades.

LA CONVERSACIÓN QUE RECUERDO…

La conversación que recuerdo haber tenido con Einhorn fue así, Simon:

Él dijo: Tengo entendido que usted iba por el sendero que está cerca de los campos del Junker.

Yo dije: Suelo ir hacia ese lado.

Él dijo: Recibí un informe preocupante, y por eso la volví a llamar.

Yo dije: ¿Cuándo va a avanzar mi denuncia por calumnias? Pensé que me había llamado para resolver eso.

Él dijo: La hija del albañil dice que usted le pegó en el brazo a la hija de los Haller. Lo mismo dice la madre de la chica. Usted conoce a la hija del albañil: es la rubia con un lunar sobre la ceja. Así que ya son dos las chicas que fueron testigos de lo que hizo: la chica a la que le pegó y la que tiene demasiado miedo de decir que la vio a usted pegarle a la otra.

Yo dije: ¿Qué? Yo no le pegué a nadie. Nunca en mi vida le pegué a nadie. No a propósito.

Él dijo: Revisé a la hija de los Haller. Le duele el brazo. También el dedo. Sobre todo, el dedo.

Yo dije: Yo no la toqué.

Él dijo: Usted entiende que tengo la obligación de tomar en serio todo reclamo que me presenten, Frau Kepler.

Yo dije: ¿Y qué pasa con mis reclamos?

Él dijo: La hija de los Haller viene de una familia cuestionable. Pero dicen que la hija del albañil es una chica muy agradable, y confiable.

Ella les contó a los padres sobre el ataque.

Yo dije: Señor, no es que quiera desacreditarla, pero insisto, señor: es una criatura.

Él dijo: ¿Entonces confirma que iba por el sendero que corre cerca de los campos del Junker?

Yo dije: Señor, si pudiéramos proceder con mi juicio por calumnias, todo esto se simplificaría. Le ruego que me brinde justicia. Después, las demás cosas se irán solas. Lo correcto es limpiar mi nombre primero para que sepamos con quién tratamos. Estos disparates de la hija del albañil y de la hija de los Haller… son malezas que llegaron con las acusaciones de Úrsula Reinbold. Lamento decirlo, señor, pero si hubiéramos terminado con mi reclamo a tiempo, como habría pasado en los tiempos de la duquesa Sibila, si hubiésemos hecho mi juicio antes, entonces todo esto nunca…

Él dijo: Cada cosa a su tiempo…

Yo dije: Eso es lo que quiero decir…

Él dijo: Tengo otra pregunta para usted mientras está aquí. ¿La anoto como viuda? ¿O como abandonada por su marido?

Yo dije: ¿Qué?

Él dijo: No tiene ninguna confirmación de la muerte de su esposo, ¿es correcto? ¿La ruptura fue en malos términos?

Yo dije: No hubo ruptura, señor. Ni tampoco confirmación. Fue hace casi treinta años, y es muy difícil saber con certeza lo que les pasó a los hombres que fueron a la guerra…

Él dijo: ¿Entonces afirma que es viuda o no?

Yo dije: Tengo dos hijos vivos que…

Él dijo: Está bien, muy bien; hemos terminado por hoy, Frau Kepler.

Seguramente recuerdes esa entrevista porque me acompañaste, Simon. Puedes confirmar lo que recuerdo. Tuvieron que pasar unos días más para que entendiera que se había producido una escalada catastrófica.

Por un encuentro con una criatura no más dramático que un viento que despeina el cabello. Creo que a la hija de los Haller la presionaron para que dijera que yo la había lastimado. La madre, Wallpurga Haller, ha estado presa dos veces. Todo el mundo sabe que Wallpurga adivina la suerte midiendo cabezas, una práctica supersticiosa e ilegal en la que, además, no es buena.

¿COMPRENDE QUE…

¿Comprende que, de prestar falso testimonio deliberadamente, desatará la ira de Dios en vida terrena y destinará su alma a Satán una vez acaecida su muerte?

Vengo aquí con la conciencia limpia.

Diga su nombre y edad y su relación con la acusada.

Dorothea Klebl, la esposa del tirador. Tengo cuarenta y tres años. No conozco a Katharina personalmente. No es mi amiga; no es mi enemiga. Vivo fuera de Leonberg, a poca distancia de las puertas del pueblo. Tampoco Úrsula Reinbold es mi amiga. Tampoco una enemiga. Esto me llegó nada más que a través de mi marido, que estaba en el puesto del mercado del carnicero Frick, y a mí me daba timidez meterme, y me resistí bastante.

Le pedimos que por favor comparta cualquier información que tenga y que pueda ser relevante para el caso de Frau Kepler.

Tengo muy poca información. Es la siguiente: diría que hará unos seis años que una muchachita de la familia Schfitzenbastian vino a trabajar en mi casa por unos meses para hacer tareas domésticas. Antes de venir, había trabajado en la casa de Katharina Kepler. Era una chica callada, muy diligente y agradable. Bonita no, pero de buen corazón. Me caía bien. Se sentía cómoda en mi compañía y me hizo su confidente. Era muy jovencita, incluso demasiado para su edad, si entiende lo que le quiero decir. Y muy flaca.

¿La hija de los Schfitzenbastian le contó algo sobre Frau Kepler?

Dijo que Katharina Kepler vagaba por toda la casa bien entrada la noche, cuando otros duermen. La chica (se llamaba Hildegard) le

preguntó a Frau Kepler qué era lo que la afligía, por qué caminaba de un lado para el otro. ¿Por qué no podía dormir? Frau Kepler le preguntó a Hildegard si no le gustaba la noche. Dijo que, de noche, las chicas pueden conocer amantes. El diablo puede arreglar esas cosas. ¿No le gustaría vivir una vida sin preocupaciones? ¿Una vida de emociones y placer? Esas fueron las preguntas que le hizo Frau Kepler.

A Hildegard la asustó la manera en que hablaba Katharina. Cualquier chica buena se habría asustado.

Hildegard me contó que le dijo a Katharina que deseaba vivir una vida con Dios y hallar la felicidad en el cielo.

Lo que me contó Hildegard es que Katharina le contestó que no existen ni el cielo ni el infierno. Dijo que la gente no se muere distinto de como muere en el camino un buey agotado.

¿Hay algo más que deba saber el tribunal?

No creo. Hildegard era una chica agradable pero no sé dónde estará ahora. Era una de las que suelen soñar con el amor.

EN EL ACOTADO ÁMBITO…

En el acotado ámbito de mis propias preocupaciones familiares, hubo una novedad. Una novedad más o menos alegre. Inesperada, sin duda. Katharina quería a mi Anna a su manera, y a lo mejor por eso escribo aquí al respecto, porque muestra algo acerca de la influencia de Katharina sobre los que la rodean. Quizá parezca intromisión. Quienes gustan de hablar dirán lo que quieran. Anna había ido a ver al pastor primero y después al farmacéutico. Fuimos a ver al sastre que, según Katharina, le había hecho trabajos a precios razonables, el sastre Schmidt. Schmidt no solo ajustó el vestido rojo de la madre de Anna, sino también otro celeste, muy sencillo pero sentador. El hombre modificó el escote para dejarlo más a la moda. En definitiva, tenía buen ojo y buenas intenciones, y Anna y yo quedamos los dos satisfechos con los resultados. Igual que Katharina, que ofreció su opinión, por supuesto.

Después, una tarde, golpearon a la puerta. No estoy acostumbrado a los golpes imprevistos en la puerta. Los clientes vienen los días previstos a la hora prevista. Katharina entraba directamente o, si la puerta estaba cerrada, me llamaba. Esos golpes… no tenía idea de quién podría ser.

—¿Es el recaudador de impuestos? —le pregunté al hombre que estaba en la puerta.

Pero no era el recaudador de impuestos el que había golpeado. Era el amor el que golpeaba. Un pretendiente. No necesariamente uno que hiciera expandirse el corazón de un padre. Un ayudante de cordelero. De cabeza ancha, aunque bonito a su manera, como un muchachito o una mujer. Muy cortés. Al principio, pensé que era huérfano. No hizo ninguna mención de sus padres. No era ciudadano, y no era probable que llegase a serlo. El amor es uno de los motivos más ordinarios para el cortejo. En su mejor versión, un matrimonio es un contrato de tutelaje. Pero nadie me preguntó.

El nombre del pretendiente era Alexander.

Anna estaba visiblemente contenta de verlo.

Alexander trajo consigo, como regalo para Anna, una cinta de seda verde. El verde es un color que normalmente me levanta el ánimo, aunque este era de un tono poco atrayente. Pero insisto: Anna estaba contenta.

Anna le sirvió té al tal Alexander. Cortó una manzana y dispuso las rodajas como si fueran los pétalos de una flor que se abría.

Y, conforme pasaron las semanas y los meses, las cosas avanzaron más o menos como avanzan esas cosas. Con una pequeña irregularidad. Logré entender por qué Alexander no hacía mención ni de sus padres ni de ninguna de sus relaciones. No era ningún tonto. Aunque vive fuera de Leonberg, es sobrino de Rosina Zoft, la esposa del panadero. Cuando digo el panadero, hablo del que está sobre la calle del río. En una época, yo pensaba en la panadería de Zoft como en la panadería de los gatos, porque Rosina tenía una rara debilidad por los gatos, aunque lo negaba, pero suele haber gatos en la ventana y en las puertas de donde vive esa mujer. A veces dice que es para espantar a las ratas, pero más de una vez la vi imitar maullidos suaves y darles a los gatos revoltijos de maleza y trapos viejos para jugar. Pero ya no pienso que la panadería de los Zoft es la panadería de los gatos. Lo que pienso, en cambio, es que es la panadería que evito desde el conflicto con Katharina.

No el conflicto viejo, el de la comida que le dio para Heinrich cuando volvió al pueblo para morir en su casa. Sino el conflicto nuevo: los gritos, las amenazas, los rumores de un testimonio malintencionado y, como toque final, la recapitulación forzada de todo lo anterior, bajo juramento. Alexander era sobrino de Rosina, pero del lado del marido, que en paz descanse; lo perdieron en aquel febrero tan difícil.

Alexander y Anna se habían conocido en el mercado, como debí suponer. Él le compró unas castañas. Esa chica nunca comió una castaña que le haya dado yo en toda su vida. Pero parece que esas castañas eran muy buenas. Él es un tipo muy bajo, dicen algunos, y de brazos peludos y mirada oscura y nerviosa. Pero me cayó bien. Me cayó muy bien. Por su parte, Anna tenía perfume a lavanda. Cantaba

canciones sobre pájaros que comían azúcar. Yo sentí que tenía que ser leal y consecuente y que no tenía que ver monstruos. Por más que crea firmemente que la vida de la solterona suele ser mejor que la de la mujer casada. Nada de morir en el parto. Nada de bestias en la casa.

Ah, casi me olvido de mencionar algo. Ahora recuerdo lo que quizá me hizo sentarme a escribir en estos días desgraciados en que Katharina sigue en medio de ese juicio tan riesgoso contra ella. No mucho después de la primera visita de Alexander, sonaron más golpes imprevistos en la puerta. Eso me irritó. ¿Qué era yo, un tabernero?

No estaba de humor para volver a ver tan pronto la cabeza ancha de Alexander. Abrí la puerta con el ceño fruncido.

Era el peltrero de mejillas coloradas. El hijo de Katharina, Christoph. Aquel hombre era un ciudadano ocupado. Yo sabía que había respondido a la convocatoria para ayudar a formar una milicia; tenía mucho trabajo en su taller; era miembro de un gremio: ¿qué hacía un hombre así viniendo a verme a mi casa? Una vez un colibrí se me apoyó cerca del hombro. Fue un muy mal augurio. Si uno no es una flor.

Christoph me pasó por el costado, puso una mermelada sobre la mesa, como quien pone una bota sobre la mesa.

—La amistad —dijo—. No voy a despreciar la familia. La familia es un campo de heno, un pozo de agua y todas esas cosas. Pero la amistad es una salchicha. O, mejor dicho, no: no es una salchicha. El romance es una salchicha. La amistad es un limón. ¿Sabe qué llevan los marineros en sus viajes a las partes del mapa donde hay monstruos? Llevan limones, porque los limones son inmutables. Yo entreno soldados, como usted sabe. Algunos fueron marineros antes de ser soldados. Esos son los que me cuentan que el limón es un amigo para siempre.

Yo no soy de interrumpir. Además, Christoph olía a alcohol.

—Y usted ha sido ese limón, Simon. Si el tribunal viera que solo los hijos le son leales, ¿qué impresión daría? Por supuesto que sus hijos le son leales…

—No todos los hijos son leales a sus padres…

—Ni siquiera los cachorros de lobo se vuelven contra los padres.

No dije nada. Si existiera un gremio de no habladores, ese sería el mío. También sería el gremio de ser leal.

Después Christoph me preguntó si había pasado el curtidor Kramer.

—¿Tu vecino?

—Sí, ese mismo.

Cada tanto le compro cuero al curtidor Kramer, pero no diría que nuestra relación de trabajo sea estrecha. Dicho esto, le había comprado pieles el día anterior.

Christoph dijo:

—Escucha conversaciones ajenas y es un presumido, y no tiene el taller más limpio del mundo. Pero me cae bastante bien. Supongo que le contó lo que escribió Hans en su libro.

—¿Quién es Hans?

—Mi hermano.

—Ah, sí; por supuesto, perdón. —No había oído nada sobre ese libro, dije. Me levanté para ofrecerle pan, cosa que rechazó, y en cambio me pidió sidra, si es que tenía.

—Canción de cuna para leprosos —dijo—. Coral para manzanas silvestres. Ese es el título del libro, ¿entiende?

Dije que no entendía bien el significado.

—O Dificultades domésticas.

Le pregunté de qué trataba el libro.

—No es un libro, en realidad. Es mi hermano que se cose una capa más a la parte de atrás del pantalón.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Se protege de la patada de la mula.

Yo seguía sin entender.

—Yo no juzgaría a Hans por tratar de protegerse. En épocas de impuestos, le regalé al horrendo de Einhorn el mejor pastel de almendras que hay. Le digo cómo le va y muchísimas gracias, y, si alguien me diera zapatos para lamer, los lamería sin problemas; a mí no me van a encontrar en el infierno por pecar de orgulloso.

Finalmente, Christoph puso sobre la mesa el ejemplar en cuestión, un libro magnífico. Tenía páginas de guarda turcas, jaspeadas, igual que mi viejo ejemplar de El asno de oro. Y yo habría pensado que los turcos habían perdido todo el favor del público por el momento. El título del libro de Hans era Harmonices Mundi. Le eché un vistazo. No parecía un libro ni útil ni entretenido. Estaba en latín. Pero muy bonito. Dibujos de esferas y triángulos y bolas elaboradas como las que podrían decorar un árbol de Navidad.

—No les preste atención a los bocetos de escolar —dijo Christoph. Me llamó la atención sobre un pasaje. Me resultaba difícil leer, porque Christoph estaba muy colorado y no dejaba de dar vuelta la página y de redirigirme la atención primero a esto y enseguida a aquello otro. Además, no sé mucho latín. Hans había escrito algo así como que conoció a una mujer nacida con un patrón estelar igual al de él, pero que era irascible y difícil, y de un carácter totalmente distinto del de él. Una discusión sobre astrología, aparentemente; no era lo mío. La mujer irascible, seguía diciendo, era la autora de su propia gran desgracia.

La autora de su propia gran desgracia. Me pareció una linda frase. Gran. A su manera, era ennoblecedora.

—Usted no entiende —dijo Christoph. Pasó algunas páginas y señaló otro pasaje de Hans en el que enumeraba cuántos aspectos más incidían en el destino de una persona, además de las estrellas. Estaba el tema de si uno nacía rico o pobre, hombre o mujer; esos aspectos también afectaban fuertemente el destino y el carácter. Él, por ejemplo, que había nacido sin tierras y sin dinero, que había sido menudo y había tenido inclinación por el estudio, que había nacido hombre y no mujer: todo eso lo había separado de otros nacidos bajo

estrellas similares.

En otras páginas, hablaba sobre respirar naturalmente, eructar y otras especulaciones por el estilo, y de que la Tierra cantaba las notas mi y fa, por miseria y fatalidad.

Le serví a Christoph otro jarro de sidra.

—Ahora, lo que me molesta es que él no es el que está aquí en Leonberg. Cuando la carreta cruza por el barro, no es a él a quien salpica, ¿no? Le apuesto a que escribió eso cuando mamá estaba con él en Linz, pero ¿no le preguntaría usted primero a su hermano, antes de escribir algo así? ¿No le preguntaría a su hermano antes de hacer cruzar una carreta por el charco de barro que está justo frente a su casa, lleno de arsénico y alimañas? ¿No le preguntaría a su hermano, a lo mejor, cuál es su opinión, si viera que probablemente sabe mucho más que usted, por más famoso que usted sea, ya que el tema es su propio pueblo y su propia gente, a los que ve con sus propios ojos y oye con sus propios oídos? ¿No sería lo que haría usted antes de incluir especulaciones condenatorias sobre su propia madre junto a lo de los planetas que dan vueltas y los árboles que cantan y otros disparates? —Christoph tenía mucho para decir al respecto. Empecé a sospechar que su mujer lo había mandado a que se fuera de la casa, que estaba harta.

Traté de tranquilizarlo diciéndole que la cantidad de personas interesadas en leer libros tan elaborados en latín sobre estrellas y cosas por el estilo era limitada. Pero también lo dejé que despotricara. No soy un total ignorante sobre las necesidades humanas básicas. Le serví más sidra. Se puso a llorar. Eso me estaba pasando demasiado últimamente. Le di el mismo pañuelo que hacía muy poco le había dado a mi querida Anna en un momento de lágrimas inesperadas. Y después me puse a reacomodar las herramientas de mi mesa de trabajo para ocuparme con algo. La dignidad del joven requería algo de privacidad.

Llegado el momento, lanzó un suspiro profundo. Sacudió la cabeza.

—Mire, una salchicha que cayó al suelo y se echó a perder está echada a perder. Hans escribió lo que escribió y no se puede cambiar. Todavía tengo esperanza.

—Porque su madre es inocente —dije yo.

—No, no; eso no viene al caso. Más bien es por lo que vine a decirle. Vine aquí a agradecerle por ayudar a su vecina. Por ayudar a mi madre. Si no fuera por usted, ella solo tendría a los hijos de su lado. ¿Y qué impresión daría? Una impresión espantosa. Sin usted, ya la estarían llevando hasta el potro. Hans piensa que su posición es lo que protege a mamá; Greta piensa que el que la protege es Dios; yo pienso que es usted. Bueno, usted y yo también. Por eso, de un compañero de gremio a otro, le agradezco.

Me puse muy incómodo y deseé que se fuera. A lo mejor era puro apetito.

Christoph se levantó. Al salir, me pidió que por favor no le mencionase a Katharina lo que Hans había escrito sobre ella en el libro. Dijo que tenía la esperanza de que no se llegaría a enterar.

Entonces ¿por qué venía a contárselo al vecino?, me pregunté.

Decidí olvidarme de todo ese encuentro tan embarazoso. No era que su agradecimiento me resultara inoportuno. Ni que sintiera que él me presionaba para que le fuera leal a Katharina; esa había sido mi intención desde el primer momento.

REPITO QUE FUE UN ERROR INFAME…

Repito que fue un error infame. Johannes, Christoph, Greta… les pido disculpas a todos, y también a Dios, ante quien ya me arrepentí en privado. Y también a ti, Simon.

Estaba aterrorizada. Cuando aún me habían hecho una única acusación por lesiones, no existían fundamentos legales suficientes para que me aplicaran torturas. Pero ahora me acusaban dos personas: ese hecho en sí justificaba el uso de tormentos para forzar una confesión. Me dijeron que la acusación en mi contra era «sólida». Me dijeron que había probabilidades de que ganaran. Una podía cuestionar a los acusadores (la acusación habría sido mucho más sólida si hubiesen sido hombres) pero los que me rodeaban habían empezado a temer que el juicio saliera mal. Incluso el marido de Greta, el pastor Binder, había cambiado de perspectiva. ¿Quiénes éramos nosotros para preguntar por qué existía el sufrimiento?, decía. La sabiduría de Dios no era una clemátida trepadora que podíamos extraer y disecar. No era un poste cuya altura podíamos medir. Etcétera.

Está bien: ya ofrecí mis disculpas.

Voy a empezar esta parte ignominiosa de mi historia con la mención de algunos de los artículos de plata que sé que hay en la casa del Falso Unicornio, también conocido como Gobernador Ducal Einhorn. El Falso Unicornio tiene un gallito de plata, más o menos del tamaño de la cabeza de un bebé. Tiene dos soldados de plata. Uno lleva un escudo con un unicornio parado sobre las patas de atrás. El otro lleva espada, pero no escudo. Tiene un juego de candelabros de plata sencillos, además de un segundo juego en el que un muchachito o un dios sostiene una especie de cuenco. Tiene una escultura de plata de un pescadero. Mis fuentes me dicen que no le faltan ni coladores ni porta tazas de plata. Tiene una liebre de plata parada sobre las patas traseras, y la coloca en la ventana para Pascuas. Me enteré de todo esto gracias a fuentes confiables, incluidos mis propios ojos. Pierdo la

cuenta; hay mucho más. A lo que voy es a que el gobernador ducal Einhorn es un hombre que en su vida ha recibido mucha plata. Dudo de que todos los objetos de plata hayan sido regalos de su madre.

En esta región, muchos consiguen la plata en Rammelsberg. Aunque mi adorado padre me enseñó que la plata de Freiberg y de la Selva Negra es de mejor calidad porque la tierra la cede más fácilmente. Se sabe que los mineros de Rammelsberg, que, por supuesto, son sajones, son crueles con sus caballos y también entre ellos.

Yo tuve una copa de plata de Rammelsberg. Había sido un regalo de mi suegro, a quien no logré querer. Mi suegro me regaló la copa de plata para el bautismo de Hans, al que Heinrich, el padre de Hans, no asistió porque andaba de caza o algo así. Odié la copa, aunque entendía que era costosa.

Fui a casa del gobernador ducal. Otra vez en la sala de espera. Otra vez con el faisán embalsamado. Alguien le había limpiado el polvo al faisán. Esa mejora le había quitado al pájaro todo el poder. Como una aparición malhumorada y terrorífica que, sin embargo, no puede sobrevivir a la luz del día. El faisán ya no me asustaba. Su espíritu interior había muerto. Me dio lástima el pobre diablo. ¿Qué o quién le había matado el espíritu?, me pregunté. Me contesté: tus miedos alimentan a las bestias, Kath-chen.

El faisán y yo esperamos bastante. Cuando sentía que crecía un fuego en mi interior, me cantaba una cancioncita de cuando era chica:

¿Cuántos prados hay?

¿Hay cuántas estrellas?

¿Cuántos peces, cuántas branquias, sabes cuántas guerras?

Dios cuenta las montañas,

Dios cuenta las estrellas,

Dios cuenta los peces,

Dios siempre te encuentra.

—Frau Kepler, ha regresado —dijo una voz.

Me sobresalté. La voz no venía de ninguna parte.

No: me llegaba desde atrás.

Me di vuelta y vi al Falso Unicornio. Llevaba puesto el sombrero negro, la chaqueta de lana con el cuello de piel. Había sacado un pañuelo; estornudaba y resoplaba.

—¿Dónde está el tutor con el que insiste tanto? —dijo riéndose.

No dije nada.

Me hizo un gesto para que entrara en su estudio.

—Lamento su malestar —dije. Me refería al resfrío, y te aseguro que sabía demasiado bien que no tenía que sugerirle ningún remedio.

—¿Hacemos esto rápido? Tengo que decirle que este no es lugar para hablar mal de la hija de los Haller; ya lo conversamos.

Le pregunté por su hermosa spaniel, a la que no había visto en nuestra reunión anterior sobre esa estúpida de Haller.

—Murió —dijo.

Me preocupó que me fuera a atribuir la responsabilidad.

Dijo que su princesa había sido una perra ejemplar y que estaba mal que hubiera muerto.

Le ofrecí mis condolencias.

Él se recompuso y cambió de tema. No puedo decir que no fuera cortés, ni directamente empalagoso:

—Frau Kepler, sé que su situación es angustiosa. Se están haciendo todos los esfuerzos posibles para que la investigación sea justa. No

puedo evitar preguntarme —dijo con cuidado— si, de no haber hecho esa denuncia tan tonta, existirían ahora todos esos otros cargos. En ese momento le dije: esto no pasó. No oficialmente. Ojalá me hubiera escuchado.

Sé como un ciervo en el bosque, Kath-chen, me dije. No me resulta fácil ser ciervo; si fuera un animal, lo más probable sería que fuera un búho, o un chorlito. Pero mi situación era la del ciervo cazado. Traté de quedarme quieta y callada, a pesar de que la copa de plata que traía bajo el chal por poco parecía cobrar vida propia; se retorcía y pinchaba cada vez más.

—Me contuve y hasta ahora no lo he dicho, Frau Kepler, pero usted no pensó en mi posición, ¿no? Sus denuncias, reunidas al descuido y a las apuradas, me ponen en una posición difícil. ¿Por qué? Porque son inexactas. Falsas. Incorrectas. Equivocadas. Y, además, difamatorias. Qué curioso, porque de difamación es de lo que acusaba usted a los demás. No le voy a atribuir malicia a usted. Ni rencor. Ni mala voluntad. Pero voy a decir que la denuncia que presentó hizo parecer que el gobernador ducal (es decir, yo) había violado la ley Carolina.

La ley Carolina, como me explicaron mis hijos, estipulaba que, para cargos del nivel de gravedad de los de brujería, solo podían interrogarme bajo juramento. Y solo en presencia de un tutor legal. La Carolina también dictaba que a los acusados de brujería no se los podía torturar sin dos testigos oculares confiables que hubiesen presenciado actos de hechicería. O un testigo ocular confiable, más pruebas que relacionasen al acusado con otra persona de la cual se hubiese demostrado que era bruja. Hans me dijo que algunos distritos menores habían incumplido la Carolina en sus juicios pero que a algunos de los oficiales de distrito responsables del incumplimiento los habían castigado o echado por eso. A algunos, pero no a todos. Cuando estuve en Linz, Hans había sido claro en cuanto a cómo me podía proteger la ley, pero confieso que no le presté mucha atención.

El Falso Unicornio siguió:

—Yo nunca violaría la ley. —Por el contrario, dijo, él era una parte del cuerpo de la ley. ¿Acaso yo no lo sabía? ¿No veía en qué posición se encontraba? Helo ahí, al gobernador ducal, en un páramo extraño, lejos de su gente y en peligro, ¿y por qué?—. Porque traté de ayudar.

Porque fui lo suficientemente tonto como para tratar de que hicieran las paces entre los residentes. Si hubiera hecho la vista gorda, dormiría sin problemas. En cambio, casi no duermo. Y además tengo gota.

Yo tenía sugerencias también para eso. Especialmente, apionabo. Pero no fui tan tonta como para decirlo en voz alta.

No era ningún misterio que vivíamos tiempos difíciles, dijo el Falso Unicornio. Las vendimias se malograban. Media montaña de cabras había muerto por causas desconocidas. ¿Por qué toda la culpa recaía sobre él? ¡Y todos los pedidos de limosna! Un hombre quería dinero para vestir a su mujer y a sus hijos. Otro volvía una y otra vez en busca de más granos de los almacenes públicos. Un tercero tenía una pierna grotescamente grande que había quedado desatendida desde la muerte de la duquesa Sibila. ¡Leonberg! ¿Por qué no lo habían podido ubicar en algún lugar más… elegante? Más civilizado. El Falso Unicornio, se me dio a entender, estaba acostumbrado a cosas más refinadas. ¡Leonberg ni siquiera tenía chocolate! En Praga, ¿quién no tenía chocolate? El Falso Unicornio estornudó y tosió de principio a fin. Estuve a punto de gritar que tenía algo muy fino para él, de hecho.

—Frau Kepler, en su larga vida, ¿alguna vez fue testigo de una persecución como la que sufro yo? Su hijo, el astrólogo, se viene entrometiendo bastante, como estoy seguro de que ya sabe.

Aparté la mirada. Estaba pensando en el pecado que planeaba cometer, en el finísimo objeto que involucraba ese plan.

El Falso Unicornio se puso a caminar de un lado al otro. Se puso a sermonear sobre los que se toman demasiado en serio su poder terrenal. Dijo que el verdadero reino del poder estaba en otra parte. Dijo que había oído cosas sobre Hans que no quería repetir; ¿quién era él para decir qué había pasado y qué no en tierras lejanas? Pero sí sabía que algunos consideraban a mi hijo un hereje tan grande que le habían prohibido tomar la comunión en la iglesia, que Hans ni siquiera así había querido renunciar a sus posturas impías. ¿Acaso la terquedad era un rasgo de familia? Johannes sí tenía poder terrenal, pero su poder era como el humo: cualquier viento fuerte lo dispersaba.

—Me incrimina en las notas apuradas y tontas que le escribe al duque, y a otros. No quiero insultar a su hijo, que a lo mejor tiene pánico y está mal informado, pero le pregunto a usted: ¿no es verdad que no estuve involucrado de ninguna manera en las acusaciones que le hicieron? Vamos, estaba sentado en una silla acariciando a mi querida perrita difunta. Por más que haya estado presente, no fui oficialmente testigo. Tampoco fui instigador. Lejos de mí. La salvé a usted de una amenaza mortal. Herr Kräutlin estaba alterado, y yo intervine para salvarla. Lo único que hice fue ayudar, y por eso me castigan.

Estaba sentada en un banco de la iglesia, y en el púlpito estaba el diablo.

—Lo que le aconsejaría, Frau Kepler, es que tenga fe. Tenga fe en la verdad. Eso la va a salvar.

Qué estúpida que fui por no haberme levantado para irme. La reunión se había prolongado demasiado. Me habían dejado en claro en qué posición estaba. No quedaba nada más por hacer. No podía contar las estrellas, y Dios no tenía cómo encontrarme.

En una escena que había ensayado en mi imaginación, y como si estuviera en trance, empecé, como si hablara un extraño desde mi interior:

—¿Conoce la historia del platero?

Dije que el buen pastor Blenem, que había fallecido hacía cuatro inviernos, había dado un sermón sobre el platero.

—No conocí a Blenem, pero el pastor que designé, el tipo de barba medio amarilla, realmente mejoró la concurrencia. Tengo una lista, ¿sabe? Para registrar la asistencia a misa y quién tomó la comunión y quién no, y…

Yo no lo escuchaba: me precipitaba sin hacer caso y seguía adelante con mi plan. Mi padre y mi madre contaban historias distintas sobre la hora de mi nacimiento, y a veces sospecho que soy por naturaleza más tonta de lo que me gusta pensar, y esa naturaleza coincide más con la hora de nacimiento que defendía mi madre. Le dije al Falso Unicornio:

—Un hombre fue a ver al platero para saber cómo hacía su trabajo. El

platero le dijo que había que sostener la plata sobre el centro del fuego, donde la llama está más caliente y es más intensa. No en cualquier parte de la llama. —Vacilé. Estaba perdiendo la fe en mi historia. Toqué la copa de plata de Rammelsberg que llevaba bajo el chal—. El hombre le preguntó al platero cuánto tiempo tenía que estar expuesto el metal al calor intenso. A lo cual el platero respondió que había que vigilarlo en todo momento…

—Frau Kepler, ¿podemos ir al grano?

—El platero sabe que el momento de quitarlo es cuando ve su propio reflejo en el metal…

—Sí, sí —dijo Einhorn—; y el platero es el Señor. Que ve su reflejo en nosotros cuando sentimos dolor. Lo entendí. No quiero pasarme la tarde escuchando cuentos para chicos, así que, si eso es todo lo que quería decir, Frau Kepler…

Saqué de debajo del chal la irritante, pero valiosa, copa de plata. Como si me sacara del bolsillo un gato salvaje.

Dejé caer la copa de plata sobre el piso. El Falso Unicornio la levantó.

—Es para usted —dije—. Un regalo.

Por un momento, me pareció, no pasó nada, en ningún lado. Después le apareció en la cara una sonrisa infantil. Dio la impresión de ponerse muy contento.

—Qué belleza encantadora. Brillante. Hermosa. Graciosa. Insensata —dijo, y la dio vuelta. Tenía un dragón en el tallo, con una expresión distendida. Si yo fuera un dragón, a lo mejor también andaría distendida. Si tuviera garras, capacidad para respirar fuego. Si ya no existiera. Esas serían cualidades que me distenderían. El Falso Unicornio colocó la copa en un estante alto que tenía detrás, entre candelabros, un plato de plata…

Me di cuenta de lo tonta que había sido.

No le había pedido explícitamente que retirara la denuncia en mi contra a cambio de la plata. Pero ahora entiendo que daba lo mismo. En todo caso, él iba a decir lo que quisiera, y tenía la copa como

prueba falsa. Iba a guardar la copa como prueba de soborno, como confirmación de mi ofensa. Esa copa de plata iba a resolver los problemas de él, no los míos.

—Capta la luz de una manera muy bonita —dijo—. Ahora, por favor váyase, Frau Kepler. Tengo mucho que hacer esta tarde. La gente como usted no entiende la magnitud de las responsabilidades con que mi puesto me obliga a cargar.

Me fui a casa y me quedé sentada varias horas junto a mi vaca Manzanilla.

AL MUY EMINENTE Y BONDADOSO…

Leonberg, 10 de enero de 1617

Al muy eminente y bondadoso Duque Federico de Wurtemberg:

Agrego que, sumado a lo que hizo contra mi persona, montó hacia atrás un becerro hasta matarlo, y luego lo asó, y por esas y las siguientes razones y más, inicié un proceso legal ante Su Señoría y solicito que Frau Katharina Kepler sea retenida en prisión hasta el momento del juicio para probar que deseaba enseñar brujería a la hija de un ciudadano; y que le contó a dicha hija que, si una persona muriese, no tendría por destino ni el cielo ni el infierno, sino el mismo destino que aguarda a cualquier bestia sin raciocinio; y eso no es todo: hay más actos de Frau Kepler; fue con el sepulturero y le pidió la cabeza de su padre para usarla como copa de beber, y fue solo cuando el sepulturero explicó que tendría que pedir permiso a las autoridades que ella desistió; y hay todavía más: hirió en el pie a la esposa de Ziegler; también hirió al maestro de la escuela; también envenenó al ayudante del barbero y también lastimó al carnicero cuando estaba parado frente al ayuntamiento. Maldijo muchas vacas, que luego se desbocaron y destruyeron cercos. Se la ve y se la ha visto y se la seguirá viendo lo más campante de aquí para allí, perturbando a todos. Es claro como el día y todo el mundo lo sabe, y también que Frau Kepler emplea hechizos para confundir testigos, y eso es tan bien sabido y puntualizado que no hace falta ni mi testimonio ni ningún otro permiso del Imperio o de los Reyes, ni las cláusulas de las leyes Carolinas, todas esas leyes establecidas tan bien y con tanta benevolencia. No se requiere más nada a fines de actuar contra Frau Kepler, de aprehenderla y confiscar sus posesiones; de detenerla en el territorio de Su Alteza Serenísima; solicito que renueve la orden para su captura y detención y que no sea liberada hasta que no se la interrogue y sea llevada ante la justicia y se haya completado el proceso, y esto se lo ruego con humildad por el amor de Dios, a Su

Alteza Serenísima, para que usted, como máxima autoridad, pueda castigar como es debido a la culpable.

Úrsula Reinbold, esposa del vidriero

GRACIAS POR VENIR AQUÍ HOY…

Gracias por venir aquí hoy. ¿Comprende que, de prestar falso testimonio deliberadamente, desatará la ira de Dios en vida terrena y destinará su alma a Satán una vez acaecida su muerte?

Nunca oí nada así.

¿Está de acuerdo con el procedimiento descrito?

No siento que tenga muchas alternativas, pero está bien, aquí estoy.

¿Qué edad tiene y cuál es su ocupación?

Soy Daniel Schmidt. Tengo cuarenta y seis años. Soy sastre. Hay siete sastres en Leonberg, pero en mi familia somos sastres desde hace más tiempo que todos los demás. Probablemente por eso Frau Kepler y su familia eligieron trabajar conmigo durante años.

¿Frau Kepler alguna vez se comportó de modo sospechoso con usted?

¿Qué quiere decir con sospechoso? Yo no tengo quejas sobre nadie. Estoy aquí porque me pidieron que viniera, pero no tengo quejas en contra de nadie.

¿Nos puede contar qué ocurrió cuando su hijo estuvo enfermo?

No fue un hijo. Fueron dos hijos.

Sí. ¿Nos puede contar al respecto?

La chica sufrió más que el varón.

¿Los nombres de sus hijos…?

Lucía tenía dos y medio. Hans David todavía no había cumplido los dos.

¿Y cómo comenzó su relación con Frau Kepler en esa época, cuando sus hijos estaban enfermos?

Yo le estaba haciendo algunos trabajos en su casa. Ella tenía un abrigo para arreglar al que le hacía falta un forro nuevo. También necesitaba que le achicara un vestido; había adelgazado mucho. Era un trabajo grande que hice bien, y por un precio justo.

¿Cuándo fue eso?

Hace seis o siete años.

Frau Kepler le hizo un comentario indiscreto, ¿es correcto?

Quizás.

¿Qué fue lo que dijo?

Probablemente se refiera a que dijo que mi mujer y yo estábamos sufriendo. Dijo que, aunque pidiésemos la bendición de Dios por la mañana y por la noche, las dificultades se nos presentaban a cada paso. Hablaba de la enfermedad de nuestros hijos. Yo no quería hablar del tema ni con ella ni con nadie. Me preguntaba por Lucía y por Hans David en cada oportunidad que surgía. Nos pasaba a visitar sin avisar. Muchas veces traía comida. También alentaba a otros a que nos visitaran. Nunca sabíamos cuándo iba a venir. Ni cuándo iban a venir los otros. Fue una época terrible. Uno aprecia que los demás traten de ayudar, pero uno también quiere que lo dejen tranquilo. Me acuerdo de un día difícil en particular. Mi esposa había llevado a nuestra hija al médico, a Stuttgart. Había sido un viaje largo. Se suponía que el hombre era un experto. Mi mujer había depositado en él muchas esperanzas. Por eso insistió en hacer esa caminata sin sentido. Es tan fácil de convencer… Esperé aterrorizado su vuelta, sin la menor esperanza. El chiquito, Hans David, lloró todo el día; no quería comer:

quería estar con su madre y con su hermana. Antes de que mi mujer alcanzara a llegar hasta la casa, cuando estaba en la puerta, con Lucía en brazos, Katharina la interceptó. Qué cruz que cargas con esa criatura, le dijo Katharina. No se puede hacer nada, le contestó mi mujer.

¿A su esposa le resultaba sospechosa Katharina?

Mi esposa sufría. Es cosa de ella. Solo Dios sabe.

¿Qué más pasó en la puerta?

Katharina presionó a mi mujer para que probara con otro tratamiento para la criatura. Le dijo que dijera unas palabras especiales. Era una especie de canción. Mi mujer ya había oído antes esas palabras.

¿Era un conjuro demoníaco? ¿Algo supersticioso?

No sé. Katharina le dijo a mi mujer que había dicho esas mismas palabras cuando su propio hijo estuvo enfermo. Ese hijo de Katharina había muerto. ¿Por qué tenía que recomendar las palabras en primer lugar? Pero Katharina dijo que las palabras no podían hacer mal. A lo mejor Dios se encargaría de salvar a la criatura. Katharina le dijo a mi mujer que dijera las palabras tres veces seguidas, por la noche, bajo la luna llena, en el camposanto.

¿Qué pasó con Lucía y con Hans David?

Están los dos en el cielo.

¿Usted cree que les hicieron mal las palabras paganas que Katharina le recomendó a su esposa?

Yo creo que están en el cielo.

¿Katharina les dio a los chicos algún ungüento o alguna chuchería con el pretexto de que eran regalos o remedios?

Señor, no tengo más nada para decir. Solo Dios sabe.

¿Usted dijo que Katharina envió a otros de visita a su casa cuando sus hijos estaban enfermos?

Sí: tuvimos muchas visitas. Demasiadas visitas.

¿Alguna de esas otras visitas les dieron brebajes, ungüentos, regalos…? ¿O se inclinaron sobre las cunas con maldiciones…?

No sé por qué murieron mis hijos. Eso lo ha de saber Dios.

¿Es posible que alguna de esas visitas o de esos regalos, ungüentos, brebajes o palabras hayan provocado la muerte de uno o dos de sus hijos?

Señor, ¿usted tiene hijos? Están bajo el cuidado de Dios en todo momento.

¿No puede decir que Katharina es definitivamente inocente de la muerte de sus hijos?

Señor, me están obligando a decir lo mismo una y otra vez. Me siento como un pez enganchado a un anzuelo, a la espera de que lo vuelvan a lanzar al mar. No tengo las respuestas que usted quiere. Si alguien analizara en detalle la situación, a lo mejor encontraría algo como lo que usted está buscando. Pero yo… no sé.

¿COMPRENDE QUE…

¿Comprende que, de prestar falso testimonio deliberadamente, desatará la ira de Dios en vida terrena y destinará su alma a Satán una vez acaecida su muerte?

Si usted lo dice, de acuerdo.

¿Su nombre, edad y ocupación?

Jerg Hundersinger. Tengo treinta y dos años. Trabajo como panadero. Aunque, como ve, tengo este pulgar de más, lo que me trajo mala suerte.

¿Qué sabe sobre la reputación de Frau Kepler, para bien o para mal?

Conozco a Frau Kepler desde hace… bueno, muchos años. No sé cuántos. También se llevaba bien con mi padre, Dios lo tenga en la gloria, cuando vivía.

¿Si tuve alguna razón para dudar de Frau Kepler? Ah, no sé. He sido un hombre con muy mala suerte toda la vida; eso es lo que siento. ¿Por qué tengo tanta mala suerte? No sé. ¿Puede ser que Frau Kepler haya sido parte de esa falta de suerte? ¿Incluso la responsable de esa falta de suerte? No sé. ¿Qué puedo decir? Quiero decir, si envenenó a alguien, eso sería terrible. Si es que lo hizo. Por supuesto que sería terrible. No querría que nadie piense que solo porque me llevo bien con ella me parece bien envenenar a un enemigo. Ya tuve suficiente mala suerte; no necesito más.

¿COMPRENDE QUE…

¿Comprende que, de prestar falso testimonio deliberadamente, desatará la ira de Dios en vida terrena y destinará su alma a Satán una vez acaecida su muerte?

Sí. En parte por eso tengo tantas ganas de hablar aquí.

Diga su nombre y ocupación y edad.

Soy Ella Schmidt; soy la esposa del sastre; tengo treinta y cuatro años.

Tenemos el testimonio de su esposo. ¿Hay algo más que quiera agregar?

Fueron medias largas por lo que preguntó Frau Kepler. Mi marido recuerda mal: no fueron cinturillas, como dice a veces. Tampoco fue el arreglo de un abrigo, aunque otras veces hizo ese trabajo. Frau Kepler fue amiga de los dos durante muchos años y eso es lo que quiero decir. Mi marido estaba muy alterado cuando dio su testimonio. Deberían haberle tenido lástima. Es cierto que Frau Kepler me recomendó una canción que canto con el angelito. No creo que haya dicho que había que cantarla bajo la luna llena, como dijo mi marido. Estoy segura de que lo dijo de buena fe, pero creo que recuerda mal. Katharina solo quería ayudar. Ya me habían hablado de la canción. Es una especie de canción de abuelas, nada sospechoso. No hasta donde sé. La canción no había funcionado con el bebé de ella, que está enterrado no lejos del padre. De ahí mi espera, mis dudas.

¿Hay algo más que quiera compartir sobre Frau Kepler?

Cuando vivían nuestros hijos, mi marido nunca tuvo nada malo que decir sobre Frau Kepler. Nunca se quejó de ella conmigo; no que yo recuerde. Lamento muchísimo estar molestando al tribunal con los

problemas de una pareja humilde como nosotros, que recibimos una bendición muy grande cuando tuvimos dos hijos hermosos. Incluso a pesar de que hayan vivido tan poco tiempo, fueron una bendición imposible de imaginar. Hans David era un chico brillante y alegre, y sonreía más a menudo y con más alegría de lo que vi nunca. Lucía se reía cuando sentía el viento, y tenía la costumbre de esconderse bajo una manta. Mi marido puede decir lo que quiera, pero yo soy una mujer muy afortunada por haber conocido a mis hijos. Gracias por escucharme. Anoche lloraba de preocupación por la pobre Katharina: tenía que decir lo que había en mi corazón, que es conocimiento.

SEGURAMENTE RECUERDES QUE…

Seguramente recuerdes que ya no me permitían percibir ingresos por mis tierras, Simon: todas mis propiedades estaban controladas por la oficina del gobernador ducal. Ya los Haller pedían mil táleros por daños, más del triple del precio de mi casa. La Mujer Loba y su clan probablemente esperaban más, aunque en días distintos oí números distintos. A ella le gustaba ir por ahí diciendo que no le importaba el dinero, sino solo su salud y su seguridad. Los inspectores, con sus uniformes azules, vinieron y recorrieron la casa que heredé de mi querido padre. Midieron las ventanas. Registraron en sus libros hasta la última cuchara y el último ratón, por lo que pude ver. Te voy a estar agradecida para siempre, Simon, por haberme hecho compañía en ese pésimo momento. Ni siquiera recuerdo si gané o perdí esas rondas que jugamos. Siempre fuiste reservado, y yo te lo he respetado, y por ese motivo me gratificó más todavía oír que te enfurecías por cómo me trataban, por el poder destructivo de los rumores, por comprobar una y otra vez que los demás estaban dispuestos a ver monstruos, no a ser leales, no a dar una mano al prójimo. Tu furia te llevó a un estado casi de trance, o de fiebre. Tiraste el tablero de backgammon, y todavía siento el estrépito de las piedras sobre el suelo. Yo nunca había visto ese lado tuyo. Confieso que me calmó.

Quizá por eso recuerdo que ese día de octubre fue magnífico y perfecto. Brillaba el cielo; el aire olía a madera. Yo tenía una única cucharita de plata y un juego de encajes y lazos que, durante un tiempo, había estado a punto de llevarle de regalo a Agnes, así que sentí que estaba en mi derecho de sacarlo de mi casa para llevárselo a ella. Atravesé el pueblo para ir a su casa. Era el día en que degollaban a los chanchos. Mientras pasaba por la plaza mayor, vi que los hijos del cordelero jugaban con una vejiga de chancho inflada. Frente a la casa del amanuense, habían puesto un marco de madera con un cadáver de chancho atado y desplegado con elegancia. Las patas de atrás del cerdo estaban más cerca del cielo, y las patas de adelante, hacia el suelo. En el suelo había un joven; sostenía una olla con la que recogía los últimos restos de la sangre que drenaba. Las patas

separadas hacían que el animal pareciera una figura casi humana y sin cabeza. Todavía tenía los riñones, que parecían decoraciones ostentosas sobre un vestido fino. ¿Dónde estaba la cabeza de ese chancho? Quizá ya en una olla, en algún lado.

Pasé de largo y fui a visitar al panadero de seis dedos, Jerg. Si no me podía pagar, por lo menos que me diera unos pancitos. Pareció alarmarse cuando entré. Dijo:

—Frau Kepler, han sido días terribles. —La panadería olía a strudel de manzanas, a canela—. Nunca dije nada malo sobre usted. —Se sacó los guantes y le indicó a uno de sus aprendices que tomara su lugar en el mostrador. Me llevó a un lugar cerca de la parte de atrás. Casi suspiraba—: Se me echaron a perder dos lotes de manteca. Mi faisán empezó a perder las plumas; hubo que sacrificarlo, pero la carne no era segura. Una pérdida total. Mi sobrino, el de Esslingen, ahora tiene lepra y ya no puede ayudar a mi hermana; ni siquiera puede jugar con los otros chicos. Trato de ayudarla en todo lo que puedo. Me hizo buen precio por sus cosechas incluso en años en los que podría haberme exprimido. Yo fui muy malo con ella de joven; ¿por qué?

Me ofreció cerveza; dijo que iba a sacar su único taburete para que me sentara.

Le dije no, gracias.

Por el camino a la casa de Christoph, había un lugar nefasto.

Allí estaba: la casa del vidriero de cuarta categoría. La residencia de Úrsula Reinbold. Vi la cortina de la ventana del piso superior, cerrada contra el frío. Qué pretenciosa y ordinaria, esa cortina. Como si ella no se la pasara gritando por todo el pueblo; ahora hacía de cuenta que quería privacidad. No sé cómo explicarlo bien (no soy rápida para decir el nombre del diablo), pero una luz verdosa rodeaba ese edificio. Entonces se abrieron las cortinas. Úrsula se asomó por la ventana; tenía una olla con sangre de chancho; volcó la olla y la sangre me cayó en la cabeza y me arruinó toda la ropa. Después sostuvo a un bebé en la ventana, y también dejó caer al bebé, un bebé detrás del otro; era para que yo los atajase. Yo trataba, pero era una lluvia de cuerpos espantosa y terrorífica y confusa. Se formó una muchedumbre de curiosos; algunos se reían de mí; otros me gritaban y me decían lo

mal que estaba que yo lastimara a los bebés. También caían mantitas, y manoplas, gorritas. Grité para defenderme y, por distraerme, no pude atajar a un bebé.

Pero eso no ocurrió: seguía parada en la calle, en el frío cortante.

En mi vida había enfrentado dificultades reales. Había cuidado a mi padre moribundo. Había traído de vuelta de la guerra a mi marido, Heinrich. Había visto morir a mis propios hijos; había visto morir a los hijos de mis vecinos. Vi durazneros dar frutos demasiado pronto y congelarse y no dar más frutos. Conocí a un cuidador de bosques que no pudo hablar más desde que una rama cayó y le pegó en la cabeza. Había visto a mi marido despilfarrar nuestro dinero. Lo había visto partir una última vez, un soldado de cuarenta años, condenado a morir. ¿Por qué Einhorn me había vuelto a preguntar si estaba muerto? Quizá no lo esté. Me había ocupado de nacimientos y bautismos casi totalmente sola. Me había ocupado de los campos sin carreta, ni caballo; sin siquiera un burro. Me había ofrecido a ayudar a los demás cuando podía, e incluso cuando no podía. Había sentido el terrible orgullo de pensar que lo bueno que me había pasado a través de mis hijos era una recompensa por mis propios esfuerzos. Aunque a menudo había contemplado cómo y cuándo iba a morir, había estado segura de que tendría una muerte feliz. No siempre había estado tan bien dispuesta hacia la muerte, pero una vez que vi que mis hijos ingresaban en su vida adulta, se casaban, trabajaban, a veces me imaginaba la muerte como un paquete que me dejarían en la puerta, que me tropezaría con la caja de regalo y que ese sería mi dulce final.

Me apuré para llevarle el regalo a Agnes, tan chiquita y callada. Empezó a nevar, muy ligero. Llegué a casa de Christoph; las chucherías de peltre, en el cristal de la ventana. Un desfile en miniatura de cubos y osos y conejitos. Abrí la puerta. Adentro estaba tan tibio…

Gertie atravesó corriendo la habitación en dirección a mí. Tenía el corsé mal atado; eso era extraño. ¿En qué estaría pensando? ¿En una racha de muertes de caballos? ¿En la historia de un relojero judío que asaba a un bebé en una iglesia sin terminar? No iba a dejar que los cuentos horripilantes que había leído en el periódico me perturbaran más. Pero me equivoqué en juzgar a Gertie.

—Mamá Kepler —dijo—. Christoph salió a buscarla.

—¿Agnes duerme? —Le di el regalo a Gertie, que lo puso en algún lado sin dedicarle ni una mirada.

—En este momento, hay hombres armados en su casa —dijo—. Otros van en camino a sus campos. La van a llevar a la cárcel. Lo dice todo el mundo. —Me quitó el chal. Me envolvió con una manta vieja de lana. Me hizo parecer una mendiga. Dijo que Agnes estaba cerca, con la familia del curtidor, y que no sabía nada del plan. ¿Qué plan? Dijo que me iba a llevar a conocer a alguien.

DESDE ENTONCES ME HE PLANTEADO…

Desde entonces me he planteado muchas veces si ese día cometí un error. Nunca le conté esto a Katharina; no quería sumarle preocupaciones. Christoph vino a mi casa. Supongo que después de pasar por la casa de Katharina. Transpiraba a pesar del frío. Llevaba puesto un solo guante. Sostenía una pipa sin tabaco.

—¿Puede acompañarme ahora? ¿Para dar testimonio de la buena reputación y conducta de mamá?

Parecía un plan impulsivo y mal elaborado. ¿Acompañarlo a dónde? ¿Hacer una declaración ante quién?

—No funciona así —dije—. No me han citado. No sabría por dónde empezar.

—Es muy sencillo. Le contamos al funcionario, como se llame…

—Sebald Sebelen —dije—. Estuvo enfermo… —De hecho, no había fallecido, como había temido Katharina. Se había recuperado del todo.

—Le decimos a quienquiera que esté ahí que usted quiere aportar una declaración…

—Es mejor mantener un perfil bajo en estas situaciones. De verdad creo que…

—Conque usted también se ha puesto en contra de ella.

—Soy su tutor. Lo fui y lo soy. ¿Cómo puedo ser el tutor y estar en contra de ella? Pero no veo la necesidad de gritar a los cuatro vientos…

—Tiene miedo —dijo. Tomó una de mis leznas romas y tamborileó con ella sobre la mesa—. O quizá piense que va a perjudicar su negocio.

—Soy leal con los demás —dije—. Ese soy yo.

—A mi negocio lo viene perjudicando —dijo—. Corro el riesgo de perderlo todo. Tiene tanta energía, la gente de Úrsula… Es como vérselas con una tormenta. Yo tengo mucho trabajo; tengo otras obligaciones, mientras que ellos… ellos trabajan de esto. Son el gremio de los correveidiles. La sociedad de acusadores con fines de robo. La gente es tonta, seguro; es ignorante, sí; es codiciosa, está bien; pero a fin de cuentas, esta gente no tiene problema en asesinarla si les viene bien. ¿Por qué eligieron a mi madre? A veces me pregunto si es porque a sus hijos les fue bien. ¿Es culpa mía, Simon?

Me he planteado si hubo algo más que podría haber hecho por Katharina. Algo que pudiera haber dicho. O no haber dicho. Alguien a quien pudiera haber recurrido, o a quien pudiera haber desenmascarado. Tras reflexionar considerablemente, decidí: si el rumor sobre mi historial moral hubiese estado más claro, entonces quizá sí podría haber ayudado más a Katharina, o por lo menos, con más vigor. Qué dice o qué decía ese rumor ya no tiene importancia. La verdad sobre quién soy y sobre lo que hice es una cosa. El rumor, otra bien distinta. Me pregunto para quién escribo en este momento. Quizás una parte tonta de mí cree que Dios podría llegar a preocuparse por una pulga como yo. A mí me corresponde preocuparme por Dios, no al revés; ese es mi punto de vista. Lo que digo es que tenía más razones de las habituales para preocuparme por que el grupito acusador que se había vuelto contra Katharina se volviese pronto contra mí, especialmente porque los rumores sobre los cargos contra Katharina ya habían traspasado los límites de Leonberg.

Llegué a Leonberg desde un pueblito, aproximadamente a un día de distancia a pie desde Stuttgart. No importa cómo se llama el pueblo, y prefiero no decir el nombre. A lo mejor no nombrarlo es una superstición tonta de mi parte. Cuando era un muchacho, había más monasterios que hoy y, desde luego, eran monasterios católicos. Mi familia era seguidora de Martín Lutero (en particular mi padre; tenía un ejemplar de la Biblia de Lutero, e incluso algunos de sus sermones, la carta contra Enrique VIII) y nunca figuró en los planes de nadie que yo pudiera llegar a ser monje. Sin embargo, tenía un interés juvenil en el pequeño monasterio que estaba al final del pueblo. Yo era una criatura. Me gustaban las sotanas. Me imaginaba que los hombres eran caballeros; soldados, incluso. Hice algunos trabajos en el jardín del

monasterio. Uno de los monjes me hizo un regalo: un libro precioso al que había decorado con conejos en los márgenes. Era un libro magnífico, pequeño. Ojalá lo tuviera ahora. Hice algo extraño y lamentable con él: lo escondí en una fragua. Pero era un presente demasiado extravagante.

De un día para el otro, y cuando acababa de empezar a aprender mi oficio, antes de que me aceptaran en el gremio, se habían corrido rumores sobre mí y sobre mi relación con el monasterio. Rumores que decían más sobre las habitaciones privadas y los sueños de los chismosos que sobre mí. Después de eso, mi padre insistió con que me casara, aunque yo todavía no tenía el dinero necesario para formar mi propio hogar. Hubo una cantidad enorme de tensión y lágrimas y gastos pero, en parte gracias a los inmensos esfuerzos de mi padre, y con un poco de suerte, logré la estabilidad.

He dicho más de lo que pensaba decir. Pensé que había dejado todo aquello muy pero muy atrás. En otro planeta. En una estrella distante.

Luego, en el ayuntamiento, el día en que tuvo lugar el interrogatorio de Katharina sobre la hija de los Haller, el gobernador ducal Einhorn se detuvo cerca de mi asiento. Se agachó a recoger un bollito de papel. Me lo dio. Lo alisé. Decía sencillamente, en una letra diminuta: «Sé sobre usted».

Probablemente, una amenaza vacía que funcionaría más o menos contra cualquiera que tuviese conciencia.

Aunque ese día no me tomé (ni tuve) el tiempo de explicárselo a Christoph, de todas formas confío en que no afectó mis decisiones en ningún sentido. Si había algo que podía hacer para ayudar a Katharina, yo lo había hecho. Y seguiría haciéndolo. De todas formas, soy de la rara opinión de que las brujas no existen, bajo ningún concepto. Incluso Christoph parece creer en esos disparates. Quizás hasta Hans.

EL HOMBRE AL QUE ME PRESENTÓ GERTIE…

El hombre al que me presentó Gertie en los límites del bosque, en un camino que salía del jardín de naranjos amargos, no lejos del prado de las ovejas, era un tipo peculiar. No te voy a decir el nombre.

Era judío, o por lo menos llevaba ropa de judío. Tenía una carreta llena de todo tipo de mercadería, y también dos gansos.

—Le pido disculpas por no tener caballo —dijo con tono jovial. No tenía aspecto de haber tenido caballo nunca. Ni siquiera de haber tenido un buen amigo que hubiese tenido caballo. No tenía ni un solo diente. Tenía algo que parecía una quemadura en la mejilla izquierda. Eso me hizo acordar a mi hijo perdido, Heinrich, que tenía una marca parecida. Ese hombre, al que apodé Branquia Amarilla porque me hacía acordar a esa vieja historia sobre el pez en el plato que se pone a hablar, era de una galantería muy particular. Casi se arrodilló delante de mí para ayudarme a subir a su carreta; puso las manos para que pisara, a modo de escalón. Yo no fui desagradecida.

En la carreta de mercadería, me escondí como artículo de feria. Pero una cortina era lo único que separaba al conductor, Branquia Amarilla, del contenido de la carreta. Branquia Amarilla había puesto heno dentro para que estuviera cómoda, como si fuera una vaca. Cosa que no me importaba; yo admiro a las vacas, como bien sabes.

Fue un viaje largo. El hombre parecía sentirse obligado a entretenerme. O, a lo mejor, a entretenerse a sí mismo. ¿Sabía de mi situación? No mencionó nada ni preguntó al respecto, aunque sí parecía estar al tanto de que tenía que mantenerme escondida, y durante el camino, dormimos lejos de otros viajeros. Branquia Amarilla era un hablador nato. Hablaba por la mañana, hablaba por la noche. Hablaba cuando nos deteníamos a recoger agua. Cuando acampábamos de noche, hablaba todavía más.

—Siempre llevo un poco de vinagre —dijo—. Todavía no encontré

nada para tomar o comer que no mejorase el sabor con vinagre. No siempre es fácil encontrar vinagre.

Hablaba sobre lo que fuera.

—Cuando me corto o me raspo, no me tapo la herida. La dejo al aire tanto como lo permita la modestia. Si encuentro una hoja de laurel, la acerco a la herida y la toco con suavidad; después meto eso en un té.

Yo no estaba de acuerdo con todos sus remedios; ni siquiera con muchos; pero el hombre sabía más que la mayoría de los boticarios; esa es mi opinión. Solo voy a decir que quizás el jazmín lo entusiasmaba demasiado: lo usaba para curar el dolor, para los problemas de sueño, para los latidos anormales del corazón.

Sé que algunos creen que nunca hubo ningún judío que no estuviera mejor en la hoguera. Simon, una vez me contaste que Martín Lutero elogió a los judíos por resistir contra la Iglesia Católica, pero que después no pudo digerir que tuvieran la terquedad de no querer ser sus seguidores. Me contaste que propuso quemarles los templos y que, cuando fuese posible, agregaran a la pira azufre y alquitrán. Solamente lo menciono.

O más bien lo menciono porque tengo la impresión de que hicieron algo de esa índole en la aldea donde creció el parlanchín de mi guía. Me lo contó la tercera noche del viaje.

—¿Su padre también era buhonero? —pregunté.

—¿Así que piensa que soy buhonero?

—Conoce todas las salidas —dije.

—Así es —dijo él.

—Tiene mucha mercadería —dije yo.

—Así es —dijo él.

La tercera noche me contó que, cuando tenía doce años, un grupo de soldados llegó a caballo a su vecindario.

—No eran caballos de carreta —dijo—. Eran oscuros, casi azules. —

Los soldados se pusieron a buscar cuadras para las nobles criaturas. A Branquia Amarilla lo mandaron a buscar comida para los caballos—. Eran los caballos más hermosos que había visto nunca. Hasta el día de hoy. Les llevé una mezcla de ortigas y pasturas. —Cuando volvió, sintió olor a carne hervida y asada. Parecía casi como si estuvieran a punto de servir un banquete de celebración. Cerca de la fogata, había una pila de restos de metal. Vio el samovar de su propia familia en esa pila.

No puedo contar el resto de lo que me dijo, salvo el detalle de que a Gertie le interesaría, y que, en resumen, hizo que la quema de brujas pareciera un asunto prolijo y civilizado. Por lo menos incluía todo el teatro del juicio, la apariencia de una investigación.

—Aunque tenía doce años, era muy menudo, y tranquilamente podrían haberme confundido con un chico de ocho o nueve. Eso me salvó, creo. Mi pequeñez.

Vio al hombre más fuerte de la aldea con un trapo en la boca mientras le volcaban agua sucia encima. No vio a ninguna mujer, salvo a una criada que se escondió cerca de los caballos. Aunque apenas podía caminar, le dio un jarro de miel y le dijo que huyera.

—Me dijo que esperara a que pasaran por lo menos dos lunas llenas hasta hablarle a algún alma, que todo el que viera sería o un siervo del diablo o un fantasma, que no podía confiar en nadie. Bueno, yo nunca le diría eso a un chico. Pero fue con las mejores intenciones. Ahora le voy a contar la parte más extraña y quizá la peor.

—¿Qué? —pregunté.

—Soy un hombre feliz. Esa es la parte extraña. Creo que es por cómo estoy hecho.

A continuación, me contó una historia más alegre, sobre una mujer crédula que cree que tiene un amorío con un ángel de Dios. No termina bien. La siguiente fue una historia sobre un buen pastor de cabras que engaña a un rey deshonesto y lo hace besarle el culo a un burro; también logra casarse con la hija del rey. Otra historia fue sobre una tierra donde había de todo menos sal. Había coñac, pan, maltauschen, crema, miel, almendras, pollo, rábanos. Pero no había sal. A la hora de comer, padre y madre se maltrataban entre ellos, o

incluso les pegaban a sus hijos, hasta que alguien aportaba las lágrimas. Para salar todo.

Finalmente, llegamos a destino. Hasta ese momento, habíamos dado vueltas por fuera del mundo de los días y personas comunes y corrientes, y podríamos habernos quedado en ese bosque indefinidamente. Cuando el sendero alcanzó el límite del bosque, mi amigo escondió la carreta en una arboleda y sugirió que recorriéramos el último tramo del camino caminando hacia atrás.

—Evita que los espíritus oscuros lo sigan a uno en el poblado —dijo.

Claro que caminé hacia atrás. Pero no por supersticiosa. Caminé hacia atrás para ser buena compañera. Y para demorar el fin de nuestro viaje. Me entristeció que siguiéramos caminos separados.

Se corrió la voz de que todo ese tiempo yo había planeado mudarme a Heumaden, a casa de Greta. Lo cierto era que había vuelto a Linz, con Hans y su familia. No consiento que nadie mienta, pero yo no dije esas mentiras. Se hicieron arreglos: Christoph se hizo inquilino de mis tierras. De mi casa se llevaron prestadas algunas cosas. Si eso significaba que no iban a incluirlas en la tasación de mis posesiones, no me pueden culpar, porque, misteriosamente, me dejaron fuera del proceso de descubrir lo que poseía. De todas formas, la mayoría de los objetos de valor no me pertenecían a mí, sino a Hans. Yo solo se los cuidaba. En Linz, hasta donde sabíamos, nadie tenía idea de mis juicios en Leonberg, ni siquiera entonces. Y aunque me había resultado incómoda la idea de decir que estaba con Greta, me daba cuenta de que era sensata. Nadie tiene nada negativo para decir sobre Greta. ¿Cómo podrían? Toda la vida no fue más que buena, humilde, virtuosa y callada y, por supuesto, me preocupa que algún día sufra por eso o que ya haya sufrido.

¿COMPRENDE QUE…

¿Comprende que, de prestar falso testimonio deliberadamente, desatará la ira de Dios en vida terrena y destinará su alma a Satán una vez acaecida su muerte?

Lo entiendo.

Su nombre y edad, y su relación con la acusada.

Tengo cincuenta y un años. Vivo en Eltingen. Tengo seis hectáreas. Es muy reciente la apertura de la elaboradora de queso. Soy la cuñada de Katharina Kepler, Regina Guldenmann. La conozco desde hace treinta años.

¿Qué sabe sobre el caso de Úrsula Reinbold?

Nunca conocí a la señora Reinbold, así que no puedo hablar de ella más que por lo que oí de otros, y eso sería repetir rumores.

¿Tiene conocimiento sobre si Frau Kepler alejó a su marido?

No tengo ningún motivo para creer que ella alejara a Heinrich, su marido. ¿Quién dice eso?

¿La pareja no discutía?

Él era un hombre atractivo, y difícil, y muy bueno para la caza, y muy malo para los negocios, lamento decir.

¿Entonces sí lo alejó?

Le voy a contar sobre ese hombre. Katharina lo admiraba muchísimo;

demasiado, diría yo. En toda su vida, nunca nadie lo hizo trabajar como correspondía; esa es mi opinión. Él esperaba ascender en el mundo y llevar adornos de piel en la ropa sin hacer nada. Cualquiera puede dirigir una posada. No hace falta ningún don. Los padres lo ayudaron a comprar esa posada, El Sol, ¿y quién hacía todo el trabajo? Tuvieron que vender la posada y mudarse con los padres de él. Heinrich hacía llorar a Katharina casi todos los días. Con el tiempo, todas esas lágrimas la hicieron cambiar. No la he visto llorar en muchos años.

No me interrumpa, cuando usted es el que me hizo la pregunta. Heinrich se fue del pueblo por última vez cuando el más chico, Christoph, apenas caminaba. ¿Pero quién dice que Katharina lo alejó? Si hay alguien que alejó a Heinrich, fueron sus propios padres. El padre era severo y tenía aires de superioridad. La madre tenía una sola habilidad, que era criticar. Heinrich se fue y se hizo soldado porque le parecía que esas cosas eran pura gloria y grandeza. Estoy segura de que no le importaba nada: habría peleado para cualquier bando, en cualquier batalla, siempre y cuando el uniforme tuviera buen corte.

¿Le tenía miedo a su esposa?

Era un hombre rapaz que adoraba las armas. ¿Por qué le iba a tener miedo?

¿Usted no tendría miedo de vivir con una bruja?

Claro que tendría miedo.

¿Él no tenía miedo de que ella fuera bruja?

Yo me enteré de más detalles sobre ese matrimonio de los que ninguna mujer se tendría que enterar nunca sobre un matrimonio ajeno, y jamás oí eso.

¿No es verdad que ella tenía una parienta, una tía que también se llamaba Katharina, a la que quemaron por bruja?

Y el cielo es púrpura imperial, y los conejos escriben canciones.

Por favor, le recuerdo que está testificando bajo juramento. Alguien declaró que ella tenía una tía, que también se llamaba Katharina, a la que quemaron por bruja. Que es de familia.

Usted quiere que me siente aquí y le tenga miedo y lo escuche decirme que sabe de una tía de mi propio marido, una tía de la que nunca oí hablar, y…

Sería comprensible que la familia de su marido guardase silencio sobre algo vergonzoso…

Katharina es una mujer íntegra. Viene de una familia íntegra. Yo siempre fui buena para detectar la integridad. Incluso en animales. Puedo elegir a un burro en una multitud. Yo también soy una mujer íntegra. Espero que Dios lo esté escuchando. Espero que usted tenga miedo.

SOY VIEJA PERO NO INÚTIL…

Soy vieja pero no inútil. Simon, quiero que sepas, como amigo, que mis meses siguientes fueron tiempos alegres, animados, ocupados. Les fui de mucha ayuda a Hans y a Susanna con su hijita, Maruschl; le gustaban particularmente las piñas de los pinos, los caramelos y un trompo que le había hecho Christoph. Maruschl tenía cuatro años en ese momento, ¿o ya tenía cinco, o seis, incluso? Si había una persona en el mundo que me tenía en alta estima en esa época, esa era Maruschl. Entre nosotras había una conexión especial. Por la mañana, me acompañaba a buscar agua del pozo; por la tarde, se sentaba a mi lado mientras yo hilaba y tejía. Cuando tenía cerca a Maruschl, sentía como si llevara puesta una esmeralda; a veces me daba ansiedad que mi buena fortuna fuese tan visible fuera de la casa. Cuando Maruschl empezó a renguear un poco, pensé: está bien, a lo mejor esto ayude a ahuyentar el mal de ojo.

—Era una araña —me dijo Maruschl un día.

—¿Qué cosa era una araña?

—Mi pie mató a una araña —dijo—. Por eso ahora no anda.

Fuimos al bosque a buscar las hojas lustrosas de la asarabácara para darle de comer a la vaca, Martillito. Yo extrañaba a Manzanilla, pero sentía que ella estaba bien. La asarabácara para Martillito no era fácil de encontrar, porque estaba escondida debajo de otras hojas, pero tuvimos algo de éxito. La vaca había estado dando una leche floja, y además pensé que una leche enriquecida con esas hojas podría ayudar con el pie de Maruschl. También recogí todas las hierbas amargas que encontré, por si acaso había algo de verdad en el cuento de la araña. Traté de que Maruschl las tomara, embebidas en miel.

Por supuesto, Hans seguía preocupándose y escribiendo cartas, y una tarde habló enfrente de Maruschl, sin muchas vueltas, sobre mis problemas, después de que recibiéramos una carta de Christoph. El

servicio postal era tan malo en Linz en esa época que las malas noticias de Leonberg daban la sensación de ser a la vez urgentes e imaginarias.

Esa noche, a Maruschl le costó dormirse. ¿De verdad entendía de comisiones y testigos y juramentos? Se me sentó en el regazo, frente al hogar, y pidió que le contara un cuento. Le conté el cuento de la banda de animales músicos, un cuento que me había contado mi padre cuando yo era chica. Un burro viejo oyó que lo iban a matar, expliqué. ¿Y quién iba a matar a ese burro? ¡Su propia familia! Él había cargado para ellos la leña y las bolsas de granos; los había llevado en la grupa cuando lo habían necesitado; había disfrutado de sus tiernas caricias en el hocico. Pero ahora estaba débil y no les servía, y le iban a pegar un tiro al amanecer.

—Los burros son mitad perro y mitad caballo —dijo Maruschl.

Le dije que no sabía, pero que tenía sentido. Dije que el burro decidió marcharse y convertirse en músico. Tenía un rebuzno grandioso. Dulce y musical, y daba ganas de mover los pies. Practicaba su rebuzno, hí-a, en voz baja, mientras iba por el camino. Entonces se encontró con un gallo viejo que se enfrentaba con el mismo problema lamentable.

—¿Qué problema?

—Que lo iban a matar, tontita.

—¿Porque cantaba?

—Porque se lo querían comer en el almuerzo del domingo. Así que el gallo se juntó con el burro y huyó él también. El gallo hacía kikirikí y el burro, hí-a. Se les sumó un perro viejo que hacía guau, guau. Una vaca vieja que hacía mu, mu. Eran una banda.

Maruschl se rio de todos los sonidos que hacían los miembros de la banda de animales. Todos los chicos se ríen. Parecía como si mi propio padre difunto estuviera en la habitación con ese cuento. Tanto el viejo al que había cuidado durante años como el padre joven que me había gritado por robarle un lazo. Él me había contado ese cuento, claro. Una historia mejor que la del juicio que me había leído Susanna en aquel libro. Antes de llegar a la siguiente parte del cuento, en la que la banda de animales asusta a los bandidos en un banquete y los

ahuyenta, Maruschl se había quedado dormida sobre mis piernas. La llegada de los sueños es tan rápida… Pensé que no sería tan malo estar muerta, y con mi familia. ¿Alguna vez sientes eso, Simon?

¿COMPRENDE QUE…

¿Comprende que, de prestar falso testimonio deliberadamente, desatará la ira de Dios en vida terrena y destinará su alma a Satán una vez acaecida su muerte?

Totalmente.

Nombre y edad.

Michael Stahl. Treinta y dos.

¿De qué manera le provocó sufrimiento Frau Kepler?

Fue mi vaca la que se enfermó. La vaca se recuperó. Pero estuvo muy pero muy enferma, señor. No me quejo por quejarme. La vaca se la pasaba sentada e incluso perdía pelo del costado donde se apoyaba, y le costaba mucho respirar. Pasó de estar joven y sana, como una vaquilla, a parecer una señora temblorosa.

¿Qué lo llevó a sospechar de Frau Kepler?

Frau Kepler pasaba junto al cobertizo todos los días. Todos los santos días. Los domingos. Los días de mercado. Uno podía confiar en que pasaría como confía en la regularidad del canto de un gallo.

El hijo de la acusada afirma que su madre guardaba granos en su cobertizo y que por eso veía a su vaca todos los días.

Eso es verdad hasta cierto punto. Esos días, cuando venía a buscar los granos o a agregar más… de acuerdo. Pero venía con mucha más frecuencia. Las viudas por lo general se quedan en su casa y no andan de aquí para allá por todo el pueblo como un trompo. Frau Kepler era más como los hombres; se la pasaba yendo de un lado para el otro. A

lo mejor porque es viuda. Como sea, no me habría sorprendido verla ir a hacernos compañía en la taberna, no de una manera amistosa, sino por algún asunto u otro.

¿Tiene información sobre el envenenamiento de Úrsula Reinbold?

No tengo ninguna información sobre el caso Reinbold. No tengo nada que decir. Aunque sí me acuerdo de que se llevaban bien, así que Katharina habría tenido maneras de darle una bebida envenenada.

¿Por qué viene a hablar de su vaca recién ahora?

Vengo ahora a hablar de la vaca porque me enteré de que había sospechas. Quería cumplir con mi parte. Si alguien dice que tiendo a contar cuentos y a exagerar, diría que son ellos los que tienden a exagerar. No soy más cuentacuentos que cualquier otro hombre. Mucho menos.

CUALQUIERA QUE CUIDE A UNA VACA...

Cualquiera que cuide a una vaca con cariño goza de mi confianza. Es una característica más reveladora sobre la persona que tomar la comunión. Sin duda, más reveladora que tener buenos dientes. Todas las vacas tienen un nombre secreto que se puede descubrir si uno pasa suficiente tiempo con el animal, si uno se presenta como alguien abierto a aprender el nombre secreto. Hay varios métodos. El que uso yo lo aprendí por casualidad de chica, cuando era la primera persona que veían los animales por las mañanas regularmente, porque les llevaba ramas y alimento.

La manera en que aprendí el verdadero nombre de nuestra vaca cuando era chica fue la siguiente: yo le cantaba los nombres de todos los bebés y los chicos que habían fallecido. Cuando digo «nuestra vaca» no hablo de Manzanilla, y tampoco de la que me pateó cuando era chica y que murió de fiebre de leche. Sino de otra vaca que trajo mi familia más tarde. Sonará triste lo de cantar nombres de fantasmas, pero yo lo hacía con alegría. Era algo privado, personal. De chica, me encantaban los bebés, incluso más que a la mayoría. Me encantaban sus uñitas. Me encantaba que parecieran llegar al mundo más viejos que sus padres. Me encantaba el coraje que tenían, que durmieran como si no existieran ni los lobos ni los soldados. Para los bebés que habían muerto antes del bautismo, tenía una estrofa especial que les cantaba solo a ellos.

Le pregunté a un hombre instruido por eso que hacía y él dijo que no tenía nada de malo, ni de pagano. Las canciones eran mi manera de tratar de proteger a los bebés, pienso yo. Cuando era muy chica, me imaginaba al Señor como a alguien ante quien yo presentaba un alegato o defendía mi postura o, de vez en cuando, alguien a quien servía en la taberna de mi padre, donde él se quedaba, disfrazado de forastero. En mi joven imaginación, el Señor tenía un rostro suave de muchachito y una cabeza con una forma que lo hacía parecerse a un búho.

Como fuese, yo estaba cantando esa cancioncita mientras acariciaba a nuestra vaca, a quien en casa llamábamos Lunes y, cuando llegué al estribillo, la vaca se puso a llorar. El nombre Apollonia la hacía llorar. Que digan lo que quieran. Era un reconocimiento. Era su nombre verdadero. Ahora, quisiera ser clara: no pienso que el bebé se hubiera convertido en vaca. Solo digo que el verdadero nombre de la vaca era Apollonia.

Cuando me casé con Heinrich, esa vaca, Apollonia, vino conmigo de Eltingen a Leonberg. Para entonces daba poca leche, pero eran tiempos más fáciles.

Comparto esta experiencia porque, cuando estuve en Linz esa segunda vez, llegué a conocer muy bien a Martillito, la vaca de Susanna y Hans, una vaca parda con un temperamento socarrón que tenía la costumbre de dar unos pasos hacia atrás cuando alguien entraba al establo. Es raro que una vaca camine para atrás. La mayoría de las vacas no da crédito a lo que tiene detrás, solo a lo que tiene delante. Algunos les tienen miedo a los animales que caminan para atrás (yo misma les temía en el pasado), pero hago todo lo posible por evitar las supersticiones, que a veces son difíciles de separar del conocimiento mudo con el que nacemos y que a veces nos recuerda su existencia por sí solo.

Susanna tenía un embarazo muy avanzado y necesitaba más ayuda que antes mientras Johannes estaba otra vez en Praga. Así que era bueno que yo estuviese allí. Repito que no era inútil, ni una carga, y eso me hacía muy feliz. Susanna había perdido tres hijos seguidos, todos antes de las cinco semanas de vida. A diferencia de mi última visita a Linz, esa vez me permitieron ayudar. Por las noches, Maruschl me daba la lana y yo hilaba. Le salía muy bien lo de no poner el dedo en los rayos de la rueda, mucho mejor que a otros chicos. Era capaz de percibir potenciales consecuencias antes que otros a su edad.

En cuanto a Susanna, me aseguraba de que comiera por lo menos un poco de grasa de chancho en cada comida. Cuando preparaba habas, me aseguraba de que en la mezcla no quedara nada de arena ni de tierra. El avance de un embarazo depende de Dios y no de nosotros. Pero Dios no mira mal a quienes se cuidan a sí mismos. Susanna también tenía sus propias ideas para no perder bebés. A lo mejor ya

desacreditadas. Ya puedo admitir, en este contexto, hablando a la posteridad, que yo también tuve mis momentos y probé lo que fuera para mantener con vida a un bebé. Probé con canciones sobre los rayos del sol, también con plegarias; probé todo tipo de bendiciones. Trataron de hacerle decir al sastre que yo le había recomendado a su mujer unos conjuros diabólicos, ¿pero qué tipo de monstruo lo vería de esa manera? Perdón, Simon: a veces veo monstruos. Cualquiera que haya tenido bebés cerca ha hecho esas cosas que hice yo, y más también. Hice rimar palabras sin sentido y las canté con las melodías de músicos que pasaban por el pueblo. Y, por supuesto, probé mantener cerradas las ventanas y mantener una vela cerca de la cama del bebé, y poner galletas dentro de la cuna. Llegué a maldecir y a suplicar. De nuevo, ¿quién no?

Cuando íbamos al pozo, Maruschl y yo nos cruzábamos a menudo con la esposa del orfebre, Regina Short. Regina Short es gorda, alegre y tiene ocho hijos, cada cual más sano que el anterior. No le tengo confianza. Maruschl seguía rengueando, lo que Regina comentaba cada vez que la veía, y sugería que llevara bastón.

—Tendría que probar con un ungüento de madreselva para Susanna —dijo una vez sin que nadie le preguntara—. Siempre he confiado en el ungüento de madreselva.

—A las polillas les encanta la madreselva —dije yo.

Regina Short se encogió de hombros, sonrió y se largó con una de sus hijas mayores, que la ayudaba con el agua. Esa hija mayor se tropezó con la raíz de un roble, apenas se detuvo para incorporarse, regresó con una sonrisa a llenar de nuevo el balde y otra vez se fue.

En mi interior, yo discutía en contra de la madreselva, y discutía fuerte. ¿Por qué? A lo mejor ella sabía algo. Yo ni siquiera había logrado ayudar a mi propia Greta. Finalmente, Maruschl y yo fuimos al arroyo sinuoso y juntamos un poco de madreselva. Pero solo porque yo necesitaba una esencia que contrarrestara el olor a heno de la casa, que, a pesar de mis esfuerzos, no se mantenía fresca.

Cuando llegamos a la casa, había un hombre bien vestido, un extraño, hablando con Hans. Maruschl quiso correr al encuentro de su padre. Yo dije que teníamos que esperar en la cocina; él estaba ocupado con

una reunión. Esa vez, estaba de lo más contenta de ser una tal Frau Guldenmann, y de quedarme a un costado, y de que no me presentaran apropiadamente.

En el otro cuarto, la atmósfera era tensa. El hombre decía que había hecho todo lo posible pero que no había llegado ninguna respuesta. Y que de ninguna manera podían asegurarse de que recibirían el permiso para usar las observaciones del danés. Hans decía que era una constelación de calamidades, y que se sorprendería si no lo partía un rayo antes de que terminara el día. No está en la naturaleza de Hans compartir sus problemas ni ser melodramático. El visitante dijo que no tenía el poder para remediar la situación y que en esos tiempos difíciles se estaban dejando de lado muchas promesas.

Entonces Hans dijo que había ido a buscar ejemplares de su libro para mandar en un barco que salía para Frankfurt, pero durante la noche había llovido sobre esos ejemplares; había tenido que esperar tres días para asegurarse de que se hubieran secado bien, y durante la espera se había contagiado de piojos. Ahora tenía que convencer a los libreros, especialmente a los italianos, de que su libro no los ponía en peligro, de que se podía vender de buena fe. Mientras tanto, no le quedaba más opción que ocupar el tiempo haciendo cálculos y cálculos y, sin el dinero de los pagos, no le alcanzaba para un asistente, y entonces allí estaba, en situación de tener que viajar hasta Praga para suplicar que le pagaran lo que le correspondía; y pronto, por cómo venían las cosas, habría presión sobre su familia para que se fueran de Linz. La flor de la astronomía significaba para él más que ninguna otra cosa, pero no tenía medios para dedicarse a ella. Dijo que, para peor, era inconstante e incluso perezoso, y eso también lo enfurecía, el hecho de ser en parte un galgo faldero; sabía que así era.

Lo que decía sobre ser un galgo en cierto sentido era correcto. Aunque los galgos no se la pasan recostados y nada más: acumulan velocidad en su aparente inactividad. Pero no interrumpí a los hombres con mi deseo de abrazar y alentar y elogiar a mi hijo.

Veo que estoy hablando poco de mis propios padecimientos: el caso de Leonberg; Úrsula, la Mujer Loba; el desagradable de su hermano, el Bobo, el administrador forestal; el gobernador ducal y asesino de perros, el Falso Unicornio… a lo mejor realmente me sentía lejos de todo aquello. Que ellos recojan sus raíces venenosas. Yo me ocupé de



otras cuestiones.

HAN SURGIDO NUEVOS INTERROGANTES…

Han surgido nuevos interrogantes desde su primera declaración, por eso esperamos poder volver a repasar todo otra vez desde el principio.

No sé si tengo la fuerza para volver a repasar todo desde el principio.

Voy a ser lo más claro y rápido posible.

No soy un tipo fuerte.

Le pedimos su ayuda en pos del más alto de los altos ideales: la verdad; y respetaremos su edad y su salud. Ahora bien, ¿comprende que, de prestar falso testimonio deliberadamente, desatará la ira de Dios en vida terrena y destinará su alma a Satán una vez acaecida su muerte?

Lo entiendo.

¿Y su nombre y edad y ocupación?

Lo que dije antes; me atengo a todo. Hans Beitelspacher. Estoy muy débil. Quizás encuentre la muerte mañana. Quizás la encuentre antes del ocaso.

Permítame limitarme al eje de la discusión.

Me atengo a todo lo que dije antes. Nada ha cambiado. Salvo haberme vuelto más débil y más viejo. Me atengo a todo.

Usted dijo que era maestro de escuela…

Así es.

También trabaja en las viñas, ¿sí?

Ser maestro de escuela es mi trabajo principal.

¿En una escuela para muchachitas?

Hay de muchas edades distintas…

¿Cree que Katharina es la causante de su cojera?

Más que eso, señor. También la causante de la enfermedad y muerte de mi mujer. Antes estaba aquí como una flor. Repito: Katharina, con sus infusiones, también fue la perdición de nuestra amiga Margretta Meyer, a cuya hija, Bárbara Meyer, también deberían llamar a declarar ante el tribunal. ¿Por qué nadie llamó a Bárbara Meyer? Una triple maldición. Y es más despiadada de lo que se puede imaginar, señor. Porque yo, y mi mujer, y Margretta Meyer… bebimos con Katharina como amigos. Como amigos, señor. Yo confiaba en ella; era como una segunda madre para mí; fui a la escuela con su hijo, entiende…

¿Su cojera no podría ser el resultado de, por ejemplo, haber trabajado mucho en la viña?

No, señor.

¿Por qué dice que no?

Porque digo que no.

Una gran cantidad de gente que trabaja muchos años en las viñas se lesiona; muchos caminan con bastón…

Yo soy maestro de escuela. Esa es mi ocupación principal.

Antes dijo que Katharina fue a buscarlo para que le escribiera una carta. Pero su hijo presentó una declaración testimonial que decía que, según

Katharina, usted le había pedido granos y ella había ido para que se los pagara.

No recuerdo exactamente. No recuerdo qué pasó qué día.

Pero recuerda el vino, y está seguro de que estaba envenenado.

Sí, eso estaba claro.

Si estaba tan claro, ¿por qué es tan difícil traer a la memoria las circunstancias?

Es verdad que yo le pedía prestados granos de vez en cuando. Lo más habitual era que escribiera cartas por ella. Hablaba en general.

En su primera declaración, usted dijo que le estaba haciendo un favor, pero el hijo alega que ella le estaba haciendo un favor a usted…

Ya hice suficiente para proteger a los Kepler.

¿Disculpe?

Usted me habla como si fuera un mentiroso. Está tratando de humillarme. Pero la verdad es que dejé una única cosa por decir en mi testimonio anterior por cortesía hacia los Kepler.

Por favor, señor: hablábamos de las modificaciones del testimonio anterior, de…

No me intimide ni me avergüence cuando he sido más que noble. No quería perjudicar a mi viejo amigo de la escuela. Pero fue Hans.

¿Qué fue Hans?

Fue por Hans que me enteré de que su madre era bruja. Por Hans y no por el vino envenenado, que fue después.

Obviamente, Herr Kepler afirma en sus presentaciones ante el tribunal que su madre no es bruja.

Pero incluso de chico escribió algo, sabe, sobre visitar otros planetas. ¿Nunca se preguntó cómo fue que un hombre humilde, no muy distinto de mí en realidad, llegó a ser el Matemático Imperial? Le recuerdo que íbamos juntos a la escuela. Bueno, él escribió sobre eso, sobre las conexiones demoníacas de su madre, cuando iba a la escuela. Quiero decir, eso fue en la escuela que vino después de la que compartimos. Pero me llegó la noticia. Del barbero, por ejemplo. Cuando era un muchacho, Hans escribió un cuento en el que su madre les vendía paquetes de hierbas a los marineros, pero también a los demonios. Así que ella tenía esos contactos con los demonios, que más adelante resultaron útiles cuando él fue mayor. Eso es lo que se me dio a entender. Más adelante, uno de esos demonios llevó a Hans y a su madre a la Luna, y fue en ese viaje especial a la Luna donde él aprendió tanto. Aprendió tanto, pero tampoco más de lo que aprendería una colegiala si ella también fuera a la Luna. Por favor no me interrumpa. Ahora soy un hombre viejo y cansado, y no quiero que me interrumpan mientras me quedan energías. Hans, sí: estoy seguro de que se arrepiente de haber contado esa historia, pero era joven y fanfarrón, y trataba todo el tiempo de ganar prestigio como pudiera. Como alumno no era tan especial. Solo que se paseaba orondo como si realmente fuera muy especial. Estoy seguro de que, si me llevaran a mí a la Luna, yo también podría darles información interesante. Lo mismo usted, señor. A mí también me buscaría el emperador…

¿Dónde está ese supuesto escrito?

Escribió un panfleto. O una tesis. Algo por el estilo. Hará unos treinta o cuarenta años.

¿Tiene algún ejemplar?

Nunca creyó conveniente darme ningún ejemplar.

¿Y entonces dónde lo leyó?

Aunque he hecho mucho por su familia, nunca recibí ningún ejemplar

de ninguna de sus obras. No, no tengo ningún ejemplar. Pero pregúntele al barbero. Pregúntele al sombrerero. Pregúntele al cordelero. Es bien sabido. Es bien sabido desde hace mucho tiempo. Todo el mundo sabe que la madre de Hans es bruja, y todo el mundo lo sabe desde hace mucho tiempo, y ojalá lo hubiésemos tomado más en serio… supongo que pensábamos que eran juegos y cuentos. Yo pensaba que eran cuentos de colegiales. Pensaba que la gente andaba con cuentos cuando decían la verdad. Ahora digo la verdad y me acusan de andar con cuentos. Ojalá hubiese entendido antes qué era verdad realmente. A veces es muy difícil darse cuenta por la manera en que hablan los demás. Pero ahora soy más viejo y más sabio: sé qué es real y qué no. No tengo nada que ganar con este testimonio. Nada. Solo me trae problemas. Como dice usted, Katharina me prestaba granos cuando yo los necesitaba. ¿Quién va a ayudarme ahora?

HANS ESTABA DE NUEVO EN PRAGA…

Hans estaba de nuevo en Praga. Aunque nos escribía a menudo, y Susanna me leía sus cartas en voz alta. Especialmente las partes sobre sus planes y preocupaciones y estrategias. Qué insólito sonaba todo. Más absurdo que el libro que me había leído para hacerme compañía cuando estuve en cama esa primera vez en Linz. Algo en mí había cambiado desde entonces. Escuchaba los informes de Hans como si fueran historias para asustar a los chicos, o informes desde la luna, hechos por mentirosos. Un amigo, profesor de Derecho, había sugerido tal cosa. La esposa del sastre había dicho tal otra. Alguien había contactado a un sepulturero; íbamos a necesitar una lista de todos los momentos y lugares en los que yo había visto un cráneo bañado en plata. ¿Quién podía atestiguar que yo no había echado del pueblo a mi marido? La muerte de una chancha veinticinco años atrás también se había atribuido a Katharina Kepler. Esa pobre mujer de Leonberg… me daba pena, pero no pensaba que ella fuera yo.

La realidad estaba más a mano. Me acuerdo bien de un día de ayuno, un martes, cuando Susanna, ya muy avanzado el embarazo, hacía manteca. Yo zurcía. En el suelo, cerca de nosotras, Maruschl jugaba con una tortuga de madera; además, desvainaba guisantes de una manera muy poco eficiente. Tenía una tos débil y estaba delgada, aunque todavía magnífica. Tan pálida que parecía iluminada por dentro. Yo la sentía hablar por la tortuga y por los guisantes. Había una batalla o una reunión. Notó que prestaba atención.

—¡No vale mirar ni escuchar! —gritó. Su juego era privado. Eso me conmovió. Todavía la veo, con sus guisantes de verdad y esa tortuga de juguete.

Susanna fue a recostarse.

Maruschl vino a mi lado.

Bajamos las escaleras para visitar a Martillito. Maruschl parecía

preocupada, o triste.

—Yo sé el nombre secreto de esta vaca —le dije.

—Se llama Martillito —dijo Maruschl.

—Así le decimos nosotros, claro. Pero también tiene un nombre especial, el nombre verdadero.

Maruschl dijo que me equivocaba.

—Las vacas no quieren nombres especiales. Ya están de lo más solas.

Yo dije que el nombre secreto que había descubierto era Romera.

Maruschl repitió algo irritada que el nombre era Martillito.

Como fuese, mullimos el heno para Martillito-Romera. Lanzamos a una pila de estiércol lo que correspondía a la pila de estiércol.

—Mírale los ojos —dijo Maruschl.

El animal tenía los ojos húmedos, era cierto. Era una vaca hermosa, expresiva y mugidora. Tenía pestañas largas. Emitía un ronroneo, como un gato, pero no tenía nada de la ferocidad guardada de los gatos.

—Ella está bien —dije mientras le acariciaba el cuello a Martillito—. Así tiene que tener los ojos.

Maruschl negó con la cabeza.

A la mañana siguiente, bien temprano, bajé a ver los animales sola. Romera jadeaba como un perro que vuelve de una cacería. Pero lo único que hacía era estar ahí parada. De un ojo, inyectado en sangre, le supuraba un líquido pegajoso. Sacudió la cabeza como si la atormentaran las moscas.

Oí que Maruschl bajaba los escalones; venía a saludar a Martillito.

En voz alta, le dije que se quedara arriba, que Martillito no se sentía bien.

—Voy —gritó ella—. No puedes detenerme.

Al pie de la escalera, cuando vio a Martillito más de cerca, lloró. Corrí hacia ella y la tomé de la mano y dije que mejor diéramos un paseo.

—Va a estar bien —dije—. Es muy fuerte.

Afuera, el mundo estaba en todo su esplendor. Tan sano y radiante como enferma estaba Martillito. Pasamos junto a campos de nabos, amarillos y brillantes como el limón, y después pasamos campos baldíos abarrotados de mariposas de la col, del murmullo de los saltamontes. La primavera estaba entre nosotros. Maruschl andaba rápido, incluso con sus piernitas y su cojera. Decidí que la criatura tenía mejor salud de la que yo le había reconocido nunca. Hans también, cuando era chico, había tenido una enfermedad detrás de otra, me recordé a mí misma. Volví a acordarme de cuando la madre de mi Heinrich me gritó que no pensaba cargar con la muerte de Hans cuando yo se lo dejé para ir a buscar a mi marido y traerlo de regreso de su amor por los uniformes y la gloria. Sin embargo, Hans echó raíz y creció fuerte y robusto, y capeó los problemas, y les ofreció refugio a sus hermanos, y demostró que es fuerte de corazón; que tenga cuarenta tenedores si quiere; que las estrellas se inclinen ante él como pajares. Maruschl iba a echar raíz igual que su padre: tarde, pero con fuerza. Juntamos algunos nabos, que pensé que pondrían fuerte a Martillito; sentía que oía sus mugidos con cada soplo de brisa, de la misma manera en que todos los sonidos, por un tiempo, se parecen al llanto de nuestro bebé: una madera que cruje, un búho nocturno, un borracho después del toque de queda.

—¿Alguna vez viste un wolpertinger? —me preguntó Maruschl.

—Vivo no —dije yo.

—¿Existen de verdad?

—Mi vecino tenía un wolpertinger embalsamado —dije—. Con cara de conejo, cuernos y alas de faisán.

—Una vez, papá me dibujó uno —dijo ella.

—Tu papá sabe de un montón de cosas raras. ¿Sabías que, cuando él tenía tu edad, lo llevé a ver un cometa?

—¿Qué es un cometa?

—Algún día vas a ver alguno.

—Los wolpertingers se comen la sangre de los soldados muertos —dijo Maruschl.

—Los que se comen la sangre de los soldados muertos son los cuervos —dije yo.

—No me importa —dijo Maruschl—. Los soldados ya están muertos.

—A los cuervos que se dan esos banquetes, Dios los castiga —dije yo —. No pueden encontrar su nido. Los ves vagar al costado de los caminos; por lo general en parejas: no saben volver a casa.

—¿Los soldados muertos existen de verdad?

Cuando yo no era mucho más grande que ella, vi a tres soldados muertos junto al río. Pero no se lo iba a contar a nadie.

Esa noche, Martillito tuvo temperatura. Colgué algunas hojas de lunaria menor bien curtidas en la ventana del establo y confié en que todo saldría bien. También coloqué hojas de salvia en el umbral. No se me ocurre ninguna planta tan capaz como la salvia. Puede estabilizar una mano temblorosa, puede contrarrestar una fiebre, ayuda con la parálisis; vale la pena probarla en caso de hemiplejía. Algunos dicen que puede volver rubia a la gente, pero yo nunca vi eso. Nunca deberíamos olvidarnos de honrar la salvia. Ni siquiera cuando nos falla.

A la mañana siguiente, Susanna, que siempre tenía la mejor disposición, se sentía demasiado mal para ocuparse de la casa. Pensó que quizás estaba con trabajo de parto, o que a lo mejor eran contracciones, como ya le había pasado antes. No le quise dar leche de una vaca enferma. Un poco angustiada, fui con Maruschl a la casa de al lado para pedirles leche a los vecinos. Conocía a la vecina solo de vista. Era una mujer mayor, viuda de un zapatero, que seguía manteniendo el oficio. Golpeamos.

Me vino el recuerdo amargo de haberle ido a pedir leche a Rosina

Zoft, aquel invierno horrible, para Heinrich.

—A lo mejor no tendríamos que pedirle nada —le dije a Maruschl.

—Tengo hambre —contestó ella.

—Dime la verdad, con una mano en el corazón, Maruschl. ¿Es mala la señora?

Maruschl dijo que no sabía. Dijo que la viuda del zapatero tenía olor a alquitrán. También que la había visto darles de comer a los pájaros. Dijo que nunca le había aceptado ninguna galletita.

—¿Pero ella te ofreció? —pregunté.

Maruschl dijo que ahora no se acordaba. Dijo que una vez la mujer le había dado un beso en la mejilla y que había estado mojado.

—Apurémonos —dijo.

Yo volví a golpear. Al instante, me arrepentí de haber golpeado. Empecé a retroceder. No iba a cometer el mismo error que antes.

Pero la viuda del zapatero ya había contestado a la puerta y Maruschl la había seguido al interior de la casa. Así que yo también la seguí. La viuda llevaba una bufanda más bien rosada, bien apretada alrededor del cuello. Tenía las manos manchadas de tinturas. Llevaba una pañoleta de encaje raída sobre el cabello fino y gris. ¿Los demás me verían así? Así de vieja y poco decorativa, y con los labios fruncidos. Sobre la mesa había un cuchillo de carnicero muy grande, restos de cuero. Sostuve a Maruschl de la mano. La viuda nos llevó hasta el granero y no solo nos dio leche, sino también miel.

¿COMPRENDE QUE…

¿Comprende que, de prestar falso testimonio deliberadamente, desatará la ira de Dios en vida terrena y destinará su alma a Satán una vez acaecida su muerte?

Estoy de acuerdo con eso.

Indique su nombre, edad y ocupación, por favor.

Topher Frick. Tengo cincuenta y dos años. Estaba con Jacob Stocklin y con Simon Bernhart; fue un sábado por la mañana; yo inspeccionaba la carne para la fiesta de aquella noche. Es raro: ahora no me acuerdo de qué fiesta era. ¿Era para la fiesta de San Bernabé? Fue en mayo o junio; me acuerdo por el tiempo. Cuando hace calor, hay que ser un halcón con la inspección de la carne; hay que ver detalles en la oscuridad. Incluso un carnicero honesto y bienintencionado puede cometer errores. Tuve un amigo, un tipo muy honrado, muy bueno y atento y serio: lo mandaron a la cárcel militar por vender carne rancia. Fue en las semanas que siguieron a la muerte de su hijo.

Cuéntenos lo que pasó con Frau Kepler.

Ese día con Katharina… había mucho sol. Recuerdo que me la pasé con los ojos entrecerrados. Katharina pasó por allí, vestida de color oscuro. Me echó un vistazo. En ese preciso momento, se me disparó un dolor por toda la pierna. Fue como la puñalada de un cuchillo largo y delgado que bajó serpenteando y me pasó por la parte de atrás de la rodilla, y el dolor fue como un gancho que vino al final, que se prendió en algo y me obligó a doblar la pierna. Yo parecía un animal sacrificado y desangrado con torpeza y sin piedad. Sentía como si tuviera el corazón en la rodilla. No podía enderezar la pierna; apenas podía caminar. Mis amigos cuentan que gritaba como una mujer en el parto. Yo sospecho que mi dolor de ese momento fue peor que el de un parto. Probablemente parecía un loco.

¿Frau Kepler lo había maldecido?

Yo estaba absorbido por el dolor. Sentí que me arrojaban al suelo.

¿Sus amigos pensaron que había sido Frau Kepler?

Se estaban ocupando de mí. Simon Bernhart vivía ahí mismo. Me lavé la pierna afectada.

¿Y luego qué pasó?

Mejoré. Pero me preocupaba que volviera el dolor. Y volvió, pero más leve. Fue cuando me puse a pensar y hablé del dolor con mis amigos, después de que disminuyó: ahí fue cuando entendí lo de Frau Kepler. Me habían dicho que, para ese tipo de males, hay que pedirle ayuda tres veces al perpetrador del dolor. Simon me lo contó. Simon sabía de lo que hablaba. De joven, había tenido un problema de visión borrosa y se le había pasado. Cuando volví a ver a Katharina, le susurré y le supliqué tres veces: ayúdame, Katharina; ayúdame, Katharina; ayúdame, Katharina.

¿Cómo respondió ella?

Nos veníamos llevando mal últimamente.

¿Usted mejoró?

Mejoré.

Entonces entendemos que ella fue la responsable.

Yo solo puedo decir que mejoré. También había seguido la recomendación de mi suegra de lavarme la pierna con un trapo mojado con mi propio orín. Es difícil describir lo que se siente cuando un dolor ataca de la nada. En un momento, uno está viviendo su vida; en el siguiente, uno es un cerdo en una sartén. Uno piensa que va a ser así para siempre. No puedo decir bajo juramento que sin dudas fue

Katharina. Sigo sin entender por qué me golpeó un dolor tan cruel. Fue como si aquel día, en el mercado, una niebla se presentara ante mis ojos. ¿Fue la niebla en sí o fue Katharina la que estaba detrás de la niebla, o fue otra cosa?

¿Pero a usted le pareció suficientemente probable que hubiese sido Katharina y le fue a pedir ayuda?

Sí.

PERSONALMENTE, NO TENGO DEMASIADA FE…

Personalmente, no tengo demasiada fe en los horóscopos. Ocurren tantas desgracias después de comer frutillas, que crecen tan cerca de la tierra, donde los vapores están viciados… ¿Pero quién nos advierte que nos cuidemos de las frutillas? Solo aquellos a los que no escucha nadie. La mayoría prefiere las explicaciones soñadoras. Los hacen sentir grandes; el pecho se les infla como a un urogallo. Si en vez de preguntar por el ascenso de Saturno miraran sus propios campos de trigo… Si dejaran de sacar los espárragos de la tierra antes de tiempo. Si supieran limpiar mejor los hongos. Tengo muchas correcciones para el pensamiento ajeno, pero ya aprendí que no las tengo que ofrecer. Menciono los horóscopos solo porque, desde luego, no tenía manera de saber lo que iba a pasar. Christoph una vez me leyó un horóscopo que había hecho Hans para mí; fue cuando era joven y más insensato. No hacía ninguna predicción: solo decía que yo era quejosa y que tenía secretos.

Simon, no sé cuánto recuerdas del nacimiento de tu hijita Anna. Yo soy distinta del resto en ese aspecto, lo sé, pero me da lástima que los hombres nunca vayan a pasar por la experiencia de sufrir y estar a punto de maldecir a Dios y después ver a la criatura hermosa que tendrá el ojo errante y desalineado del recién nacido, todavía en busca de su origen. Por un momento, el bebé es la persona más nueva del mundo. Solo lo vemos las mujeres. Susanna tuvo al bebé. Hans no es como el padre, y la ayudó con el reposo y con las visitas y todo el drama familiar. Había vuelto de Praga con tres lindos ejemplares de otro libro más, bien pesado, pero los dejó en un estante alto y no dijo nada al respecto. Todavía no había logrado que le garantizaran el salario que le habían prometido.

Hans y Susanna eligieron juntos el nombre Katharina para la bebé.

No me pareció una buena decisión. Pero bueno, nadie me preguntó. De todas maneras, la bebé Katharina era perfecta, como todos los bebés. Incluso los que tienen manchas oscuras en la cara o llanto débil

o una palidez amarilla y la tez irritable. Tenía pelo negro en toda la cabeza y poco apetito, y los pies y las manos con la textura resbaladiza de los nenúfares. Después del primer mes, se pasaba gran parte del tiempo mirando la luz del sol reflejada en el caldero de cobre.

También había mejorado la salud de Martillito. Comía botón de oro y daba una leche cremosa con sabor a pasto. Maruschl abrazaba y besaba a Martillito cuando le daba de comer, y susurraba palabras de aliento en el oído de la vaca.

Entonces, de un día para el otro, Maruschl dejó de estar bien. Andaba confundida; dormía casi todos los días; de noche venía conmigo, llorando, porque algo le picaba o porque se había rascado; después se volvía a quedar dormida. Saqué de la tierra una raíz de jengibre después de medianoche y preparé pan de jengibre; hice venir tres veces al pastor y cambié toda la ropa de cama. Le llevé bebidas con menta y ginseng. El aspecto de Maruschl era frágil, y casi nunca tenía apetito. Empecé a rogarle a Dios, a hacerle esas ofertas que, hasta donde sé, nunca acepta. Recé para que Dios le insuflara salud a la criatura. Dije que podía prometer no volver a pedir para mí. Me ofrecí a morir cualquier día. Ofrecí abrazar a mis enemigos de Leonberg y enfrentar la tortura con una sonrisa y una sensación de paz si Maruschl tenía la posibilidad de recuperarse de su enfermedad.

—Tráiganme a la bebé Katharina —susurraba, ronca, entre toses—. Quiero tener en brazos a Katharina.

Pronto, decíamos. Susanna y yo habíamos dejado a la bebé envuelta en ropa blanca y en su cuna, en un rincón alejado de la sala, para mantenerla a salvo.

—Quiero ver a Martillito — susurraba Maruschl—. Por favor.

Le decíamos más tarde.

Esa noche, me desperté preocupada, y Maruschl no estaba en su cama. Pensé en criaturas sombrías y terribles, en ranas enormes y babeantes. Pensé en lombrices y en frío en los dedos de los pies. Pero sentía que Maruschl estaba cerca. Le imploré a mi corazón que no entrara en pánico y rogué no tener motivo para entrar en pánico. La encontré dormida cerca de Martillito, tal como había hecho yo cuando había

estado enferma. Maruschl parecía sonreír en sueños.

—¿Puedo tener en brazos a la bebé Katharina? —volvió a preguntar en susurros a la mañana siguiente. No pudimos soportar volver a rechazarla. Le llevamos a la bebé. Yo además cantaba una oración de mi niñez todas las noches. He usado esa oración con todos mis hijos y nietos, y a veces también con los hijos de otros. Esa oración llegó a ser todo un tema, como ya sabes, Simon, y dijeron que podía ser adivinatoria, o peor: un conjuro del diablo. Hablé con Johannes y también con el pastor Binder, el marido de mi hija, y dijeron que la oración que decía yo no tenía nada de malo, aunque el pastor Binder dijo que era más una canción que una plegaria y que era anterior a la Reforma, hasta donde sabía él, pero también me recordó que Martín Lutero decía que los que no aman la música no merecen oír más que los gruñidos de los chanchos y los rebuznos de los asnos.

A esa oración o canción la dejaría por escrito sin la menor pizca de vergüenza:

Recíbeme, Dios querido,

un día de sol y un domingo;

Vienes hacia nosotros

y estamos aquí. Escucha nuestra plegaria,

Dios, Padre, Hijo,

Espíritu Santo y Sagrada Trinidad.

Danos fuerza y vida,

y también buena salud.

Me vino el recuerdo del pastor Binder cuando decía que las viejas solamente creen que son brujas; solamente creen que pueden hacer daño, cuando en realidad no tienen ningún poder. A veces las viejas albergan crueldad en el corazón. A veces les desean el mal a los

demás. Pero quien decide es Dios. Sería equivocado creer que una bruja podría prevalecer sobre el plan de Dios.

¿Y si se dice lo mismo sobre la oración?

No creo. Te puedo decir que ha habido veces en las que dije esa oración y el resultado fue bueno y veces en que dije la oración y la muerte vino de todas formas.

ME ASOMBRA TODO EL GASTO…

Me asombra todo el gasto y el esfuerzo dedicados a la tarea inútil de los libros. Cada parte prohíbe los libros de la otra parte. Es pura vanidad. Hans me cuenta que sus libros se pueden comprar incluso en Roma; lo dice con orgullo y, por supuesto, me doy cuenta. También dice que el librero tiene que esconder los libros bajo el mostrador y ofrecerlos solamente a los que saben preguntar; los libros son amantes. Los hombres se jactan de tenerlos. Un ámbito más para la afectación. Y para la insensatez. Sospecho que lo único que me podría interesar leer sería un libro de historia. Pero me dicen que los libros de historia despiertan odio, lo que no me sorprende. Cada cual prefiere inventarla por su cuenta.

Me senté junto al lecho de Maruschl durante días y le conté cuentos.

—Me duelen los ojos —gimoteaba.

Yo trataba de apretarle las manos para calmarla y para que no se las llevara a los ojos y se los frotara. Empecé a contarle el cuento del cuervo que quería ser el rey de los pájaros. ¡Ese cuervo! Era un cuervo y nada más. Iba a haber un concurso, e iban a nombrar rey al pájaro más espléndido, y el cuervo pensaba que tenía posibilidades de ganar. Y a lo mejor era cierto. Habían fijado fecha para la decisión. El cuervo reunió un montón de plumas espléndidas que se les habían caído a otros pájaros más hermosos que él, y de colores más vivos.

Cuando llegó la hora de la decisión, el cuervo estaba espléndido. Iba a ganar el concurso.

Los otros pájaros le robaron las plumas que él había recogido. Lo llamaron tramposo y mentiroso y cuervo feo y viejo.

—Son malos —dijo Maruschl—. Muy malos.

Era un cuento estúpido, me di cuenta, y me arrepentí de haberlo empezado. Sencillamente, era lo primero que me había venido a la

cabeza. Me había olvidado de adónde iba la historia. Me disgustan los cuentos que terminan con fracasos o con castigos. Tendría que haberle cambiado el final.

Maruschl durmió una siesta y transpiró y después se volvió a despertar.

—Cuéntame un cuento. Cuéntame uno con cosas que dan miedo.

Le conté uno que me contaba mi abuela. Sobre un chico huérfano al que habían acogido en una casa y que era como un hermano para la chica que vivía allí. El padre de la casa era leñador y se pasaba casi todo el día trabajando fuera. No había madre. Así que la cocinera estaba a cargo de los chicos. La cocinera tenía un plan para comerse al chico adoptado. O por lo menos eso le decía a la chica. Le decía que iba a poner al chico en una sopa.

—Papá siempre me dice que me va a comer en la sopa —dijo Maruschl con una sonrisa cansada—. Con sal y pimienta.

La chica se ponía en acción. Iba con su hermano adoptado y decía: ¿Me prometes que nunca me vas a dejar? Y el chico decía sí. Y la chica decía: Si tú nunca me dejas a mí, entonces yo nunca te voy a dejar a ti.

—Eso no está bien. Salvar al hermano solo si le obedece. Yo nunca le haría eso a la bebé Katharina.

—Me imagino que lo iba a salvar igual, más allá de cómo contestara la pregunta —dije yo.

—Lo va a ayudar solo si le conviene —dijo Maruschl. Tenía los ojos húmedos.

Traté de tranquilizarla, de asegurarle que todo iba a salir bien. Le conté que la chica y el chico se escapaban tres veces de la cocinera. Se escapaban de la cocinera transformándose. El chico se convertía en árbol y la chica se convertía en una manzana de ese árbol. Pero la cocinera los encontraba. La vez siguiente, el chico se convertía en una torre de iglesia y la chica se convertía en la campana de esa torre. Pero la cocinera los encontraba. Después el chico se convertía en un lago de montaña y la chica se convertía en un pato que nadaba en ese

lago de montaña.

—Sí —dijo Maruschl—. ¿Y?

Otra vez me había metido en el problema de empezar un cuento sin recordar para dónde iba. En esa última instancia, la chica, que se había convertido en pato, metía a la vieja cocinera en el lago de un tirón y la cocinera se ahogaba. No me gustan esos finales. Pero no se me ocurrió nada mejor.

—No puede ser que el pato tuviera tanta fuerza —dijo Maruschl.

—Pero el pato en realidad era la chica —dije yo.

—Igual, no tendría suficiente fuerza.

Me encogí de hombros.

—¿Magia?

Maruschl negó con la cabeza, dijo que era una mala respuesta.

Yo dije que a lo mejor la cocinera nada más se caía al agua y se ahogaba. A lo mejor estaba bebiendo en la orilla del lago y el pato le daba un golpe y entonces ella se caía al agua y se ahogaba.

—Como sea, se ahoga. El chico y la chica son libres.

—La cocinera estaba haciendo un chiste cuando dijo que lo iba a poner en la sopa —dijo Maruschl. Se puso a llorar de nuevo—. Estaba haciendo un chiste. ¡Es muy triste!

Tuve la certeza de que se iba a recuperar. Tenía mucha energía dentro, y mucho espíritu. Me puse a hacer algunos pickles; con semejante anticipación pensaba. Los pepinos estaban muy verdes y tentadores, y les corté las magulladuras con cuidado. Pero Maruschl se fue antes del martes siguiente. La bebé Katharina también murió en menos de un mes. Oír llorar a Susanna, hundida en una pena indescriptible, oírla repetir Mi bebé mi bebé, fue peor que mis propias pérdidas. Yo estaba dispuesta a darlo todo, a dar lo que fuera para traer de vuelta a las criaturas. Mientras esperábamos a que volviera Hans, había una parte de mí que se aferró a la esperanza de que,

cuando él volviera, también volverían ellas. Soñé que caminaba de la mano de Maruschl. Incluso soñé que discutíamos, que ella se enojaba conmigo o se decepcionaba de mí, y quería que viviera eso mucho más de lo que quería vivir yo. También sentí que le había fallado a Hans por no haber logrado salvar a su hija. Pobre Susanna, en esa casa, conmigo, pero sola en realidad. Remendó todas las prendas que había en la casa, incluidas las de las hijas. Martillito sobrevivió. Pero se había vuelto fría y distante. Yo la entendía: amar a los demás es sufrir.

NO SÉ CÓMO ME SENTÍA, SIMON…

No sé cómo me sentía, Simon. Estoy muy vieja. Probablemente haya estado demasiado tiempo en esta tierra. Ocurrían días, a lo mejor semanas. Hans volvió. No dijo mucho. Trató de comer algunos de mis pickles, pero todavía no estaban ni medio agrios, y me di cuenta de que él no quería comer, sino que lo hacía por deber y por voluntad mal dirigida. El tenedor con el que comía Hans era muy chico, como para una criatura. Recuerdo algunas instancias en las que Hans me dijo durante la comida que había «buenas noticias».

¿Qué buenas noticias?

En el pueblo donde creció Úrsula Reinbold, Hans había encontrado una fuente que confirmaba que había habido un amorío entre ella y el boticario y que este le había prescrito hierbas fuertes y que ella sufría desde entonces.

No me importó. Incluso me dio lástima Úrsula, que nunca había tenido hijos, quizá por esa misma razón.

Otro día, Hans me informó que había hecho avances para refutar la acusación de que yo tenía una tía que también se llamaba Katharina a la que habían condenado y quemado por bruja. Era una acusación particularmente dañina porque podía servir de fundamento para que me aplicaran tormentos con fines de confesión. Era muy amenazadora para toda la familia, incluidos los chicos. Pero Hans había conseguido una certificación del jefe del registro donde decía que no existían archivos relativos a esa parienta ni pruebas de esa quema. No había sido fácil conseguir la certificación, pero él lo había logrado. Hans trabajaba muchísimo. No dejaba que ni siquiera la peor de las adversidades lo disuadiera de seguir con sus objetivos.

Pero de nuevo, en realidad, no me importaba.

Él repetía que era imperativo que yo me quedara con él en Linz, que esta vez no huyera como antes. Te van a detener si te encuentran en

cualquier parte del ducado de Wurtemberg. Mejor que te quedes en Linz, que es otra jurisdicción.

Yo no decía nada.

No seas supersticiosa, mamá.

¿Supersticiosa en qué sentido?

Nuestra desgracia actual no es augurio de una desgracia posterior.

Yo dije que ojalá lo fuera.

Mamá, no vuelvas a ir a Leonberg por impulso como la última vez.

Nunca hablaba de su propio trabajo. Sé que él pensaba que no era para mentes femeninas. Eso le molestaba a su primera esposa, que sabía latín y hablaba con sus muchas visitas y que venía de una familia acostumbrada a tener invitados importantes. Susanna parecía más conforme con no ser anfitriona de las grandes mentes. Había sido bien criada, y con humildad. Y en cuanto a mí, claramente no me importaba. Aunque me había importado antes. Es cierto que cuando era chico había llevado a Hans a ver un cometa. ¿Acaso no lo había ayudado? ¿No era igual a mí? Una vez mencioné el cometa (está bien: a lo mejor más de una vez) y él dijo que, por empezar, ya tenía los ojos tan débiles que no había podido verlo bien. Para él, no había sido más que una caminata cansadora colina arriba para hacer de cuenta que veía algo que no podía ver. Dijo que confía en las observaciones ajenas y que hace los cálculos y la parte de soñar, y que no tiene necesidad de andar observando cada cosa todo el tiempo. Ahora admiro la estrategia de Hans. Ya no me interesa para nada observar con detenimiento el mundo que me rodea tal cual es.

Hasta tú, Simon, tuviste la delicadeza de escribirme y contarme que Manzanilla estaba bien y que habías quitado las malezas de mi jardín. Lo cierto es que no me importaba.

Ya no servía para ayudar a nadie. Dos de los hijos mayores de Hans, Ludva y Suze, volvieron de la escuela una vez más. Unos chicos hermosos, bellos. Pero me apena decir que no me importó demasiado que llegaran. Hans mandó a colgar en la pared una carta enmarcada, y yo les pregunté a los chicos qué decía. Era del italiano Galileo Galilei,

dijo Ludva, y me contó que ese italiano era un hombre muy importante y que la carta era de cuando Hans le mandó su primer libro. La parte que me acuerdo es la de cuando el italiano decía «Mas este no es el lugar para llorar por los males de nuestro siglo, sino para regocijarme con usted porque ideas así de hermosas muestran la verdad». Qué colegial, mi Hans. Tan lleno de esperanzas y ambiciones. Susanna me dijo que tenía la suerte de ya estar embarazada otra vez. Y ni siquiera me importó eso. Sentía que a la familia le haría bien deshacerse de mí. No quiero ser supersticiosa, pero ¿acaso no era yo el talismán de la mala suerte? ¿Acaso Dios no me lo había dejado claro? Yo quería dejarle una nota a mi familia antes de partir al amparo de la noche, aunque sabía que era imprudente. No quería que tuvieran que preguntarse por qué había desaparecido. ¿Pero quién me iba a escribir esa nota?

Fui a la casa de la viuda del zapatero. Se lo iba a pedir a ella. Pero no estaba cuando golpeé.

Al final, hice un dibujo, con la esperanza de que entendieran que el hecho de marcharme había sido una elección, no magia negra ni una desaparición. El dibujo era tosco y misterioso, pero ¿qué podía hacer? Guardaba un pequeño remordimiento en el corazón: recordaba que el padre de Hans también se había marchado y había dejado a sus hijos sin una palabra. Nuestro hijo Heinrich se había ido poco después. A lo mejor creyó que iba a encontrar a su padre, aunque hasta ahora nunca lo había pensado así.

CON KATHARINA LEJOS DEL PUEBLO…

Con Katharina lejos del pueblo, y por tanto tiempo, mis obligaciones hacia ella no disminuyeron, sino que aumentaron. Su hijo Hans me envió muchas misivas. Me tuvo ocupado llevando esto, aquello y lo otro al funcionario del ayuntamiento. De esa manera, mi alianza con Katharina se volvió mucho más visible que antes. Yo estaba decidido a serle leal. Pero había preferido sin dudas la época en que era leal por decisión personal, cuando era un asunto privado.

No iba a volverme en contra de Katharina. De ninguna manera. Necesito muy poco, y, decididamente, no necesito que la gente me muestre su aprobación. Pero tenía mis propios problemas. O, mejor dicho, tenía los problemas de Anna. No me habría importado si hubiesen sido nada más que mis propios problemas. Quiero decir: no sin cierta amargura, andaba pensando en cómo podría reunir por lo menos la sombra de mediodía de una dote. Pero fue mucho peor cuando se inmiscuyó una amargura opuesta.

La primera vez que advertí el cambio en Anna fue cuando el vestido le empezó a quedar demasiado suelto. Estaba pálida y delgada.

Evitaba incluso el mercado de los sábados; se las arreglaba con lo que había en nuestra despensa. Comimos la misma avena once días seguidos.

—¿Qué pasa, mi Anna? —pregunté.

—Tiene mala opinión de mí —dijo en voz baja.

—¿Quién?

—Ya sabes quién, papá.

—Estoy seguro de que no tiene mala opinión de ti. Nadie aparece un día con un lazo verde y se convierte en un extraño al siguiente. Cuando alguien te quiere, es leal. —¿Pero por qué dije eso si sabía que

no era cierto? Los amores y las alianzas cambian todo el tiempo, por motivos no mucho mejores que el clima.

—Tiene una mala opinión de mí; es así, seguro.

—Yo tengo una peor opinión de él —dije.

Después de eso quedé con un humor atravesado. Más tarde fui a ocuparme de Manzanilla. También de la huerta de Katharina, donde últimamente no había podido trabajar como correspondía porque había estado demasiado ocupado. Los bordes de la parcela de los rabanitos estaban atestados de escarolas. Habían clavado una nota en la puerta en la que se quejaban de que las malas hierbas se habían propagado. Todo el mundo se cree Lutero. La nota no estaba firmada. Pero la caligrafía transmitía impaciencia, intemperancia, cierta violencia.

Arranqué las flores de los cardos para que no dieran más semillas (por lo menos esa semana); después fui a atender a Manzanilla en su corral.

Cuando volví a casa, me encontré repasando irritado los pedidos que habían ingresado, con los que tenía que cumplir y en los que estaba trabajando. Demasiadas solicitudes de estribos, una moda que yo no apreciaba. ¿Qué pasaba que todo el mundo pedía estribos? Unos meses antes, cuando había surgido la convocatoria de agentes para patrullar los muros de Leonberg, para hacer más estricto el toque de queda, yo había prestado poca atención. Las angustias de los jóvenes: esa era la sensación que me había dado. Jerg Hundersinger había aceptado, para ganar un dinero extra, pero yo no había tenido que hacer eso. Oí a unos maldecir al emperador Fernando ante otros, y pensé que se trataba de la última moda en frases, un gesto de afectación; esos no eran cortesanos: ¿de verdad creían que esos asuntos tenían que ver con ellos, o que los afectaban?

Como suele pasarme, me equivoqué. Ahora que pienso en esos pedidos de estribos, es el primer recuerdo que tengo de haber comprendido que esta guerra catastrófica realmente había empezado, se expandía, no era como las otras.

HANS ESTÁ EN CONTRA DE LOS BAÑOS…

Hans está en contra de los baños y piensa que generan enfermedades. Le molesta el agua en general. El agua abre los poros; así es como entran las enfermedades: ese es su razonamiento. Pero cuando partí un miércoles por la mañana antes del amanecer, me encontré con que los pies no me llevaban a Leonberg, y tampoco a Heumaden, a casa de Greta. Me llevaban a los baños de Ulm. Branquia Amarilla era el que me había hablado de un tal doctor Pferinger que trabajaba allí, en esos baños. Me dijo que podía darse cuenta de si una mujer (una mujer que preguntara y que pagara) era en efecto bruja. No era el servicio principal que ofrecían en los baños, pero sí un servicio que se podía conseguir.

Cuando llegué, me sorprendió ver a tantas jóvenes. O no llevaban nada de ropa o estaban sentadas no lejos del agua, envueltas en una tela de lino sencilla y sin teñir. Así amuchadas alrededor del agua, parecían tejones y nutrias. De chica fui algunas veces a unas fuentes termales con mi madrastra, pero fuera de eso, nunca antes había estado en unos baños así, al aire libre, en su ambiente natural, con algunos bancos cerca y no mucho más.

—¿Tiene galletitas de manzana? —me preguntó una mujer.

Me bajé la capucha de la capa de viaje.

Ella dio un paso atrás; un cervatillo asustado.

—Busco al doctor Pferinger.

—Ah, la capa me confundió; pensé que era la mujer que vende los refrigerios. No sé dónde está el doctor.

Conviene que explique que esos baños no estaban en ningún poblado: estaban fuera del pueblo, en lo alto de una ladera, así que, básicamente, estaban escondidos. Habían puesto unas piedras labradas bastante elementales alrededor para expandir una terma natural. Sin

embargo, dentro de las humildes construcciones que había cerca, vi finos pañuelos rojos, zapatos elegantes con botones de plata. No lograba hallar ni el recuerdo ni el conocimiento que me permitieran encontrarle sentido a lo que veía. Ni siquiera podía distinguir de qué tipo de familias venían esas mujeres. Sin ropa, todas eran Eva.

Branquia Amarilla me había descrito al doctor Pferinger como un viejo amigo de él. Yo no creía realmente ser bruja. Pero nunca fui de esas personas que tienen miedo de saber más. No podía confiar en nadie de Leonberg, ni de Eltingen; ni siquiera de Stuttgart, ni de Linz. Pero allí, en los baños, era distinto.

En algún momento, logré abrirme paso hasta una cabaña y me hicieron lugar para que esperara en un banco, detrás de una cortina. Tenía la cabeza nublada por una imagen de Maruschl, que jugaba sobre el suelo a mi alrededor, pero yo no podía alcanzarla y ella no me podía oír. En algún momento, llegó un hombre bajo, limpio y lampiño. Llevaba calzas de seda y una chaqueta oscura de algodón, sin mangas. Era el doctor Pferinger.

Tras una breve conversación, dijo:

—Muéstreme los pies.

Nadie quiere verle los pies a una vieja. No me moví.

Él volvió a pedírmelo.

Yo seguí sin moverme.

—Usted tiene miedo de algo.

Más acertado hubiera sido decir que lo estaba pensando mejor. Una joven apareció por detrás de la cortina. Trajo una única bellota colocada sobre una almohada lujosa, de tafeta roja y blanca, y después se retiró en silencio. Pferinger puso la almohada ante mí.

—Un rasgo que suele verse en las brujas es un agujero en el pie. No una cavidad mínima. Un agujero más o menos del tamaño de una bellota.

¿Era un médico o una ardilla?

—No tengo agujeros en los pies —dije—. Eso se lo aseguro.

—Puedo darle privacidad, si quiere. No es asunto mío si usted es bruja o no. No le rindo cuentas a nadie. No me dedico a eso.

Yo no toqué la bellota.

Él hizo a un lado la almohada pero se aferró a la bellota como si fuera un rosario.

—¿Por qué no me tiene miedo? —pregunté.

—¿Por qué debería tenerle miedo?

—O, si no a mí, a las otras que le vienen con sus preguntas.

—Les tengo miedo a las arañas. Les tengo miedo a las armas. A los temporales. Al ansia de gloria que se adueñó de mis tres hijos varones. Pero a las mujeres no. No les tengo miedo a las mujeres.

—Usted piensa que las brujas no existen —dije.

—Existen. Claro que sí. ¿Pero qué pueden hacer, la verdad? No mucho, por lo que vengo observando. Usted es la madre del astrólogo, ¿no? —Yo le había mencionado a Branquia Amarilla como amigo en común y ahora me arrepentía—. Eso me interesa. Podría ser divertido hacerse un horóscopo. Me encantaría tener uno. Toda la gente elegante tiene uno, ¿no? Como sea, ¿quiere el examen de bruja o no? No voy a opinar. Pero tomemos una decisión. Y tiene que pagar decida lo que decida, ya que pidió que le dedicara mi tiempo, ¿sabe?

Noté que llevaba varios anillos brillantes.

—No quiero ser irrespetuosa, doctor. Pero de repente, no estoy segura de por qué estoy aquí. ¿Qué hace usted por las mujeres? ¿Qué es lo que sabe o lo que tiene para ofrecer?

—¿Le parece que podría conseguirme un horóscopo? ¿Le pediría a su hijo que me hiciera uno?

—Podría pedírselo. Si me dice su fecha de nacimiento. Pero antes: ¿quién es usted?

Hizo una pausa antes de hablar. Parecía que estaba pensando algo detenidamente, pero ¿qué?

—Pasé siete años de mi vida como ayudante de un verdugo —dijo—. Las mujeres entraban y me mostraban sus moretones y sus partes íntimas. Me mostraban el grosor o la delgadez de su vulva. Veo que le molesta mi lenguaje. Pero le pido que tenga en cuenta que no es mi intención faltarle el respeto. Me pedían que inspeccionara rasguños, lunares. Una vez me pidieron que observara un pezón de más. No había manera de verificar si lo habían usado para amamantar a un demonio o no. Cuando alguien le dice que tiene una astilla de la cruz de Jesús… bueno, a lo mejor es y a lo mejor no es, ¿no? Si alguien dice que estas son las monedas de plata que recibió Judas por engañar al Señor… bueno, las monedas no hablan, ¿no? ¿Qué puede decir un pezón? Yo miraba a los ojos a esas mujeres y les decía lo que veía en ellas. Tengo un sentido muy fuerte con las personas. Con su ser verdadero. Eso es lo único que tengo para ofrecer. Pero es algo. ¿Qué la preocupa? ¿Qué me quiere preguntar? No le voy a contar a nadie. ¿Qué secreto guarda?

—Tengo rencor en el corazón —dije.

—Sí; claro que sí.

—Algunas veces deseé que un lobo se metiera de un salto por la ventana de mi acusadora y le comiera la garganta.

—Sí —dijo él—. Eso es comprensible.

—Deseé que muriera de viruela.

—No es de sorprender —dijo.

—Y que la enfermedad fuese dolorosa y la desfigurara mucho antes de terminar por matarla.

—¿Usted querría que ella fuese a rogarle que le diera una cura? —preguntó.

—Sueño con que el pueblo entero reclame su muerte —dije yo—. Que el panadero me diga que ella le agrió la crema; y el sastre, que la cara de mi enemiga dejó renga a su esposa; y que el albañil llore nada más

de verla… y ser yo la única que diga: suficiente, deberíamos tenerle lástima. Aquí no hay ningún monstruo.

Él asintió.

—Le salvaría la vida. Y después, unos días más tarde, una vez que ya hubiese corrido la noticia de mi buena acción, ella moriría de muerte natural. Le caería una piedra en la cabeza mientras camina por la calle. Tardarían días en encontrar su cuerpo. Un leñador se toparía con un lobo con una mano humana en la boca. Quedaría como si hubiera sido la voluntad de Dios. —Hice una pausa—. ¿Eso me convierte en bruja?

Pferinger bajó su bellota y el fórceps con el que iba a medirla.

—Dije que fui ayudante de un verdugo. Eso es verdad, pero no es veraz. El verdugo era mi padre. Me tenían miedo cuando iba a comprar un pancito. Si los otros chicos me veían con un trompo, dejaban de jugar con los de ellos. Yo podría haberme quejado. O haber llorado en el bosque. Sí me quejé. Sí lloré en el bosque. Pero me convertí en alguien superior al que había sido antes. Reconocí que tenía un saber especial. El verdugo, si presta atención, conoce el desánimo, el abatimiento y la muerte. El verdugo hace dinero. Yo hice mi propio camino con un trabajo que nadie creía bueno y después me llevé mi experiencia y mis conocimientos y me inventé un trabajo totalmente nuevo, y no me da vergüenza.

Le pregunté cuándo era su cumpleaños para mostrarle con sinceridad que iba a preguntar por el horóscopo, aunque ¿cuándo sería la siguiente vez que vería a Hans? ¿O a cualquier miembro de mi familia?

Él dijo que daba lo mismo que leyera las hojas del té o que matara a una cabra, que eran todas estupideces.

Ah, dije yo.

Y eso fue todo. Confié en él, porque me dijo que las semillas del butterblume delphinium son la cura más rápida para los piojos, por más que las mismas semillas fermentadas en agua de miel pueden ser venenosas si se las usa demasiado a menudo en las encías o para tratar la epilepsia. Para él, el delphinium era lo mismo que para mí. Una

planta capaz de hacer el bien y el mal. Una planta que precisaba del conocimiento y de las buenas intenciones de un ser humano.

FINALMENTE, SIMON…

Finalmente, Simon, me mudé de verdad a la casa de Greta en Heumaden. Tal como decían los falsos rumores que habíamos echado a correr cuando fui a Linz. La mentira se reveló como profecía.

Greta lloró cuando aparecí en la puerta.

—¿Cómo pudiste irte sin contarle a nadie, mamá? ¿Y después de todo lo que ya habían sufrido Hans y Susanna?

Tenía razón en señalar eso.

Todavía lloraba. Dijo que ahora todo estaba bien. Que por eso lloraba. Había perdido la fe pero se había equivocado en perder la fe.

—¿Ya esperas un bebé?

Ella negó con la cabeza. Las lágrimas disminuyeron. Sigo sosteniendo que era culpa de Binder, no de Greta. Un tiempo atrás, yo le había preparado para él una bebida de ortiga, hisopillo e hinojo, pero él había elegido no tomarla metódicamente. Los hijos traen alegría. Incluso en medio de la desgracia, Maruschl me seguía trayendo alegría. Yo quería que Greta tuviera ese sentimiento. Te vas a reír de mí, de una vieja, por hablar tanto de bebés y niños. Pero es prudente tener familia grande. Porque uno pierde tanto y a tantos…

Esa misma noche, Greta me explicó que su marido no quería hacerme ningún mal. Yo todavía no había visto a Binder, aunque oía sus pasos en el estudio. Me preguntaba qué sermón estaría preparando. ¿Ahora a qué animal no se parecía Dios?

—Claro que no quiere hacerme ningún mal —dije.

—Y no te guarda ningún resentimiento.

—Me alegro —dije.

—Le escribió cartas al duque, donde defendía tu nombre —dijo—. Cartas muy fuertes.

—Estoy agradecida —dije yo.

—Usa tu receta para la vesícula. ¿Recuerdas cuál? Aunque le agrega miel. Te quiere de verdad.

—¿Qué pasa, Greta?

La parroquia de Binder en Heumaden era chica, dijo. Binder tenía el puesto desde hacía pocos años. Lamentablemente, todavía estaba en una posición bastante vulnerable. Los congregantes ya temblaban de miedo. Había una chica de once años que tenía visiones de soldados imperiales a los que les salía fuego por la boca, y había advertido que sobrevendría la destrucción si los aldeanos no purificaban sus almas. La chica decía que había que mantener lejos la podredumbre, y tenía mucho poder sobre los sentimientos de la gente.

—¿Me pide que no vaya a sus misas?

—Estoy tan agradecida de que entiendas, mamá… Le dije que todo saldría bien, de una manera u otra.

—¿Entonces se supone que no tengo que ir nunca a la iglesia? —No le dije que apenas si había ido a alguna iglesia en varios meses; ¿dónde me iban a recibir bien? El pastor del entierro de Maruschl me había dado la comunión; esa era la última misa a la que había ido. Pero ahora que me negaban la presencia en la iglesia, sentía una incontenible necesidad de ir.

—Solo te pide que no vayas a la iglesia de él.

La iglesia de Binder era la que estaba más cerca de la casa, y él no se ocupó de conseguirme ni un burro ni ningún otro medio de transporte para que yo pudiera llegar a otra misa, pero no importa. Sé que ya estaban en aprietos, la pareja sin hijos. Aunque, por supuesto, no en tantos aprietos como yo.

—Ya veo —dije.

—Hay lugares un poco más lejos —dijo ella—. Congregaciones muy agradables. Donde no llamarías la atención —dijo—. Podrías sentirte más libre.

—Entiendo —dije.

—Te obligaron a limpiarte con un caldero lleno de hollín —dijo ella —. Él trata de evitar el hollín. No estoy segura de que pueda elegir, mamá. Para mí es distinto que para él. Él es una figura pública. Yo soy carne de tu carne. Ay, viene siendo muy complicado para todos nosotros, mamá. Es un incendio en el campo, y tenemos que contenerlo. Les voy a escribir a Christoph y a Hans ya mismo. Van a quedar de lo más aliviados cuando sepan que estás aquí conmigo.

AL HONORABLE Y JUSTO DUQUE...

Leonberg, 9 de noviembre de 1619

Al honorable y justo duque Federico de Wurtemberg:

Escribo a usted en nombre de mi buena y virtuosa y adorada esposa Úrsula.

Lo primero, es cierto que uno no tiene permitido castigar a otro a menos que sea justo castigar.

Lo segundo, es cierto que Katharina Kepler es responsable de nuestra terrible desgracia y de nuestros agobiantes gastos legales.

Lo tercero, es cierto que Katharina perjudicó a Úrsula, inocente cordero y mi querida y tierna y adorada esposa, y que eso fue injusto.

Lo cuarto, es cierto que en 1613 Katharina engañó a mi tierna y adorada esposa para que fuera a su casa y le dio una bebida.

Lo quinto, mi querida y tierna y adorada esposa enseguida cayó enferma.

Lo sexto, mi querida y tierna y adorada esposa luego sufrió dolores indescriptibles.

Lo séptimo, ese dolor fue tal que todos los remedios habituales (probado cada uno de ellos, a menudo a un precio altísimo) fracasaron.

Y lo octavo, es cierto que hay otros que pueden confirmar que Katharina le dio una bebida a Úrsula.

Y lo noveno, es cierto que hubo un conflicto y que Katharina, con el deseo de hacer daño, le dio la bebida a mi querida y adorada esposa con la intención de hacerle daño.

Y lo décimo, es cierto que Úrsula puede afirmar con la conciencia limpia que la bebida de Katharina fue específicamente lo que le causó sufrimientos que exceden las palabras.

Y lo décimo primero, es cierto que Katharina tiene parientes en Weil der Stadt, donde quemaron por bruja a una tía de ella, y es cierto que es sabido que la brujería es un rasgo de familia.

Y lo décimo segundo, ya que pensamos en familias, es cierto que Katharina era una madre excesivamente entrometida con su hija, Greta, y que no permitió que la muchacha fuese sola a ningún lugar hasta una edad tardía y muy poco razonable, y que se vanagloriaba por todo el pueblo de una manera indecorosa por la pareja de la hija.

Y lo décimo tercero, es cierto que el propio hijo de Katharina, Heinrich, dijo que ella montó un becerro y lo hizo marchar hacia atrás hasta que lo mató, y luego lo asó, práctica habitual entre las brujas.

Y lo décimo cuarto, es cierto que el propio hijo de Katharina, Heinrich, llamó bruja a su madre.

Y lo décimo quinto, es cierto que Katharina alentó a la joven hija de Schiftzenbastian, que la ayudaba con las tareas domésticas, a que adoptara por amante a un demonio.

Y lo décimo sexto: sí, es cierto que le dijo a la misma joven la infamia de que, si muriera, no iría ni al cielo ni al infierno, que sería lo mismo

que si muriera en el camino una bestia indefensa.

Y lo décimo séptimo, es cierto que Katharina le dijo a esa joven que sería útil ser bruja, que le daría a una poderes, que una no se quemaría la mano al tocar una olla caliente, etcétera.

Y lo décimo octavo, es cierto que Katharina le pidió al sepulturero que desenterrara la calavera de su padre para hacer de ella un molde para una copa bañada en plata, herramienta sabidamente usada por las brujas.

Y lo décimo noveno, que Katharina le lastimó el pie a la esposa de Ziegler.

Y lo vigésimo, que le lastimó la pierna al maestro de escuela Hans Beitelspacher.

Y lo vigésimo primero, que lastimó a Meyer con una bebida.

Y lo vigésimo segundo, que mató a un becerro joven.

Y lo vigésimo tercero, que montó la vaca de Michael Stahl a medianoche, que golpeó a la vaca y que la vaca murió.

Y lo vigésimo cuarto, que hirió en la pierna al carnicero Topher Frick.

Y lo vigésimo quinto, que más tarde curó la pierna de Topher Frick, y demostró así que fueron sus hechizos los que causaron la herida en primer lugar, dado que, de otro modo, no podría haber sido capaz de revertir nada.

Y lo vigésimo sexto, que dio de comer a la vaca de los Warner algo que la hizo caerse.

Y lo vigésimo séptimo, que la vaca luego sufrió.

Y lo vigésimo octavo, que atacó a dos cerdos que pertenecían a Ziegler el viejo, y que los cerdos luego murieron.

Y lo vigésimo noveno, que le dio el apretón de las brujas a la hija de los Haller, y causóle así terribles sufrimientos.

Y lo trigésimo, que la hija de los Haller informó de esto al encargado de la iglesia.

Y lo trigésimo primero, que el encargado de la iglesia escuchó y no creyó conveniente absolver a Katharina.

Y lo trigésimo segundo, que el encargado de la iglesia lo juzgó tan grave que creyó pertinente informarlo a las más altas autoridades; que el encargado de la iglesia lo juzgó así, y no yo.

Y lo trigésimo tercero, que el honorable encargado de la iglesia le suplicó al gobernador ducal Einhorn que Katharina recibiera un castigo severo para que se hiciera justicia.

Y lo trigésimo cuarto, que Katharina ofreció una copa de plata al gobernador ducal Einhorn para que diese vuelta la cara a la justicia.

Y lo trigésimo quinto, que el gobernador ducal Einhorn rechazó la mancillada copa de plata y escribió a una autoridad aún más alta.

Y lo trigésimo sexto, que Katharina entonces huyó de la justicia, pues abandonó el pueblo sin aviso, a pesar de que tenía lugar un proceso judicial en su contra.

Y lo trigésimo séptimo, que Katharina mintió a sus propios hijos acerca de sus acciones brujeriles y los convenció de que es víctima de

agravios y, de ese modo, los empujó a obstruir la justicia también a ellos, lo cual agrava sus propios crímenes.

Y lo trigésimo octavo, que, tras recibir consejo de sus ídolos paganos y dejarse enredar por el marianismo, huyó del ducado.

Y lo trigésimo noveno, si bien es cierto que sentimos gran alivio de que Katharina ya no esté en Leonberg para atormentarnos a nosotros y a otros, de todos modos debería cargar con la responsabilidad de lo que ha hecho y someterse para que se haga justicia.

Y también es cierto lo cuadragésimo, que su huida misma demuestra su culpabilidad.

Y cierto también lo cuadragésimo primero, que supimos que, en su huida, por el camino, lastimó a una muchacha de Gerbersheim que sufrió en gran medida por haberla visto.

Y lo cuadragésimo segundo, es cierto que Katharina sabía muchas historias paganas e historias de demonios.

Y lo cuadragésimo tercero, es cierto que echó a su esposo de su casa repetidas veces, sin dudas mediante brujería, y que luego él murió en la guerra, y fue muerto así por culpa de Katharina.

Y lo cuadragésimo cuarto, es responsable de la muerte de los dos hijos del sastre, e impuso una práctica supersticiosa a su mujer.

Y lo cuadragésimo quinto, que no somos solo yo y mi amada quienes sabemos lo que ha hecho Katharina, sino que lo conoce el pueblo entero, y vive sumido en el miedo.

Y por último, lo cuadragésimo sexto y cierto, que mi adorada esposa de mil amores daría mil táleros, el monto requerido a Katharina, si eso

la aliviara del dolor que excede las palabras, y que este caso no tiene por objetivo primero la compensación monetaria, aunque la compensación es justa, sino que tiene por objetivo primero la verdad y la seguridad de los leonbergueses, y que todas y cada una de las acusaciones de utilización de dinero para motivar los testimonios o alegatos no son más que nuevas y viles calumnias del tipo que, lamentablemente, hemos llegado a esperar de Frau Kepler, y ahora incluso de sus hijos.

Su humilde servidor,

Jacob Reinbold, vidriero

¿COMPRENDE QUE…

¿Comprende que, de prestar falso testimonio deliberadamente, desatará la ira de Dios en vida terrena y destinará su alma a Satán una vez acaecida su muerte?

Lo entendí en su momento y lo entiendo ahora. Soy el carnicero Topher Frick.

Como usted sabe, han surgido nuevos interrogantes y ha habido quejas por algunas contradicciones.

Quiero decir que realmente sé muy poco. Tan poco sé que a veces le pregunto a mi mujer en la cena qué pasó ya sea el día o la semana anterior. Doy mi testimonio con pureza en el corazón y con incertidumbre en la cabeza. No soy tonto. No tengo mala memoria. Los riñones son buenos para la memoria. Pero esto no tiene que ver con la memoria. Es que me concentro en mi trabajo día a día. Ahí es donde tengo la cabeza.

¿Tuvo algún conflicto con Frau Kepler después de su último testimonio?

Sé que vino a mi puesto de carnicero y que me gritó. Me menospreció. Habló de una manera en que ninguna mujer debería hablarle a ningún hombre. Yo nunca la llamé bruja, le dije. Ella me dijo viejo tonto. Yo le dije tonta más vieja. No me enorgullece haberme portado así. No creo en pelear con mujeres, ni con niños.

¿Ella lo maltrató?

Dijo que no podía esperarse nada de un hombre como yo, que talaba árboles jóvenes. ¿A qué venía eso? Como si ella nunca hubiese talado un árbol. Ni comido un animal joven. Ya sé: me llamaron aquí para preguntarme si Katharina me presionó para que cambiara mi

testimonio. No fue así. Me gritó. Claro que sí. Y también me preguntaron si daba mi testimonio por presión de Wallpurga Haller o de Úrsula Reinbold o de Jacob Reinbold. De nuevo, la respuesta es no. Yo no cedo ante las presiones; de ninguna manera. Desangro y corto músculos y hago muy buena sopa de tuétano y soy muy ordenado con mis preparaciones, y sí que sufrí por un misterioso mal que desapareció misteriosamente. Pero no flaqueé. Si hay incoherencias o confusiones, son por mis errores humanos, no por malicia ni por pecado ni por crueldad ni por codicia.

¿COMPRENDE QUE…

¿Comprende que, de prestar falso testimonio deliberadamente, desatará la ira de Dios en vida terrena y destinará su alma a Satán una vez acaecida su muerte?

Mire, incluso si la montaña de Leonberg se convirtiera en oro y me la dieran como pago, no diría ni una mentira. Ese es el tipo de persona que soy.

Por favor, indique si está de acuerdo.

Estoy de acuerdo.

Diga su nombre y edad, por favor.

Donatus Gültlinger. Cincuenta y siete.

¿Puede confirmar el relato de Úrsula Reinbold, de que la envenenó Frau Kepler?

Sí, eso es correcto.

Explíquese, por favor.

Frau Kepler me compraba quesos en el mercado. Es de las que hablan mucho. No como algunas viudas que parece como si hubieran muerto ellas. Apenas se las vuelve a ver. A lo mejor tienen a alguien que va al mercado por ellas. A lo mejor no tienen apetito. Pero Katharina no. No, no, no: ella no se quedó en su casa a morir olvidada. De aquí para allá. Detrás de Greta hasta que consiguió ese matrimonio, bastante de grande. Pregonando sus paquetitos de hierbas medicinales. Pidiendo favores por ahí. Sí, de aquí para allá como un hombre de veinte. Dicho

esto, no había visto a Katharina desde que salí del hospital.

Por favor, explique cómo se enteró de que habían envenenado a Úrsula.

A mí no me gustaba mucho hablar con Úrsula. No me gustan los que se meten en asuntos ajenos. Cada cual debería ocuparse de sus asuntos. Pero Úrsula estuvo en el hospital al mismo tiempo que yo. No pude evitar demasiado relacionarme con ella, dado que estaba atrapado en el hospital. Muy parlanchina para estar enferma, sí señor. Parlanchina y competitiva. Yo mejoraba y ella no. Ella me preguntaba y me preguntaba cómo hacía para mejorar. La pregunta me parecía ridícula. Yo no sabía cómo hacía para mejorar. Me limitaba a tratar de mejorar y mejoré. Ese es el tipo de hombre que soy.

Estamos aquí porque usted dijo que en ese período Úrsula Reinbold le dijo algo. ¿Qué fue?

Me dijo algo de que estaba enferma. Tenía dolores, y empeoraban cuando cambiaba la luna. Estábamos todos enterados. Decía que Frau Kepler le había dado una bebida, que ella había tomado un sorbo y que enseguida lo escupió. Úrsula me contó que gritó «¿Qué fue lo que me diste? ¡Esto está amargo como la hiel!». Eso fue lo que dijo. Pero yo no me meto. Hay que mantenerse lejos de los asuntos ajenos. Ella tendría que haber sabido qué tipo de mujer es Katharina y nunca haber tenido trato con ella en primer lugar. Pero una vez más, no dije nada. A veces uno paga el precio hable o no hable.

¿Pero entonces puede confirmar que a Úrsula la envenenaron?

Uno trata de mantenerse lejos de los asuntos ajenos y después se encuentra con que sigue ahí, metido en el medio.

¿Qué quiere decir?

Katharina mandó a alguien a hostigarme en mi propio puesto del mercado. Me acusó de decir cosas malas sobre ella. Yo le dije que no me molestara con estupideces. Pensé que ahí terminaría todo. La ahuyenté como a una mosca.

Si usted sabía que Katharina había envenenado a Úrsula, ¿por qué no hizo la denuncia?

¿Yo qué sabía? Lo único que sabía era lo que me había contado Úrsula. Como dije antes, trato de no meterme. A lo mejor cometí un error. Pero incluso cuando trato de no meterme, me encuentro con que estoy con el alquitrán hasta la coronilla. Después de que la ahuyenté, Frau Kepler vino y me volvió a hostigar. Ya ve que no es como las demás viudas. En el mercado, vino directamente hasta donde estaba yo; esta vez escoltada por el hijo peltrero, y me preguntó en voz muy alta si seguía diciendo mentiras sobre ella. ¡Conque mentiras! Eso fue hará un año, y la sigo oyendo por dentro en este preciso momento. Ahí mismo, enfrente de otras personas. Le dije que se metiera en sus asuntos. Le dije que yo no había dicho nada salvo lo que me había dicho Úrsula Reinbold.

Entonces cambió completamente y se volvió amable, ¿entiende? Todo muy súbito. Me tocó la mano. Suplicó. Dijo que sí que le había dado una bebida a Úrsula, pero desde la bondad de su corazón. Dijo que todo había sido un simple malentendido. Me dijo que tenía dos jarras en el alféizar. Una se había echado a perder; ella no se había dado cuenta. Había sido una simple cuestión de llevarse la jarra equivocada. Úrsula solo había tomado un sorbito mínimo y después lo había escupido. Estaba segura de que no le había causado ningún dolor; no podía ser. ¡Era vinagre, nada más! A Katharina le temblaba la mano mientras me hablaba. Me dio lástima. Así es como lo convencen a uno: lo hacen tenerles lástima.

AUNQUE GRETA ME LEÍA…

Aunque Greta me leía cartas de Christoph y de Hans sobre el juicio, las fechas que cambiaban, las especulaciones sobre los adversarios, sobre los amigos… yo no prestaba demasiada atención. Esperar es un deporte difícil. Escuché solamente las cartas escritas por ti, Simon, e incluso de esas, solo las partes que hablaban de Manzanilla. También del estado de mis plantas de jengibre. Que hayas quitado tiempo de tus obligaciones para venir de visita hasta aquí, a Heumaden, para ayudarme a escribir lo que me pasó y para poner en claro mis pensamientos antes de testificar… de nuevo, estoy muy agradecida.

He descubierto que aprendí mucho en las misas de la iglesia del pastor Jüngel, en Sillenbuch.

El pastor Jüngel era un hombre bajo y hosco de barba angosta y orejas más grandes de lo habitual. Llevaba un jubón entallado y una cruz también más grande de lo habitual que casi parecía un arma. Tenía una vocecita débil. Yo lo observaba desde mi asiento de la tercera fila de bancos, en la punta, cerca de unas pastoras que tejían.

—Que nuestro mundo está en decadencia no es una verdad oculta —chirriaba la voz de Jüngel—. Nunca tuvimos tan pocos peces. Las piedras y el hierro se han vuelto menos sólidos. Los árboles son más bajos. El cielo es menos azul. En vez de azul, vira al color de un vientre de asno. La sangre de nuestros jóvenes corre por los ríos. El anticristo papista va tras nosotros. Nuestras mujeres…

Jüngel tenía un reloj de arena en el púlpito, pero probablemente las opiniones variasen en cuanto a si era para asegurarse de no extenderse demasiado o para asegurarse de hablar el tiempo necesario.

—No obstante, la maldad del hombre está en constante crecimiento. El hombre ha hecho de la Tierra una prisión fétida y turbia…

Por la ventana de la iglesia se veía un árbol de magnolias en flor y también un campo de nabos.

—Los augurios de males van en aumento y adoptan muchas formas. Si no logramos reconocerlos, sufriremos. Si no limpiamos a fondo el mal de nuestras comunidades, más atraeremos el mal.

Cuando una vez empezó a hablar de los cometas (ese año ya habían pasado tres), captó por fin mi atención. Los cometas no presagiaban nada bueno, dijo. Habló de un rey inglés al que llamó Edgar el Pacífico. O a lo mejor Edward el Pacífico. En el pasado, un cometa había anunciado la muerte de ese tal Edelquesea el Pacífico. Después, el pastor Jüngel habló del año 1000 y de un cometa de esa época que había sido el heraldo de una invasión y de la pérdida de las cosechas.

Miré el reloj de arena de Jüngel y me pregunté cómo iba a hacer para volver de cientos de años atrás al presente con los pocos granos de arena que le quedaban. ¡A lo mejor no llegaba! Lo observé jugar la carrera contra las arenas.

Resultó que los cometas eran casi tan comunes como las manzanas. Uno trajo un terremoto. Uno precedió unos volcanes. Otro anunció el asesinato de Julio César. No sé: podía ser que Jüngel estuviese inventando todo, pero ¿cómo lo íbamos a saber? Hans me dijo una vez que los cometas espiraban su propia cola. Me hablaba tan poco de su trabajo, era tan cauto con todo aquello, que dudé en arruinar el momento con una pregunta. No entendí a qué se podía estar refiriendo.

Tengo que decir que Jüngel era uno de los que parecían creer en lo que decían. Si mentía, no era a propósito. Al final, encontró el momento para hablar de los cometas que habíamos visto durante nuestras vidas. ¿Qué querían decir?

Pero yo había estado cabeceando, y volví a despertarme recién cuando un congregante que tenía al lado me tocó la rodilla e indicó que era el momento de la comunión.

Qué vacía se había vuelto mi vida. Ni siquiera sabía por qué trataba de aferrarme a ella.

Un preparador de heno tuvo la gentileza de llevarme en su carreta de regreso a Heumaden.

Preparé un lugarcito abajo para hilar y comer con los animales, para

mantenerme fuera del paso del pastor Binder. Me ocupaba de los animales, sí. Además, no quería aparecer durante la comida que se servía arriba. Greta me bajó una sopa de zanahoria y cebolla que compartimos las dos, entre los animales.

—Estoy tan contenta de que estés aquí conmigo, mamá… —dijo con valentía—. Pronto las cosas van a cambiar para mejor —dijo—. Tuvimos tres inviernos malos uno detrás de otro. Quiere decir que ya cumplimos. Dios no nos va a dar otra estación como esas.

—¿Así funciona? No me había enterado —dije yo.

—Me encanta la sopa, sea en invierno o en primavera; siempre la disfruto —dijo ella.

—Es muy rica —dije yo. Quería decir que estaba agradecida pero no pude. No en ese momento—. ¿Qué piensas del trío de cometas?

Greta tomó un poco más de sopa antes de contestar.

—Lutero dijo que, incluso si la Tierra llegase mañana a su fin, él igual plantaría su árbol. He estado pensando en eso.

—¿De dónde sacaste tanta inteligencia? —le pregunté.

Dijo que la había sacado de mí.

Pensé bastante en esa respuesta. Lo triste fue que pronto me tocó pensar en lo feliz que debería haber sido (y que era en ese momento) por el lujo de comer en el establo. Lo que recuerdo es que entonces el pastor Binder nos llamó desde la parte de arriba de las escaleras. Me dijo que no tuviera miedo porque, si era inocente, una ejecución me permitiría escapar rápido a un mundo mejor. Nadie nos puede garantizar justicia en este mundo, dijo, pero sí en el otro. Después dijo: Greta, no se trata solo de tu madre. Si la ejecutan, por lo menos va a estar con Dios, pero ¿y nosotros?

FUE MÁS O MENOS POR ENTONCES…

Fue más o menos por entonces que traté de renunciar. Todos creían que era el representante de Katharina. Casi su abogado. Yo nunca fui nada de eso. Sencillamente, era un vecino que sabía leer y escribir. Y ya ni siquiera era su vecino. Le había hecho una visita cuando acababa de mudarse a la casa de Greta en Heumaden, como hacen los buenos amigos, y fue en ese entonces que reunimos y armamos sus notas. Ella ya había pasado bastante tiempo fuera del pueblo. Yo ayudaba con los mandados como me indicaban sus hijos. Le mandaba cartas para ponerla al tanto de lo que pasaba. Era una cortesía que se tiene con cualquiera. Hay que ser leal con todos, no solo con los santos.

Puede llegar a parecer que fueron los incidentes con Anna y su pretendiente los que me hicieron querer cortar los lazos visibles con Katharina. También podría llegar a parecer que cortaba lazos con Katharina en su momento de más vulnerabilidad, o en uno de sus momentos de más vulnerabilidad. Las apariencias engañan. El verdadero motivo era sencillo. Estaba viejo. Sigo estando viejo. Y cada día más viejo. Y cada día más cansado. Katharina no estaba sola. No tenía un solo hijo que la cuidara, sino tres. Estaba tres veces bendita. ¿Para qué me necesitaba?

Así que un día en que, por casualidad, recibí otra cancelación más de un pedido de monturas, decidí comprometerme a ir hasta la casa de Greta. Durante un tiempo, no había visto ni oído nada de Katharina. Quería pasar a saludar. Quería ver cómo estaba. Y también quería anunciar y explicar mi decisión.

Como iba a estar fuera todo el día, o quizá dos días, no quise que Anna se preocupara.

—Vengo necesitando una buena caminata —dije—. Quizá duerma fuera esta noche.

Anna estaba lavando de una manera ostentosa, restregando y

salpicando mucho, pero creo que me oyó. Dejé una nota en la que le pedía que por favor se ocupara de Manzanilla, aunque fuese en la oscuridad de la noche.

Como necesitaba una hogaza de pan para la excursión, me detuve en la panadería que me quedaba más cómoda. Que, por casualidad, resultó ser la panadería de Zoft. Yo no había ido allí a ver a Rosina Zoft, la tía del problemático Alexander. Fue una coincidencia, no la providencia. Casi ni me percaté de la presencia de Rosina. Tenía la cabeza en otro lado. Estaba en la fila leyendo una carta que le había mandado Alexander a Anna. Me había llevado la carta por accidente; había pensado que era un recibo o un pedido. Los jóvenes son muy estúpidos. Traté de no leer la carta entera. Pero era extrañamente atrapante. Como todas las malas decisiones. De repente, estaba en el mostrador de la panadería pero seguía compenetrado con esa carta estúpida de Alexander. Sin levantar la vista, pedí una hogaza de escanda. Extendí las monedas sin mirar a nadie a los ojos. Menciono la mirada porque justamente de mis ojos era de lo que estaban hablando en ese momento.

—Los ojos muy rojos, Simon.

Ahí estaba Rosina Zoft.

Doblé la carta e hice todo lo posible por lanzar una risa alegre.

—Espero que no hayas estado tomando remedios que hacen mal —dijo ella.

Todavía no me había dado la hogaza de escanda, aunque me había aceptado las monedas.

—De tu vecina, ya sabes —dijo.

—¿De mi vecina? —dije. Me comporté como si pudiera estar refiriéndose a cualquiera de mis muchas vecinas, ¿y por qué no?

—Me siento mal por ti —dijo.

Yo dije que hacía bastante que no veía a Katharina. Cosa que era cierta. Según lo que uno quiera decir con «bastante».

—No deberías tener miedo, Simon —dijo.

Se me pusieron coloradas las mejillas, como a un chico.

—Mi hija, Anna; ¿la conoces, Rosina?

Rosina no dijo nada.

—Les tiene mucho cariño, sabes, y adoración, y valora mucho y tiene en tan buen concepto a… a tus tartas de manzana. ¿Crees que van a entrar pronto? ¿Volverán las tartas?

Rosina empujó la hogaza de escanda sobre el mostrador.

—Supongo que volverán, Simon. Creo que hay grandes probabilidades. Si vuelves a venir.

Un joven con calzas me estaba pidiendo que me apurase de una vez, y me fui.

Temblaba en medio del día radiante de verano, mientras me dirigía hacia el norte, a casa de Greta. No me detuve a hablar con nadie que se me cruzara. Me limité a asentir con la cabeza, distraído. Los hombres salen a caminar todo el tiempo sin que otros tengan idea de a qué sitios van. Los castaños estaban en flor; sus flores espigadas parecían centinelas, pero ¿qué me importaba? Pobre Anna. Qué carta más triste y necia y pusilánime había recibido de Alexander. Yo no había hecho más que ser poco exigente como vecino, como padre y como amigo. No era ningún juez. No era ningún pastor. ¿Por qué Alexander juzgaba a los demás como si él lo fuera? ¿Por qué se querían casar las mujeres, en primer lugar? Yo podía mantener a Anna. Las primeras siete mociones planteadas en la última reunión del gremio a la que había asistido habían consistido en pedirles a distintos miembros que les pegaran menos a sus mujeres o que gastaran menos dinero en bebida. Sentí como si mis piernas estuviesen hechas de suero. Tiré a un costado del camino el pan de escanda de la panadería de Rosina Zoft para que se dieran un festín los conejos y los ratones. Los conejos y ratones que, a su vez, tendrían mejor sabor para que se dieran un festín los lobos y linces y búhos. Anna tenía una sonrisa muy fácil cuando era chica. Despreocupada como un girasol. Al no hacer prácticamente nada, hago mucho mal.

El sendero se embarraba cada vez más. Pasé junto a las praderas y vi caballos, y vacas del color de la miel, y arroyos y filas de trigo escardadas y ordenadas, y la abrumadora pulcritud del desdén mezquino que tienen los hombres hacia el bosque. Pasé junto a saúcos y grosellas y zarzamoras. ¿Katharina me llamaría traidor? ¿Cobarde? ¿No diría nada y me daría la espalda? A lo mejor se reiría y entendería.

Ya avanzada la tarde, cuando llegué a la casa del pastor Binder y de Greta, vacilé. Otra vez estaba nervioso. Con un nuevo tipo de nervios. De pronto sentí que había algo incorrecto. Había un arbusto de acebo lleno de hojas, todavía verdes y lustrosas. Había una pluma de gallina entre las ramas. No oí ninguna voz, ningún movimiento. Me acerqué a la modesta casa amarilla. La puerta de entrada estaba entreabierta.

Por dentro, la casa parecía fresca y abandonada. Había una jarra de mermelada dada vuelta. Un caos de huellas de botas sucias que iban para un lado y para el otro. Vi un chal de encaje desgarrado en el piso. Había dos cuencos rosados y rotos, junto a la ventana. Era como si por la casa hubieran pasado osos, o soldados, o las dos cosas.

—¿Hola?

Los pasos de mis botas sonaban fuerte. Traté de recorrer la casa con paso más suave.

—Qué cacareo que hubo, ¿eh? —dijo una voz.

Naturalmente, me sobresalté.

La voz venía de fuera de la casa, no del interior. Me di vuelta y vi a un hombre bajo pero limpio. Parecía rondar los cincuenta. Llevaba unos pantalones de trabajo sencillos y una chaqueta de soldado reformada. Debajo de un brazo tenía un ganso y, en la otra mano, una gorra.

—¿Usted es amigo de los jóvenes o de la vieja?

—¿Usted quién es?

—Yo no estaba haciendo nada —dijo—. Nada, nada. Salí temprano para llevar mis gansos por el mercado. Dos se asustaron y se escaparon por culpa del barullo. Me pasé casi todo el día afuera,

buscándolos. Pero supongo que, cuando pregunten si alguien vio lo que pasó, ese seré yo; yo lo vi. No es algo que se vea todos los días. Estuvo mal que se llevaran a la señora mayor desnuda como un recién nacido, sabe. No había por qué hacer eso.

—No sé qué pasó —admití sin vueltas.

Fue entonces cuando me enteré de los hechos que se habían adelantado a mis míseros planes. El hombre parecía más que satisfecho de ser el mensajero de una historia:

—Había un tipo, todo bien vestido, con cuello de piel y capa verde; ese era el que dirigía todo. No era un tipo que yo conociera. Se sentó lo más campante en el porche y se puso a comer una manzana. Fue muy maleducado e insensible que comiera en un momento así, si me pregunta a mí. Con todos los llantos femeninos y los gritos que había alrededor. Mientras tanto, él ahí, dele y dele masticar; después escupe las semillas. Hay como seis tipos grandotes con él. Yo no sabía qué pasaba, pero me dio curiosidad, por supuesto, como le pasaría a cualquier ser humano, ¿no? Con tantos gritos, pensé que eran soldados, pero no entendí por qué no habían ido a una de las casas más finas si lo que buscaban eran provisiones. Con todo lo que se dice sobre los hombres de Wallenstein, empiezo a pensar que estoy a punto de verlos por todos lados. Pero no eran soldados. Buscaban a la madre, entiende; de eso se trataba. La madre de la esposa del pastor. Corría el rumor de que era bruja. Aunque es muy difícil saber con esas cosas.

—¿La encontraron? —pregunté.

—Ya le conté: la llevaron desnuda como el día del nacimiento. Fue justo cuando salió el sol, ¿entiende? Alguien me contó que estaba escondida en un baúl lleno de ropa de cama. La sacaron como si fuera un pavo atrapado. Bruja o no bruja, me pareció triste, lo reconozco, pero no diga que lo dije yo. Pensé en mi propia querida madre. Aunque los grandotes… esos se reían y sonreían. Supongo que para los muchachos es una aventura. Un caso especial, ¿me entiende? También puedo entenderlo del lado de ellos.

—¿Y el pastor? —pregunté—. ¿Ayudó en algo?

—Ah, se escapó a la iglesia como un cobarde —dijo—. No se podía parar ni de un lado ni del otro. No quiso ayudar, no señor. Pero

tampoco quiso no ayudar, ¿me entiende? No intervino, pero tampoco se lo puede acusar de no haber intervenido. Se cuidó su propio culo; esa fue mi impresión.

El hombre era un provinciano que no entendía nada. Se rascó la cabeza. Sacó un par de bizcochitos del bolso y me ofreció uno. Dijo que me veía cara de cansado.

No quise el bizcochito.

—La vergüenza más grande le cabe al pastor; así lo veo yo.

Se creía todo un filósofo, ahí, con aquel ganso bajo el brazo.

—¿Qué supone que tendría que haber hecho el pastor?

—Como lo veo yo, el hombre tendría que haberle mostrado a su mujer que le era leal. O haberle mostrado al tipo del cuello de piel que le era leal a él, si eso era lo correcto. Hay que ponerse del lado de alguien. Eso digo yo.

Lo que habría hecho el hombre del ganso hubiese sido mordisquear un bizcocho y parlotear sin parar sobre el incidente ante quienquiera que se le cruzase por el camino; esa fue mi impresión.

—¿Y Greta? —pregunté.

—¿Quién?

—La joven. Estoy seguro de que sabía qué hacer.

—¿Usted es algo de la esposa del pastor?

—No exactamente —dije.

—¿Es amigo de la familia?

—No diría amigo —dije.

—Un hombre misterioso, entonces —dijo con una risita—. Así que, a lo mejor, un cobrador de deudas.

—¿Ahora dónde están? La madre y la hija. —Me sentí débil y flojo.

—Si me pregunta dónde está una oveja, diría que en el prado. El pez está en el arroyo, si no es que está en el plato de alguien.

—¿Sabe dónde están, sí o no?

—Cálmese, viejo. Estoy seguro de que la joven está en la cárcel tratando de resolver la situación de la madre —dijo—. Esos serían mis cálculos. Eso sería sentido común.

ILUSTRE, NOBLE Y MISERICORDIOSO…

Leonberg, 5 de noviembre de 1620

Ilustre, noble y misericordioso Príncipe y Señor, Duque de Wurtemberg:

Humildemente presento mi servicio ante Su Alteza Serenísima.

Clemente Príncipe y Señor, no querría yo perturbar más aún a Su Alteza Serenísima; no obstante, la ofensa sufrida por mi madre encarcelada y por sus tres hijos, todos ellos diligentes súbditos de Su Alteza Serenísima, ha llegado a tal punto que tememos que pronto perezca ante nuestros ojos. Bajo ningún concepto suponemos que Su Alteza Serenísima encuentre placer en esta calamidad, sino que, como verdadero padre de sus súbditos, confiamos en que nos ayudará a atravesarla.

Mi madre, en sus setenta y cuatro años de vida, nunca ha tenido conflictos con la ley, y, sin embargo, ha pasado estos últimos cuatro meses en prisión, rota en cuerpo y alma, soportando tormentos sin haber sido siquiera condenada. En el transcurso, agrava su dolor el hecho de que sus supuestas fechorías no han sido analizadas adecuadamente, y ella no ha cometido ni la más mínima ofensa.

Y, sin embargo, mayor amenaza todavía constituyen los dos guardias que han sido puestos a cargo de vigilar a mi madre. Esos hombres, cargados de deudas, solo conspiran para extender sus contratos cuanto les sea posible y por los medios más bajos. Interpretan los despojos de frases pronunciadas por una vieja desanimada por sus muchas tribulaciones como algo vil, de modo tal que quede bajo más sospecha que nunca.

Mientras tanto, esos guardias derrochadores e innecesarios queman leña en vez de dormir junto al horno, lo cual tanto le cuesta a mi

madre que, en pocas semanas, no quedará nada de su fortuna. Ya ahora, con el fin de obtener fondos para su manutención, las autoridades de Leonberg le han confiscado sus tierras y las han vendido, lo cual ha provocado una inoportuna disputa entre nosotros, los hermanos. Mi hermano me juzga responsable, como si mi llegada fuese la única razón detrás de los largos aplazamientos y gastos exorbitantes, que posiblemente pronto lo dejen en la pobreza total a él también.

Yo mismo he apelado a Dios en el cielo, dado que tuve que dejar rezagada a mi pobre esposa, cerca de Ratisbona, sin medios para seguir adelante, a cargo de sus hijastros y en avanzado estado de gravidez. Dado que carezco de crédito en este país, pronto habré de volver deshonrado, con las manos vacías y con el corazón roto.

Sin embargo, clemente Príncipe y Señor, tras una detenida lectura del alegato de apertura y tras tomar conocimiento del procesamiento de mi madre por parte del Consejo real, no rehuí más que de los considerables gastos derivados de un proceso legal. En efecto, sometí al entendimiento de Su Alteza Serenísima si era en verdad el caso o no que nuestra porfiada adversaria actuaba con malicia y por fuera de la ley al trastocar la piedad de Dios en impiadosa persecución de nuestra querida madre, motivada por el deseo de dejarla en la ruina.

Mi madre cree que el proceso legal concluirá en el tiempo estipulado. Espera que la liberen de su reclusión para continuar su vida como ciudadana de Leonberg, tal como hiciera hasta que este terrible juicio la despojara de sus derechos. Ella cree que nuestro buen nombre se verá restablecido. En vistas a dicho fin, no he estado solo en mis humildes plegarias ni en mis súplicas a Su Alteza Serenísima, príncipe natural y procurador de la tierra, a quien alabo por sus múltiples gracias, cuya clemencia es extraordinaria dentro y fuera del imperio.

Pero sin embargo, si la acusadora de mi madre continúa con su sed de sangre y bienes, entonces, por sumisión a Su Alteza Serenísima, únicamente ruego que dispensen a mi madre de esos injustos desembolsos y le proporcionen una habitación cálida y adecuada, dada su inquebrantable inocencia.

Por último, si estas recomendaciones fuesen en vano (aunque muchas veces he rezado por el favor de Dios) y tanto nuestra madre como sus

hijos nos viésemos obligados a aguardar sin exención alguna un juicio prolongado que habrá de culminar sin ninguna duda en nuestra ruina financiera, sin esperanzas de apelar para que se declare inocente a nuestra madre, entonces solicitamos humildemente una vez más que Su Alteza Serenísima condescienda a interceder y despida a los dos guardias a cargo, a quienes podría reemplazar un solo hombre honesto y de buen corazón, ya fuese ciudadano o campesino.

Dicha decisión garantizaría que el castigo no fuese desproporcionado ni que fuese costeado por los hijos inocentes, para quienes dichos costos, innecesarios y exorbitantes, equivalen a un daño ruinoso.

Mi vulnerable madre y sus hijos, humilde y mansamente, solicitamos la piadosa mediación de Su Alteza Serenísima.

Sumisa y obedientemente,

Johannes Kepler

GRETA, ME HABÍA ACOSTUMBRADO TANTO A SIMON…

Greta, me había acostumbrado tanto a Simon… A lo mejor porque no es miembro de la familia. Pero claro que no es fácil para él venir a visitarme aquí, a la cárcel. ¿Está más viejo? Dale mis recuerdos cuando lo veas, por favor. Y pide noticias sobre cómo lo sobrelleva Manzanilla. Con Simon las cosas empezaron el año pasado, cuando vino de visita a Heumaden y me ayudó a escribir lo que ya había ocurrido. Yo quería tener por escrito un registro más fiel que el del tribunal. Quería no estar confundida ni poco preparada cuando por fin tuviera la oportunidad de dar mi testimonio. Además, pensaba en ti y en tus hermanos. Si me condenan, ¿no deberían tener ustedes algún registro que muestre que lo contrario de lo que se daba por cierto era cierto realmente? Simon tiene esos papeles. Yo le pedí que los guardase en Leonberg. A lo mejor estoy soñando y los papeles de una vieja no los puedan ayudar cuando yo no esté. También quería escribir algo sobre el espíritu de Maruschl. Si tienes una hija, Greta, deberías tener en cuenta el nombre Maruschl. Gracias, Greta, por escribir estas palabras por mí.

Me mantengo al margen de las investigaciones científicas de tu hermano, pero logré que Susanna me explicara algo de lo que está haciendo. El recorrido de los planetas por el cielo (que para nosotros, desde la Tierra, parece caótico); Hans cree que se desplazan según un orden profundo. Me suena como el sueño de una campesina de casarse con un príncipe. Aunque las abejas saben hacer miel, que ya es algo insondable de por sí. Creo que lo van a reivindicar, y creo que a mí me van a reivindicar.

Déjame probar una vez contigo, Greta, ya que los acontecimientos todavía no llegaron a su fin y quedan cosas por relatar, incluso si lo escrito termina por documentar un préstamo que nadie va a devolver. No quiero entristecerte. No le veo sentido a hacerte llorar, así que no hablemos demasiado de la cárcel. Algunos huevos, un poco de apio, si puedes arreglártelas y seguir trayéndome comida decente. Y jengibre, por favor. Greta, tienes una letra hermosa. Me dijeron muchas veces lo

buena alumna que eras. Y que eras muy linda, y buena. No te lo conté porque no quería que te distrajeras con tus capacidades. Siempre te rebajé un poquito. Me gusta pensar que eso te ayudó.

Me alegra oír que Christoph sigue ayudando a entrenar a la milicia de Leonberg, porque pienso que lo va a hacer ascender en el pueblo, incluso si todo el mundo dice que su madre es bruja. El pueblo ahora lo necesita. Aunque suena como si trabajara de arrear gallinas, y no me gustaría ver a ninguno de esos hombres con un mosquete en la mano. La mayoría de esos hombres no puede dispararle ni a un faisán muerto. Espero que el Concejo le pague el trabajo a Christoph como corresponde. Si no estuviera manchado por mi reputación, creo que podría llegar a concejal. A lo mejor todavía puede.

Como ya sabes, primero me retuvieron en la torre para ladronas de Stuttgart, a donde me acompañaste en esas circunstancias tan terribles. Entiendo por qué tú y Christoph suplicaron en el tribunal de Leonberg para que me transfirieran aquí, a la cárcel de Güglingen. Les debió haber sonado terrible que encerrasen a su madre con las ladronas. Aquí en Güglingen me tienen presa sola. Que me hayan puesto en este lugar improvisado e irregular, frente al cuartel del alcaide, trajo sus problemas. No quiero ser desagradecida por todo el trabajo que hicieron para que me transfirieran. Todavía no entiendo, Greta, por qué me detuvieron antes de que terminara el juicio. Sé que había habido protestas y reclamos para que me detuvieran desde que me crucé con la chica de los Haller, pero me dijeron que habían suspendido la primera orden de detención y que me habían prometido que quedaría suspendida hasta que hubiera un veredicto. ¿Ya está fijada la fecha para mi declaración? ¿Crees que van a mantenerse firmes con la fecha o que se van a volver a echar atrás?

Te voy a contar de alguien con quien compartí la celda en la torre para ladronas de Stuttgart. Tenía la mitad de mi edad. Había trabajado quince años en un hospital. Estaba presa por robar del hospital. Se había llevado: una sartén de cobre; un par de medias de lana para chicos, en desuso; algunos broches para colgar ropa y tres vasos altos con los bordes astillados. Con esa miscelánea, había querido hacer una dote. Una de las condiciones que le habían planteado para darle el trabajo de casera en el hospital había sido que se comprometiera a no casarse nunca. Ella había dado su palabra. Después conoció a un carpintero empleado. Él le contó historias sobre

los italianos del norte y de sus aceites y de la comodidad de sus días de ayuno (tenían permitido comer manteca). El carpintero le llevó un pañuelo bordado. Tenía una cicatriz grande que iba desde la mejilla izquierda hasta la oreja. La mujer creía que la cicatriz había sido la manera en que Dios había salvado al hombre para ella. En cambio, se encontró presa por la humilde dote que había armado con basura.

Otra mujer era esposa de un funcionario de salinas. Por instrucciones del marido, había cambiado sal por grasa. Eso no estaba permitido pero, a la vez, era la única manera en que podía sobrevivir su familia. Dijo que, si pudiera cambiar algo del pasado, habría vuelto a intercambiar sal por grasa a pesar de todo, pero solo habría tratado con gitanos, que sabían cómo hacer para que no los atraparan por esas cosas y que nunca les daban nombres a los agentes, que eran demasiado inteligentes para que les pasara eso. Que digan lo que quieran de los gitanos, decía, pero ella, por su parte, pensaba que eran gente de lo más capaz. La esposa del funcionario de las salinas me contó que había sido bendecida con nueve hijos; sabía que Dios se apiadaría de ella. Me cayó bien por lo menos la mitad de las mujeres a las que conocí en la torre de las ladronas. ¿Anotaste eso? Hasta una vieja sigue aprendiendo del mundo.

Sé que ahora tienes que viajar más para visitarme aquí en Güglingen en vez de Stuttgart. Te compadezco por el viaje largo. No vengas mucho. ¿Los hijos de tu hermano Heinrich ahora están contigo? No me puedo imaginar su casa cerca de Praga tan manchada de sangre como dices. Creí que esas historias eran exageraciones fantasiosas cuando las oí. Como esos dibujos que hacen los chicos, de soldados que se atraviesan con lanzas unos a otros y la sangre les sale en arcos casi alegres. La esposa del funcionario de salinas me contó que en Praga tiraban a los hombres por la ventana pero dijo que se levantaban, se sacudían el polvo y se iban caminando, ¿y qué problema había con eso? Lo que no sabe la muchachita de la parroquia de tu marido, demasiado joven para saber, es que la sangre y la hambruna son abedules, y crecen en cualquier lugar donde haya agua.

Aquí, primero me mantuvieron en un lugar que quedaba frente a la residencia del funcionario principal, pero el hombre se quejó: dijo que la situación era inapropiada porque tenía hijos, y sus hijos me tenían miedo. Por eso después me trasladaron a este lugar, pero aquí los

gastos de guardia son más altos. Y como no hay celda para evitar que me escape, me encuentras en este estado, encadenada a la pared. El grillete no es lo pesado: la carga es la cadena. Es por culpa de la cadena que el grillete me atravesó la media.

Yo no difamo a gerbos y murciélagos. Los guardias son lo que son. ¿Los oyes a los dos discutir y tomar sopa en la habitación de al lado? Están encantados de tener un trabajo fácil. Pero también los tiene aburridos. El aburrimiento los hace complotar. Serían mejores personas si estuvieran cargando y descargando carretas. Yo soy siempre cortés con ellos, Greta. Tienes razón en que tenemos que ver lo bueno en los demás, por lo menos en los que tienen poder sobre nosotros y se enojan si los vemos de otra manera.

Hogg es el joven y flaco y tonto. Lorenz es el gordo, y el más viejo y, a su manera, inteligente. «No trate de usar ninguno de sus trucos conmigo», dijo Lorenz cuando nos conocimos. «Soy como un conejo: siempre que duermo, solo la mitad de mí descansa. Soy como un conejo pero también como un lobo, y, si me ataca, se va a enterar de lo largos que tengo los colmillos». Lorenz es un tarado que se da aires y tiembla de miedo por una vieja escuálida; eso digo. Pero un tarado que se da aires del que dependo para que me traiga galletas.

Hogg dijo: «Te cubro, Lorenz. Estoy aquí contigo. No estás solo». También muy cobarde.

La verdad, estos guardias son demasiado estúpidos como para tenerles miedo.

Si puedes traerles mermelada, un huevo duro, algo, cuando vengas, entonces es más probable que te dejen traerme algo a mí. Ni siquiera me dejan tener un cuchillito sin filo, algo que me sirva para cortar la comida. Sé que Einhorn mandó a vender mis campos y mi casa para cubrir los gastos. Eso va a llevar tiempo. Es triste, Greta, pero no voy a llorar por eso: solo asegúrate de que Manzanilla esté en buenas manos.

¿COMPRENDE QUE…

¿Comprende que, de prestar falso testimonio deliberadamente, desatará la ira de Dios en vida terrena y destinará su alma a Satán una vez acaecida su muerte?

Me parece bien y correcto, señor; sí, y estoy acostumbrado a la seriedad de escenarios como este.

Su nombre y ocupación y edad.

Lorenz Bausch, cincuenta y uno. Tuve muchos cargos. En la actualidad, trabajo como guardia en la cárcel de Güglingen. Hice todos los esfuerzos posibles, y grandes y varios sacrificios para llegar a horario y estar presente y cumplir con mi deber hasta la perfección en mi servicio como guardia. Les he pedido un poco de su tiempo, que sé que es muy valioso, y estoy muy agradecido y les guardo la más alta reverencia y todo. Sí, ya empiezo. La acusada es mucho más peligrosa de lo que podrían imaginarse por su aspecto. Por más que nosotros seamos dos, tengo que apelar a todo mi coraje, por más que haya servido con nobleza en varias batallas, incluso entre los turcos y aunque entre los otros hombres me hayan considerado un verdadero héroe; este trabajo es difícil pero también gratificante. Lo que digo es que puede que ella parezca débil, pero muerde; ¿me entiende lo que le quiero decir?

¿En qué sentido es Frau Kepler una prisionera difícil?

Sí, le puedo dar algunos ejemplos. Estaba ahí suplicando e implorando; decía que necesitaba un cuchillo para comer la comida; decía que no era más que una viejita débil, y que estaba limitada y encadenada; toda la pantomima del perrito mojado. Yo mismo caí prisionero cuando era soldado y nunca me quejé, ni una vez, y le puedo asegurar que las condiciones no eran así de lujosas. Ella me suplicaba que le diera el cuchillo porque decía que sin cuchillo no

podía cortar la comida en trozos más chicos, que le costaba masticar, que así no funcionaba la cuestión. Yo me compadecí, pero no le iba a dar un cuchillo. No soy el tonto del pueblo. A eso quiero llegar: después salí un momento, por una reunión con el supervisor, y volví a entrar y ahí estaba ella, ¡comiendo la comida con un cuchillo! Le puedo asegurar, por mi dignidad y mi honor como guardia experimentado en situaciones extremas, que antes no tenía cuchillo. Así que ese es el tipo de magia negra a la que nos enfrentábamos como guardias. Y a la que nos seguimos enfrentando.

¿Frau Kepler todavía tiene el cuchillo?

Le sacamos el cuchillo. Ella nos degradó con nombres que no voy a mencionar. Por supuesto, a mi esposa le preocupa que yo trabaje de esto.

Ha habido quejas sobre la cantidad de leña que queman usted y su compañero.

Lo que se dice de que quemamos leña en exceso, le juro por todo lo que es bueno y correcto que no es verdad. Es un rumor malicioso e infundado. Ha hecho frío y va a hacer más todavía. Venimos siendo muy parsimoniosos con la leña. Lo mínimo indispensable. Ahora, si la prisionera tiene o no tiene los medios para solventar el costo de un servicio de guardia adecuado es algo que debe resolver un juez o un consejo; ese es mi humilde entender. No es culpa de nosotros si Frau Kepler no tomó suficientes recaudos para cuidarse en la vejez.

¿Hay algo más que quiera compartir con el tribunal?

Sí, hubo un aspecto más de la prisionera y de la dificultad del trabajo sobre el cual, humildemente, quisiera llamar la atención de señores como usted y también la de quienesquiera podrían llegar a tener interés. La prisionera… dice muchas herejías. Habla de no vivir distinto de un animal, o peor que un animal. Dice que no le importa vivir o morir y ese tipo de cosas. Era muy desmoralizante, se lo aseguro. Es un peso adicional que cargo, el de oír las herejías que dice.

Gracias por su tiempo y por sus servicios.

Ah, y pensé que iba a haber un pago adicional. Por cargar con todo lo que cargo. Y por comunicar la información tan útil que comunico. Muy curioso, no recibir recompensa.

AL ESTIMADO GOBERNADOR DUCAL LUKAS EINHORN…

Leonberg, 15 de diciembre de 1620

Al estimado gobernador ducal Lukas Einhorn, así como a sus valiosos asistentes y también a quienesquiera sean designados para decidir sobre lo concerniente al provechoso y atinado encarcelamiento de la peligrosa y malvada Frau Kepler.

Les escribo en primer lugar para agradecerles por su diligente y recto y valeroso trabajo de proteger la seguridad y el bien públicos, y en especial, por proteger a los niños al hacer efectivo el aislamiento de una mujer peligrosa.

Ahora ruego a ustedes tengan a bien efectuar un cambio en las condiciones de detención de la rea.

Los costos del encarcelamiento de Katharina Kepler se pagan actualmente con las ganancias obtenidas mediante la venta de sus bienes. Esto es justo y bueno, y nos congratulamos del sabio proceder mediante el cual fue enviada a prisión donde mejor han creído conveniente. Escribimos únicamente porque deseamos llamar su atención sobre algo que ustedes saben ya: concretamente, que la compensación económica para las víctimas de esta peligrosa mujer ha de pagarse con los mismos ingresos finitos obtenidos de la venta de sus bienes.

Actualmente hay dos guardias que vigilan a Katharina en todo momento, y ella además se encuentra encadenada a una pared por el tobillo, y, aunque coincidimos en que la mujer es un peligro y lo afirmamos, argüimos también que pagar dos guardias día y noche no solo es superfluo, sino que vaciará las arcas, lo cual volverá imposible la adecuada compensación a las víctimas.

Asimismo, dichos guardias incurren en gastos livianamente con la

compra y la quema de enormes cantidades de leña. Las cuentas están por encima de lo que hayamos visto u oído jamás, ni siquiera en el peor de los inviernos. Tal vez los dos guardias se provoquen el uno al otro para quemar más y más leña. Tal vez se queden con una parte del dinero. No lo sabemos. Pero si se les permite seguir gastando de este modo, no quedará nada. Con el interés de hacer justicia, y por esa razón por encima de todo, solicitamos humildemente que se detenga el drenaje de fondos que tendrían por destino más apropiado a las víctimas. Frau Kepler es una mujer vieja y débil. Un guardia bastará. Al único guardia se le puede proporcionar una manta de montar. También se le pueden asignar tareas secundarias, dado que, repetimos, Frau Kepler está asegurada a la pared. Incluso la familia Kepler, con quienes seguimos en serio conflicto, coincide con nosotros en estos puntos.

Sus agradecidos y humildes servidores que les imploran,

Úrsula y Jacob Reinbold, ciudadanos de Leonberg

NO SÉ QUÉ DÍA DE LA SEMANA ERA…

No sé qué día de la semana era, Greta. Había perdido la cuenta. Pero fuera el día que fuera, Lorenz llegó desanimado.

—Esa esposa de vidriero tiene cerebro de paloma, corazón de espino. Tiene ojos codiciosos como los de un zorro rengo. No puede cazar por sus propios medios. Se conforma con quitarles los ingresos a los demás. Es un tábano.

Hogg preguntó qué lo andaba preocupando.

Lorenz leyó en voz alta una carta que incluía pasajes de una solicitud que había mandado ella en los que pedía, por la misericordia de Dios, que se reservasen los fondos de la bruja.

—Bueno, no veo qué tiene de malo la misericordia de Dios —dijo Hogg.

—Pedazo de zopenco bruto. La mujer esa, Reinbold, propone robarnos.

—Con las uñas de Jesucristo, si me preguntas a mí.

Fueron y vinieron un rato, confundidos como en una pantomima cualquiera. Así fue que me enteré de que incluso la Mujer Loba trabaja para reducir mi tiempo en la cárcel. Son extrañas las alianzas que se forman. Realmente parece una señal del fin de los tiempos.

—¿Quieren decir que se termina el trabajo? ¿O quieren decir que alguien distinto nos va a pagar el salario?

—¿O quieren decir, sencillamente, que seamos un poquitín más moderados con la leña?

—No pueden deshacerse de nosotros.

—Cierto, mírala: es terrorífica.

Ese tipo de cotorreo no me molestaba en realidad. Lo que me molestaba era sentirme débil. Me molestaba ver que el abogado de los Reinbold venía a hablar con ellos. Pero esto no. La situación me recordaba que, desde cierto punto de vista, aquellos dos eran empleados míos.

—Por favor, quítenme las cadenas —pedí en voz baja. Les mostré las llagas de los tobillos.

Me ignoraron.

—¿A dónde voy a ir? —dije en voz baja—. Las puertas tienen llave. No puedo correr.

Lorenz soltó una risa gruñona.

—Estamos tratando de conservar el trabajo, no de perderlo.

—Yo les pagaría —dije. Les prometí cien táleros.

—Muéstrenos —dijo Hogg—. No los tiene.

—Se los conseguiría —dije.

Se quedaron callados un momento. Los había hecho pensar.

Entonces Lorenz dijo:

—Señora, yo haría eso por usted, de verdad. De corazón más que por cualquier otro motivo. Pero no confío en la palabra de las mujeres. Y aprendí eso tras mucha experiencia en la materia.

La mano torcida de la justicia actúa con más presteza que la mano recta. Alguien dijo eso en algún lado. Tuve una fiebre carcelaria y, cuando me volví a despertar, no estaba ninguno de los dos guardias. Ardía un fuego bajo. Entonces sí que empecé a preguntarme si había muerto. Si me había sumado a otras mujeres en mi situación. Pero entonces me puse a pensar en un huevo cocido. Un muerto de ninguna manera pensaría en un huevo cocido; esa fue mi impresión. Un muerto, por el contrario, tendría huevos cocidos en abundancia. Estaba soñando especialmente con un huevo hervido con piel de

cebolla, con la cáscara manchada de aquel color tostado. Sentía la cáscara del huevo bajo los dedos. Dentro de la cáscara, quitaba esa parte fina que parece de papel, entre la cáscara y la carne del huevo. Abría el huevo y la yema era rosada por dentro. Después abría otro huevo. La yema era de un azul oscuro y profundo. Otra era del color del cielo. Otra era una caléndula. Esos fueron mis sueños con huevos.

También soñé con frutillas. Con las semillas de la parte de afuera. Siempre había sido escéptica de las frutillas, que crecen tan cerca del suelo. Pero en esa cárcel, soñé con la frutilla como fruta noble y abundante. La frutilla deja la semilla en la parte de afuera para que la vean todos. Una frutilla no tiene nada que esconder.

Entonces llegaste tú, Greta. Pensabas que me pasaba el tiempo contando a mis enemigos y sintiendo lástima por mí misma, ¿no? También paso el tiempo haciendo eso. Especialmente contando enemigos.

Dices que los dos muchachos de Heinrich pelean entre ellos pero son buenos contigo. Pídeles que solamente peleen afuera. El solo hecho de que quieran evitar el frío podría alcanzar para mitigar la violencia. Me inquieta muchísimo lo que cuentas, que la carta de Hans al duque no tuvo respuesta. Dices que ya pasaron cinco semanas y todavía no hay contestación. Sé que el duque está enamorado de su guerra, o que le tiene miedo. Pero ninguna respuesta en cinco semanas me hace temer que la posición de Hans en el mundo se haya debilitado, y peligrosamente. ¿Qué piensa el pastor Binder? Hans vino a entrevistarme para preparar la defensa. Me entrevistó con mucha paciencia, como si mi receta de ajenjo, cardo bendito y vino de jengibre fuese un asunto importantísimo. Se tomó muy en serio las canciones que les cantaba a los chicos y me preguntó si recordaba dónde había visto cráneos bañados en plata. Eso pasó hace años, en Praga, cuando estuve de visita en su casa. Ahora está flaco y agotado, Greta. Haces bien en vivir fuera de Leonberg. Quiero que pienses en cosas y gente que no sean tu madre.

UNA PERSONA DELGADA…

Una persona delgada, baja, se mudó a la casa de Katharina. Alguien más o menos del tamaño de Katharina. Con ropa oscura. Un hombre, aparentemente. ¿Ya habían vendido la casa? Yo había creído que no. Había advertido el andar animal del hombre. Para entonces, las puertas de la ciudad se cerraban a las nueve; se había establecido el toque de queda; ¿cómo habían permitido que entrara un desconocido en el pueblo? Sin embargo, había algo familiar en las caminatas nocturnas del vecino nuevo. Familiar hasta un punto casi sobrenatural. La figura misteriosa empezó a dominar mis emociones, como si yo fuera un títere y alguien me pisara las cuerdas. Katharina, mi amiga, estaba otra vez en casa; esa era la sensación. No era cierto, pero parecía muy cierto. ¡Había regresado! Pero no venía a hablar conmigo. Y yo no iba a hablar con ella. La frialdad era terrible. Traté de sacármela de la cabeza. Era un error, me decía a mí mismo. Soy un hombre viejo, decía. Y cada vez más viejo.

Después de que Anna se durmió, tomé un poco de vino de jengibre con la esperanza de que despejara la niebla que me enturbiaba la cabeza. Era una noche de luna nueva. Con la acentuada sensación de ser el delincuente que no era, crucé a ver quién rondaba la casa de Katharina.

Me gustaría tomarme un instante para decir, sobre este hombre de quien me cuentan que es extraordinario, que era pequeño y parecía un conejo. Era cauto y de buen ver. Yo esperaba que me cerrara la puerta en la cara, y me abrazó. Parecía conocerme nada más que como un hombre al que su madre tenía en alta estima. Me llamó gran jugador de backgammon. Me agradeció por las cartas escritas por él leídas en voz alta, por los recados que había hecho. En mi fuero interno, había ido como con hacha en mano, y él trajo un pastel de semillas de amapola para recibirme como a un viejo amigo. Dijo que estaba contentísimo de verme. Dijo que se sentía como si se estuviera volviendo loco.

Hablamos durante horas; esa fue mi sensación.

—¿Le puedo pedir un favor? —preguntó en un momento.

Casi le contesté que dejaría la vida por él. Creo que fue el vino de jengibre. O las semillas de amapola.

El gran hombre dijo que quería que escuchara la defensa que estaba preparando.

Le pregunté si no prefería compartirla con Christoph y Gertie. O con Greta y el pastor Binder.

—Las pasiones están demasiado encendidas —dijo.

—Es cierto que tengo un don para la templanza —dije yo—. Pero no sé nada de leyes.

—La idea es contar una historia creíble; eso es lo principal.

—Bueno, puedo quedarme aquí sentado en silencio y escuchar —ofrecí. Le conté que una vez había estado en una obra escolar en la que hice el papel de María Magdalena. Agregué con cierto orgullo que los otros chicos habían dicho que mi manera de mirarlos había sido de mucha ayuda.

—Yo también hice de María Magdalena cuando iba a la escuela —dijo Hans.

Menciono esas afinidades menores para mostrar hasta qué punto tenía la mejor predisposición hacia Hans. Cuando se puso a leerme su defensa en voz alta, yo tenía toda la intención de quedar admirado. De quedarme tranquilo. De tener fe en esa defensa. Tenía terror por Katharina, aunque trataba de evitar la sensación, porque los desvelos no mueven ni un ladrillo. Y yo nunca había culpado a Hans por su desliz filial en el libro; ¿había sido realmente un desliz filial? Christoph se había enardecido demasiado al respecto, pensaba yo.

Pero la defensa de Hans era muy extensa. Le llevó muchísimo tiempo leerla en voz alta. Era una historia redactada meticulosamente y en detalle sobre un pueblo habitado por tontos y mentirosos, por egoísmo y estupidez. Este siempre había sido envidioso; aquel siempre había

estado dispuesto a mentir en beneficio propio. Este le había negado la comunión a la madre. De aquel se sabía que era violento. Otro estaba loco y tenía mala fama. Uno había dicho pezuña izquierda del chancho durante un testimonio y pezuña derecha en otro. Otro había dicho hace catorce años; después se corrigió y dijo nueve, o quizá siete. Era un sí en un testimonio y un no en el otro. Los locos, los charlatanes y los ladronzuelos habían causado las desgracias de su madre. La corrupción, la pereza y la malicia.

Su defensa se volcó sobre mí como grasa de cocina usada. En Leonberg, Hans veía un lugar horrible.

Ese fue mi encuentro con el autor de La armonía de los mundos.

—¿El argumento está claro? ¿Es convincente?

—Bueno —dije—, me hace acordar a la iglesia.

—¿En qué sentido?

Dije que, por ejemplo, como sermón iría muy bien. Al público le gustaría.

—Ah, ya veo.

Todo el efecto del vino de jengibre se había desvanecido. Había decepcionado a Hans.

—Usted es amigo de mi madre —aseveró—. Ella es una mujer desconfiada. Es una mujer extraña, lo sé. No debería sorprenderme que su amigo sea un hombre extraño. —No me reprochó que hubiera renunciado en silencio a mis deberes como tutor legal. Volví a casa.

NO ME INSPIRA CONFIANZA…

No me inspira confianza la manera en que lo habrán escrito, Greta. Me consideran un monstruo. Tú sabes lo que pienso sobre los amanuenses y sobre lo bien que les pagan. Mientras tanto, venden mi casa para pagar los gastos legales y de cárcel a unos precios… como si me estuviera alojando en una buena posada y comiera estofado de carne. Desde luego, una vez que me llamaron, enseguida hablaron de entregarle mi alma a Satán.

Me estoy adelantando.

—Por favor, mamá, ¿puedes arreglarte el pelo con un poco más de prolijidad? —dijo tu hermano Christoph—. Gertie, debes tener una linda pañoleta en algún lado.

Yo era un chancho asado que preparaban para presentar en la mesa.

—La gente se predispone mejor hacia las personas prolijas y atractivas —dijo Hans—. Christoph tiene razón. Trata de no morderte los labios cuando estés ahí. Y de no tocarte las orejas. Trata de no suspirar y de no reírte, y de no poner cara de desprecio. No pongas los ojos en blanco, ni carraspees, ni muestres enojo ni preocupación. Si puedes encontrar la manera de poner una sonrisa dulce y tímida, trata de mostrársela a los jueces. Cuando se hable sobre momentos tristes, especialmente del dolor de otros, fíjate si puedes hacer que se te note una lagrimita. Sé que es difícil…

No creía que estuvieran equivocados, Greta.

—¿Dónde está Simon? —pregunté.

—No anda bien, mamá —dijo Hans.

—No hay que preocuparse por eso —dijo Christoph.

—Estamos todos aquí —dijiste tú.

—Le quería preguntar por Manzanilla —dije yo.

—Ya nos ocupamos de todo —dijo Hans.

¿Pero de qué manera? ¿Anna estaba cuidando a Manzanilla? ¿Dónde la tenían?

—Vi a Manzanilla esta mañana, mamá —dijo Hans.

—Pero tú no eres bueno para cuidar animales…

—No es momento de preocuparse del perejil para las salchichas —dijo Christoph.

Ese era el día en que tenía que ir a declarar.

Reconocí al empleado de la sala del juzgado. Era Sebald Sebelen. Así que no había muerto de peste… Aunque tenía peor aspecto que nunca. Solo debía haber estado a punto de morir.

Le pregunté, de corazón, cómo se encontraba.

—Ah, Frau Kepler, totalmente de maravillas por aquí.

—Me doy cuenta —dije yo.

Él se secó la frente.

—Verá, todavía no terminaron las audiencias de las causas anteriores. Espero que no la hayamos molestado por nada.

Nos indicó que nos sentáramos en un banco, debajo de una cabeza de carnero embalsamada, montada en una pared del fondo de la sala de audiencias. Me senté y me quedé lo más quieta posible mientras transcurrían las audiencias anteriores a la nuestra. Vi que Hans tomaba notas sobre vaya Dios a saber qué. Christoph se impacientaba, y salió varias veces con su pipa. Gertie a veces escuchaba con atención, a veces leía. Greta, tú mantenías una sonrisa y me dabas palmaditas en la rodilla de vez en cuando, aunque yo me daba cuenta de que te temblaba la mano.

El primer caso era el de un buhonero que se había gastado todo el

dinero de la familia en bebida en vez de conseguirles ropa adecuada a sus hijos. El siguiente era el de un vendedor de tartas que se había quedado dormido una de las tres mañanas en las que tenía que presentarse en la cárcel por pelear en la vía pública; hoy no se había quedado dormido. Ahora debía siete días de cárcel. El tercero era el caso de un pequeño propietario que supuestamente había golpeado a su mujer demasiadas veces y demasiado fuerte. Le ordenaron que, en el futuro, disminuyera las golpizas.

Hubo un solo caso por una mujer. Estaba acusada de cortar carteras en el mercado de los miércoles.

Y después llegaron a lo mío. La manera en que lo recuerdo es esta.

Cuando era chica, una vez estaba nadando con amigos en el río Glems. Estábamos en un remolino y, de repente, sin darme cuenta, quedé atrapada en una corriente, yéndome con ella, fuera de la vista de todos. El paisaje cambiaba; las rocas me pasaban por al lado; por momentos, sentía que veía libélulas que sobrevolaban, cerca de mí, aunque cómo podía ser, si iba tan rápido. Traté de poner los pies por delante, por si aparecían rocas o ramas. Estaba esperando a que me encontraran ya fuesen la costa o las aguas quietas. Sentía que nunca iba a morir.

En la sala de audiencias, el abogado me preguntó si sabía que, de prestar falso testimonio, desataría la ira de Dios y me encontré diciendo que tenía la esperanza de que así fuese, por supuesto, ya que tantos habían hablado falsamente en mi contra. Había pasado mucho tiempo pensando en lo que iba a decir, y ahí fui y dije algo provocativo ya para empezar, sin ningún motivo, como una criatura que no entiende la intersección entre táctica y verdad. Sentí en la sala ese chisporroteo que precede a la tormenta como respuesta a mis palabras. Eso cebó mi vanidad.

Lo único que cambió con el avance del interrogatorio fue que me empecé a poner más quejosa. Del carnicero Topher Frick, que tuvo un ataque de dolor en el muslo, le dije al abogado que era sabido que cortaba los retoños de los árboles, que estaba mal cortar un árbol cuando el tronco todavía está verde y que, aunque no lo podía decir, a lo mejor el dolor que recibió correspondía al dolor que había causado

él. Del maestro Beitelspacher, tenía para decir que su padre había sido un hombre de carácter dulce y que yo desconocía cuándo fue que se le metieron en la cabeza la envidia y los delirios al hijo, a quien yo conocía desde que era chico y nada bueno para los deportes. La reputación de Úrsula, la Mujer Loba, era bien conocida, y el hecho de que le hubiese llenado la cabeza al pastor con sus halagos falsos y su manipulación era algo contra lo cual yo no podía hacer nada. No pensé que estuviera diciendo nada que no fuese claro para cualquiera que tuviera ojos en la cara y oídos en las orejas, pero también era como si ya no estuviera en aquella sala. Cuando miré a los que estaban sentados en la sala de audiencias, tuve visiones. Vi a un muchachito del que había sido amiga de chica y que había muerto después de que lo mordiera un perro. Le encantaban las canicas. Dos tías viejas que me habían contado cuentos a menudo, a menudo sobre animales inteligentes que vivían en el bosque y que engañaban a los chicos, y que habían muerto con una diferencia de una semana: también ellas estaban sentadas en la sala de audiencias, sonrientes, al parecer complacidas con mi presentación. ¡Mi vaca Yegua estaba ahí! En el pasillo. Maruschl andaba cerca de ella, sonriente. Entonces entendí que, probablemente, mis sueños se habían vuelto casi demasiado poderosos. Así y todo, me dieron fuerzas. Vi a un joven al que había amado, que había muerto de una fiebre; había tenido buen aspecto solo dos semanas antes. Vi a varios perros que habían sido del herrero. A una amiga mía de pelo oscuro y brillante que había muerto en el parto de su segundo hijo. Al final, vi a mis padres, por supuesto, a los lados de Yegua, y cada cual con un Heinrich sentado en las piernas.

—¿Por qué no tiene compasión? —escuché que me preguntaba el abogado.

—Sí que tengo —dije yo.

Uno de los jueces, al que conocía desde que me casé, cuando era muy joven, dijo:

—Por favor, Kath-chen. ¿No puedes mostrar un poco de sensibilidad? ¿No se te cae ni una lágrima?

Tú llorabas, Greta. Yo te veía. Y también tus hermanos. Pero yo lloré tanto en la vida que no me quedan más lágrimas. Ese fue mi

testimonio. Cuando terminó, me dijeron que los papeles del juicio se iban a mandar a la cancillería, que íbamos a esperar noticias antes de seguir adelante y que, hasta que las recibiéramos (y ya pasaron cinco semanas), seguirían reteniéndome en Güglingen.

¿COMPRENDE QUE…

¿Comprende que, de prestar falso testimonio deliberadamente, desatará la ira de Dios en vida terrena y destinará su alma a Satán una vez acaecida su muerte?

Claro que lo entiendo. Soy una de las pocas personas que lo entiende.

Y no tiene permitido especular ni actuar sobre la base de simples rumores.

Yo no me meto en chismes. No me interesa.

Nombre y edad.

Bárbara Meyer. Veintisiete.

Veo que se le quiebra la voz…

Mi madre, que era una mujer generosa, siempre lista para ayudar a los demás, y de risa fácil, y además muy íntegra, se enfermó de tisis el último año de su vida. A menudo veía fantasmas por la noche, y ellos le contaron que pronto iba a morir. La invitaban a ir con ellos a menudo. Cuando murió, fue muy triste, pero se la honró e incluso se la homenajeó. Luego, ya diez años pasados desde que murió, empieza a correr el rumor de que fue por culpa de una pócima de bruja que le dio Frau Kepler. ¡Mi madre nunca hubiese caído en un engaño así! Ni tampoco se habría juntado con una bruja. Tenía muy buen ojo para las personas. Frau Kepler era amiga de ella. Mi madre sabía distinguir un cuervo de una corneja.

Pero entonces, ¿cómo empezó el rumor?

Es raro ver a una araña mientras teje la tela: lo más habitual es ver la tela ya tejida. Pero creo que el maestro Beitelspacher fue clave, con

sus lloriqueos y toda la lata. No le alcanzaba con culpar a los demás por estar rengo: también tenía que avergonzar a mi madre.

¿Se le acercó alguien de la familia Reinbold o de su equipo legal?

Se le acercaron a mi hermano.

¿Con qué fin?

Dijeron que querían que yo confirmara formalmente que mi madre había tenido una muerte prematura. Está bien: eso es cierto. Pero yo dije que su muerte no era un hecho que necesitara mi confirmación. Vayan a visitar la tumba, dije. Mi hermano siempre anduvo en problemas. Siempre maquinaba, nunca trabajaba.

Pero usted accedió a testificar.

Así es. Me insistieron para que dijera que lo que mató a mi madre había sido un brebaje de bruja que le había dado Katharina. De nuevo: mi madre nunca hubiese caído en un engaño así. Nunca. Están totalmente equivocados. Me presionaron para que lo dijera, pero no lo voy a decir. El encargado de la iglesia, Johan Bernhardt Buck, usó a mi hermano para obligarme a decir lo que querían. Un hombre de la iglesia. Buck le dijo a mi hermano: ¿por qué yo no quería decir que la señora Kepler había venido a mí por la noche y me había alentado a que me hiciera amante de un demonio? Me ofendí muchísimo.

¿Por qué la querría presionar para que hiciera esa declaración? Tiene que haber tenido algún motivo de sospecha.

El encargado de la iglesia, Buck, está en Leonberg desde hace poco. Yo no lo conozco. No conozco a la familia.

¿Y él cómo conoció a su hermano?

No sé qué trato tiene con mi hermano. La vida de mi hermano es de él.

¿Lo que está diciendo es que la presionaron para que dijera algo que no es cierto?

Me dicen que voy a sufrir consecuencias terribles, incluida la cárcel. Pero le tengo más miedo a la eterna perdición que a la maldad del hombre.

¿Usted cree que Frau Kepler es inocente de la muerte de su madre?

A mi madre Frau Kepler le caía bien. No conozco bien a Frau Kepler pero, cuando yo era chica, trajo pasteles de manzana a nuestra casa. Otra vez trajo panes, e incluso quesos. De chica, no me enseñaron a decir gracias, ni a reconocer la generosidad. Incluso le tenía miedo a Frau Kepler. La cara y los dientes de los adultos me resultaban raros y defectuosos y nada lindos. Yo era una criatura. También era tímida con Herr Beitelspacher. Su voz me recordaba a un animal, y muchas veces andaba congestionado, y eso me daba asco, pero estaba mal de mi parte. A lo que voy es a que mi madre estaba enferma. Todos sabíamos que estaba enferma. Se pasó los últimos meses de su vida enfrentando la muerte con valentía: visitaba amigos, tomaba algo con uno, comía con otro. Esa fue su manera de despedirse. Fue una mujer buena y valiente. Y no era ninguna tonta.

¿COMPRENDE QUE…

¿Comprende que, de prestar falso testimonio deliberadamente, desatará la ira de Dios en vida terrena y destinará su alma a Satán una vez acaecida su muerte?

Sí, lo entiendo muy bien.

Indique su nombre, edad y actividad, por favor.

Me llamo Helena Frisch. Tengo cincuenta y cinco años. Mi marido era ayudante de herrero. Murió hace diecisiete años, después de un accidente.

¿Puede contarle al tribunal qué tiene que ver usted con el caso Kepler?

Sí: a mí me acusaron de ser bruja. Me torturaron para que hiciera una confesión. Decían que una bruja convicta era prima mía. No era mi prima. Ese fue el fundamento para que me torturaran. Además, mi hija, que tiene delirio y lepra, les dijo a las autoridades que yo tenía ungüentos demoníacos y al diablo por amante. Mi hija tiene muchos problemas, y no tuvo una vida fácil. Mi hija no está bien. También les dijo a las autoridades que yo había asistido a aquelarres. Creo que mi hija malinterpretó los banquetes de bodas de sus propios hermanos.

Lamento sus problemas. ¿Puede explicar su propósito de venir hoy aquí en relación con el juicio de Katharina Kepler?

Me declararon inocente. Eso fue en enero, después de incontables dificultades. Me habían torturado, pero yo no tenía nada para confesar. Incluso después de que retiraron los cargos en mi contra, me retuvieron en la cárcel tres semanas más. Los motivos, nadie me los explicó. Llegado ese punto, pensé que nunca me iban a liberar.

Todavía no aclaró su relación con el caso Kepler.

A eso quiero llegar. Fue durante esas semanas en las que seguía presa y no entendía por qué seguía presa; fue en esos días cuando vino el primer tipo. Llevaba una capa verde.

Cuéntenos sobre el trabajo que hizo con Frau Kepler, dijo el tipo de la capa verde.

Yo dije que no conocía a ninguna Frau Kepler.

¿No conoce a la madre del Matemático Imperial?, dijo él.

Quería hacerme sentir vergüenza. Yo la conocía de nombre, por los logros del hijo. Pero no la conocía a ella. Me habían torturado en el potro. Había padecido el aplastapulgares. No pensaba en matemáticos imperiales precisamente. Sigo sin pensar en matemáticos imperiales.

¿Y luego qué ocurrió?

Él me dijo: todos sabemos que ella es bruja. Siempre lo supimos. La cuestión de cómo nos dimos cuenta es sencilla: ya sabíamos. Solo le pido que demuestre gratitud y diga lo que ya sabe que es cierto.

¿Se da cuenta? La acusación se iba a fortalecer muchísimo si él podía afirmar que otros habían dicho que Frau Kepler era bruja. Especialmente si lo decía otra presunta bruja. Desgraciadamente, llegué a conocer bien todos los vericuetos de la ley Carolina en lo que atañe a los cargos contra brujas. Desgraciadamente, soy como una erudita en el tema.

¿Qué le dijo usted sobre Frau Kepler?

Lo desilusioné. Entonces volvió una segunda vez, con otro tipo, vestido de blanco y negro, que parecía una cabra. Ahora eran dos los que me preguntaban qué trabajos había hecho con Frau Kepler. Esa fue la palabra que usó: dijo «trabajos». Yo dije que no había hecho ningún trabajo con Frau Kepler y que no la conocía. Me empezó a dar mucha lástima esa Frau Kepler, a quien, repito, no conocía. A quien sigo sin conocer.

¿COMPRENDE QUE…

¿Comprende que, de prestar falso testimonio deliberadamente, desatará la ira de Dios en vida terrena y destinará su alma a Satán una vez acaecida su muerte?

Que me interroguen bajo juramento por el caso de Frau Kepler y la absurda y ofensiva y maliciosa insinuación de que, en mi calidad de agente de la ley, hice algo más que seguir el procedimiento y prestar ayuda para recabar información y cumplir con mi deber lo mejor que pude… no. No pienso permitir que se dé vuelta la situación. Nadie acomoda las fichas estratégicamente y después dice cambiemos de color. Soy el encargado de la iglesia, no al revés. Johan Bernhardt Buck no es ningún tonto.

¿Puede jurar que no presionó a Bárbara Meyer?

La pandilla de los Kepler le metió a la joven esa idea en la cabeza. Ridículo. La única defensa que tienen son mentiras, mentiras, mentiras. No culpo directamente a Bárbara Meyer; culpo a los Kepler. A ella le metieron el miedo al diablo la señora Kepler y su familia. Yo no perseguiría a Bárbara Meyer. Pero al resto hay que limpiarlos. Dicen que tengo fama de violento. Es como si le gritaran a Dios por prender fuego en el Infierno. El mundo tiene un orden. Yo no soy una fuente de violencia: soy un asistente de Dios.

¿COMPRENDE QUE…

¿Comprende que, de prestar falso testimonio deliberadamente, desatará la ira de Dios en vida terrena y destinará su alma a Satán una vez acaecida su muerte?

Sí. Y permítame adelantarme y decir que me llamo Christof Georg Auf Dem Sand. Tengo treinta años. Trabajo como barbero cirujano, aquí y en las zonas aledañas. Durante los últimos dos años, atendí a los soldados del Sacro Emperador Romano.

No hace falta que pregunte: ya sé lo que quiere saber.

Sí: examiné a la hija de los Haller después del incidente del camino, cerca del horno.

Le apliqué una pomada en la mano a la chica, y la chica informó que le había aliviado el dolor.

No le di demasiada importancia al caso en ese momento.

Se sabe que el dolor producido por medio de brujerías es peor al principio y que después se va pasando.

Que informen que el dolor de la chica volvió a aumentar después de que se lo alivió el bálsamo… es un caso curioso.

Pero, por mi parte, no tuve una segunda oportunidad de examinar el dedo herido. Así que no puedo hablar de cómo evolucionó.

No voy a poder venir a otra audiencia. Puedo firmar esta declaración y adjuntar una copia de las notas que tomé en mi registro de pacientes durante la visita. Vine a casa a ver a mi madre enferma. Estoy obligado a volver a mi batallón dentro de dos días.

COMO QUERELLANTE PRINCIPAL…

Como querellante principal por la fiscalía, a continuación presentaré mi alegato final.

Tomémonos un momento para pensar en lo que les dice el otro lado.

La acusada y su hijo astrólogo les dicen que los Reinbold son demasiado rastreros para merecer confianza. Confíen en nuestra palabra, no en la de ella, dicen. Ella pertenece a la chusma, dicen. Por qué lo dicen, cuando se trata de una ciudadana respetada de nuestra comunidad, no lo sé, pero eso es lo que dicen. Desde nuestro lado, decimos algo distinto. Desde nuestro lado, decimos que todo ser humano es un reflejo de Dios y merece justicia.

La acusada y su hijo astrólogo les dicen que ignoren a Úrsula Reinbold porque no tiene hijos, mientras que Katharina Kepler crio a cuatro que alcanzaron la edad adulta, incluido el astrólogo del que tanto se habló. Lo dicen como si tener una familia fuese algo extraordinario. Nosotros decimos algo distinto. Decimos que Úrsula es una hija de Dios y que merece nuestra compasión.

La acusada y su hijo astrólogo les dicen que hay que descartar el testimonio de mujeres y niños. Les dicen que las mujeres y los niños son demasiado sugestionables, demasiado supersticiosos, demasiado frágiles, demasiado fáciles de engañar. Hay algo de verdad en lo que dicen. ¿Pero quiénes son los que engañan? ¿Acaso Frau Kepler y Herr Kepler creen realmente que no es posible confiar en la palabra de mujeres y niños que hablan sobre su propio dolor?

La acusada y su hijo astrólogo les dicen que las enfermedades y la muerte son cosa de todos los días. ¿Podemos salir a cazar brujas cada

vez que alguien tose?, sugieren. Pero a Frau Kepler no la acusaron una vez, sino muchas. La acusaron de matar a un cerdo con solo tocarlo, de haber montado a una cabra hasta darle muerte y de enfermar a dos vacas y un caballo. Desató tormentas peligrosas. Hirió en la pierna al carnicero. Ofreció remedios falsos y dañinos. Trató de desenterrar el cráneo de su padre para usarlo como arma de hechicería. Mató, veneno mediante, a una madre de tres hijos. Dejó rengo a un maestro de escuela. Probablemente contribuyó en la muerte de los dos hijos pequeños del sastre. Amenazó a sus guardias. Todo eso sin siquiera mencionar los dolores de Úrsula, ni la marca del apretón de bruja hallada en el brazo de la hija de los Haller. ¿Habrá que ignorar cada uno de esos males e interpretarlos como una adversidad más de nuestro mundo? ¿Como algo que cabe esperar? ¿O hay lugar para que, como hombres, digamos: a este mal lo podemos prevenir; a este mal lo podemos interceptar; a este niño lo podemos proteger; a esta aldea podemos ponerla a salvo? Del otro lado de los muros, podrá arrasar la guerra. Pero aún tenemos fe en que existe aquello que está dentro de nuestras posibilidades, aquello que podemos enmendar.

La acusada y su hijo astrólogo se ríen de este tribunal. Atacan la imparcialidad del tribunal. Lo culpan por demoras provocadas por ellos mismos. Menosprecian a los ciudadanos de Leonberg. A este lo llaman injurioso; exagerado a aquel; a un tercero, chismoso; mentiroso a otro; tonto a otro más. En nadie se puede confiar salvo en ellos, insinúan. La acusada y su hijo astrólogo deben creer que están hechos de otro material. ¿Polvo de estrellas? Frau Kepler se ríe ante un grave interrogatorio; Herr Kepler golpea el pie contra el piso, impaciente. Lo único que puede mostrar el peltrero es una cara colorada. Su mujer se sienta a leer panfletos escabrosos. Únicamente la hija, Greta, muestra buena fe.

En medio de su escarnio, insisten en recordarles su relación con la difunta duquesa Sibila; incluso con el emperador.

Tienen razón cuando dicen que somos distintos. Nosotros respetamos al tribunal. Nosotros sabemos que Dios habita en todos los seres humanos. Nosotros…

Letrado, ha sido un día largo tras muchos días largos. ¿Podríamos

solicitarle que, de ser posible, avance de manera sucinta hasta su conclusión?

Sí, cómo no.

Permítanme decir: tal vez hubiésemos podido actuar de otra manera y no condenar si hubiésemos visto algo de humanidad en la acusada. Si nada más se hubiese desviado del buen camino pero quisiese volver a nuestro amoroso redil. Si demostrara algún arrepentimiento. Alguna emoción. Alguna consideración. ¿Acaso vimos una mínima lágrima en el rostro de Frau Kepler? Pues no. Le decimos Kath-chen (porque algunos la conocemos desde que era una criatura), ¿no puedes mostrarnos algo de tu corazón? ¿Puedes mostrarnos tus remordimientos? Se han enfermado niños. Han sufrido animales de los cuales dependen familias. La voluntad de Dios se ve oscurecida por el diablo. Tus propios hijos están aquí, observándote. Danos alguna señal de tu auténtico corazón. Llora por nosotros. Suelta una lágrima. ¿Y qué dice ella? «Lloré tantas lágrimas en la vida que no me queda ninguna, señor». Debemos llamar bruja a la bruja.

Es muy sencillo. Si un ejército saltara sobre nuestros muros, alzaríamos las armas y pelearíamos. Lo haríamos sin dudar. Tropas oscuras se ocultan entre nosotros. Recomiendo tormentos con el fin de obtener una confesión completa por parte de la acusada y que luego se la castigue con la muerte.

HAN PASADO UNOS DIEZ AÑOS…

Han pasado unos diez años o más desde el calvario de la pobre Katharina. Y ¡quién lo hubiera dicho!, la casualidad me encontraba en Frankfurt. Los ánimos en la feria del libro (a la que había viajado) parecían los de una boda en la que las dos partes sienten que la unión no les conviene. Una ceremonia grisácea, resuelta. Todavía éramos cientos allí; presumo que miles. Pero los negocios, y las ganas, y los fondos, y la buena salud, y una buena vendimia, y cantidad de otras cosas buenas… eso se había ido desviando hacia la Feria del Libro de Leipzig. Resultado de una década de guerra, supongo. Los suecos ocupaban la ciudad pero, hasta donde alcanzaba a ver yo, el lugar rebasaba de holandeses. Un vendedor de pan de jengibre me dijo que a su aldea natal, a un solo día a pie desde Frankfurt, la había asesinado la peste casi por completo. Ese fue el término que usó: «asesinado». Nunca se me había ocurrido pensar en la peste de esa manera, pero el lenguaje era bien claro. Él no había estado en la aldea en persona, no había sido testigo de la destrucción: lo había leído en un panfleto. Contaba la historia con un tono jovial. Incluso con cierto orgullo. Hay gente así.

—Es mejor que morir a manos de soldados saqueadores; así lo veo yo —dijo.

Le compré un poco de pan de jengibre. El jengibre protege de las enfermedades tísicas, creo.

—Me considero bendecido —dijo—. Algún día terminarán las guerras…

—Si Dios quiere…

—… y entonces, ¿cómo van a hacer los jóvenes para conseguir trabajo?

No supe qué decir.

—Nunca se lo preguntó, ¿no? No todos pueden ser guardias nocturnos.

Y siguió su alegre camino.

Me gustó el pan de jengibre, aunque me dejó con picazón en la garganta.

Yo todavía no había reunido el coraje comercial para alojarme en mi puesto. No importaba. Me habían dicho que el día siguiente iba a ser más importante. Incluso ahora que soy viejo, muy viejo, resulta que sigo siendo un hombre que vacila, que esquiva, que duda. Puede que el rol que me corresponda esté claro como la noche más estrellada: así y todo, no lo pienso asumir. Resistencia insensata y sin principios. Cuando era más joven, pensaba que a lo mejor se habían equivocado y me habían dado el horóscopo de otra fecha de nacimiento, o que a lo mejor Dios había recibido las instrucciones equivocadas sobre mi persona; todo era incorrecto. Todos mis sentimientos. Todos mis instintos. Yo era un perro que masticaba hojas en vez de huesos. Un gato al que le gustaba el agua.

Me habían asignado el puesto ciento setenta y uno. Qué vacío que parecía. El banco de madera estaba astillado y dañado por el agua.

Decidí recorrer los pasillos para ver qué hacían en los demás puestos antes de armar el mío.

Un hombre pregonaba una obra de teatro sobre cierto hombre que se enamora de su propia hermana.

Otro vendía un tratado sobre cómo contrarrestar la adulteración de pesos y medidas en las balanzas que se utilizan en los mercados.

Me encontré Debates con Aristóteles. Selección. Y La monarquía femenina: Una historia de las abejas. En el pasillo siguiente había una cantidad mayor que la habitual de tratados cristianos sobre distintas maneras de vivir. Me llamó la atención Munición contra el sufrimiento y la mortalidad del hombre. Lo hojeé un poco. Era más de lo mismo, más de lo mismo. Me dieron gratis una página promocional de El judío de Malta. Otro aviso de un libro sobre un escocés de ciento cuarenta años que seguía engendrando hijos. Había una historia sobre unos viajes horrorosos a Siam que iba ilustrada con grabados de una delicada mariposa. Compré una sola cosa: un compendio de chistes

verdes, disparates, poesía rimada, retruques e historias simpáticas.

No les había prestado atención a los que atendían los puestos. Aunque observarlos había sido la motivación original de mi recorrida. Empecé otra vuelta. Algunos iban y venían frente a sus mesas. Algunos tenían la sonrisa de los vendedores de fruta. Algunos estaban sentados, callados, como si no les importara si alguien se acercaba a su puesto o no. Después di la vuelta en una esquina y reconocí a alguien. O creí reconocer a alguien. ¿Dónde había visto esa cara por última vez? Era una mujer de aspecto modesto, de unos cuarenta años; quizá más. Iba vestida de viuda. Estaba sentada en silencio, en el puesto doscientos once. Frente a ella, había un cuenquito de peltre lleno de caramelos duros de color morado. Varios hombres bien vestidos se llevaron un caramelo al pasar. Ella miraba el gentío y ofrecía una sonrisa tímida de vez en cuando. Nadie se detenía a hablarle.

Estaba ubicada entre un puesto decorado de rojo que promocionaba una edición de panfletos de Lutero y otro puesto que vendía otra edición de tantas de El labrador y la muerte. Así que los puestos que tenía a cada lado vendían libros de hacía un siglo. ¿Por qué no había interés en el espantoso y dramático presente?

—¡Usted es el amigo de Katharina! —me llamó la mujer.

Supongo que me había quedado mirándola:

—¿El amigo?

—¡Sí!

—Katharina. ¿Qué Katharina?

—Katharina Kepler —dijo—. Usted era su amigo.

Sobresaltado:

—Traté de serlo.

La mujer se levantó, incluso me abrazó.

Era la viuda del astrólogo, Susanna. Ahí la reconocí. Solo la había visto en Heumaden, cuando estuvo al mismo tiempo que yo, pero esa

visita había sido memorable, e intensa, porque yo ya sabía tanto sobre sus problemas gracias a lo que me había contado Katharina. Y me había enterado de la triste noticia de la muerte de Hans. ¿Por qué dudé en ofrecer mis condolencias? No sé. Pero el momento pasó.

—Anna está muy bien —dije. Yo quería armarle una dote. Estaba comprometida con un viudo, viejo como yo. Al final, se había casado con Alexander, aunque él había muerto de peste.

—¿Anna?

—Ah, cierto; probablemente nunca haya conocido a mi hija.

Nos reímos.

Resultó que Susanna había ido a la feria del libro con la esperanza de vender algunas obras de juventud de Hans. Algo que había compuesto cuando era estudiante, su tesis, me explicó. Después se sonrojó. Cosa que me pareció extraña.

—Está escrito como un sueño que tuvo. Un sueño imaginario. Sobre un chico que viaja a la Luna. Y desde ahí ve la Tierra y los otros planetas. Hay un pasaje raro sobre la madre del chico que a lo mejor le resulte… en fin, curioso. Sí, extraño y curioso. —Volvió a sonrojarse. Susanna tenía el chal gastado. Llevaba guantes remendados. Sospeché que estaba en dificultades.

—Me suena —dije—. Nunca me pude poner al día con los logros de su esposo.

—Es un libro hermoso. Es como un cuento.

—Muy bien.

Susanna me preguntó qué me había llevado a mí a la feria.

En ese preciso momento, un francés bien vestido se acercó a la mesa de Susanna. Con unas calzas de seda roja ridículas.

Me apuré a sugerir que nos encontrásemos más tarde y ella accedió. Me alejé caminando rápido y después miré para atrás y la vi hablar con cara esperanzada, un poco patética, al pavo real de calzas rojas.

Me pregunté por un instante qué podría haber habido de «extraño y curioso» en los escritos infantiles de Hans. Después dejé el misterio para otro momento.

Estaba listo para darle una oportunidad al puesto ciento setenta y uno. Había viajado toda esa distancia hasta Frankfurt. No iba a permitir que mi aversión por la acción me gobernara. Tenía un manuscrito importante por vender.

Al principio, a los señores y señoras que se interesaron les hablé sobre el terrorífico y conmovedor relato de una cristiana devota, una buena mujer, una viuda muy trabajadora, ejemplar, enfrentada a la peor de las calumnias con dignidad y…

A nadie le interesó demasiado.

—¿Es el relato de una mujer virtuosa a la que se le da vuelta la cabeza?

Vacilé.

—En realidad, no.

El desconocido se fue.

Después probé con: ¡Un relato sobre la malevolencia que acecha en la vida de las aldeas! ¡Mentirosos, canallas, ladronzuelos! Malicia, codicia, venganza, ignorancia…

Me cansé. Me cansé de hacer de cuenta que era algo que yo no era.

En el puesto de al lado, había un inglés que vendía la historia de una joven que tenía que casarse con un hombre mucho mayor.

—Pura carne de caballo viejo. Pelo en las orejas. Un diciembre de punta a punta, hasta la jeta; no sé si me entiende. Mientras tanto, ella es el clavel más bonito del jardín, toda en flor, enamorada de un joven de lo más simpático.

—¿Entonces termina casada con el joven?

—No, se casa con el viejo.

El inglés lograba un montón de charla y de interés por parte de los visitantes.

En un momento de calma, me dijo:

—Si no le molesta que le dé un consejito: a la gente no le gustan las historias sobre viejas, ¿sabe? Yo no me concentraría en esa parte. —¿En cuál se concentraría?, pregunté. Dijo que no estaba seguro, que lo iba a pensar. Y siguió—: Incluso Shakespeare, con lo bien que le va en todos los temas, se atiene a hijas y esposas. Alguna que otra madre. Pero no en primer plano, ¿sabe? No le conviene una vieja en primer plano. Francamente, nunca oí ni que existiera algo así.

¿Quién era Shakespeare? Supe que, si preguntaba, solo iba a extender la conversación, así que no pregunté.

Me encontré con la buena de Susanna en la muy concurrida taberna de la posada modesta donde se alojaba. ¿Por qué me resistía a llamarla viuda de Kepler? Me perturbaba demasiado decirle así. Para mí, la viuda de Kepler solo podía ser Katharina. Pobre Katharina. Jugaba al backgammon mejor de lo que quería admitir. O mejor de lo que quería admitir yo. Era una mujer de una inteligencia que asustaba; también una tonta.

Susanna me contó esa tarde la historia de la «obra de juventud» que había llevado a la feria. Yo no le había preguntado al respecto. Realmente debía necesitar oírse a ella misma y explicar su posición. Recordé vagamente que había oído que hablaban del tema durante el testimonio de ese pobre maestro de escuela sin carácter que tanta envidia le había tenido a Hans. El tema no había surgido en las etapas finales del juicio, según me contaron, pero no supe por qué.

—Hans la revisó con mucho detalle —dijo Susanna—. No podía ser de otro modo. Le importaba mucho. No quería que hubiera lugar para que nadie lo malinterpretara. Ni un resquicio. —Me mostró un ejemplar del libro, con todas las enmiendas. El libro seguía siendo bastante breve, más cerca de un panfleto.

Yo estaba demasiado mal de la vista para leer las letras más chicas. Pero el texto principal estaba compuesto magníficamente.

—Puede quedarse con ese ejemplar —dijo Susanna.

Tendría que haberle rechazado su generosidad. Era demasiado. Pero, una vez más, dejé pasar el momento. Ella quería guiarme página por página. Yo se lo permití.

La historia empieza con Hans, que se queda dormido mientras lee un libro. Tiene un sueño. En el sueño, hay una madre y un hijo; viven en Islandia. La madre, Fioxhilde, les vende paquetes de hierbas mágicas a los marineros. El hijo, aún pequeño, sin querer echa a perder uno de los paquetes. En un impulso, como castigo, Fioxhilde vende a su hijo a un capitán que está a punto de partir. El capitán es bastante agradable: deja al muchacho con el astrónomo Tycho Brahe. El muchacho aprende danés y también astronomía.

—Esto se escribió antes de que Hans trabajara con Brahe —dijo Susanna—. Da impresión, ¿no? Lo escribió como algo puramente imaginario. —Se tapó la boca con un pañuelo y tosió—. Pero después fue como una profecía.

Había ciertos detalles en el libro que ella no terminaba de entender. Sin embargo, en líneas generales, la historia era sencilla. Después de cierta cantidad de años, el muchacho vuelve con su madre, que se regocija al verlo. Él le cuenta que aprendió astronomía. Ella queda aún más encantada. Ella también sabe astronomía, le cuenta. La aprendió de unos espíritus que conoce. Llama a uno de los espíritus para que les enseñe más. El espíritu…

—¿Entonces es cierto que la madre es bruja?

—Solamente como en los cuentos. Ni siquiera bruja. Sino que anda en contacto con espíritus.

Yo asentí.

—Y los espíritus no son malos. No son demonios. Son más como los espíritus de los antiguos. Todo es imaginario, ¿entiende? Hans lo deja muy claro en las notas al pie. No quería que nadie, nadie, lo malinterpretara. Uno de los espíritus explica cómo llegar a la Luna. Cómo es la geografía allí. Cómo se ve la Tierra cuando uno está parado ahí. Es una historia para muchachitos en edad de ir a la escuela, ¿se da cuenta?

Me preguntó si, como amigo de Katharina, pensaba que la gente lo iba a tomar de la manera equivocada.

—Sé muy poco sobre el comercio de los libros —dije.

Ella dijo que, por desgracia, no estaba bien de dinero. Muchos habían venerado a Hans pero muy pocos le habían pagado lo que debían.

Yo asentí.

Ella me preguntó qué manuscrito había llevado yo a la feria.

Entré en pánico.

—Es difícil decirlo. Es una especie de testimonio cristiano. Todavía no resolví cómo presentarlo. A lo mejor ese es el problema. —Me reí, como un perro—. No podría ser peor vendedor. —Sentí que el fantasma de Katharina (la otra viuda de Kepler, mi primera viuda de Kepler) estaba sentado junto a nosotros. Tenía la cabeza apoyada en las manos y me miraba de reojo—. Usted fue muy buena con Katharina —dije—. Ella me lo contó.

La viuda de Kepler, la más joven, empezó a lagrimear. Dijo que había gastado una gran cantidad de dinero en una lápida respetable para Hans. Había guardado esperanzas de que algún ministerio del emperador la ayudase a pagarla. Nunca le contestaron las peticiones. Hans estaba en Ratisbona, tratando de cobrar, cuando murió. Nadie pudo darle a ella detalles de su enfermedad. La tumba no era de mármol, sino de piedra caliza. La habían ilustrado con uno de los libros de Hans: La armonía de los mundos. El hombre que hizo la lápida le cobró el doble de lo que correspondía; ella lo sabía pero en ese momento no tuvo energía para discutir. Y después, los soldados destruyeron la lápida, cuando el suelo aún estaba blando. Ahora ni siquiera podía encontrarla.

Sí: fui y sigo siendo un testigo demasiado silencioso. Hay algo más que no le he mencionado antes a nadie. Conocí a Katharina por primera vez de chico. Cuando yo tenía doce años, mi familia se alojó por poco tiempo en El Sol, la posada que administraba su padre. Buscábamos casa en la zona. Kath-chen era una joven bonita, y andaba al lado de su padre más que cualquiera de los otros hijos. La recuerdo

entregándole un pañuelo bordado para que respirara allí. A él a veces le faltaba el aliento y sostenía el pañuelo contra la cara. Noté la fidelidad de la joven (así lo veía) porque por entonces mi padre enfrentaba algunas adversidades y yo sentía que mi propia lealtad flaqueaba. Otra ignominia en la familia nos había obligado a mudarnos: decían que mi padre les había proporcionado monturas a las tropas de los católicos españoles. Él lo negaba. Por mi parte, sospechaba que era cierto; él no era de los que dejan pasar un encargo. Ahora escribo todo esto como si lo tratara a la ligera. Sin embargo, me sigue estremeciendo, aunque el origen del estremecimiento se remonte a setenta años atrás. Mientras estuvimos en El Sol, fue con la guardia bien alta que mis hermanos y yo podamos toda maleza del rumor que nos seguía. ¿Por qué nos mudábamos? Mi padre contaba una historia en la que un ángel había ido hacia él en un sueño, le había dicho que llevara a su familia hasta un manantial claro con polillas diurnas que visitaban violetas oscuras en la orilla. De dónde sacó esos disparates, no sé. Cuando los decía, parecía un pastor de misas poco concurridas; esa era mi desleal sensación por entonces. Mi padre no tenía ningún don para la mentira. Tenía un don para hacer monturas.

Katharina nunca me reconoció por ese breve período en que me quedé en la posada de su padre. Yo nunca lo mencioné.

Esa Katharina joven, tan atenta y noble, es de quien tengo el recuerdo más vivo. Más que el de la mujer mayor a quien llegué a conocer tantos años más tarde.

Qué tonto que soy por olvidarme de que hay lectores que quizá no conozcan el destino de Katharina. Un tonto demasiado condicionado por sus propios recuerdos y desvelos. El juicio terminó, pero no hubo ninguna decisión. Los documentos, que incluían la defensa final de Hans y también la acusación final del abogado ducal, se enviaron a la facultad de Derecho de Tubinga. Yo apenas entendía el procedimiento; cambiaba un día para tal lado, un día para tal otro. Por fin, pasaron cinco semanas más hasta que llegó una respuesta, y Katharina quedó en la cárcel durante las deliberaciones. Las cinco semanas pasaron rápido, comparadas con nuestras esperas anteriores. Por entonces yo mismo me sentía al borde de la muerte. El pretendiente Alexander había regresado, pero Anna había sucumbido a una tuberculosis

terrible. Si de algo vale la fe, ¿no debería hacer que no le temamos a la muerte?

Un lunes por la tarde, Hans vino a mi casa sin avisar. Pensé que le había llegado la noticia de la enfermedad de Anna, y tal vez así había sido. Pero vino con papeles en la mano y no dijo nada acerca de mi hija.

¿Cuál era el veredicto? No logré leer la expresión que traía en la cara. No parecía devastado. No parecía triunfante. Parecía distraído. Tomó asiento frente a mi mesa.

—¿Usted conoció a mi primera esposa, Bárbara?

¿Cómo la habría conocido?

Hans dijo que nunca había ocultado que el matrimonio había sido conflictivo, pero eso no quería decir que no hubiese estado también lleno de amor. Bárbara (hay tantas Bárbaras) había querido formar parte de su mundo científico. Les había hablado a sus invitados en latín y en griego, les había preguntado por su trabajo, como si fuese una de esas francesas que se muestran más cómodas en compañía de varones. Eso lo había molestado. Las mujeres son números pares, dijo, y los hombres son impares. Después dijo que se había distraído de lo que quería contarme. Quería hacerme una pregunta.

—Tuvimos un hijo que murió de gripe. —Bárbara y el muchacho habían sido compañeros fieles; el chico había andado por la casa con los zapatos de ella, se había atado sus pañuelos para el pelo en la cabeza; los dos habían salido juntos a buscar hongos y habían dibujado piñas, y flores. Cuando murió tenía once años. Uno ama a todos sus hijos, pero de quien más cerca se sentía ella era de ese chico —. Después de eso, Bárbara se dedicó a cuidar soldados que tenían la misma gripe. Pronto sucumbió.

Yo escuchaba.

—¿Usted lo llamaría suicidio?

No supe qué decir.

—¿Cuándo nos vamos a enterar del destino de su madre? —pregunté.

—Dios mío; pensé que usted ya sabía.

—Anduve terminando pedidos de estribos.

—La van a liberar. Más que a liberar: a los Reinbold les pusieron una multa de casi mil táleros. ¿No se enteró? El fallo dice que Katharina va a tener que soportar una última amenaza de tortura, por algún motivo que dan en su ensalada lógica, pero el torturador tiene absolutamente prohibido poner nada en efecto. Quieren asustarla. Contrataron a algún bufón con un cuchillo para que se encargue. Pero yo ya le advertí; ella sabe que el hombre no puede hacer nada. Ganamos, ¿se da cuenta?

Una vez liberada, Katharina fue directamente de la cárcel a Heumaden, a vivir con Greta. No pudo volver a su adorado y brutal Leonberg. Einhorn y los Reinbold habían anunciado que la iban a matar en la calle. Hicieron saber en el pueblo que le iban a poner la cabeza en una pica, que le iban a asar el cuerpo en la plaza principal, que iban a usar su sangre como tinta con que escribir un cartel de advertencia para los demás, que no iban a tratar el cadáver ni con el respeto con que se trata a un chancho un día de mercado, que la historia del mal que había hecho viviría mucho tiempo y sobreviviría como fábula para asustar a los chicos hasta el fin de los tiempos.

El día en que resolví que iba a marchar hasta Heumaden a visitar a Katharina, primero fui, a propósito, a la panadería de Jerg Hundersinger. Quería comprar algo para festejar. Pasteles de huevo o un pan con pasas. Jerg tenía un aspecto alegre y jovial. Yo no soy ningún experto en charlas pícaras y triviales, ni en frases ambiguas y encantadoras. Pero como había otros clientes, le dije a Jerg que creía saber qué era lo que le había puesto aquella sonrisa en la cara.

Él dijo que sí, que, de hecho, tenía buenas noticias, ¿y yo cómo sabía?

¿Katharina?, pregunté en voz baja.

Pareció confundido. Esa es otra historia, dijo. Sonreía porque había muerto su tío. Esa era la buena noticia. Él, Jerg, había heredado un dinero, ¿y no era justo en el momento en que lo necesitaba? A otros les gustaba quejarse de los malos inviernos, del ganado enfermo, pero mire: incluso la muerte tenía su lado positivo, ¿no era cierto?

Compré una hogaza de pan de leche redonda, con pasas, y seguí mi camino, desconcertado.

Ahora admito que estaba un poco inquieto por no haber hecho antes el viaje a Heumaden para ver a Katharina. Había tenido la intención de ir en noviembre, poco después de que la liberaran de la cárcel de Güglingen y tras la rápida recuperación de Anna. Pero seguro que Katharina necesitaba ese tiempo para descansar y recuperarse, para estar nada más que junto a la familia más cercana. Sentí que diciembre sería demasiado frío para una caminata tan larga. El mismo pensamiento continuó bien entrados enero y febrero. La Pascua, como recordarán, llegó temprano. Fue en marzo. Así que recién fui a principios de abril. Anna me alentó a que fuera; no sé por qué. ¿Por qué no le escribí a Katharina en ese tiempo? Como ella no podía leer las cartas, sentía el escrutinio de otros ojos; eso me abrumaba.

Ahora también quiero mencionar que, para esa época de abril, me habían llegado rumores de que Katharina estaba hecha una furia, que era habitual verla vagabundear por senderos rurales y maldecir a gritos a las urracas, a las cabras. No era por eso que la evitaba. Había oído relatos de que Katharina asustaba chicos en el pozo con sus cuchicheos tenebrosos, que iba por ahí envuelta en mantos de terciopelo y tocados de encaje y que los sabuesos gemían y salían corriendo cuando ella se acercaba. Yo no quería dar crédito a esas historias. Incluso cuando una parte de mí se preguntaba si surgía mi propio nombre como blanco de esas hostiles represalias. Cuando Katharina refunfuñaba por las injusticias sufridas (si, efectivamente, se quejaba de las injusticias), ¿acaso era yo una de esas injusticias? Era egoísta pensar así, ya sé. Y después de todo lo que había padecido ella. A medida que avanzaba por el camino y dejaba atrás los cerezos en flor, sentía que me dirigía hacia mi propio juicio. Lo esperaba con ansias, descubrí con el correr de los kilómetros. Había sido arduo, tras tanto esperar, que me escuchasen, que me dieran un veredicto. Una breve llovizna fue la única interrupción en la larga caminata primaveral de aquel día, y hacia el final de la tarde, había llegado a Heumaden. Me di cuenta de que me ponía nervioso golpear a la puerta sin haber avisado que iba. Pero al final, no me hizo falta golpear. Katharina estaba afuera, en la huerta.

Tenía puesto un vestido sencillo, y no llevaba ni un manto de terciopelo ni un tocado de encaje. No estaba ni murmurando ni

maldiciendo. Pero tampoco tarareaba ninguna canción. Parecía estar plantando semillas. Todavía no se había dado cuenta de que yo estaba ahí. Cuando me acerqué, vi que estaba mezclando con el suelo restos de hilo y algunos botones rotos y unas pizcas de ceniza. A lo mejor era alguna receta para espantar alimañas.

—No te puedo invitar a pasar, Simon —dijo cuando me vio.

Me disculpé por haberla sorprendido.

—Dame un momento para limpiarme las manos y te traigo otra banqueta, y nos podemos sentar a la sombra —dijo.

Yo dije que no quería interrumpir sus tareas de la huerta. Dije que entendía si no tenía tiempo para mí. Le tendí el pan de leche de la panadería de Jerg. Le conté que Jerg había dicho que había tenido buena suerte con la muerte de un familiar. Eso la hizo reír. Después se alejó y se metió en la casa.

No sé por qué me había creído las historias de que Katharina andaba echando chispas o murmurando o hecha una furia. Pero era cierto que parecía alterada. ¿Qué pasaba? Había transcurrido más de un año desde la última vez en que nos habíamos visto. ¿Por qué no me había preguntado directamente por qué no había estado presente en su juicio? ¿Ni por qué no le había escrito? ¿Por qué no preguntaba por Anna?

Salió con dos banquetas pequeñas que traía con cierta dificultad. Yo corrí a ayudarla y las coloqué bajo la sombra.

Después de un rato de silencio, le sugerí que jugáramos al backgammon. Podíamos improvisar un tablero de hojas y guijarros, que era como había jugado yo de chico.

Dijo que no estaba de humor, si a mí no me molestaba.

Le dije que hacía ya tiempo que había querido decir… que había tenido la intención de escribir o de ir a visitarla; quería decir lo aliviado y satisfecho que estaba de ver que la habían liberado, que había ocurrido lo correcto.

Al principio, no dijo nada. Después dijo:

—Sí, Simon; sé que no intercediste por mí. Eso te tiene mal, ¿no? Vienes aquí de visita para contármelo todo o para explicarme tu razonamiento. No quiero ofenderte, Simon, pero no eres el duque de Wurtemberg. No sé qué diferencia habrían hecho tus palabras. Me pregunto si vale la pena que dos viejos pasen tiempo tranquilizándose el uno al otro por esto o por aquello.

¿Me estaba tratando de decir que no estaba enojada porque el final había sido feliz?

—Yo no lo llamaría final feliz —dijo—. No tener nada para dejarles a mis hijos, ser una indeseable en mi propio pueblo…

—Fui un mal vecino —dije yo—. Debes despreciarme.

—Mi padre decía que yo era su cebollita de verdeo —dijo.

El cambio de tema me confundió. Entonces vi que Katharina estaba mirando las cebollas de verdeo, que ya se abrían paso en la huerta.

Dijo:

—Yo te caía bien, Simon.

—Me sigues cayendo bien —dije yo.

—Claro que sí. Y me deseas lo mejor.

Yo estaba esperando el contrapunto del argumento. Estaba esperando oír lo poco que me habría costado ir a visitarla a Güglingen. O haber dicho lo que sabía de ella.

—Yo te tengo cariño, Simon —dijo—. Me doy cuenta de que quieres que me enoje contigo, pero no puedo. Hay amor en tu corazón. Fuiste un amigo. De las maneras en que pudiste. No estás en juicio. No te quiero convencer de que no eres brujo, ni tampoco de que lo eres. —Después dijo que era hora de llevar a pastar a Manzanilla. Me ofrecí a acompañarla. Ella dijo que no debería sentirme en la obligación.

Después se volvió a disculpar por no poder invitarme a pasar. Dijo que el pastor Binder prefería no verla, postura que ella entendía. La casa era de él.

Me volví a casa con el sentimiento de que me habían exonerado. O esa fue al principio la sensación. A medida que pasaban los kilómetros, empecé a preguntarme si a lo mejor no era que a Katharina le daba pereza condenarme. Que estaba demasiado exhausta, en sentido moral. Si yo estaba cansado, entonces ella debía haber estado mucho más cansada. No parecía la misma mujer que yo había conocido. Su aparente paz tranquilamente podía ser tanto una señal de terrible derrota como una señal de la gracia de Dios.

Un día vi a Gertie en lo del sastre, donde llevé a reformar el vestido de Anna. Gertie me contó que había sido quien había llevado a Manzanilla hasta Heumaden para que Katharina pudiese reunirse con ella. Gertie me contó que Katharina había llorado de alegría al ver a su vaca; las primeras lágrimas que le había visto llorar Gertie jamás. Y que Katharina había dicho que la vaca tenía los ojos de su padre y el alma de Maruschl. Gertie también me dio la triste noticia de que, a mediados de abril, Katharina murió mientras dormía. Haberla visto aquella última vez fue una bendición.

Los tiempos oscuros que me ocupaban la cabeza ahora parecen leche y miel. Poco después de nuestro encuentro en Frankfurt, también murió Susanna. No sé dónde la enterraron. Me enteré por alguien que había hablado con el hijastro. Cuando entraron los soldados papales, el otoño pasado, de verde seco y metal, al marido de Greta, el pastor Binder, lo mataron a golpes, y el soldado que lo golpeó pronto murió de peste, al igual que la enfermera que cuidó a ese soldado. Lo supe por Christoph, que llegó a juez de un tribunal penal. Mantuvo el cargo hasta el año pasado, cuando murió también él, y también de peste. Gertie y Agnes fallecieron por una enfermedad con una diferencia de semanas. Greta no anda mal, dentro de todo. Incluso diría que bien. Se casó con un poeta distinguido. Amigo de Hans. Corre el rumor de que es una unión feliz.

AGRADECIMIENTOS

Este libro se basa en hechos reales, pero es en gran medida una obra de ficción. Muchos nombres y detalles son inventados.

A quien más le debo es a la maravillosa historiadora alemana Ulinka Rublack por su celebrado ensayo The Astronomer and the Witch: Johannes Kepler's Fight for his Mother. Leí este ensayo, en principio, solo para saber más sobre Johannes Kepler. Pero un detalle en el libro de Rublack —el pedido del vecino de Katharina de dejar de prestarle su servicio como tutor legal— me tomó el corazón y desplegó en mí esta novela. No usé el nombre real de ese vecino, Veit Schumacher, porque su voz y su vida tal como aparecen aquí son completamente imaginarias.

Las cartas que aparecen en el libro están basadas en cartas reales. El lenguaje de los testimonios es en gran medida imaginario, a excepción de la pregunta de apertura, que es una traducción directa de aquella que se encuentra en los registros judiciales. Es una traducción de Alex Bernhardt Beatty. Beatty me facilitó muchas traducciones, sabias y llenas de matices, de algunos materiales originales, y es el autor de las traducciones al inglés de las dos cartas de Kepler.

Para realizar la traducción más amplia del mundo de Katharina a través del lenguaje y el tiempo, usé como guía espiritual la traducción de J. A. Underwood de la obra de Hans Jakob Christoffel Grimmelshausen, The Adventures of Simplicius Simplicissimus.

Nunca disfruté tanto la escritura de un libro como disfruté la de este, aun si es un libro triste, escrito durante un período abrumador. Debo parte de esa felicidad a los libros que leí como parte de mi investigación. Me acompañaron muy bien muchos artículos y libros, en particular Reformation Europe: New Approaches to European History, Series Number 54, de Ulinka Rublack; Witch Craze: Terror and Fantasy in Baroque Germany, de Lyndal Roper; The Crimes of Women in Early Modern Germany, de Ulinka Rublack; Ideas and

Cultural Margins in Early Modern Germany: Essays in Honor of H. C. Erik Midelfort, editado por M. E. Plummer y R. B. Barnes; Witch Hunting in Southwestern Germany 1562-1684: The Social and Intellectual Foundations, de H. C. Erik Midelfort; Johannes Kepler and the New Astronomy, de James R. Voelkel; Florilegium: The Book of Plants, de Basilius Besler; Johannes Kepler: Life and Letters, de Carola Baumgardt; A Magical World, de Derek K. Wilson; The Holy Household, de Lyndal Roper; The Thirty Years War, de C. V. Wedgwood; Kepler, de Max Caspar, traducido por C. Doris Hellman; Leonhart Fuchs: The New Herbal of 1543, de Klaus Dobat y Werner Dressendörfer; Opera Omnia, de Johannes Kepler, traducción e introducción de W. H. Donahue; Martin Luther, de Lyndal Roper; Fictions of the Cosmos, de Frédérique Aït-Touati; The Cheese and the Worms, de Carlo Ginzburg; Cardano's Cosmos, de Anthony Grafton; y https://somniumproject.wordpress.com.

Para los curiosos, los registros del juicio a Katharina están disponibles en https://archive.org/details/joanniskeplerias08kepl/page/n9/mode/2up.

Existe una traducción parcial, al inglés, hecha por Pamela Selwyn, del texto escrito por Johannes Kepler en defensa de su madre. Está disponible en http://www.keplers-trial.com/keplers-defence.pdf

Tanto mi editor, Eric Chinski, como mi agente, Bill Clegg, me aportaron su orientación editorial sustancial y generosa, y me ayudaron a encontrarle el centro gravitacional a este libro. Robert Rubsam y Katie Schorr fueron sumamente útiles a la hora de localizar materiales de investigación. La beca de investigación de verano que me proporcionó la Universidad de Columbia (Hettleman Junior Faculty Summer Research Grant) fue una ayuda esencial. También fueron invaluables la perspectiva y los empujoncitos de Deborah Ghim. El pronto apoyo de Spenser Lee me mantuvo a flote. Rodrigo Corral diseñó una cubierta inesperada e ideal. Y estoy agradecida a todo el equipo de Farrar, Straus & Giroux, quienes no solo me ayudaron con este libro, sino que han hecho que existan tantos de los libros que me ha encantado leer.

fiordoeditorial.com.ar

fb/fiordoeditorial

tw/fiordoeditorial

ig/fiordo_editorial

ig/legua.fiordo

contacto

correo@fiordoeditorial.com.ar